



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS



**Construcción de paisajes bajacalifornianos en cuatro diarios de viajeros,
1766-1866**

TESIS

PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN HISTORIA

PRESENTA
Gabriel Fierro Nuño

DIRECTORES DE TESIS
Dr. Pedro Espinoza Meléndez
Dra. María Fernanda Valencia Suárez

Tijuana, Baja California, México
Noviembre de 2025

Esta investigación se realizó con apoyo del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y
Tecnología (CONAHCYT)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
Preparar los pasos: las deliberaciones de la investigación.....	5
Dirigir los pasos: enfoques de la investigación.....	13
Posthumanidades y Antropoceno	13
El viaje, los viajeros y las agencias	16
De la mirada a la experiencia viajera.....	19
La construcción de paisajes ensamblados	23
Los elementos ensamblados de los paisajes	27
Seguir los pasos de otros: estado de la cuestión	30
La literatura de viajes en la historiografía	30
La literatura de viajes en el Antropoceno	40
CAPÍTULO I: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE EXPLORACIÓN DE WENCESLAO LINK, 1766.....	42
La experiencia viajera del jesuita bohemio.....	43
La experiencia cotidiana de un novicio bohemio	43
La experiencia cotidiana en el seminario	45
El viaje de Wenceslao Link en la península de California.....	48
Los preparativos del viaje.....	48
Tiempo y espacio del viaje	51
El diario de viaje como noticias de avance.....	57
Percepción del viaje desde la frontera	64
El paisaje observado: parajes y sierras	66
Geografía del paisaje: entre utilidad e inutilidad.....	68
La vegetación de los paisajes: palmas y mezcales	72
Los animales no humanos: leones y liebres.....	74
Los animales humanos: fuga y desnudez	75
Epílogo: Circulación y recepción del texto.....	80

Conclusiones del capítulo.....	83
CAPÍTULO II: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE PEREGRINACIÓN DE JUNÍPERO SERRA, 1769	85
La experiencia viajera del franciscano mallorquín	86
La experiencia cotidiana de un catalán aldeano	86
La experiencia cotidiana de un monje conventual.....	89
La actividad viajera de un misionero: de la Sierra Gorda a la California	90
El viaje de Junípero Serra por la California.....	92
Los preparativos del viaje de Serra.....	92
Tiempo y espacio del viaje de Serra.....	98
El diario de viaje como guía de peregrinación	101
Percepción del viaje después de la frontera.....	107
El paisaje observado: frondosidad y verdor	109
Geografía del paisaje: parajes hermosos	109
La vegetación: cirios y mezcales	112
Los animales no humanos: antílopes, felinos e insectos	116
Los animales humanos: bestias, racionales y rastros.....	123
Epílogo: circulación y recepción del texto.....	134
Conclusiones del capítulo.....	136
INTERLUDIO: LOS VIAJES ENTRE ELSIGLO XVIII Y EL XIX.....	139
CAPÍTULO III: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE VIAJE DE JAMES H. BULL, 1843-1844.....	142
La experiencia viajera del abogado estadounidense	143
El viaje de James Hunter Bull.....	147
Los preparativos del viaje.....	147
Tiempo y espacio del viaje	152
El diario de viaje como memoria de experiencias.....	154
Percepción del viaje por la frontera.....	158

El paisaje observado: lúgubre Desierto	159
Geografía del paisaje: esterilidad y ruina	164
La vegetación de los paisajes: guerra y dulzor	168
Los animales no humanos: labor y apego.....	172
Los animales humanos: trabajo y fandango	179
Epílogo: circulación y recepción del texto.....	186
Conclusiones del capítulo.....	187
CAPÍTULO IV: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE EXPEDICIÓN DE WILLIAM MORE GABB, 1866-1867	190
Experiencia viajera de Gabb	191
La geología y mineralogía como conocimiento mundial	193
La California Geological Survey y las sociedades geológicas	195
El viaje de William More Gabb.....	198
Los preparativos del viaje.....	198
Tiempo y espacio del viaje	201
El diario de viaje como registro científico.....	203
Percepción del viaje hacia la frontera.....	204
El paisaje observado: jardines de agua, pasto y madera	206
Geografía del paisaje: Aislamiento del mundo.....	210
La vegetación de los paisajes: salvajismo y civilidad	214
Los animales no-humanos: antílopes y reptiles	217
Los animales humanos: Mexicanos perezosos, indios orgullosos y extranjeros industriosos.....	221
Epílogo: circulación y recepción del texto.....	230
Conclusiones del capítulo.....	233
CONCLUSIONES GENERALES	235
REFERENCIAS.....	243

Agradecimientos

Esta tesis es el resultado de un trabajo de investigación que es presentado a título personal, pero que, en realidad, es derivación del ensamblaje de muchos esfuerzos, con los cuales estoy inmensamente agradecido. Agradezco, en primer lugar, las asesorías, los comentarios y correcciones de mis directores de tesis, el doctor Pedro Espinoza Meléndez y la doctora María Fernanda Valencia Suárez, quienes siempre se mostraron dispuestos y entusiastas a lo largo de todo el viaje del posgrado. Estoy agradecido también con los profesores e investigadores de Instituto de Investigaciones Históricas de la UABC, quienes con sus clases interesantes y los consejos en seminarios de investigación ayudaron a dar forma al resultado final de esta tesis. No menos importante fueron las contribuciones de los lectores, la doctora Diana Roselly Pérez y los doctores Marco Antonio Samaniego, Rogelio E. Ruiz y, en un primer momento Luis Arturo Torres y después Luis Alberto Trasviña, quienes de manera paciente y acertada apoyaron y aportaron a la consecución del proyecto.

Mi gratitud también para personas muy queridas que se convirtieron en acompañantes de este trayecto académico y que me brindaron sostén emocional para que no perderme en el camino. Familiares, amigos, profesores y compañeros han sido pilares irremplazables en mi recorrido viajero, en sentido literal y metafórico. Y, junto con ellos, esta tesis trazada con múltiples ayudas de todo tipo fue posible gracias al entramado de muchos trabajadores anónimos que, con su labor cotidiana, aportan recursos para que Conahcyt pudiera concederme una beca de posgrado. Además aprecio el recurso otorgado por PAPIIT IN400524 para formar parte del inspirador grupo de investigación sobre los agentes no-humanos en los viajes. Mi agradecimiento para el CEPHCIS de Mérida que en varias ocasiones me ha recibido con amabilidad.

INTRODUCCIÓN

Preparar los pasos: las deliberaciones de la investigación

Mi interés por los viajes y la literatura concerniente a ellos ha sido una constante en toda mi vida. Los relatos de personajes que presenciaban aventuras y peligros me han entusiasmado como a otros tantos humanos en el breve paso de la humanidad por la historia planetaria. El periplo de Ulises en su viaje cíclico en La Odisea, las migraciones de patriarcas en la Biblia, el traslado de Virgilio por los infiernos, o los viajes de Gulliver son solo algunos ejemplos bien conocidos de la fascinación por la literatura de viajeros. Simultáneamente, la atracción por transitar la Baja California, con su carretera principal y sus brechas, con sus mares y arroyos, sus sierras y desiertos,¹ me ha acompañado por hace ya varios años. Ambos intereses, las narraciones de viajeros y los paisajes bajacalifornianos, fraguaron la motivación por la elección del tema de investigación.

Siguiendo una metodología de investigación histórica, auxiliada por los aportes de los enfoques posthumanistas, analicé cuatro diarios de viajeros en un periodo de tiempo que abarca cien años y que va de 1766 a 1866. Un solo viajero habría sido suficiente para un estudio de tipo exegético y contextual. Sin embargo, me pareció insuficiente para poder lograr uno de los objetos que me he propuesto: vislumbrar continuidades y interrupciones en diferentes viajeros. Consciente de la imposibilidad de emprender una tarea que aspire a una historia profunda, como la historia planetaria lo plantea, he decidido investigar a cuatro viajeros y sus diarios, dado que las metas del posgrado exigían una temporalidad más acotada.²

La importancia de la temporalidad de esos cien años radica en que enmarca la transición del antiguo régimen político-monárquico al nuevo régimen de los estados nacionales. Dicha transición entre estos siglos ha sido estudiada, desde la historia, por François Hartog, quien identificó en este período el paso del antiguo régimen de historicidad

¹ Con la finalidad de clarificar terminología, en esta investigación se distingue el uso del término *desierto* -con minúscula- cuando se habla de biomas como los entiende la biología actual, y *Desierto* -con mayúscula- cuando refiere a un concepto que es resultado de una construcción cultural.

² Los historiadores Jo Guldi y David Armitage, en su *Manifiesto por la historia* (Madrid: Alianza Editorial, 2016), tienen esta crítica como su tesis principal, retomando el llamado de Fernad Braudel con su larga duración.

(la historia del pasado como *magistra vitae*) al régimen moderno (el futuro como meta).³ Otros más han abordado los cambios de un siglo a otro partiendo de la secularización y poniendo a la religión como objeto de análisis.⁴ En un estudio de Elías Palti, la secularización puede ser entendida desde lo político como el momento maquiavélico cuando los valores universales se intentan realizar por medios seculares finitos (Pocock); desde la filosofía con una nueva consciencia de sentido (Blumenberg); o desde la historia con una mutación cultural de un “periodo pivote” (*Sattelzeit*) de 1750 a 1850 (Koselleck).⁵ Entonces, a finales del siglo XVIII y principios del XIX algo cambió, al menos en Occidente, en la manera como el ser humano se relacionó con diversos ámbitos como la vida social, la política, la temporalidad, la religión o el conocimiento científico. Se puede pensar, por ejemplo, en el cambio en manera de concebir el tiempo geológico en los misioneros del siglo XVIII (antes y después del diluvio) y el tiempo geológico de los viajeros del siglo XIX (eras geológicas). ¿Explicarían esos cambios contextuales las distintas maneras en que los viajeros construyeron los paisajes? Esa pregunta sirvió como guía del estudio que aquí presento.

Esta investigación comienza con el viaje de expedición del misionero jesuita Wenceslao Link por el actual estado de Baja California, desde la misión frontera de San Francisco de Borja Adac hasta la desembocadura del río Colorado en 1766. Sigue después el viaje de peregrinación del franciscano fray Junípero Serra, en 1769, por todas las misiones californianas desde Loreto hasta San Diego. Se analiza posteriormente el viaje del

³ François Hartog, en su libro sobre los regímenes de historicidad, utilizó la nomenclatura del “régimen antiguo”, *Regímenes de Historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo* (México: Universidad Iberoamericana, 2007). Sin embargo, un libro publicado recientemente en francés, fruto del pensamiento maduro del autor, cambia la nomenclatura a un régimen cristiano de historicidad, caracterizado por la tensión entre la *krisis* y el *Kairós* en un eterno presente en espera de la Parusía. Fue hasta el siglo XVIII cuando el *cronos* cristiano comenzó a sucumbir para dar paso al régimen moderno de historicidad con su talante futurista, Norma Durán, “De regímenes de historicidad a Chronos. Una historia del tiempo en Occidente”, *Historia y Grafía* 29, núm. 57 (2021): 333–349.

⁴ El concepto de secularización, como categoría analítica, tuvo su consolidación en la década de los sesenta del siglo pasado. Autores como Thomas Luckmann y Peter Berger estudiaron el paso de las sociedades agrícolas a las industriales desde la privatización de la religión y la pérdida del dominio de las instituciones y los símbolos religiosos, Roberto Blancarte, “Religión y sociología: cuatro décadas alrededor del concepto de secularización”, *Estudios Sociológicos de El Colegio de México* 30, núm. extra (2012): 62–63. A partir de entonces, el concepto fue adquiriendo connotaciones distintas para explicar procesos de cambio en los siglos XVIII y XIX, relacionándolo con otros conceptos tales como laicidad o libertad religiosa. En ese sentido, más que un concepto, puede entenderse como una “recomposición de lo religioso en las sociedades contemporáneas”, Elisa Cárdenas Ayala, “El lenguaje de la secularización en los extremos de Hispanoamérica: Argentina y México (1770-1870). Un acercamiento”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas* 5 (2016): 170-171.

⁵ Elías José Palti, “Ensayo bibliográfico: La frágil arquitectura del pensamiento moderno. Tiempo y secularización en la historiografía conceptual”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 134 (2006): 241–57.

estadunidense y abogado James Bull, durante su viaje migratorio por la península en 1843. Y termina con el recorrido del científico estadounidense William More Gabb por toda la Baja California, desde San Lucas hasta San Diego, en 1866. Resulta muy interesante los vínculos, semejanzas y diferencias entre los recorridos de estos viajeros y las observaciones que realizan en sus diarios. Estos textos invaluable para la ciencia histórica de la región, en interacción con la historia global y planetaria, son el objetivo de estudio de este proyecto de investigación doctoral.

Una vez establecido nuestro objeto de estudio, el objetivo principal se formuló en la consecución del análisis sinóptico de los cuatro diarios de viaje para poder captar las continuidades, discontinuidades y transformaciones en la manera de viajar, de constituir la comunidad viajera, en los fines perseguidos en el viaje, en las experiencias narrativas y en las distintas formas de construir los paisajes que los autores observaron. Para ello, se buscó perseguir un objetivo subordinado al principal que radicó en captar la participación de otros seres humanos y no-humanos en todo el proceso de planeación, preparación y -principalmente- realización del viaje. Aunado a ello, otra meta fue diferenciar la mirada de los autores de los diarios sobre esos seres de otros puntos de vista asentados en textos paralelos y en aportaciones de la historiografía y las ciencias. Un tercer objetivo secundario fue la comparación conjunta de los diarios en su circulación y recepción, así como la diversificación en conceptos claves como frontera, civilización o Desierto.

El diario de viajes es, sin duda, un testimonio, una fuente histórica, que nos permite conocer las visiones, opiniones, ideas, prejuicios e interpretaciones de su autor. Por supuesto, no todos los viajeros de los siglos XVIII y XIX escribieron diarios; algunos redactaron informes posteriores, reportes, memorias o mantuvieron correspondencia y, sin duda, otros no escribieron documento alguno. Es interesante que los diarios de viaje han existido desde que los homo-sapiens pudieron plasmar en papiro, pergamino o papel el recuento de los desplazamientos humanos. Estos relatos tendían a las narraciones míticas, fantásticas o extravagantes. Obras clásicas como el viaje de los difuntos en el *Libros de los muertos* de Egipto, el periplo de Ulises en *La Odisea* de Grecia o el recorrido misionero de Pablo en los *Hechos de los Apóstoles* de la Biblia cristiana dan cuenta de esta tradición literaria. No obstante, el recuento del viaje realizado por el mismo viajero, narrado en primera persona, con una estructura cotidiana -día con día- y una intención pública parece ser resultado del

régimen moderno de historicidad.⁶ Aquí se entiende al diario de viaje como un relato redactado durante el desarrollo del trayecto o al llegar al lugar de residencia, narrado en primera persona del singular, con una explícita intención de circular y/o publicar el texto. Definidos por Peter Burke como “ego-documentos”, y al igual que otros documentos, el historiador que utiliza unos diarios debe preguntarse para quiénes, por qué y cuándo fue escrito.⁷

Aunque los diarios de viaje son los textos principales que han constituido el objeto de estudio de esta investigación, el análisis realizado toma en cuenta la intertextualidad. Los cuatro diarios de viaje han sido estudiados en comparación con otros escritos contemporáneos como cartas, informes y relatos de los mismos autores de los diarios y de otros viajeros contemporáneos a ellos. Esa relación intertextual está sustentada en el hecho de que los diarios de viaje, para el siglo XVIII y buena parte del XIX, no eran textos de lectura popular, pero tampoco fueron, al menos los diarios estudiados aquí, notas personales destinados solo para los ojos del autor. Más bien, eran textos de consulta, como lo eran los diccionarios o las enciclopedias, con una funcionalidad taxonómica y la finalidad de construir un acervo memorístico disponible siempre de ser consultado por otros viajeros y personas interesadas;⁸ es decir, textos escritos con un público determinado en mente. En este sentido, este trabajo considera principalmente a los diarios, pero también otros documentos, libros, informes y publicaciones científicas con las que dialogaron los autores, y toma en cuenta a los posibles lectores. De esta forma se busca tomar en consideración no solo el contexto inmediato en el que los diarios fueron escritos, sino un contexto más amplio y, en la medida de lo posible, también el contexto en el que los diarios fueron recibidos, leídos y consultados.

Así pues, los cuatro diarios de viaje mencionados fueron analizados como textos históricos desde la crítica contextual-literaria y posthumanista, identificando diferencias y continuidades en la construcción del paisaje bajacaliforniano durante los cien años que

⁶ Justamente la transición del siglo XVIII al XIX atestiguó que el diario de viaje pasara de lo privado a lo público, Romina A. España Paredes, “Entre lo íntimo y lo público. El diario de viaje de José Fernando Ramírez a Yucatán, 1865”, en *Arte, ciencia y palabra. Escritos sobre viajes y viajeros*, ed. Carolina Depetris y Fernanda Valencia Suárez (Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 81-82.

⁷ Peter Burke, “Los ego-documentos como fuentes históricas”, en *El oficio del historiador. Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes*, ed. Yobenj Aucardo Chicangna-Bayona, María Cristina Pérez Pérez, y Ana María Rodríguez Sierra (Medellín: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario, Universidad Nacional de Colombia, 2019), 3–18.

⁸ Carolina Depetris, *La escritura de los viajes: del diario cartográfico a la literatura* (Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2007), 29.

separan al primer viajero del último. En primer lugar, si identificó el contexto histórico - político, social y cultural- en que se desarrollaron los viajes desde lo regional, lo global y lo planetario, incorporando en ese contexto la experiencia de cada viajero. Posteriormente, se analizaron las circunstancias propias de cada viaje, como las motivaciones, la preparación, los patrocinios, el tiempo y espacio en que se desarrollaron, y el género de diario que se escribió en cada caso, desde la perspectiva de los propios viajeros. Finalmente, desde una posición que buscó presencias y agencias humanas y no-humanas, se examinó la manera en que esos viajeros plasmaron su mirada y fueron construyendo los paisajes bajacalifornianos en sus diarios entre los años 1766 y 1866.

En mi primera aproximación a los cuatro viajeros y sus diarios, yo esperaba encontrar que los dos viajeros misioneros del siglo XVIII tendrían una mirada sobre el paisaje conforme al antiguo régimen, desde apreciaciones teológicas y no científicas, es decir, una experiencia predominantemente religiosa, mientras que ambos viajeros del siglo XIX tendrían una construcción del paisaje fundamentalmente secular y científica. Sin embargo, muy pronto se pudo constatar que, como señala Victoria Fareld, los contextos, en ocasiones, funcionan como campos de fuerza que intentan sincronizar pasados y presentes policrónicos.⁹ Entonces se planteó la hipótesis de que habría diferencias y continuidades al comparar las miradas de los cuatro viajeros y que, aunque probablemente las de los dos primeros serían más similares, al igual que las dos últimas entre sí, el contexto no necesariamente explicaría las divergencias en las construcciones de los paisajes de los cuatro viajeros. Por el contrario, esas discrepancias responderían con más honestidad a las experiencias viajeras y a los sucesos contingentes de cada viajero.

Desde esta postura es necesario considerar que los relatos de viaje tienen, pues, como protagonista al viajero o viajera. Se entiende por “viajero/a” a hombres o mujeres que se trasladan a otra región, país o continente con la finalidad de retornar a su punto de salida o llegar a uno distinto, respondiendo a intereses políticos, religiosos, científicos o etnográficos. Por su interacción con los espacios visitados, “el viajero funciona como intermediario entre dos espacios opuestos, a los que conecta entre sí: recorre un territorio desconocido, escribe sobre lo que ve y lo transmite a un lector distante, con el que comparte un código (lingüístico,

⁹ Victoria Fareld, “Framing polychronic present”, en *Historical Understanding. Past, Present, and Future*, ed. Zoltán Boldizsár Simon y Lars Deile (London - New York: Bloomsbury Academic, 2022), 25–33.

pero también cultural) y con quien crea una complicidad frente a esa cultura extraña que describe”.¹⁰ Como veremos más adelante, el viajero no solo “ve” otros espacios, sino que también interactúa con ese espacio y con los objetos que lo conforman, los seres humanos y no humanos que los habitan y/o transitan. Esa experiencia vivida es la que el viajero intentará transmitir y plasmar en una narración para sus lectores distantes.

En muchas de estas narraciones los acompañantes de los viajeros y viajeras que escribieron su diario no aparecen, o lo hacen solo tangencialmente. Sin embargo, sabemos que junto a los viajeros “principales”, viajaban otros seres, humanos y no humanos. Tanto hombres y mujeres, con distintas motivaciones y expectativas, como animales de carga, de protección y de compañía, desempeñaban diversos roles en la conformación de una comunidad transitoria. Para esta investigación, se ha considerado a los soldados, arrieros, cocineros, siervos o guías, que formaron parte del viaje y que provenían de distintas naciones y grupos: europeos, novohispanos, indígenas y, para el siglo XIX, mexicanos. Así mismo se ha considerado a los caballos, mulas, asnos y perros, y hasta los acompañantes no invitados: animales salvajes, insectos, arácnidos y virus. Todos ellos acompañaron al redactor del diario y, en ocasiones, influyeron en la prosecución del viaje, constituyendo así una comunidad viajera,¹¹ expresión que se repetirá a lo largo del capítulo.

Es importante señalar que la elección de los viajeros requirió de un primer ejercicio de discernimiento. Debía ser un viaje por tierra en buena parte del espacio bajacaliforniano, dejando los viajes por mar fuera del análisis ya que piden su propio tratamiento. Tenían que haber coincidido en la ruta en un tramo significativo y haber escrito un diario de viaje - durante el trayecto o al llegar a su lugar de residencia- que sirviera para la comparación intertextual. De hecho, los cuatro viajeros aquí estudiados realizaron su experiencia de viaje de sur a norte, recorriendo a lomo de mula un camino que, con sus variaciones, fue muy similar a todos ellos.

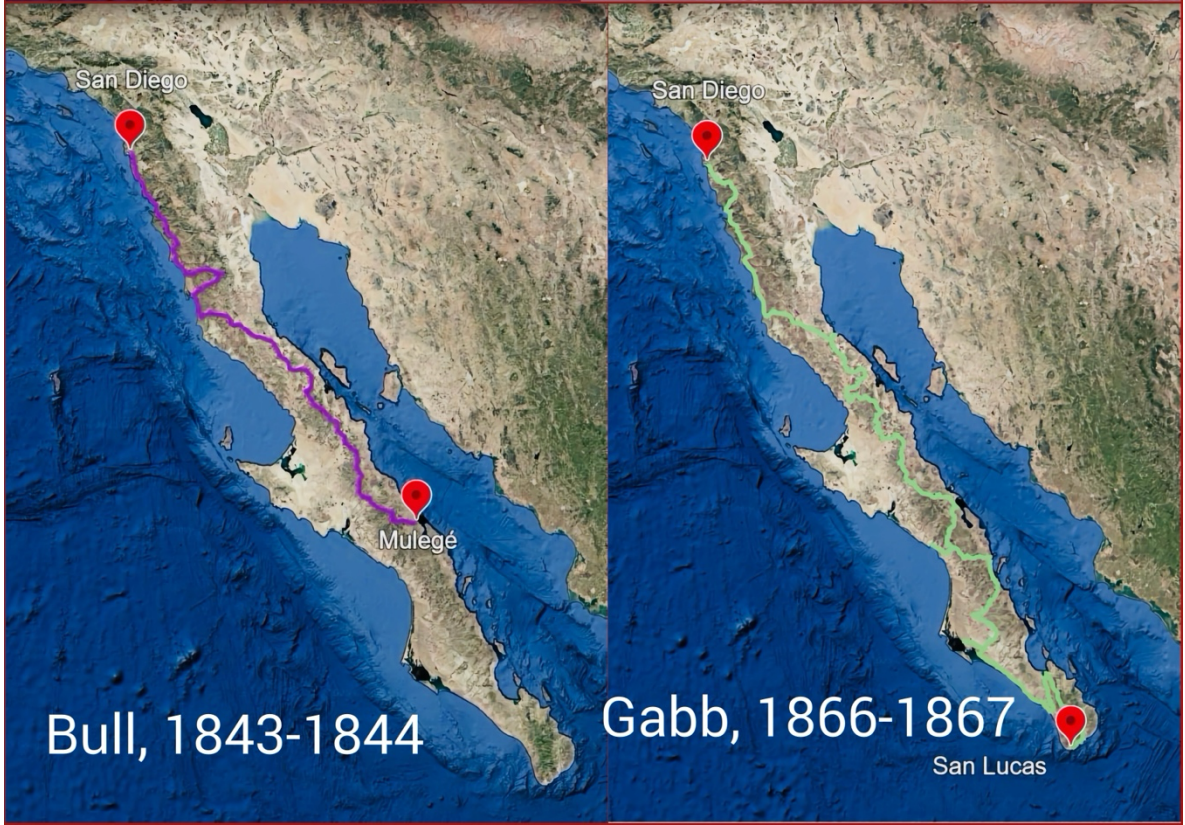
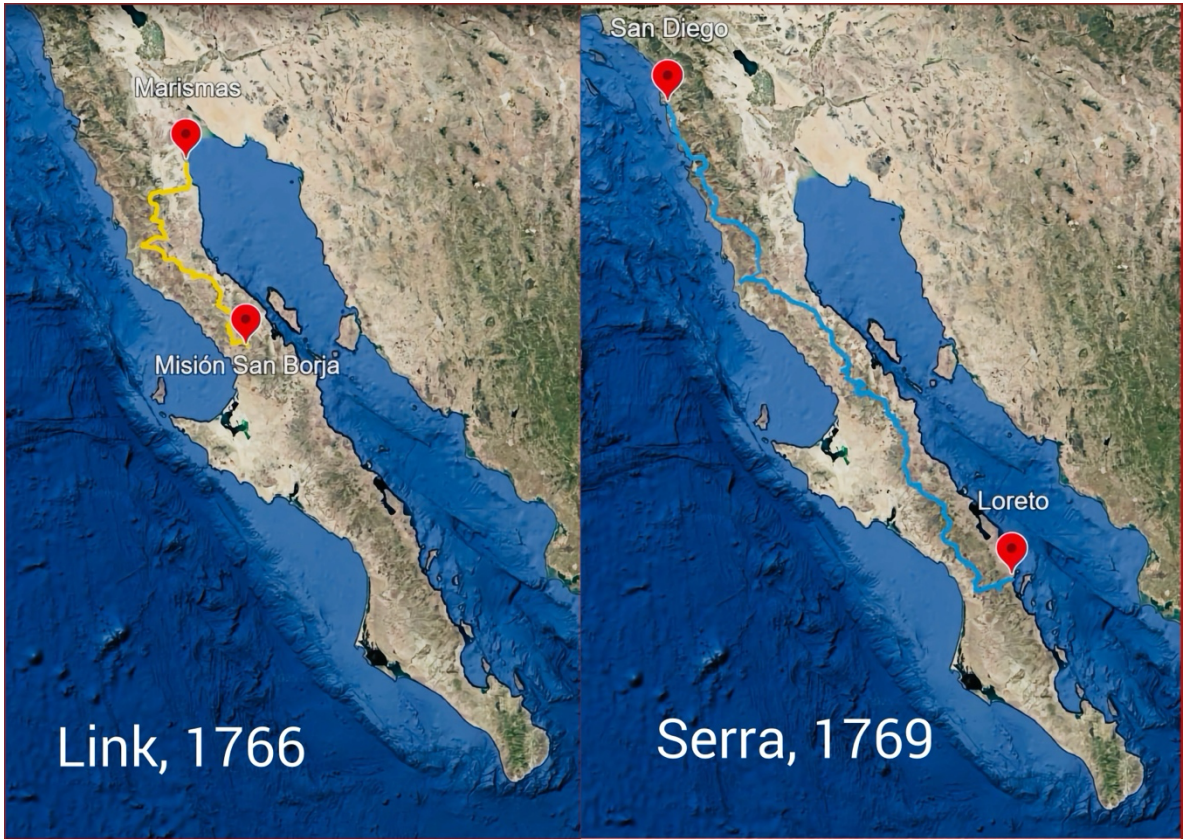
¹⁰ Álvaro Fernández Bravo, *Los relatos de viaje en América Latina* (Buenos Aires: Ministerio de Educación, ciencia y tecnología - Presidencia de la Nación, 2007), 2.

¹¹ Por sus características, puede ser considerada una comunidad viajera multiespecie. Así la entiende También la el filósofo e historiador Thom Van Dooren: “an entangled way of life, bound up in and becoming as part of a specific multispecies community”, Thom Van Dooren, *Flight Ways: Life and Loss at the Edge of Extinction*, Paperback edition, *Critical Perspectives on Animals Theory, Culture, Science, and Law* (New York: Columbia University Press, 2016), 42.

Finalmente, fue un criterio de selección la mención de la frontera en el relato del viaje, pues ese constituyó otro punto de comparación entre ellos. La frontera fue entendida como un concepto histórico, es decir, tal como los escritores de los diarios comprendían ese espacio.¹² No se buscó un ejercicio de conceptualización de la frontera desde el presente ni se aplicaron teorías contemporáneas que utilizan a la frontera como categoría analítica. Lo que se destacó fue la exposición de los usos y significados que los viajeros, como autores de los diarios, hicieron del concepto de frontera en sus obras. Esto ayudó a perseguir el objetivo principal de notar las diferencias y continuidades entre los viajeros estudiados.

Los cuatro diarios de viajeros están publicados y son accesibles de manera impresa y, en el caso de tres de ellos, en línea. Los dos primeros diarios, además, se encuentran disponibles en su versión castellana -idioma original- y traducción al inglés, mientras que los otros dos diarios solo pueden ser consultados en inglés, la lengua en que fueron escritos. No obstante, el trabajo de comparación intertextual requirió de consulta en documentación de archivos como el acervo del Archivo General de Nación del Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), en el Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México, y en el Archivo histórico Pablo L. Martínez en la ciudad de La Paz, Baja California Sur. Otros textos fueron consultados desde archivos digitales que se mencionan oportunamente en las referencias citadas. Así mismo, esta investigación se enriqueció con la visita a algunas bibliotecas de universidades como las de UABC, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de la Universidad de California en San Diego (UCSD). Algunos repositorios en línea fueron de gran utilidad, como la Biblioteca Digital Viajeros del Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales (CEPHCIS) de la UNAM y la Colección Digital de diarios de California (CDNC).

¹² Todo viaje necesariamente implica el cruce de fronteras (*crossing of boundaries*), Georges Van Den Abbeele, *Travel as Metaphor. From Montaigne to Rousseau* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992), xiv. Un viaje que permanece en el mismo lugar no es un viaje.



Dirigir los pasos: enfoques de la investigación

Los diarios seleccionados en esta investigación han sido analizados por otros autores y autoras desde distintos intereses historiográficos, con preguntas diversas a los textos que han tenido como resultado respuestas variadas. Las preguntas de investigación planteadas en este trabajo demandan conceptos y análisis que tengan coherencia con los objetivos que se busca. Por eso fue necesario tener claridad sobre lo que se ha entendido aquí por viaje, viajero, comunidad viajera, experiencia viajera y literatura de viajes. Sobre estos conceptos existe ya una nutrida y sólida bibliografía. La contribución al estado del arte en esta tesis es el enfoque que, desde las posthumanidades, puede ayudar a acrecentar la comprensión de textos de viajeros y viajeras en contextos de cambios planetarios.

Posthumanidades y Antropoceno

Dentro de las ciencias sociales y las humanidades ha cobrado fuerza la conciencia planetaria de que estamos en una nueva era geológica. Si antes las glaciaciones o los meteoritos habían determinado el cambio de una era a otra con sus extinciones de una buena parte de las formas de vida, ahora son los efectos de las acciones de la especie humana las que están transformando el planeta -la “Gaia” si es considerado como un organismo vivo que posibilita la coexistencia- acelerando el arribo de una nueva era geológica, que por esa razón se ha intentado denominar “Antropoceno”.¹³ La designación de esa nueva era es todavía una cuestión abierta tanto en la geología como en las ciencias sociales y humanidades.¹⁴ Pero,

¹³ El concepto fue utilizado por primera vez, como propuesta de nueva era geológica, en el año 2000 por el químico, ganador del premio nobel, Paul Crutzen. Históricamente se ha situado el comienzo del Antropoceno en distintos hitos como la aparición del monocultivo, la quema de bosques para agricultura o ganadería, la revolución industrial con la quema de energías fósiles, la expansión del capitalismo, y otros más. La aniquilación parcial de los biomas -70% de pastizales, 50% de sabanas, 45% de bosques templados, y 27% de bosques tropicales- para uso de la agricultura a fin de alimentar a las poblaciones urbanas es un indicio claro del impacto de la actividad del ser humano en el planeta, legitimando la propuesta de una nueva era geológica, Julio Campo, “Investigaciones ecológicas en el Antropoceno”, *Sociedad Científica Mexicana de Ecología*, 5 octubre 2022, en: <https://www.youtube.com/@scmea.c.4796/about>

¹⁴ En el 2024, los miembros de la Subcomisión de Estratigrafía del Cuaternario votaron, en su mayoría, en contra de aceptar el fin del Holoceno, José Luis Granados Mateo, “Adiós al Antropoceno: la geología concluye que no habitamos en una época humana”, *The Conversation*, el 10 de marzo de 2024, <https://theconversation.com/adios-al-antropoceno-la-geologia-concluye-que-no-habitanos-en-una-epoca-humana-225247>. Aun cuando hay ciertas evidencias de cambios significativos en el planeta causados por el ser humano, se consideró que eran “demasiado superficiales” como para equipararlos a los grandes cambios epocales de la Tierra. Desde otras ciencias, se han propuesto conceptos análogos al Antropoceno para resaltar a ciertos procesos más concretos que gestaron la nueva era geologica, como la utilización del fuego para quema de bosques (Piroceno), la explotación de recursos por el capitalismo (Capitaloceno), la dominación patriarcal

para los objetivos de esta investigación, ha funcionado como una temporalidad de cambios planetarios que demandan un análisis menos antropocéntrico. De acuerdo a esta perspectiva, el ser humano se ha convertido, desde la revolución industrial hasta nuestros días, y de una forma exponencial, en un agente geológico que ha precipitado el deterioro de la Gaia y ha puesto en inminente peligro la supervivencia de las especies humanas -el homo sapiens es solo la última de las especies humanas- con una más de las extinciones masivas que la historia ha atestiguado.

La supervivencia de la especie humana es entonces el imperativo desde el cual las humanidades, incluida la historia, deben proponer nuevos sistemas de pensamiento. El hombre como un “ser para la muerte” de Martin Heidegger, que provocaba una angustia individual, trasciende a un instinto de conservación de la especie humana que, más que angustia, requiere de indicaciones reflexivas para tratar de modificar la forma de concebir a los humanos en relación con otros humanos, otros seres vivos como plantas y animales, y otras ontologías. Como lo ha señalado la historiadora polaca Ewa Domanska, con urgencia, “necesitamos el tipo de conocimiento, cognición y ciencia humana que tenga valor de supervivencia y que pueda ayudar en la protección y continuación de las especies”.¹⁵

La filosofía posthumanista que ha permeado una corriente historiográfica contemporánea puede aportar una visión de conjunto donde ya no solamente se integren los elementos naturales y culturales que el humanismo separa, sino que integre otros elementos humanos y no humanos en una ontología relacional. Esta postura “busca explorar lo que ha sido omitido en las visiones del mundo antropocéntricas en la conceptualización del sujeto como un sistema de relaciones, la noción de agencia se descentra del humano y pasa a distribuirse en el ambiente, entre distintos actores humanos y más-que-humanos (como aparatos y seres vivos)”.¹⁶ Acorde con esta intencionalidad de la crítica posthumanista, tratando de rehuir de toda lógica antropocéntrica, se intentó problematizar las complejas asimetrías inherentes en las relaciones entre los actores humanos y no-humanos que configuran los tejidos de las historias y las culturas.

en los desequilibrios de los ecosistemas (Patriarcoceno) o el monocultivo como detonante que diezmó la diversidad planetaria (Plantacioceno), entre otros.

¹⁵ Ewa Domanska, “Beyond Anthropocentrism in Historical Studies”, *Historien* 10 (2010): 121.

¹⁶ Joaquín Zerené Harcha, “Paisaje posthumano: subjetividades distribuidas en el ecosistema mediático”, *Nhengatu - Revista iberoamericana para Comunicação e Cultura contrahegemônicas* 1, núm. 2 (2017): En línea.

El posthumanismo, junto con nuevos materialismos y ontologías políticas, además de ontologías surgidas en el sur global -como el perspectivismo amerindio- ha desafiado a la historiografía. El historiador Rogelio Ruiz lo ha escrito de esta manera: “En el caso específico de la historia y el tipo de conocimientos que genera, las necesidades de cambio y de búsqueda de nuevas formas de relacionarse con los predicamentos antropocéntricos son impostergables e irrenunciables, toda vez que está en riesgo su propio estatus disciplinario y función”.¹⁷ En este texto, el investigador retoma un conversatorio académico de tres autores que están pugnando por un cambio en el estatus de las humanidades, especialmente de la historia: Zoltán Boldizsár Simon, Marek Tamm y Ewa Domańska. Ellos concuerdan en tres requerimientos impostergables para el quehacer histórico: a) la extensión del territorio de las y los historiadores, b) el requerimiento por desarrollar una alfabetización científica, y c) la necesidad de dotar al conocimiento científico histórico antropocéntrico de un carácter anticipatorio.¹⁸

Uno de esos autores, Marek Tamm, ha sostenido que la disciplina histórica, en esta era del Antropoceno, necesita superar esas distinciones tajantes y maniqueas entre la historia natural y la historia humana, entre la historia escrita y la historia profunda, entre la historia humana y la historia multiespecies, entre la historia nacional y la historia planetaria.¹⁹ De lo anterior se desprende que el ser humano no es relegado como objeto de estudio de la historia, pero se trata de franquear el antropocentrismo que ha caracterizado a la historiografía. Retomando otro texto de Domanska, “la crítica posthumanista usada por los historiadores no desplaza al humano como objeto de su interés, sino que lo descentraliza y problematiza los entendimientos ofrecidos por las humanidades tradicionales”.²⁰

¹⁷ Rogelio Ruiz Ríos, “Registros de la península de Baja California: una revisión historiográfica desde las perspectivas antropocéntricas”, en *Perspectivas epistemológicas en la praxis educativa*, ed. Ernesto Israel Santillán Anguiano y Emilia Cristina González Machado (México: AM Editores - Clave editorial, 2023), 131.

¹⁸ Ruiz Ríos, 129. El autor alude a un texto publicado en el 2021 por la revista *Rethinking History*.

¹⁹ Marek Tamm, “Introduction. A Framework for Debating New Approaches To History”, en *Debating New Approaches to History*, ed. Marek Tamm y Peter Burke (London - New York: Bloomsbury Academic, 2019), 1-19.

²⁰ Ewa Domanska, “Posthumanist History”, en *Debating New Approaches to History*, ed. Peter Burke y Marek Tamm (London: Bloomsbury, 2019), 330-331.

El viaje, los viajeros y las agencias

Las posthumanidades plantean preguntas diferentes a los viajes y viajeros. Parten de la materialidad, de la corporeidad, de lo tangible.²¹ ¿Por qué viaja alguien? ¿Por qué solo algunos escriben un diario como memoria de ese viaje? El deseo o la obligación de viajar es tan añeja como como el ser humano mismo. En su libro sobre la sexta extinción, la periodista-historiadora Elizabeth Kolbert escribió:

¿Cuánta gente debió partir hacia lo desconocido y desaparecer en el Pacífico antes de topar con la isla de Pascua? Es ridículo. Pero ¿por qué lo haces? ¿Es por la gloria? ¿Por la inmortalidad? ¿Por curiosidad? Y ahora nos vamos a Marte. No paramos nunca. Si la inquietud faustiana es una de las características definitorias de los humanos modernos, entonces, debe haber algún tipo de gen faustiano.²²

Siguiendo el argumento de Kolbert, una razón importante por la que los homo-sapiens prevalecieron sobre los neandertales fue la emoción que brinda el riesgo de ir más allá de la frontera conocida. Los viajes son tan arcaicos como la historia del planeta. Microorganismos, bacterias, virus, hongos, polen, animales no humanos y otros seres se han movilizado desde antes de la primera extinción de Gaia.²³

El viaje es entendido como una actividad de los seres vivos que implica un traslado físico por un espacio geográfico. Implica, en primer lugar, un desplazamiento corpóreo y ontológico por un segmento del espacio planetario.²⁴ Es una práctica que implica esferas

²¹ “Los estudios más-que-humanos enfatizan la necesidad de producir definiciones más mundanas, immanentes y encarnadas (*embodied*) del mundo material si queremos componer un mundo futuro común”, Adrian Franklin, “The Separation?”, en *The Routledge International Handbook of More-than-Human Studies*, ed. Adrian Franklin (London: Routledge, 2024), 23.

²² Elizabeth Kolbert, *La sexta extinción. Una historia nada natural* (Barcelona: Crítica, 2014), 866-867 [formato ePub].

²³ Diversos autores y autoras, como los filósofos han propuesto abandonar el concepto eurocéntrico de mundo para hablar de planeta o, más sugerentemente, Gaia. El término fue propuesto por James Lovelock en 1969 y ha sido acudido y promovido por biólogos como Lynn Margulis, y filósofos como Isabelle Stenger, Bruno Latour y Donna Haraway, cada uno/a con su matiz propio. Se prefiere hablar de Gaia con referencia al planeta Tierra “como entidad viviente, como sistema de autorregulación de la biósfera”, Verónica Araiza Díaz, “Reinventar la naturaleza para hacernos cargo del Capitaloceno: la propuesta de Donna Haraway”, *Andamios* 18, núm. 46 (2021): 411–439.

²⁴ La investigadora Carolina Depetris sostiene que en el viaje “puede implicar tanto un desplazamiento físico hacia otro lugar como un desplazamiento ontológico”, Carolina Depetris, “Introducción”, en *Arte, ciencia y palabra. Escritos sobre viajes y viajeros*, ed. Carolina Depetris y Fernanda Valencia Suárez (Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 8. La redacción en su ambigüedad sintáctica presupone una distinción entre el viaje físico y el viaje ontológico. En mi opinión, todo viaje implica lo físico y lo ontológico, ya que el cuerpo es parte imprescindible del ser.

materiales, sociales y, en el caso de ser narrado, lingüísticas, al mismo tiempo. Es decir, puede hacerse una distinción solamente analítica entre el viaje de desplazamiento físico (experiencia vivida) y la práctica literaria-metafórica del viaje (experiencia narrativa). No todos los viajes han dejado huellas escritas, como diarios o informes. Pero en todo testimonio de viaje textual, están implicadas caminatas, cabalgatas, sentimientos, emociones, saberes, conocimientos, creencias y prácticas de los autores o autoras que les dieron origen, además de las huellas de los otros agentes.

Los viajes tienen como protagonistas a los viajeros. En la temporalidad de los siglos XVIII y XIX, se ha conceptualizado al viajero como un ser humano -generalmente masculino, blanco y rico- que emprende una movilización por un espacio lejano en busca de adquisición de conocimiento para un fin. Ese fin podía ser la fundación de una nueva misión o un pueblo, la recopilación de objetos y conocimientos para sociedades científicas, o la satisfacción de una curiosidad intelectual para lectores urbanos. Esas finalidades tienen connotaciones imperialistas y colonialistas, como lo han enfatizado los trabajos de autores como Edward Said o Mary Louise Pratt, entre otros.

Sin embargo, autores como James Clifford han criticado esta concepción eurocéntrica del viajero para proponer que bajo esta categoría también pueden caer “todos los sirvientes, ayudantes, acompañantes, guías y acarreadores que quedaron excluidos del papel de viajeros propiamente dichos”.²⁵ Por eso en esta investigación se buscó, a través de los indicios dejados por el viajero principal, la participación de los otros viajeros: soldados, arrieros o guías. Además, parte de esa comunidad la conformaban, también, caballos, mulas, asnos, perros, insectos, arácnidos y virus. Todos ellos tenían una presencia en la realización del viaje, constituyendo así una comunidad ensamblada multiespecie con distintos grados de agencia.²⁶

La agencia es un tema debatido a lo largo del siglo XX, principalmente en las ciencias sociales. Para el enfoque de esta investigación ha sido necesario un replanteamiento de su

²⁵ Clifford, James, *Itinerarios transculturales*. (Barcelona: Gedisa, 1999), 49.

²⁶ Así entiende la comunidad el filósofo e historiador Thom Van Dooren: “an entangled way of life, bound up in and becoming as part of a specific multispecies community”, Thom Van Dooren, *Flight Ways: Life and Loss at the Edge of Extinction*, Paperback edition, Critical Perspectives on Animals Theory, Culture, Science, and Law (New York: Columbia University Press, 2016), 42. En la historiografía tradicional, el viaje es definido desde su perspectiva antropológica, es decir, como el movimiento de los seres humanos, de una persona, de un lugar a otro, Van Den Abbeele, Georges, *Travel as Metaphor. From Montaigne to Rousseau* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992), XV. El autor cuestiona en su libro la conceptualización humanista del “lugar” (*oikos*) de partida y de llegada del viaje.

entendimiento, trascendiendo el antropocentrismo con el que se formuló en su génesis, especialmente desde la sociología. De manera muy general, se puede considerar a la agencia como la capacidad de afectar y ser afectado. Considerando la presencia afectante de otros seres más que humanos en el viaje, como los animales o las plantas, la agencia es cualquier ser que haga una diferencia para otro actor.²⁷ Retomando los postulados de Bruno Latour, se sostiene que los animales y el medio ambiente muestran su agencia cuando influyen en el modo en que se desarrolla la historia.

La filósofa Vinciane Despret circunscribe la agencia en un ensamblaje de agencias que denomina agenciamiento, definido como “una relación de fuerzas que hace que algunos seres sean capaces de volver a otros capaces, en una manera plurívoca”.²⁸ En ese sentido, la agencia, como producto del agenciamiento, no se limita a la racionalidad humana, pues otros seres más que humanos como plantas, animales u objetos, pueden ejercer su agencia en esa relación de fuerzas. La agencia puede ser encontrada en la planeación del viaje de un humano, en la búsqueda de caminos de una mula, en el maullido de un puma que provoca una estampida, en la mordedura de un insecto que enferma al viajero, o en un agave que crece en ciertos lugares, pero no en otros.

Incluso el clima ha sido subrayado como un agente en los viajes. De alguna u otra forma, el clima ha sido considerado en la historiografía como un elemento importante. Sin embargo, a partir del ensayo de Dipesh Chakrabarty sobre Clima e Historia, se ha hecho imprescindible para las posthumanidades discurrir sobre el clima como un agente histórico,²⁹ con presencia afectante, y no solo como un elemento del escenario de las acciones humanas. Es cierto que Chakrabarty lo ha pensado, principalmente, para los años en el Antropoceno, en que el cambio climático ha potencializado al clima como detonador de cambios de historia planetaria. Sin embargo, los tres primeros viajes de esta investigación fueron realizados por las comunidades viajeras en un tiempo que se ha enmarcado dentro la “Pequeña Edad de Hielo”, un periodo caracterizado por una volatilidad climática extrema.³⁰ Lluvias, sequías,

²⁷ Chris Pearson, “Beyond ‘Resistance’: Rethinking Nonhuman Agency for a ‘More-than-Human’ World”, *European Review of History: Revue Européenne d’histoire* 22, núm. 5 (2015): 712.

²⁸ Vinciane Despret, “De agentes secretos a la interagencia” (Buenos Aires: Centro Cultural Kirchner - Ministerio de Cultura Argentina, 2021), 16.

²⁹ Dipesh Chakrabarty, “Clima e Historia: cuatro tesis”, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, núm. 31 (2009): 51–69.

³⁰ Carlos Quintana, “La Pequeña Edad de Hielo: Ciencia y comunicación”, Universidad Maimónides – Fundación Azara, 2021, en: YouTube. Este periodo de disminución general de las temperaturas estuvo marcado

nevadas o vientos fuertes influyeron en los viajes analizados, en el trazado de sus rutas y en el ritmo de sus avances o retrocesos.

La capacidad de agencia -ser agente influyente en el desarrollo de un viaje- de diversas especies adquiere relevancia desde los neomaterialismos, ya que las contingencias del viaje como la falta de agua o alimento, el tipo de terreno o la disponibilidad de leña son situaciones donde las agencias se diversifican “en una animación de conjunto de todo lo que existe en donde no encontramos necesariamente distintos modos del ejercicio de la actividad”.³¹ Las posturas posthumanistas sobre la agencia diversificada y relacional suelen ser radicales al respecto. Pero es pertinente cuestionarse, admitida la no exclusividad de la agencia humana, sobre los efectos desiguales de las acciones en el agenciamiento de un viaje.

¿Tiene la misma influencia un humano que una planta en la relación de fuerzas del agenciamiento? ¿La performatividad de la acción de un humano viajero es la misma que la de una mula viajera? La postura asumida aquí, aceptando el riesgo de embonar en un “humanismo posthumano”, es la de que hay presencias más afectantes que otras en la realización de los viajes. De hecho, el asumir la teoría del Antropoceno como nueva era geológica es ya una aceptación tácita de que las acciones humanas han tenido, de manera palpable, más peso en los cambios climáticos y geológicos de los últimos siglos que las de otras especies. Por eso, aunque distintas agencias han sido puestas de manifiesto en esta investigación, son los viajeros humanos y su capacidad de agencia los que han tenido un papel protagónico en el análisis histórico. De ahí que cada capítulo comienza con un desglose de la experiencia viajera de esos materializadores de los diarios.

De la mirada a la experiencia viajera

La tradición historiográfica occidental se ha interesado en los dos últimos siglos por la mirada de los viajeros sobre lo otro. Esa preminencia de la mirada sobre otros sentidos ha sido

por la rápida expansión de los glaciares, una disminución de la actividad solar y un aumento de la actividad volcánica.

³¹ Y. M. Lo Feudo, “Mundos y agencias posthumanos”, *Cuadernos Filosóficos*, núm. 19 (2022): 12. El comprender a los sujetos ensamblados en un sistema de relaciones descentra la noción de agencia de lo humano y pasa a distribuirse en el ambiente, entre distintos actores humanos y no-humanos, Zerené Harcha, “Paisaje posthumano: subjetividades distribuidas en el ecosistema mediático”. Con esa descentralización, todas las entidades tienen algún grado de agencia y personidad (humanos, lugares y cosas) e interaccionan en el habitar, Leticia Saldi, Luis Mafferra, y J. Alejandro Barrientos Salinas, “Ontologías en disputa. Diálogos entre la antropología y la arqueología para la problematización de paisajes regionales”, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 26, núm. 37 (2019): 11.

característica de una epistemología que ha visto en la observación el método privilegiado para la adquisición de conocimiento. De ahí que también para los estudios sobre viajeros haya sido sustancial el análisis de lo que la investigadora Carolina Depetris ha denominado “epistemología de la mirada”. Es a través de la mirada de los viajeros que los lectores entran en contacto con la realidad observada:

De este modo, lo que no se ha constatado a través de la observación no queda registrado en el itinerario y, consecuentemente, no existe. Todas las noticias que el viaje descubre, incluso las noticias que ofrecen diarios previos, deben ser verificadas a través de la percepción ocular directa de lo que se aprehende. *Ver por vista de ojos* se revela en estos documentos como un principio epistemológico incuestionable para obtener información confiable del mundo físico.³²

Los viajeros no llegaban a sus lugares de inicio de viaje en blanco. Su mirada había sido mediada por su biografía, sus vivencias, sus memorias, sus lecturas.³³ Y, retomando los planteamientos de Said, Hartog y Depetris, llegaban con un conocimiento logocéntrico. Su mirada no era ingenua, sino que respondía a una experiencia viajera de quien ha tenido una educación humanista que ve en la naturaleza los recursos para el ideal progresista del proyecto modernizador de las monarquías y los estados nacionales de los siglos XVIII y XIX.

Desde la postura poscolonial, Mary L. Pratt también subrayó la carga ideológicamente imperialista -de ahí el título *Ojos imperiales* de su libro ya clásico- de la mirada de los viajeros. Por más que buscaban presentarse como neutrales y apolíticos, sus ojos estaban moldeados por el imperio para construir significados y alentar procesos de colonización desde el mundo europeo o estadounidense. Como bien lo ha dicho el historiador irlandés Michael Cronin en su más reciente obra, viajar en la era de la exploración revela el alcance global de la posibilidad extractivista para abrir nuevos territorios a la mirada apropiativa de misioneros y mercantes.³⁴

Sin embargo, la historiografía reciente ha tenido un giro de la mirada hacia la experiencia como objeto de estudio. La polisemia del concepto, tanto en los ambientes

³² Depetris, *La escritura de los viajes*, 17 [el énfasis es de la autora].

³³ Lawrence G. Desmond, “Photographing the Dream: Alice Dixon Le Plongeon in 19th Century Yucatán”, en *Arte, ciencia y palabra. Escritos sobre viajes y viajeros*, ed. Carolina Depetris y Fernanda Valencia Suárez (Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 19–53.

³⁴ Michael Cronin, *Eco-Travel: Journeying in the Age of the Anthropocene* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022), 8.

académicos como en el habla coloquial hacen imposible una historia conceptual exhaustiva. Quizá el autor a quien más se ha recurrido para discurrir sobre el tema sea Walter Benjamin. Para el filósofo judío, “una experiencia no es cualquier vivencia, ni cualquier encuentro con el mundo: es una elaboración de ese material en la forma de un relato significativo para otros”.³⁵ Benjamin distinguía entre la experiencia como vivencia inmediata (*Erlebnis*) y experiencia asimilada (*Erfahrung*) que, trascendiendo lo personal o privado de la vivencia, resulta comunicable, adquiriendo un carácter colectivo o compartido. Hay pues todo un proceso para que la vivencia inmediata pueda llegar a ser considerada una experiencia asimilada. Pero vayamos paso a paso en lo que en esta investigación se ha entendido como la experiencia viajera.

La vivencia de lo inmediato se presenta, en un primer momento, a través de los sentidos corpóreos. El cuerpo es la manera como los humanos y otras especies se hacen presentes en la realidad inmediata. El viajero es el ser que se relaciona ontológicamente, a través de su cuerpo en un primer momento, en un espacio donde interactúa con otros humanos y otras entidades más que humanas. Los viajeros pisaron la tierra, el barro o la nieve, gustaron frutas como la pitaya, respiraron el frío de una nevada y miraron indígenas desnudos. En ese descentramiento de la mirada, como ha señalado Patricia Vieira, han sido los escritores románticos quienes primero comenzaron a “destruir la primacía de la vista” para contemplar otros sentidos como el oído o el tacto.³⁶ El primer elemento de lo que aquí se ha entendido por experiencia viajera es, entonces, una forma de relación ontológica de los cuerpos viajeros con el entorno.

Lo escabroso para los y las historiadores es poder acceder a ese paso de la vivencia inmediata a la experiencia asimilada. Algunas posturas radicales han sostenido la imposibilidad de tal empresa, pues argumentan que la narración mata la experiencia.³⁷ En esta investigación se ha hecho un acercamiento con un enfoque más optimista que admite la

³⁵ Tatiana Staroselsky, “Consideraciones en torno al concepto de experiencia en Walter Benjamin”, en *X Jornadas de Investigación en Filosofía*, ed. Memoria Académica (Ensenada, Argentina: Universidad Nacional de la Plata, 2015), 10.

³⁶ Patricia Vieira, “La caverna en Platón y Novalis” (Ponencia, IV Jornadas de literatura, cine y montaña, Euskara, 2013).

³⁷ Como lo recordaba LaCapra, el giro lingüístico de la historiografía, ejemplificada en Hayden White, consideraba a la experiencia como una mera construcción discursiva que escapaba a toda pretensión de objetividad. En su lugar, se prestaba excesiva atención a los procesos performativos y de ficcionalización, Dominick LaCapra, *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006), 58.

“discordancia” de la experiencia inmediata del viajero respecto a su contexto. En palabras de Frank Ankersmit, la “improbable probabilidad” lleva al “convencimiento que nos deja esta experiencia de que se puede realizar un contacto absolutamente auténtico con el pasado”.³⁸ En ese paso de la experiencia sensible y vivida a la otra experiencia, la de la escritura del diario de viaje, se vinculan las subjetividades propias de los viajeros con las necesidades de los discursos imperiales, con los concernientes procesos de selección y significación.³⁹

Esa etapa de la “experiencia narrativa” coincide con la “experiencia viajera” de la que ha escrito el historiador Edgardo Pérez, quien la definió como

todo el contexto amplio del cual finalmente quedó un testimonio escrito: intenciones del viaje; etapas y sucesos del mismo; matrices culturales y modelos cognoscitivos que sirven para dotarlo de sentido y realizar los ejercicios de percepción y escritura; relaciones con otros viajeros y con las instituciones del mundo colonial, y finalidad última, manifiesta o circunstancial, de los recorridos y sus relatos.⁴⁰

Es una definición amplia de la experiencia viajera, pero sigue estando en el campo epistemológico de la filosofía occidental moderna. De manera muy general, se puede decir que para el humanismo filosófico la experiencia corresponde a la acumulación mental de representaciones sobre el mundo observado; como escribió Edgardo Pérez, las “matrices culturales y modelos cognoscitivos” sobre el mundo. Sin embargo, hay otra manera de entender la experiencia. Para los indígenas Ojibwa de Canadá, por ejemplo, la experiencia se adquiere moviéndose por su entorno (*enviroment*), sea en sueños o despiertos, mirando, escuchando, sintiendo y buscando activamente los signos que le son revelados. “La experiencia, aquí, equivale a una especie de participación sensorial, un acoplamiento del movimiento de la propia conciencia al movimiento de aspectos del mundo”.⁴¹ Es decir, la

³⁸ Frank Ankersmit, “La experiencia histórica”, *Historia y Grafía*, núm. 10 (1998): 230.

³⁹ Esa dinámica ha sido analizada recientemente con respecto a una crónica del siglo XVI, en que “lo visto y sentido es decodificado y puesto al servicio de una intencionalidad en medio de la escritura, la cual convierte la ‘experiencia vivida’ en una ‘experiencia narrativa’”, Juan Pablo Cruz Medina, “Lo sentido y lo narrado: el valor de la experiencia en la escritura de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo, 1535-1549”, *Historia Crítica*, núm. 94 (2024): 69.

⁴⁰ Edgardo Pérez Morales, *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera. Misioneros y naturalistas en América Andina durante el siglo XVIII* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar - Corporación Editora Nacional, 2012), 24.

⁴¹ Tim Ingold, “A Circumpolar Night’s Dream”, en *The Routledge International Handbook of More-than-Human Studies*, ed. Adrian Franklin (London: Routledge, 2024), 89 [Traducción personal]. Es así que la heterogeneidad de las experiencias personales mediatizan el sentido del lugar, la representación territorial u los

experiencia no solo puede ser un proceso gnoseológico (el bagaje intelectual y cultural que trae el viajero consigo), también es una relación ontológica (la participación sensorial en los mundos por los que viaja).

En resumen, lo que esta investigación ha pretendido es ir más allá del estudio humanista de los diarios de viaje, caracterizados con generalidad en la “visión” de unos humanos por otros humanos. Lo que se ha pretendido es resaltar la experiencia de cuatro viajeros, con matrices culturales diversas, en un espacio bajacaliforniano -con su parte peninsular y su segmento continental- similar a los cuatro. Los viajeros no solo veían ese espacio común -en gran medida siguieron los mismos caminos- con los cambios en el tiempo, sino que lo sentían, lo vivían, lo padecían -en el sentido del *pathos* griego-, e interactuaban con los habitantes de esos espacios, humanos y no-humanos. Las experiencias diversas de cada viajero son las que permitieron una percepción auténtica de lo experimentado vivido y lo experimentado narrado, dando paso así a la construcción de paisajes disímiles.

La construcción de paisajes ensamblados

Hablar de *paisaje* es adentrarnos en una vasta gama de significaciones y utilizaciones del concepto. En la actualidad, parece estar por todas partes y acuñado por los ámbitos académicos, en las ciencias sociales, las humanidades, el arte y, de manera más recurrente, en la geografía. Pero también en otros ambientes fuera de lo académico el paisaje es palabra común y se puede escuchar en las conversaciones de turistas, peregrinos, senderistas o visitantes a un museo.⁴² Un libro reciente, de compilación interdisciplinaria, recoge una serie de capítulos que, desde disciplinas diferentes como la literatura, la arquitectura, la antropología, la geografía o la historia, ejemplifica bien la diversidad de enfoques acerca del paisaje. Desde la introducción, los editores hablan de “diferentes tipos de paisajes” que es estudiado en nuevas y diversas corrientes.⁴³ En su origen etimológico, paisaje remite a la

comportamientos y expectativas territoriales, María Ángeles Durán, “Paisajes del cuerpo”, en *La construcción social del paisaje*, ed. Joan Nogué, Paisaje y Teoría (Madrid: Biblioteca Nueva, 2007), 29.

⁴² En noviembre de 2020, en un edificio construido en el siglo XIX en el centro histórico de la ciudad de La Paz, abrió sus puertas por primera vez el Museo de Arte De Baja California Sur. El museo abrió con dos exposiciones de pintura. Ambas exposiciones tenían el tema común del *paisaje*. Una exposición era de arte local y se titulaba “Panorámica. La estética del paisaje en la plástica sudcaliforniana”. La otra exposición exhibía pinturas del Museo de Arte moderno de la Ciudad de México y contenía el título más escueto de “Paisajes”.

⁴³ Félix Alfonso Martínez Sánchez, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete, “Introducción”, en *Arte, Historia y Cultura. Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje*, ed. Félix

palabra francesa *pays* con su significado de campo o distrito. Esta palabra está conformada con el sufijo *aje* (conjunto). Entonces, la etimología de la categoría podría referir en su origen a un campo abierto que se ve desde un lugar. Por eso ha sido necesario un calificativo que, formando sintagma con paisaje, exprese lo que se ha entendido en este estudio de los diarios de viajeros.

En sentido estricto, pues, el paisaje no existe; no tiene una existencia material propia. El paisaje existe solo en relación con un sujeto -individual o social- que lo construye. Es así que el paisaje “puede interpretarse como un producto social, como el resultado de una transformación colectiva de la naturaleza y como la proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado”.⁴⁴ En el caso de los viajeros, al transitar por espacios variados a lo largo de su recorrido, se impone el uso del plural *paisajes* en vez del singular *paisaje*. A través de los diarios de viaje, no solo nos asomamos al mundo de los espacios por los que caminaron o cabalgaron, sino que también vislumbramos la composición que los viajeros hicieron de ese mundo a través de su experiencia viajera y narrativa.

La composición o construcción de los paisajes, en tiempos del Antropoceno, requiere por nuestra parte un esfuerzo que ponga de manifiesto la deconstrucción de hegemonías universales que los viajeros proyectaron sobre el mundo. Para Anna Tsing, por ejemplo, es fundamental la observación de patrones de ensamblajes humanos y no-humanos emergido históricamente en una estructura paisajística.⁴⁵ En esa estructura del paisaje -continúa la propuesta de Tsing- se muestran patrones morfológicos en los cuales humanos y no-humanos están organizados; por ejemplo: un bosque, una ciudad, una sierra, un desierto.

Una propuesta que, dentro de la historiografía, ha intentado analizar la categoría del paisaje cercana a la que estamos esgrimiendo es la que añade el epígrafe de *monista*. Desde la geografía ambiental en relación con la historia, dos autores mexicanos proponen el siguiente argumento:

Alfonso Martínez Sánchez, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2017), 5–11.

⁴⁴ Joan Nogué, “El paisaje como constructo social”, en *La construcción social del paisaje*, ed. Joan Nogué, Paisaje y Teoría (Madrid: Biblioteca Nueva, 2007), 11.

⁴⁵ Anna Lowenhaupt Tsing, Andrew S. Mathews, y Nils Bubandt, “Patchy Anthropocene: Landscape Structure, Multispecies History, and the Retooling of Anthropology: An Introduction to Supplement 20”, *Current Anthropology* 60, núm. S20 (2019): S187. La expresión en inglés es “landscape structure”.

Nuestra sugerencia es asumir una postura monista, en que la naturaleza y la sociedad se ubican inseparablemente en un marco común o como una totalidad, enfatizando la vinculación holística del ser humano en los procesos ecológicos e incluyendo aspectos que las ciencias biológicas pasaban por alto, tales como la mente humana, la religión, el ritual y la estética.⁴⁶

La apelación al calificativo “monista” remite a un universo formado por una sola sustancia en la que los elementos divinos, naturales y humanos son una y la misma cosa. El paisaje es percibido como una unidad espacio-temporal, donde los elementos naturales y culturales convergen en una sólida y dinámica comunión. Sin embargo, la postura monista del paisaje sigue distinguiendo los elementos humanos de los naturales, una dualidad propia de la racionalidad humanista de tipo cartesiana. Entonces, esta tesis se auxilió de algunos aportes de los enfoques posthumanistas en busca de una comprensión del paisaje que respondiera mejor a las experiencias de los viajeros en interacción con otros entes humanos y más que humanos, es decir, la construcción de paisajes ensamblados.⁴⁷

Los paisajes ensamblados sitúan al homo sapiens en una serie de interacciones con otros seres, como animales no humanos, plantas, microorganismos, hongos, mares, ríos, montañas, piedras y objetos que, como se ha visto anteriormente, tienen su participación en el sistema de agenciamiento. Este enfoque ensamblado de los paisajes pretende indagar las relaciones que incumben más allá de lo humano, como se ha sostenido desde la antropología y la arqueología:

El giro fundamental del enfoque relacional es que estas actividades y prácticas no se limitan a los seres humanos, sino al conjunto de entidades vivas; entendiendo por ello a todas aquellas entidades con algún grado de agencia y personidad (humanos, lugares y cosas) que participan e interaccionan (socialmente) en el habitar... el paisaje está vivo, activo, empoderado y es un espacio de sociabilidad entre los factores humanos y otras entidades vivas.⁴⁸

⁴⁶ Pedro S. Urquijo Torres y Narciso Barrera Bassols, “Historia y paisaje. Explorando un concepto geográfico monista”, *Andamios* 5, núm. 10 (2009): 229.

⁴⁷ Es difícil la traducción al español del término en inglés *entangled*. De acuerdo con Marek Tamm, *entangled* refiere a las relaciones interactivas del sistema planetario, también designadas como “prácticas natoculturales”. Esta manera de entender las relaciones ontológicas del planeta busca proponer una postura que sustituya la dicotomía entre lo social/cultural/político y lo natural/físico/biológico, Tamm, “Introduction. A Framework for Debating New Approaches To History”, 6. Otras posibles traducciones pudieran ser: imbricado, enmarañado, entrelazado o enredado.

⁴⁸ Saldi, Mafferra, y Barrientos Salinas, “Ontologías en disputa. Diálogos entre la antropología y la arqueología para la problematización de paisajes regionales”, 5.

Por su parte, la arquitecta Amaya Larrucea ha puesto de relieve la forma diversa en que el paisaje es concebido por Occidente y por los grupos originarios de Mesoamérica. Para los primeros, es necesario un espectador o un narrador -pensemos en un viajero- que mira desde fuera e interpreta. El ser humano es el observador, y el mundo -naturaleza objetivada- es el objeto mirado a la distancia; ambos elementos son indispensables para el paisaje. En cambio, para los grupos indígenas “el ser humano es una parte vital imbuida en la naturaleza que está formada por otros elementos animados que interactúan y se determinan por medio de conexiones indisolubles en múltiples formas”.⁴⁹ Es decir, en esta segunda forma de entender el paisaje, el ser humano es uno más de los elementos ensamblados del paisaje, no un agente externo a él. No es que se tenga que optar por una u otra perspectiva de los paisajes, sino de poder integrar ambos aspectos: la experiencia del viajero (individuo que llega de fuera) y las realidades donde se hace presente y que tienen sus interacciones y sus agencias.

En esos paisajes ensamblados, la historia, más que nunca, necesita de la interdisciplinariedad. Ya la Escuela de los *Annales*, en sus distintas etapas o generaciones, ha propuesto a la economía, la geografía o la antropología como ciencias coadyuvantes de la historia.⁵⁰ Los acercamientos materialistas y marxistas acudían a la sociología; la historia cultural recurrió a la antropología; el llamado giro lingüístico optó por la literatura y la filosofía. Todos estos esfuerzos de interdisciplinariedad han recurrido a lo que se ha denominado tradicionalmente como “ciencias humanas”, en contraposición a las “ciencias naturales”. Sin embargo, el análisis de los paisajes ensamblados hace uso de las ciencias como la geología, la biología o la ecología. Es más, hace suyos los hallazgos de las Ciencias del Sistema Tierra (ESS por sus siglas en inglés), formalizadas desde la década de los ochenta para estudiar el planeta como un sistema integrado, sin la separación clásica de las ciencias humanas y naturales.⁵¹

⁴⁹ Amaya Larrucea Garritz, “La significación del paisaje: desde los volcanes”, en *Arte, Historia y Cultura. Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje*, ed. Félix Alfonso Martínez Sánchez, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2017), 31.

⁵⁰ En esta Escuela, en su primera etapa, liderada por Marc Bloch y Lucien Febvre, se optó principalmente por la economía. La segunda etapa, con Fernad Braudel como su exponente más visible, tuvo un auge importante sobre todo con la geografía. La tercera etapa, personificada por Jaques LeGoff, recurrió con predilección por la antropología para una historia de las mentalidades.

⁵¹ Las Ciencias del Sistema Tierra surgieron como una respuesta a los predicamentos del Antropoceno. Estas ESS estudian de manera simultánea ambas historias -natural y humana- sin poder comprender una perspectiva

Entonces, la deconstrucción de los paisajes ensamblados, como se entiende en esta investigación, asume las contribuciones de la historiografía, pero las complementa con la perspectiva de otros agentes ensamblados en la experiencia de los viajeros. Los aportes de la nueva historia cultural han sido valiosos en el estudio de los relatos de viajeros, pero en el siglo XXI, se muestran insuficientes ante la demanda creciente de lo que Peter Burke ha denominado “natural turn”.⁵² El desentrañar las relaciones de agenciamiento de los seres más que humanos que los viajeros experimentaron demanda una cierta alfabetización en cuestiones científicas.⁵³

Los elementos ensamblados de los paisajes

El estudio de la construcción de los paisajes ensamblados en los diarios de viajeros, en esta investigación, utilizó el análisis juicioso de las valoraciones humanistas que esos hombres blancos plasmaron sobre los elementos que constituían la estructura paisajística que experimentaron. La valoración principal en los cuatro viajeros ha sido la “utilitarista”, plasmada en el binomio antitético utilidad/inutilidad. Esa construcción de los paisajes basada en el principio utilitarista se complementó con otros principios dualistas de carácter estético (fealdad/belleza), moral (buenos/malos), religiosa (cristianos/gentiles) o cultural (civilización/naturaleza). Esas valoraciones formaron parte de la construcción de los paisajes en sus diarios, pues fueron aplicadas a humanos, animales, plantas y otras entidades con las que se relacionaron.

Con respecto a los seres humanos, el interés principal se puso en los indígenas con los que los viajeros interactuaron. Distintos autores han advertido sobre la dificultad de acercarse a la realidad humana en los textos escritos por hombres blancos de pensamiento occidental. Guy Rozat, de manera tajante, alerta sobre una aparente imposibilidad para saber algo sobre los “indios” observados por cronistas y viajeros. En lugar de ellos, serían los españoles quienes se proyectarían en sus narraciones:

por sí sola, Zoltán Boldizsár Simon y Julia Adeney Thomas, “Earth System Science, Anthropocene Historiography, and Three Forms of Human Agency”, *Isis* 113, núm. 2 (2022): 402-403.

⁵² Peter Burke, “Writing History in the 21st Century: Challenges and Responses”, *Historia* 396 8, núm. 2 (2018): 22. En este giro se inscriben nuevos intentos por escribir una historia con animales y cosas que tienen atributos de alguna clase de agencia o autonomía.

⁵³ La afirmación de Domanska es tajante al respecto, al aseverar que hoy no es de la filosofía sino la biología de quien la historia está aprendiendo, Domanska, “Posthumanist History”, 328.

Tomar conciencia de que el historiador, al leer, y después al escribir a su vez sobre la conquista espiritual del norte, no va hacia los indios, no se acerca a ellos, no descubre una verdad del indio que la investigación bien llevada le hubiera permitido alcanzar, sino que lo acerca más hacia los españoles, hacia el saber cristiano, hacia el imaginario y las prácticas del *logos* occidental.⁵⁴

Para el historiador francés, no hay que preguntar cómo eran los indios reales, sino cómo pueden ser indios en los textos de los narradores. Sin negar la validez vigente de esta postura enclavada en el giro lingüístico de la historiografía, considero que es más apropiado el planteamiento de la historiadora Diana Roselly sobre la dificultad, mas no imposibilidad, de acercarnos a la realidad humana de los indígenas a través de la experiencia de los viajeros: “En estas narraciones se alternan las descripciones y la profusión de datos con la reiteración de prejuicios, arquetipos y, en muchos casos, relatos ficcionales. Todo ello hace de estas obras ricas fuentes para la historia, pero representan también un reto metodológico para su crítica y análisis”.⁵⁵

Los viajeros aplicaron a los “indios” e “indias” -la distinción del género fue importante para ellos- las valoraciones humanistas y los dividieron, no de forma maniquea sino dualista, en amigos y enemigos, neófitos y gentiles (infieles), nobles y bárbaros, civilizados y salvajes. La construcción de los paisajes, donde incluían sus experiencias con otros humanos, estaba basada en lo que Hartog ha denominado “retórica de la alteridad”.⁵⁶ Pero en sus diarios quedaron inscritos también los indicios de la perspectiva de esos indios e indias a través de sus huidas, su desnudez, su baile, sus negociaciones, su trabajo y su orgullo.⁵⁷ El ensamblaje de esos indios e indias en los paisajes construidos de los viajeros no

⁵⁴ Guy Rozat, *América, imperio del demonio. Cuentos y recuentos* (México: Universidad Iberoamericana, 1995), 65-66.

⁵⁵ Diana Roselly Pérez Gerardo, “Las mujeres de las fronteras americanas en la expedición científica de Jean-François de Galaup. Santa Catarina, Concepción y Monterrey (siglo XVIII)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 26, núm. 2 (2021): 234.

⁵⁶ El historiador francés lo plasma de esta manera: “Se tratará de descubrir una retórica de la alteridad puesta en práctica en el texto, delimitar algunas de sus representaciones y desmontar algunos de sus métodos; en síntesis, reunir las reglas operatorias de la fabricación del otro”, Hartog, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, 205.

⁵⁷ El paradigma indiciario ha sido propuesto por el historiador italiano Carlo Ginzburg, uno de los más reconocidos representantes de la microhistoria. Tomando como base el método de los signos del arte en sus detalles más omisibles de Giovanni Morelli, del seguimiento de los indicios del personaje Sherlock Holmes, y de los síntomas del psicoanálisis, se entiende el paradigma indiciario como un método interpretativo apoyado sobre los descartes, sobre los datos marginales, Carlo Ginzburg, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”,

fue tersa, sino que representó incertidumbres, asperezas, desencuentros, negociaciones, resistencias y colaboraciones. Tales construcciones fueron testimonios de intentos de sincronizar elementos múltiples y habitantes de diversas temporalidades en una complicada simultaneidad de estructuras paisajísticas.

Los animales no-humanos también formaron parte de los paisajes ensamblados, ya sea como acompañantes de los humanos o como agentes que se entrecruzaron en la ruta de las comunidades viajeras interactuaron de distintas maneras. De hecho, la historia no se ha desentendido de los animales no-humanos. Los historiadores los han investigado como alimento, mercancía, domesticación y otros aspectos. Sin embargo, su representación y los efectos que la actividad humana ha tenido en ellos se estudiaron hasta finales del siglo pasado, con un marcado impulso de la *Animal History*, en buena medida gracias a las investigaciones de Harriet Ritvo.⁵⁸ Recientemente se ha estudiado a los animales no-humanos como parte del ensamblaje planetario, con subjetividad y capacidad de agencia, características que están presentes en los diarios de viaje, pero que no se habían destacado suficientemente en la historiografía humanista.⁵⁹ En el análisis de la construcción de los paisajes ensamblados, se ha buscado resaltar la presencia y agencia -cuando la hubo- de los animales.

En el mismo sentido, se consideró la relación de los viajeros con las plantas según lo redactaron en sus textos. Ellos fueron picados por sus espinas, probaron sus frutos, comieron sus pencas, etc., en fin, experimentaron que también tenían su rol en el agenciamiento y fueron parte de los paisajes ensamblados.⁶⁰ Y valdría decir lo mismo para otros seres que, en

en *Tentativas*, ed. Trad. Ventura Aguirre (Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003), 93–155. Los cuatro viajeros seleccionados tienen a los agentes humanos como centro de sus escritos, por lo que el principio indiciario fue útil para resaltar los elementos no-humanos imbricados del paisaje.

⁵⁸ Los animales han sido evocados como sujetos de la actividad humana y como objeto de su curiosidad, además de ser meritorios de juicios morales, Harriet Ritvo, “Introduction: The Nature of the Beast”, en *The Animal Estate. The English and other creatures in the victorian age* (London: Harvard University Press, 1987), 1–42; Harriet Ritvo, “Animal Planet”, *Environmental History* 9, núm. 2 (2004): 204–220.

⁵⁹ En Brasil, por ejemplo, los exploradores miraron a los animales como seres capaces de expresar sentimientos y actitudes humanas, como fuentes de poder espiritual o como agentes de remedios médicos, Ana Lucia Camphora, *Animals and Society in Brazil: from the Sixteenth to Nineteenth Centuries* (Cambridgeshire: The White Horse Press, 2021), 5-6.

⁶⁰ Desde la historia del arte en Brasil, se asegura que, en la historiografía nacional, cuando la flora aparece en los textos, es concebida como instrumentalizada para los intereses humanos, negando así su agencia y relegándola a un fondo, Bruno Capilé, Ana Marcela França, y Gabriel Paes da Silva Sales, “La agencia compartida de plantas y humanos en la elaboración del mosaico paisajístico de Río de Janeiro del ochocientos. Una propuesta metodológica”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 26, núm. 2 (2021): 49–80.

ontologías indígenas, forman parte de los paisajes ensamblados a los que nos estamos refiriendo:

Para muchas ontologías relacionales... la persona está compuesta por una constelación de distintos seres como animales, plantas, cerros, ríos, cuevas y otras entidades anímicas que habitan los lugares, todos los cuales, de manera recíproca, también tienen su propio estatuto ontológico como personas.⁶¹

Finalmente, esas relaciones de agenciamiento en las estructuras paisajísticas no deben dar la impresión de un acomodo totalmente armónico y simplista, como se indicó antes respecto a las relaciones de humanos. Por el contrario, los paisajes son una construcción fragmentaria, “un mosaico de conjuntos abiertos de formas de vida interrelacionadas, cada una de las cuales se abre a su vez a un mosaico de ritmos temporales y arcos espaciales”.⁶² Utilizando una metáfora musical como interpretación del mundo, Anna Tsing considera a los paisajes ensamblados no como una monofonía (distintos sonidos supeditados a una melodía principal), sino como un conjunto polifónico, es decir, como la agrupación de distintos ritmos que son resultado de diversos proyectos de creación de mundos, humanos y no-humanos.⁶³

Seguir los pasos de otros: estado de la cuestión

La literatura de viajes en la historiografía

La literatura de viajeros y, en menor medida, viajeras, ha cobrado gran interés en las ciencias sociales y las humanidades desde las últimas décadas del siglo pasado. Para el historicismo decimonónico y para la historiografía positivista, los relatos de viajes no podían ser considerados fuentes históricas, ya que no pertenecían al ámbito de los archivos oficialistas y, además, su contenido incluía una dimensión “subjetiva”, fruto de las observaciones personales de los y las viajeros/as. El pretendido objetivismo del historicismo rankeano imposibilita así la contemplación de los diarios de viaje como fuentes de un estudio histórico,

⁶¹ Omar Felipe Giraldo, “Introducción: Conflictos ontológicos y ontología política”, en *Conflictos entre mundos. Negación de la alteridad, diferencia radical, ontología política.*, ed. Omar Felipe Giraldo (Chetumal: ECOSUR - INAH - ENAH, 2022), 13.

⁶² Tsing, Anna Lowenhaupt, *La Seta del Fin del Mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas* (Madrid: Capitán Swing, 2021), 13.

⁶³ También el filósofo Hans Blumenberg utilizó una metáfora, la de la lectura. Sostuvo que la naturaleza ha sido plasmada en la imagen de un libro en una larga tradición occidental, desde los presocráticos griegos hasta la actualidad. Un libro que, transitando por las distintas etapas históricas, ha sido leído de distinta manera, Blumenberg, Hans, *La legibilidad del mundo* (Barcelona: Paidós, 2000).

dejando a estos relatos como obras de literatura, al estilo de la publicación de Julio Verne: *Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros*.

Tampoco la Escuela de los *Annales* se interesó por los relatos de los viajeros como objeto de estudio por sí mismos. Más bien, acudían a escritos de viajeros europeos, principalmente informes y anotaciones, para complementar el aparato crítico de sus fuentes.⁶⁴ La apertura de esta corriente historiográfica a nuevos archivos como los parroquiales, municipales o aduanales, con la interdisciplinariedad a la economía y la sociología no alcanzó a los diarios de viaje como textos principales. El interés por nuevos actores sociales como sujetos de estudio no contemplaba a los miembros de las élites, con recursos, financiamiento y tiempo disponible para realizar los largos viajes por barco y caminos de tierra.

Un hito importante que marcó un antecedente en el estudio histórico de la manera en que los viajeros han construido una mirada del paisaje con repercusiones epistemológicas significativas fue el libro *Orientalismo* (1978) del crítico literario Edward Said. Desde una postura poscolonialista, el autor de origen palestino nacionalizado estadounidense describió y criticó la forma en que el Occidente, particularmente los imperios europeos (Inglaterra y Francia), ha creado una imagen falsa y romantizada del Oriente que ha justificado la colonización política y cultural. Para Said, la mirada de los viajeros occidentales ha justificado ideológicamente discursos de superioridad del occidente sobre el oriente con su consecuencia imperialista y colonizadora.⁶⁵ En esta construcción del discurso sobre el Oriente -lo mismo podría aplicarse al continente africano, aunque con sus particularidades- han participado los viajeros con sus relatos reforzando este discurso imperialista.

En el mismo tenor, François Hartog postuló algunos presupuestos metodológicos, con bastante repercusión en los círculos académicos, sobre el estudio de la mirada de los viajeros. Tomando como paradigma la obra de Heródoto sobre los escitas, el historiador francés

⁶⁴ Así, por ejemplo, la obra emblemática de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, recurre a algunos viajeros de distintos siglos -todos europeos- como el jurista francés Philippe Canaye (s. XVI), el soldado y cronista español Diego Suárez (s. XVI), el diplomático francés Barón Jean-François Bourgoing (s. XVIII) o el viajero inglés Henri Holland (s. XIX).

⁶⁵ Said definió el orientalismo como “un modo de relacionarse con Oriente basado en el lugar especial que este ocupa en la experiencia de Europa occidental”, Edward W. Said, *Orientalismo*, trad. María Luis Fuentes, 2a ed. (Barcelona: Random House, 2008), 20. Para su estudio, acudió a textos de diversa índole como estudios filosóficos, antologías de literatura oriental, libros de fantasía y, por supuesto, relatos de viajes. Esos relatos de viajeros -escribió Said- sirvieron a Occidente para crear colonias y asegurar las perspectivas etnocéntricas (p. 166).

consideró que no es posible indagar sobre los escitas reales, sino sobre los escitas que Heródoto describe. Los viajeros son, a través de sus ojos, traductores que permiten pasar al lector del mundo del relato al mundo de donde se relata; colocar la cosa frente a los ojos, pero precisamente colocando otra.⁶⁶ En esta retórica de la alteridad, en que el viajero “hace ver” con la autoridad del que estuvo ahí y vio con sus propios ojos, “decir el otro es una manera de hablar de nosotros”.⁶⁷

Fue hasta la década de los noventa del siglo XX donde la coyuntura de ciertos factores hizo que la historia asumiera a las obras de los viajeros como fuentes históricas dignas de estudio. La interdisciplinariedad en esa década fue transitando de la sociología a la antropología como ciencia hermana de la historia. Fue así que la nueva historia cultural tomó interés por los viajeros como traductores culturales con sus visiones del mundo que visitaban. Para el historiador cultural James Clifford, los diarios de viaje pueden ser considerados como textos etnográficos, “orquestraciones de intercambio multívocos que ocurren en situaciones políticamente cargadas”.⁶⁸ En este acercamiento, donde el viaje es analizado como una práctica cultural diversificada, se hace necesario el estudio del contexto del lugar donde se parte y no solo al lugar al que se llega o por el que se desplaza.⁶⁹

Esa es la postura que tomó Natalie Zemon Davis en su biografía cultural sobre León el Africano, un “viajero entre dos mundos”. En ese libro de la historiadora estadounidense, el objeto de estudio no es el diario de viaje como tal, sino las prácticas de traducción y transmisión cultural del viajero musulmán en relación con la alteridad. La preocupación por la alteridad cultural fue uno de los afanes de la historia cultural, compartida por antropólogos e historiadores, con la cuota, en muchas ocasiones, del eurocentrismo que ha denunciado con agudeza Johannes Fabian.⁷⁰

⁶⁶ Hartog, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, 207.

⁶⁷ Hartog, 335. Para la fabricación del otro, el viajero tiene a su disposición diversas herramientas retóricas como la diferenciación, la inversión, las maravillas, la traducción, nominalización, clasificación y descripción.

⁶⁸ Clifford, James, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna* (Barcelona: Gedisa, 1995), 24. El autor hace una crítica de estos textos etnográficos invitando a leerlos a “contrapelo” de la voz dominante para encontrar otras voces escondidas, reinterpreta las descripciones, los textos y las citas colectadas por los escritores, p. 73.

⁶⁹ El mito del viaje es que solo los humanos con seguridad y libertad tienen el privilegio de moverse. Por eso la propuesta de Clifford es que en las historias de viaje puedan caber todo tipo de desplazamientos como las migraciones o los peregrinajes, Clifford, James, *Itinerarios transculturales*. (Barcelona: Gedisa, 1999), 55-61.

⁷⁰ Para el “buen historiador” y para el antropólogo, la alteridad se ha constituido en un único y solo problema. Para el historiador, la alteridad conlleva una lejanía temporal, mientras que para el antropólogo la alteridad implica una lejanía espacial y de distribución, Johannes Fabian, *El tiempo y el Otro. Cómo construye su objeto*

En un artículo del investigador de la lengua española, el académico radicado en Alemania, Francisco Uzcanga, esboza los posibles detonantes que hicieron que los estudios literarios se interesaran por los relatos de viajeros. Además de algunas peculiaridades históricas españolas, dos factores pueden aducirse para otras latitudes, válidas también para la ciencia histórica: por una parte, el interés por recuperar los testimonios de la memoria individual o colectiva y, por otra parte, puede ser indicio “de la posmoderna tendencia al mestizaje genérico: la misma hibridez, polimorfismo y ambigüedad de los libros de viaje, su naturaleza narrativa-descriptiva-ensayística, la mezcla de lo factual y ficcional ayudarían a explicar la actualidad del género”.⁷¹ Así, la corriente poscolonial proporcionó un impulso más para que la historia, en diálogo con la crítica del lenguaje, abordara los diarios de viaje como uno más de sus objetos de investigación.

El escenario de una nueva etapa en los estudios críticos del colonialismo, principalmente en el continente americano, abrió nuevos horizontes al estudio de la literatura de viajeros. En esta corriente historiográfica se sitúa el libro, al que ya se ha referido antes, de *Ojos Imperiales* (1992) de la canadiense Mary L. Pratt.⁷² Desde un acercamiento contextualizado en el mundo imperial -una canadiense en relación con el Reino Unido-, hace un análisis de relatos de varios viajeros en los siglos XVIII y XIX.⁷³ Utilizando categorías como “zona de contacto” o “anticonquista” para analizar las interacciones culturales entre los viajeros y los paisajes descritos por ellos, clasifica a los viajeros conforme al interés y el género de escritura de los relatos: románticos o científicos. Una de las más importantes aportaciones de este libro es su visión comparativa, pues contempla a los viajeros desde un enfoque global, aunque su objetivo primario parece ser los relatos sobre el continente americano.

Dada la amplitud de la historiografía sobre este rubro a nivel global, se consideró solamente algunas publicaciones que ejemplifiquen algunos abordajes a los textos de viajeros en el continente americano y, más concretamente, en México, siendo consciente de la

la antropología, ed. Cristóbal Gnecco (Bogotá: Ediciones Uniandes - Editorial Universidad del Cauca, 2019), 98.

⁷¹ Francisco Uzcanga Meinecke, “Estudios sobre literatura de viajes (1995-2005)”, *Iberoamericana* 247, núm. 23 (2006): 204.

⁷² Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010). El libro fue publicado por primera vez en inglés en 1992.

⁷³ En la segunda edición del texto fue añadido un capítulo sobre la época de los viajes y las movilidades en la época contemporánea (s. XX) como paradigmas de la posmodernidad.

imposibilidad de un análisis exhaustivo. Los viajeros extranjeros por los Estados Unidos, así como los propios viajeros estadounidenses por otras partes del mundo, incluyendo de manera genérica Suramérica, son los dos enfoques con los que los editores de Princeton, Alfred Bendixen y Judith Hamera, compilaron una serie de trabajos realizados por autores y autoras anglosajones.⁷⁴ Tanto los editores como los colaboradores están ligados con los estudios literarios y las artes, desde enfoques de género e identidad. La mayor parte de las aportaciones de este libro abordan los escritos de viajeros en la larga duración. Sin demeritar la contribución valiosa de esta obra, no deja de ser un esfuerzo que se ciñe a los límites de la Academia del norte global, con un sesgo anglocéntrico.

En Latinoamérica el interés por la literatura de los/las viajeros/as llegó un poco después que los autores considerados pioneros de la crítica de relatos de viajes; esto es, en el inicio del nuevo milenio.⁷⁵ La postura crítica de los estudios históricos en los centros académicos de los países latinoamericanos miraba, quizá, con recelo a las fuentes históricas que eran producidas por las élites extranjeras, privilegiando aquellas que eran emanadas por los subalternos. En la primera década del tercer milenio el estudio de los viajeros estaba ya en auge en una buena parte de la historiografía en diversos centros de investigación del mundo, por lo que comenzó a permear las investigaciones latinoamericanas. Sin embargo, el interés y las preguntas no eran tanto por los viajeros mismos, sino por los objetos y la vida cotidiana de los latinoamericanos sobre los que hablaban esos viajeros.

Precisamente la transición del siglo XX al XXI fue el marco en que apareció el libro *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Suramérica durante los procesos de independencia, 1780-1849* de la historiadora y crítica literaria Ángela María Pérez. A la autora radicada en Colombia le interesaba analizar dos viajeros y dos viajeras que dejaron anotaciones de sus viajes en la región andina en el contexto histórico de las revoluciones independentistas del sur del continente. Aunque su objetivo principal era la observación de los sucesos políticos, las miradas sobre la geografía terminan por ocupar un lugar preponderante junto con las políticas, incluso destacando varias aseveraciones de los y las

⁷⁴ Alfred Bendixen y Judith Hamera, eds., *The Cambridge Companion to American Travel Writing* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009).

⁷⁵ En su tesis doctoral, Inés Yujnovsky considera a Edward Said, Tzvetan Todorov y François Hartog como los tres autores pioneros en el estudio de la otredad articulada sobre el tema de los viajeros, Inés Yujnovsky, “Viajeros a la sombra de Darwin en los confines del siglo XIX argentino” (El Colegio de México, 2010).

viajeras que relacionan lo político con lo geográfico.⁷⁶ Los viajeros extranjeros José Celestino Mutis (español) y Alexander von Humboldt (alemán), y las dos viajeras Maria Graham (inglesa) y Flora Tristan (francesa), son analizados desde sus biografías, contextos y textos (algunos en forma de diarios, otros en género de anotaciones o memorias). Con su confluencia de crítica literaria e historia, y la temporalidad del paso del antiguo régimen al moderno, esta obra debe ser considerada imprescindible en este estado de la cuestión.

En México, la formación intelectual interdisciplinar de Carolina Depetris ha moldeado su acercamiento a diversos textos de viajeros del continente, principalmente por los extremos geográficos de los dominios coloniales hispanos en América. Su combinación de análisis geográfico-literario e historia del pensamiento filosófico-científico ha producido una serie de varias obras con un enfoque innovador y bastante sólido a viajeros de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, justo la temporalidad abordada en mi investigación. La investigadora intenta, con muy afortunado resultado, analizar el doble aspecto de los diarios de viaje: lo subjetivo del testigo -cambio en la manera de conocer- y lo textual del relato -discursividad retórica de lo escrito-. Así, el objetivo principal de mi investigación coincide con el propósito de una de las obras más insignes de la autora: “Estudiar las lentas variaciones de los modos de ver y de escribir lo observado en una serie de diarios apuntados por diferentes viajeros por la pampa-patagónica durante los siglos XVIII y principios del XIX”.⁷⁷ El más reciente libro editado por Carolina Depetris y María Fernanda Valencia lleva por título *Arte, Ciencia y Palabra. Escritos sobre viajes y viajeros* (2021), y recoge algunas de las intervenciones más sobresalientes del IX Congreso Internacional e Interdisciplinario “Alexander von Humboldt y los viajeros por Yucatán” del 2018. Este libro colectivo es un buen reflejo de la variedad de acercamientos que pueden hacerse a este tipo de textos desde distintas disciplinas, con diversas preguntas y con metodologías disímiles. Al mismo tiempo, esta obra multifacética también manifiesta la necesidad de un eje analítico para no perderse entre tantos atisbos posibles.

⁷⁶ Por ejemplo, para la viajera inglesa Maria Graham, la predisposición natural de Chile a los terremotos ha determinado la naturaleza tiránica y predispuesta a las guerras civiles de ese país, Ángela Pérez Mejía, *A Geography of Hard Times. Narratives about Travel to South America, 1780-1849*, ed. Trad. Dick Cluster, *Angewandte Chemie International Edition*, 6(11), 951–952., vol. 3 (New York: State University of New York, 2004). No he podido consultar la versión original del texto del 2002 en español, por lo que he tenido que recurrir a una traducción al inglés del 2004.

⁷⁷ Depetris, *La escritura de los viajes*, 8.

En el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNAM, la investigadora Fernanda Valencia ha abordado a los viajeros extranjeros, principalmente ingleses, visitantes de Yucatán. A diferencia del enfoque predominantemente literario de Depetris, la historiadora Valencia pone el énfasis en el contexto de los viajeros, las reacciones políticas y locales a las incursiones extranjeras, como las del teniente James Cook, así como la recepción e historiografía de sus observaciones de viaje.⁷⁸ Ambos acercamientos, el de Carolina Depetris con su análisis discursivo, y el de Fernanda Valencia con su estudio histórico-contextual, son complementarios y necesarios. Justamente ese cometido de compaginar ambos análisis es el que se persigue en esta investigación.

Desde el enfoque de la historia de la ciencia y con un interés sobre la epistemología de la historia a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, el historiador Miguel Ángel Díaz presentó en el 2008 su tesis doctoral sobre la obra de un viajero alemán por el sureste mexicano. Al autor le interesaba mostrar en su estudio cómo el viajero Frédéric Waldeck interpretaba la historia precolonial americana a través de testimonios y objetos al modo de un juez o detective, deduciendo generalidades.⁷⁹ Para poder inferir ese modo de interpretación histórica, el autor recurre a la experiencia del viajero: “Me considero partidario de que en las *experiencias*, no en las ideas o en los conceptos como entidades cuasi-independientes... debe verse el verdadero proceso de esta discusión”.⁸⁰ Se trata de un valioso intento por recuperar la experiencia, y no solo la inteligencia, como fundamento para entender la relación de los viajeros con los entornos visitados.

Con la siguiente década se cristalizaron nuevos enfoques historiográficos. Las tendencias se diversificaron, enriqueciendo las investigaciones históricas. Ejemplo de ello es el libro colectivo *Viajes y viajeros* (2013), promovido y gestionado por la Biblioteca Nacional de Argentina.⁸¹ El libro colegiado recoge diversas contribuciones sobre viajeros y viajeras - un capítulo es dedicado a mujeres viajeras desde la perspectiva de género- en la coyuntura del bicentenario de la independencia argentina. La más importante aportación de este libro

⁷⁸ María Fernanda Valencia Suárez, *Visitantes furtivos en Mérida, 1765. Construcción y reproducción de visiones inglesas sobre Yucatán* (Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021).

⁷⁹ Miguel Ángel Díaz Perera, “De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México: Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad” (Tesis doctoral, La Piedad, El Colegio de Michoacán - Centro de Estudios Históricos, 2008), 11.

⁸⁰ Díaz Perera, 13 [el énfasis es del autor].

⁸¹ Horacio González (Coord.), *Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico* (Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2013).

es la diversidad y riqueza de sus enfoques a un mismo tema, evidenciando la pluralidad de preguntas que pueden hacerse a las mismas fuentes.

El extenso artículo del francés Antoine Ventura “Viajeros y naturalistas (s. XV-XIX, Europa-América) o cómo viajar sin precauciones por un tema torrentoso” (2016) sobre los viajeros naturalistas aborda a los viajeros que, siendo misioneros, médicos, científicos, describían, comprendían, condenaban y clasificaban las realidades naturales que observaban.⁸² El autor se inscribe en la nueva corriente historiográfica que estudia las interrelaciones entre textos e intertextos, en los lindes de la literatura y la historia. Además, este artículo también se acerca a otro de los recientes intereses de la historiografía: la historia de la ciencia. La contribución principal de esta publicación fue indagar la influencia de algunos científicos naturalistas del siglo XVIII en los escritos de exploradores de la época.

Con una óptica muy diferente y con relación a la península bajacaliforniana, Miguel León-Portilla se ha posicionado como un referente indispensable de la historiografía regional de Baja California. Su libro sobre cartografía californiana marcó sin duda un hito en el abordaje histórico de los viajeros por la península desde el siglo XVI hasta el XIX.⁸³ Su acercamiento al tema no es desde los “vencidos”, como fue el caso de su obra más emblemática, sino desde la mirada de los conquistadores y sus intereses al servicio de los imperios. Se puede notar incluso cierta empatía para con los “descubridores” de la península. El autor del libro pone el énfasis en el debate sobre la peninsularidad o insularidad de la California y el rol de la cartografía en ese debate. Su honesto afán por ofrecer una obra asequible a un público más amplio influyó para no profundizar un análisis sobre las implicaciones de los mapas como instrumentos de poder.

En el ámbito académico regional, tres autores merecen estar en este recuento historiográfico por su aporte a la edición, publicación y comentario de obras relacionadas con viajeros. En primer lugar, el historiador californiano Michael Mathes, estudioso entusiasta de los misioneros y las misiones jesuitas, dominicas y franciscanas. El también californiano Harry Crosby, quien mantuvo un interés por los caminos que recorrieron los misioneros y se esforzó por experimentar en su cuerpo y en su mente el “camino real

⁸² Antoine Ventura, “Viajeros y naturalistas (s. XV-XIX, Europa-América) o cómo viajar sin precauciones por un tema torrentoso”, *Elohi*, núm. 9 (2016): 9–72.

⁸³ Miguel León-Portilla, *Cartografía y Crónicas de la Antigua California* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001).

misionero”. El historiador Albert Bernabéu tiene en su acervo la publicación de varios diarios de viaje con análisis serio de viajeros por la Baja California, como el del soldado José de Cañizares (1769), del misionero dominico Vicente Mora (1777), y del naturalista José Longinos (1792). Los tres contribuyeron enormemente para un mejor entendimiento de los viajeros que, de sur a norte, recorrieron las Californias en la temporalidad que asumimos para esta investigación.

El espeleólogo y apasionado estudioso de la historia regional, Carlos Lazcano, se ha interesado por la edición de algunos de estos textos de misioneros exploradores. Su libro titulado *La Primera Entrada* (2000) recoge diversos textos de exploradores por la Baja California, incluyendo navegantes, soldados y misioneros. Esta publicación de antología tiene una finalidad divulgativa o, como el mismo autor lo señala en su introducción, “contribuir para una mejor comprensión de nuestras raíces, y desde luego ayudarán a que amemos con mayor convicción y compromiso a nuestra tierra”.⁸⁴ La colección *Baja California Travels Series* contiene 50 volúmenes de una colección que tiene un elenco incomparable de literatura de viajeros por Baja California. La editorial local de Los Angeles *The Dawson Book Shop* que publicó la colección entre 1965 y 1992 se interesaba por la divulgación de “rare books”. Su fundador, el vendedor de libros antiguos, Ernest Dawson (presidente del *Sierra Club*) tenía un interés especial por diarios, cartas y relatos de misioneros, navegantes y exploradores de California. Así, la investigación académica y la divulgación histórica no han estado alejados en lo que respecta a los diarios de viaje por las Californias.

Este breve recorrido historiográfico, que de ninguna manera pretende ser exhaustivo, nos ha dado la pauta, a través de la mención seleccionada de algunas publicaciones, para poder inferir algunas conclusiones provisionales del estado de la cuestión. En primer lugar, los diarios de viajeros/as comenzaron a ser analizados por los estudios literarios con anterioridad a la ciencia histórica, que se rehusaba a su utilización por su carácter subjetivo, elitista y colonialista. Fue hasta la última década del siglo XX en las universidades del norte global y en la primera década del siglo XXI en América Latina que estas obras fueron consideradas para su estudio por la historia. Diversas coyunturas, como la deconstrucción

⁸⁴ Carlos Lazcano Sahagún, *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California* (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000), 14.

decolonial de textos imperiales, la valoración positiva de los testimonios de la memoria y el interés posmoderno en las interacciones culturales, contextualizaron este giro historiográfico.

Entre los enfoques principales con que se han abordado los relatos de los viajeros se puede resaltar a la historia de la ciencia, que ha buscado a los científicos exploradores como sus principales sujetos de estudio. La historia de la vida cotidiana, como una de las derivaciones de la historia cultural, también ha visto en los diarios de los viajeros una veta importante para poder acceder a formas de vida material y costumbrista de las sociedades del pasado. Finalmente, la historia global también ha sido de gran utilidad para seguir las trayectorias transnacionales de los viajeros extranjeros.

Las aportaciones de todas las publicaciones mencionadas son de gran relevancia para el objetivo de esta investigación. Sin embargo, también dejan rubros hasta ahora desatendidos que pueden ser complementarios a sus contribuciones y que forman parte de los cometidos de este estudio. En cuanto al análisis de los viajeros y sus relatos, parece existir una dicotomía entre los estudios literarios enfocados en el análisis del discurso (texto) y los estudios históricos avocados al estudio de las circunstancias relacionadas con el viaje (contexto). Esta dicotomía puede ser subsanada por la utilización de un enfoque distinto como el posthumanista, que busca superar este tipo de dualismos de la modernidad.

Con respecto al estudio de la realidad experimentada y narrada por los viajeros, que aquí conceptualizamos como paisaje, la historiografía ha tenido una marcada tendencia antropocéntrica. El interés excepcional se ha puesto en los humanos -extranjeros blancos masculinos, y femeninos en menor medida- como viajeros. Es frecuente la omisión de los acompañantes locales e indígenas que aportaron sus saberes como guías, cargadores, traductores, herradores, etc. Además, se ha puesto el énfasis del análisis en la alteridad observada, pero una alteridad excepcionalmente humana, tratando los diarios de viaje como fuentes etnográficas. Pero viajeros y viajeras también interactuaban con mares, montañas, ríos, piedras, animales, árboles, plantas, etc. Esos seres no-humanos no han tenido cabida en las obras historiográficas sobre viajeros/as. Esta es una oportunidad para esta investigación que no busca deslegitimar, ignorar o contradecir las valiosas aportaciones del estado de la cuestión, sino contribuir con un enfoque que complemente lo antes expuesto, en una historiografía que responda de manera más asertiva a los predicamentos que ha planteado el Antropoceno.

La literatura de viajes en el Antropoceno

Las posthumanidades se están abriendo hacia nuevas ontologías que buscan salir de la aporía que el giro lingüístico trajo consigo.⁸⁵ La historia, como parte de estas posthumanidades, también está, en buena medida, en búsqueda de otros derroteros que brinden contribuciones a los predicamentos que el Antropoceno ha suscitado. También los investigadores que han dedicado parte de su objeto de estudio a los diarios de viaje han tenido que virar a las coyunturas que esta nueva era presenta. Como parte de este cambio de paradigma, menciono solamente tres ejemplos que pueden ayudar a ilustrar este nuevo enfoque.

El caso quizá más paradigmático en el estudio de los diarios de viaje es el de la ya mencionada con reiteración Mary Luise Pratt. Recientemente ha publicado un libro que da cuenta de los predicamentos que, a escala planetaria, plantea la era del Antropoceno. Es una obra de crítica aguda sobre los discursos y las materialidades de la modernidad y sus concreciones en el mundo, principalmente en América Latina. Pratt no renuncia a sus conceptos analíticos anteriores, sino que los amplifica en su alcance. Por ejemplo, la categoría de zona de contacto, fundamental en su anterior libro de *Ojos imperiales*, ahora, en su libro *Planetary Longings*, se amplía para considerar una zona de encuentro entre humanos y no-humanos.⁸⁶

Otro ejemplo en este mismo tenor es el del investigador irlandés Michael Cronin, quien en el pasado había estado preocupado por temas antropocéntricos como la traducción, la identidad o la globalización, y quien hace muy poco tiempo ha publicado un libro sobre las implicaciones planetarias de los viajes. Más allá de su propuesta práctica que se presenta

⁸⁵ El posmodernismo influyó -y lo sigue haciendo en gran medida- la historiografía a finales del siglo XX y principios del XXI, fundamentados en representaciones y la exacerbación de significados y discursividades. Con el giro lingüístico, la agencia de los individuos se reducía al mínimo, imperando la perspectiva estructuralista, donde la realidad es solo el resulta de una construcción discursiva. En cambio, los nuevos giros ontológicos y materiales perciben “la realidad como lo que está ahí, que incide en nuestras vidas independientemente de cómo la aceptamos, de si la veamos, sintamos o de cualquier forma de aproximación que tengamos con ella”, Rogelio Ruiz Ríos, “Salir de las aporías: nuevos enfoques y perspectivas en las Historia después del giro lingüístico”, en *Formas de ver y escribir la historia. Experiencias y preocupaciones historiográficas contemporáneas*, ed. Miguel Ángel Gutiérrez López y Guillermo Fernando Rodríguez Herrejón (Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2023), 36–60. El autor de este capítulo aclara que, con la finalidad de evitar intolerancias sobre una realidad reductora o totalitaria, hoy de debe hablar en plural: realidades, verdades, objetividades, memorias, experiencias.

⁸⁶ En sus palabras: “The geographers applied this paradigm to interactions among humans and mor-than-human entities. What gets decentered is the human. The contact zone helps displace anthropocentrism, and it did Eurocentrism in its original context”, Mary Louise Pratt, *Planetary Longings* (Toronto: Duke University Press, 2022), 131.

como radical -la elección personal a la renuncia de los viajes en vehículos contaminantes- ofrece un análisis postantropocéntrico de los viajes de exploración en los siglos anteriores. El autor de *Eco-Travel* se pregunta cómo los viajes han contribuido a la degradación ecológica del planeta y cómo la escritura de viajes puede ser considerada una fuente para conocer las percepciones sobre el mundo no-humano.⁸⁷ También recuerda que la escritura de viajes no es periférica, sino central al compromiso humano con el ambiente, pues el viaje está en diálogo y tensión con la naturaleza, mirada como recursos y como agente.

El tercer ejemplo es el de la investigadora argentina, radicada en Yucatán, Carolina Depetris, a quien también me he referido en los apartados anteriores. En una sesión del seminario permanente “visiones, imaginarios y representaciones culturales” del CEPHCIS-UNAM, el 14 de agosto, 2023, hablando sobre los insectos en la literatura de viajes de Alice Dixon Le Plongeon, planteó ir más allá del antropomorfismo. Para ello, es necesario no conformarse con la relación del viajero con los otros humanos, sino la relación con los otros no-humanos, que intervinieron y modificaron modularmente los viajes. Y aseveró: “Entonces aprovechamos una apertura que se está dando mucho en la filosofía en las últimas décadas de abrir el pensamiento a agentes no-humanos y cómo impactan en la historia cultural, política, social, etc., de los humanos”.⁸⁸

Estos tres ejemplos alientan esta investigación para proponer el análisis de cuatro diarios de viajeros. Sin desdeñar ningún enfoque historiográfico mencionado, se pretende el estudio de cada uno de los diarios en una triple dimensión: 1) la experiencia viajera (presencia de cada viajero en sus ambientes vitales antes del viaje); 2) el viaje mismo (motivaciones, desplazamiento y temporalidad del viaje); y 3) la construcción de paisajes (relaciones e interacciones del viajero con otros agentes humanos y más que humanos asentadas en el texto).

⁸⁷ Cronin, *Eco-Travel*, 2.

⁸⁸ Consulta en línea en: <https://www.facebook.com/CEPHCIS.UNAM>

CAPÍTULO I: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE EXPLORACIÓN DE WENCESLAO LINK, 1766

Los misioneros jesuitas del norte novohispano en el siglo XVIII dejaron varios ejemplos de diarios de exploración. Solo por mencionar algunos casos representativos, se puede aludir al viaje del jesuita José María Miqueo por la barranca de Talamequa en la sierra Tarahumara (actualmente Chihuahua); los relatos de viaje de Joseph Och por Sonora; o los derroteros de Fernando Consag por la península de California. La proliferación de estos “diarios” -recuento pormenorizado de lo observado o experimentado cada día o etapa del viaje- es una de las características de la Compañía de Jesús en este siglo, como lo atestiguan los numerosos relatos del viaje de expulsión de la Nueva España redactados por los jesuitas desterrados, aunque también de franciscanos, pero no así de los dominicos.

Se pueden sugerir algunas de las causas que promovieron la escritura y difusión de los diarios de viaje de los misioneros jesuitas. En primer lugar, está la costumbre jesuítica, derivada de los ejercicios espirituales del fundador de la orden, Ignacio de Loyola, de hacer un examen de conciencia día con día sobre las experiencias cotidianas.⁸⁹ En segundo lugar, la Compañía asumió la transición del antiguo régimen al moderno de una forma muy activa. Su literatura edificante es ya un ejemplo de la percepción del tiempo como aceleración, que caracterizó al régimen moderno de historicidad.⁹⁰ Solo desde la percepción del tiempo que marcha más aprisa adquiere sentido el afán de plasmar por escrito las observaciones del paisaje y las vicisitudes de cada día;⁹¹ el tiempo se percibe más rápido que la pluma que lo escribe. Tercero, la conciencia global de la Compañía, que persuadía a sus religiosos de que

⁸⁹ Según algunos autores, la tradición protestante de mantener un recuento de la condición espiritual de cada individuo es la fuente más importante para la práctica del género literario del diario, Philip Gould, “Beginnings : the origins of American travel writing in the pre-revolutionary period”, en *The Cambridge Companion to American Travel Writing*, ed. Alfred Bendixen y Judith Hamera (Cambridge: Cambridge University Press, 2009), 13–25. Pero eso puede ser válido solo para el caso de ciertos viajeros. En cambio, la tradición jesuita del examen de conciencia cotidiano explica mejor la multiplicación de diarios de viaje de los miembros de esta orden en el siglo XVIII.

⁹⁰ La percepción de la aceleración del tiempo en el régimen moderno de historicidad ha sido analizada, principalmente, por François Hartog, tomando como personaje paradigmático al viajero René de Chateaubriand, para quien el tiempo corría más rápido que la pluma y se perdían los puntos de referencia, Hartog, *Regímenes de Historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 105.

⁹¹ En el siglo XVIII, antes de la invención de la fotografía, los viajeros participaban, a través de sus diarios, del proceso cognitivo de observación y transmisión de lo observado: una geografía. La intención era informar sobre el paisaje, darle forma y lograr que pudiera ser conocido o reconocido, Depetris, *La escritura de los viajes*, 13.

los saberes adquiridos en cada viaje podían ser de utilidad a otros jesuitas en cualquier latitud del planeta, principalmente en el continente americano.⁹²

El diario de viaje de uno de esos jesuitas, el bohemio -actualmente de la República Checa- Wenceslao Link fue elegido para su análisis en este primer capítulo por las siguientes razones. Es uno de los últimos ignacianos que viajaron por una parte de la California, solo un año antes de su expulsión. Por lo tanto, Link recogió y utilizó las aportaciones que otros jesuitas habían escrito sobre derroteros y exploraciones años anteriores. Es decir, en Link se cristalizan conocimientos transmitidos en otros diarios, cartas y mapas. También se optó por el diario de Link porque este sería utilizado por otros viajeros posteriores, como por el franciscano Junípero Serra. Hay pues buenos indicios para un ejercicio de intertextualidad como el pretendido en esta investigación. Finalmente, porque su viaje fue el más extenso realizado por un misionero jesuita -del que se tenga diario- por tierra en su estadía de siete decenios en California.

La experiencia viajera del jesuita bohemio

La experiencia cotidiana de un novicio bohemio

Es conveniente, antes de abordar el diario de viaje, esgrimir algunos elementos de lo que conformó la experiencia viajera de Wenceslao Link (también escrito como Linc o Linck en otros documentos), conocido además con el nombre de Wenceslao, Wenceslaus, Wenzel o Václav. Nació en un pequeño poblado que llevaba por nombre Neudek (actualmente Nejdek), en el antiguo reino de Bohemia, en la actual República Checa el 29 de marzo de 1736. Apenas unos años antes, el pequeño pueblo minero había sido re-catolizado, por lo que la conversión de los no-católicos sería una premisa que directamente estaba relacionada con esa experiencia histórica, ya fuera en América o en China.⁹³

⁹² En el oriente, como en China, los jesuitas no parecieron interesantes tanto por los territorios de frontera, sino en las élites y en las cortes de los gobernantes. Las disputas con sus correligionarios dominicos y franciscanos en torno a la permisividad de los ritos chinos a los ancestros condenó al declive la misión católica, por lo que en el siglo XVIII las tierras de misión se circunscribían de manera mayoritaria a América.

⁹³ El jesuita Ignacio Sichelbart, era originario del mismo pueblo que Wenceslao Link y nació solo unos años antes que él. Hizo su formación de novicio en el mismo seminario, pero fue enviado como misionero a China, donde destacó como pintor al servicio del emperador.

En el año de 1754 ingresó a la Compañía de Jesús, en su provincia bohemia, cursando el noviciado y la filosofía en el seminario de Brno.⁹⁴ Durante este siglo, esta orden religiosa había sido la principal, aunque no la única, que había recibido la encomienda papal de “recatolizar” la región que, desde el siglo XV, había abandonado la fe de la iglesia católica para profesar la del protestantismo. En concreto, durante ese siglo había tenido un gran influjo del pensamiento religioso reformador -herético desde la perspectiva católica- que había predicado el rector de la universidad Carolina de Praga: Jan Jus.

En este contexto contrarreformista de los jesuitas de Bohemia, Link habría tenido contacto con los clásicos de la filosofía cristiana como San Agustín o Santo Tomás, pero también con otros filósofos-científicos como René Descartes, John Locke o Gottfried Leibniz. Simultáneamente, las noticias del imperio ibérico eran conocidas en el reino de Bohemia. Desde el siglo XVI, la dinastía de los Habsburgo asumió el poder de la monarquía bohemia, por lo que los lazos austriacos y españoles se estrecharon. Hasta el primer tercio del siglo XVIII se expandió la influencia política y cultural de España en Bohemia, hasta el extremo de ser catalogada como “la edad de oro” de esta.⁹⁵ También los colegios y universidades de los jesuitas fueron divulgadores de la cultura española en los países bohemios.

Así pues, Wenceslao Link debió tener un primer contacto con la cultura española, en una orden religiosa fundada por Ignacio de Loyola, un español. Desde la fundación de la orden jesuítica en el siglo XVI, el ideal misionero fue medular. En el *documento fundamental* de la orden quedaron claros los dos objetivos principales de su apostolado: movilidad y misión para la salvación de todos los hombres y pueblos.⁹⁶ Conforme a este ideal, los jesuitas eran educados con la teología y la ciencia enfocadas a formar misioneros, buscando entusiasmar a los jóvenes seminaristas, además, con una literatura edificante. Los jesuitas aprovecharon la coyuntura de nuevas rutas que se abrieron, marítimas y terrestres, entre los continentes, además de la difusión de la imprenta, para hacer de la circulación de cartas,

⁹⁴ Ernest J. Burrus, *Wenceslaus Linck's Diary of his 1766 Expedition to Northern Baja California*. (Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1966), 14-15.

⁹⁵ Oldrich Kaspar, *Los jesuitas checos en la Nueva España, 1678-1767* (México: Universidad Iberoamericana, 1991), 14.

⁹⁶ Michael Sievernich, “Conquistar todo el mundo: los fundamentos espirituales de las misiones jesuíticas”, en *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, ed. Karl Kohut y María Cristina Torales Pacheco (Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007), 7. En este documento se menciona explícitamente el deber de los jesuitas por evangelizar las Indias con las misiones del Papa.

crónicas, relaciones, hagiografías y diarios, una motivación para suscitar vocaciones para las misiones de las Indias. El antropólogo argentino Guillermo Wilde ha señalado recientemente la importancia de esta literatura en la formación jesuítica:

Edificación y curiosidad fueron dos polos de tensión identificables al interior del campo misionero [...] La edificación es una condición intrínseca a los escritos jesuíticos, parte de la construcción de una perfección cristiana, que debe lograr suscitar vocaciones misioneras. Simultáneamente, las informaciones difundidas en cartas deben responder también a una demanda social exterior.⁹⁷

La curiosidad es un rasgo de los seres vivos que los impulsa a salir de lo conocido y seguro para adentrarse en mundos diversos. El asombro y la novedad, para las y los viajeros, son indispensables para el encuentro del otro y de lo otro. Después de esta formación científica-filosófica en Praga, la capital del país bohemio, Link viajó a la Nueva España para continuar con su educación teológica y científica.

La experiencia cotidiana en el seminario

Aproximadamente una quinta parte de los jesuitas que salieron de la provincia bohemia en los siglos XVII y XVIII fueron destinados a la Nueva España.⁹⁸ Para ello se aducían diversas razones, además de la afinidad bohemio-española a la que ya se ha hecho referencia. Lo más común era sugerir que los jesuitas provenientes de la provincia bohemia eran más aptos para el clima extremo -calor y frío- de las zonas norteñas, como la sierra tarahumara, por su naturaleza física.⁹⁹ Al parecer, el mismo Link tenía esa convicción, ya que consideraba a los hombres germanos con la corporalidad idónea para el clima y el terreno bajacaliforniano.

En la misión, había dos alemanes que se habían unido a la comitiva de Link en su viaje del año anterior, fugados de un barco inglés, y es muy probable que lo acompañaran en su viaje de 1766, aunque no son mencionados en el diario. Sobre estos dos alemanes, Link

⁹⁷ Guillermo Wilde, “De la ciencia jesuítica al saber misionero. Hacia una definición compleja”, en *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, ed. Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo (México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 305.

⁹⁸ Kaspar, *Los jesuitas checos en la Nueva España, 1678-1767*, 25.

⁹⁹ Simona Binková, “Mover las fronteras: los jesuitas bohemios en México que participaron en las expediciones a los ríos Gila y Colorado (Adán Gilg, Ignacio Xavier Keller y Wenceslao Link)”, en *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, ed. Karl Kohut y María Cristina Torales Pacheco (Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007), 443.

escribió: “Los alemanes vinieron del Galeón de Manila después de haber escapado de los ingleses. Por su fuerza vigorosa y su incansable diligencia en el trabajo, han sido de mucha ayuda para mí en todas las ocasiones”.¹⁰⁰ Pero también se tenía la idea de que los misioneros jesuitas bohemios, a diferencia de los españoles o novohispanos, solían mantenerse al margen de los conflictos políticos del continente. De manera que Wenceslao Link formó parte de ese nutrido número de jesuitas, en la última generación, que llegaron a la Nueva España en la mitad del siglo XVIII.

Cursó sus estudios de teología en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo en la Ciudad de México. Durante esta etapa teológica, Link había tenido oportunidad de ir perfilando una opción entre ser misionero o profesor de colegio. Dos principios fundamentaban estas opciones: la acomodación y el apostolado indirecto. La acomodación era la actitud teológica que el misionero jesuita debía mantener en la misión, consistente en una “actitud abierta y tolerante hacia las religiones autóctonas que invitaba a los misioneros a mantener determinados ritos y prácticas locales”.¹⁰¹ Como es de esperarse, la aplicación de esta política de acomodación variaba en relación a las emociones de cada misionero y a la valoración que se hacía de cada sociedad.¹⁰² El apostolado indirecto, en cambio, estaba dirigido a los gentiles y cristianos herejes, limitando la instrucción a algunas cuestiones apologeticas y resaltando la teología natural.

Además de la teología, la ciencia era parte fundamental de la educación de los religiosos jesuitas. Con la temprana globalización y el resurgimiento católico del siglo XVI, los discípulos de Loyola jugaron un papel fundamental en la propagación de nuevas prácticas “de adquirir y diseminar los conocimientos reconocidos como *ciencia* que, a su vez,

¹⁰⁰ “Reporte de Wenceslao Link a Juan de Armesto, 1765”, en: Ernest J. Burrus, *Wenceslaus Linck's Reports & Letters 1762-1778* (Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1967), 32 [traducción personal del inglés].

¹⁰¹ Angélica Morales Sarabia, Jaime Marroquín Arredondo, y Cynthia Radding, “Introducción”, en *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, ed. Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo (México: Siglo Veintiuno Editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 10-11. La política de acomodación utilizada por los jesuitas de manera global fue promovida por Alexando Valignano y consistía en una inculturación de la evangelización, por medio del aprendizaje de las lenguas locales, el respeto y asimilación de la cultura y la adaptación del mensaje cristiano, José Antonio Cervera Jimenez, “El Modo soave y los Jesuitas en China”, *Revista de Humanidades*, núm. 22 (2007): 169–187.

¹⁰² En las fronteras andinas, por ejemplo, los indios eran tratados de manera diferenciada por los misioneros si estaban ya “reducidos” a las misiones o si eran indios *salvajes* o *aucas*, que atacaban a los asentamientos españoles, Minerva Campion Canelas, “Las fronteras como espacios de poder y resistencia en el periodo colonial”, *Revista Científica General José María Córdova* 16, núm. 22 (2018): 109–32 [el énfasis es de la autora].

apoyaban las metas y las tecnologías para construir un imperio global”.¹⁰³ Ciencias como la geografía, la astronomía o la cartografía servían a este doble propósito de coadyuvar en las pretensiones imperiales europeas y, de manera paralela, construir una comunidad cristiana (cristiandad). En caso del viajero William Gabb, cien años después, serán la geología, la topografía y la mineralogía las ciencias que servirán al mismo propósito. Además, las ciencias que formaban parte de las “matemáticas mixtas”,¹⁰⁴ como la astronomía o la cartografía, eran parte fundamental del prestigio que los misioneros jesuitas pretendían proyectar como hombres ilustres. Estos conocimientos eran presentados por los misioneros jesuitas como instrumentos providenciales y se apelaba a su importancia en la obtención de credibilidad y el favor político en sus misiones.¹⁰⁵

Wenceslao Link concluyó sus estudios teológico-científicos en el Colegio del Espíritu Santo en la ciudad de Puebla, donde recibió su ordenación sacerdotal (1759) y se preparaba para su encomienda misional en California.¹⁰⁶ En su diario de viaje la medición matemática del espacio es una constante para procurar proyectar al lector un fundamento de científicidad a sus anotaciones.¹⁰⁷ En el verano de 1761, junto con su coterráneo, el misionero Ignacio Tirsch, partió para las misiones de California. Una vez desembarcado en Loreto, emprendió

¹⁰³ Cynthia Radding, “La farmacopea indígena y la ciencia en el septentrión de la Nueva España: El Florilegio Medicinal de Juan de Esteyneffer entre la ciencia y la fe”, en *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, ed. Angélica Morales Sarabia, Jaime Marroquín Arredondo, y Cynthia Radding (México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 98. Bernd Hausberger llama a este proceso del siglo XVI la globalización temprana con la entrada del continente americano a la dinámica global, pero utiliza la categoría para el estudio de las misiones y los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano. Esto permitió una circulación a mayor escala y más integrada de intercambio comercial, conocimientos del espacio y expansión de las religiones universalistas, Bernd Hausberger, *Historia mínima de la globalización temprana* (México: El Colegio de México, 2018).

¹⁰⁴ En los siglos XVII y XVIII las matemáticas eran divididas en puras y mixtas. Las primeras incumbían estrictamente a los números, con categorías como la geometría, la aritmética o el álgebra; mientras que las matemáticas mixtas referían a las matemáticas aplicadas al estudio de la naturaleza, como la música, la mecánica, la geografía y la astronomía.

¹⁰⁵ Nydia Pineda de Ávila y Omar Rodríguez Camarena, “La circulación de saberes celestes para la conquista terrenal: Eusebio Kino como misionero matemático”, en *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, ed. Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo (México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 202–37. El caso más emblemático para la Nueva España es el misionero Eusebio Francisco Kino, quien llegó a su destino ya con fama de matemático, algo que usaría a su favor en varias ocasiones.

¹⁰⁶ Burrus, *Wenceslaus Linck's Diary of his 1766 Expedition to Northern Baja California*, 15.

¹⁰⁷ Por ejemplo, cuando quiso ubicar la desembocadura del río Colorado, escribió: “El día 19 como juzgué, frente de San Buenaventura, que lo ponen a 32 grados, no restaba mas de un grado a los 33, que es la latitud del desemboque”, Wenceslao Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, en *La primera entrada. Descubrimiento del Interior de la Antigua California*, ed. Carlos Lazcano Sahagún (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000), 218.

el camino para la “misión frontera” de Santa Gertrudis, donde debía aprender la lengua cochimí. No obstante, el aprendizaje no se limitaba a la lengua, sino que debía incluir la cultura y los saberes de este grupo originario.

Durante todo el periodo colonial, algunos de los saberes indígenas coexistieron junto con las ciencias occidentales.¹⁰⁸ Aunque un buen número de las narrativas europeas intentaron silenciar el conocimiento indígena durante y después de este periodo, algunos estudios han rescatado y valorado los indicios de la contribución de los saberes de los pueblos originarios en el conocimiento novohispano. Así, por ejemplo, se ha destacado recientemente con respecto a la primera expedición científica de la época moderna en la Nueva España.¹⁰⁹ De esta manera, Wenceslao Link experimentó su entorno, adquirió conocimientos y saberes que, desde la ciencia, la teología y su biografía fueron nutriendo la experiencia viajera que plasmaría en la ejecución y la escritura de sus viajes. Después de ocho meses en la misión de Santa Gertrudis, pasó a fundar la misión fronteriza de San Francisco de Borja, aproximadamente 100 kilómetros al norte. Ya siendo residente en esta misión recién fundada, comenzó con su actividad exploradora.

El viaje de Wenceslao Link en la península de California

Los preparativos del viaje

Una vez instalado en la misión de San Francisco de Borja, en la actual región del Valle de los cirios, Wenceslao Link comenzó su actividad exploratoria al noroeste y al noreste. El misionero bohemio llegó el año de 1762 a la misión de San Francisco de Borja y, después de una serie de expediciones a los alrededores, emprendió un viaje al año siguiente (1763) hacia la Bahía de San Luis Gonzaga. Lastimosamente, no tenemos un recuento de este viaje realizado por el misionero o, al menos, no se conoce todavía. Este viaje, propiciado por los constantes ataques de indios “gentiles” del área hacia los neófitos de la misión, insidiados por el líder de la ranchería, tuvo como propósito “pacificar” a estos indios “bravos”, que al

¹⁰⁸ Quizá sea exagerado sostener, con algunos investigadores, que “en el campo de los sabores y las ciencias, la presencia indígena fue masiva durante el periodo colonial”, Morales Sarabia, Marroquín Arredondo, y Radding, “Introducción”, 12. Pero se debe reconocer que los indígenas contribuyeron con la experiencia viajera de Link.

¹⁰⁹ Antonio Barrera Osorio y Mauricio Nieto Olarte, “Ciencia, tecnología, saberes locales e imperio en el mundo atlántico, siglos XV-XIX”, *Historia Crítica*, núm. 73 (2019): 3–20. En esta expedición científica del siglo XVI encomendada por el rey Felipe II al médico español Francisco Hernández la contribución de médicos y pintores indígenas fue importante.

final serían bautizados. La noticia de este primer viaje de mayor distancia de Link está registrada en dos cartas contenidas en el Archivo General de Indias (AGI) en Sevilla, publicadas en forma faximilares y transcritas por Simona Binková.¹¹⁰ Las evidencias de este primer viaje, apenas un año después de la llegada de Link a la misión frontera, dan cuenta de lo pronto que se vio emprendiendo expediciones de varios días de distancia, motivado tanto por los intereses de su congregación como por su curiosidad personal.

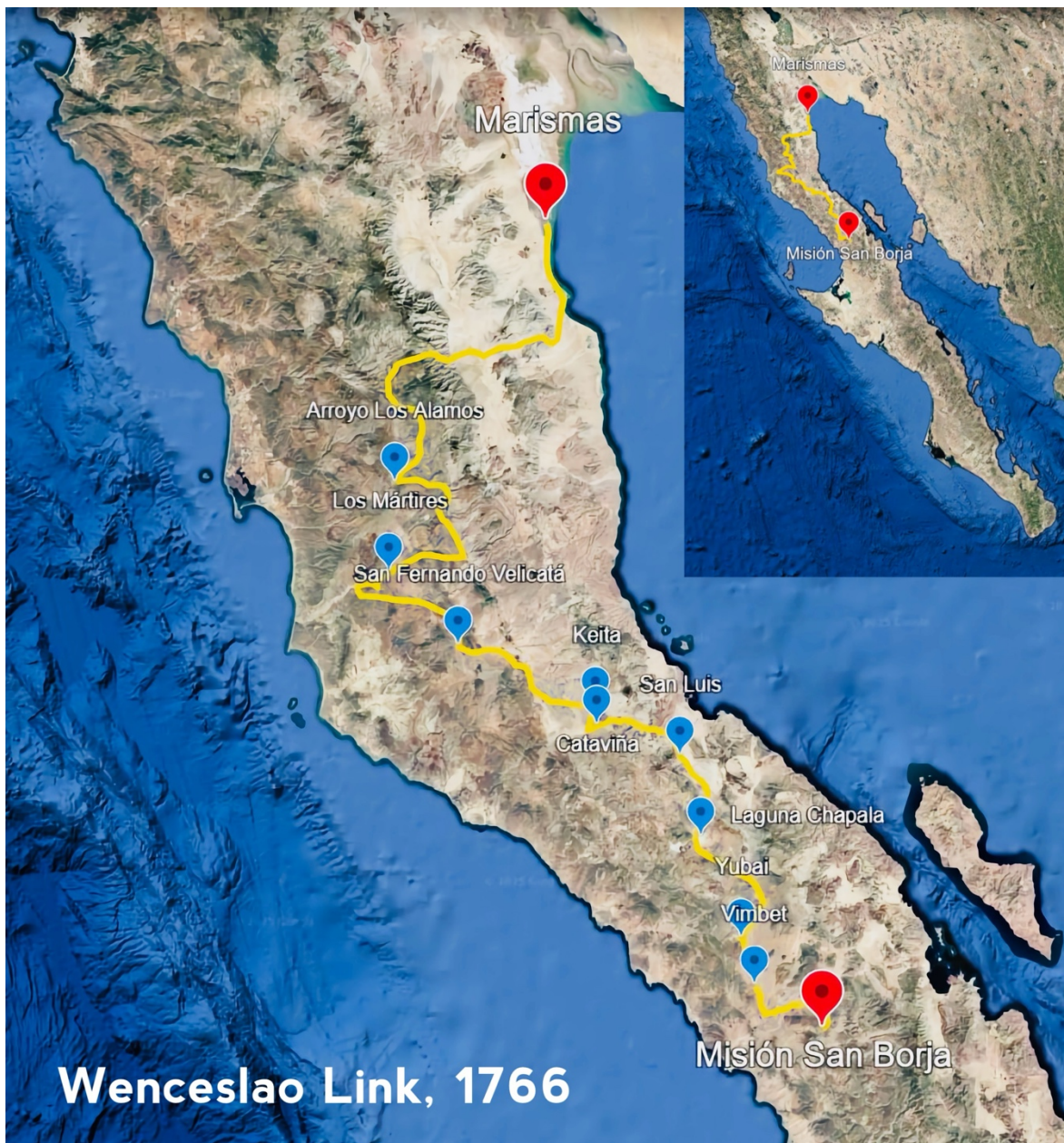
Dos años después, Wenceslao Link emprendió un nuevo viaje de expedición (1765). Tampoco tenemos la narración de la memoria de este viaje por el misionero jesuita, pero contamos con la crónica de Miguel del Barco, un religioso jesuita residente de la misión de San Francisco Javier en la California que escribió una crónica después de su exilio. De acuerdo con su cronista, Link habría marchado a la Bahía de los Ángeles, la cual ya había explorado en el viaje mencionado anteriormente y, de ahí, habría navegado hacia la Isla Ángel de la Guarda en la primavera de 1765. Sin embargo, el objetivo de esta expedición no fue logrado ya que, como menciona Del Barco, no encontraron seres vivos en ella: “Llegados a la isla y tomada tierra en ella, anduvieron a pie reconociéndola en gran parte, y no sólo no hallaron gente, mas ni aun vestigio de ella, ni de animales, ni aun aguaje alguno”.¹¹¹ Después de muchas dificultades por el viento en contra, pudieron regresar a la Bahía para retornar a la misión.

Al siguiente año (1766), Wenceslao Link realizó el viaje rumbo al río Colorado, con su delta de afluentes fluviales y sedimentos, siempre cambiantes, del cual resultó el diario que es motivo de estudio en esta investigación. El primer viaje a la Bahía San Luis Gonzaga lo realizó en verano, con temperaturas que en los meses de julio y agosto alcanzan los 40 grados Celsius. El segundo viaje a la Isla de Ángel de la Guarda lo completó en primavera, justo cuando los vientos de marzo y abril soplan con mayor velocidad. Para su tercer viaje más allá de la frontera, Link resolvió hacerlo en invierno, previendo las lluvias de comienzos

¹¹⁰ Simona Binková, “Wenceslao Link y su actividad en Baja California en 1763”, *Ibero-Americana Pragensia* XXIV (1990): 243–253. De acuerdo con el estudio realizado por la historiadora sobre ambas cartas, la fecha inscrita en una de las cartas (una de ellas copia) estaría equivocada. Escrita por mandato del Virrey de la Nueva España, el Marqués de Crullas, a D. Julián de Arriaga en España, tiene como fecha 2 de febrero de 1763, pero debía ser 1764, unos meses después del viaje ocurrido en verano de 1763, en concordancia con lo indicado en la segunda carta redactada por el Padre Procurador Juan de Armesto al Marqués de Cruillas en diciembre de 1763.

¹¹¹ Miguel Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, ed. Miguel León-Portilla (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988), 311.

de año y un clima menos caluroso. El clima, para el viajero checo, no era un determinante de la diversidad cultural de la especie humana, según la tradición hipocrática. Tampoco era influyente del carácter moral de los habitantes de la península.¹¹² Pero, sin duda, las condiciones climatológicas resultaron ser agentes determinantes en todos sus viajes.



¹¹² Esta había sido la idea más generalizada entre los jesuitas de la Nueva España durante este siglo, Juan Alberto Molina García, “El saber climatológico de los jesuitas en la América española. Siglo XVIII”, *Revista de Indias* 74, núm. 262 (2014): 733.

Tiempo y espacio del viaje

El joven Wenceslao Link -tenía 29 años en ese momento- tendría la emoción de quien se aventura a tierras y seres desconocidos para él, una emoción compartida con el viajero James Bull, quien realizó su viaje con tan solo 26 años. En el siglo XVIII se viajaba en grupo y ese grupo no solo incluía a seres humanos, sino también a seres no humanos y artefactos. Ese viaje de 1766 lo comenzaron, junto con Wenceslao Link, el teniente Blas Fernández Somera, 13 soldados y algunos indios conversos de San Borja armados con arcos y flechas.¹¹³ En el caso de los soldados y su teniente, llegaron a San Borja provenientes de Loreto. Es probable que también participaran en el viaje los dos alemanes de los que se ha hecho mención antes. La fecha de partida fue el 20 de febrero de 1766, justo en lo más frío del invierno. De manera que, además de sus armas, debían llevar vestimenta apta para las noches heladas del desierto y, sobre todo, de las sierras.

Los indígenas que formaban parte de la comunidad para el viaje no eran simples acompañantes, pues también contribuían como guías del camino. En su espacio vivido, conocían muchas brechas a seguir, sabían la ubicación de las fuentes de agua para animales humanos y no-humanos, tenían los saberes sobre las plantas que podían servir de alimento y/o medicina.¹¹⁴ Tal como lo hacían los baqueanos en América del Sur, los indígenas cochimíes también podían ser considerados “mediadores culturales”,¹¹⁵ intérpretes e informantes locales. A medida que el viaje se adentraba más al norte, las variaciones lingüísticas hacían necesario la “adscripción” de nuevos indígenas que pudieran ejercer su rol de mediadores y traductores. Al mismo tiempo, esos indígenas acompañantes sentían temores por el encuentro con otros grupos y tenían desconocimiento de las zonas que estaban más allá de sus espacios vitales. Como se verá más adelante, fue frecuente la “huida” de esos indígenas al llegar a regiones incógnitas para ellos.

¹¹³ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 199.

¹¹⁴ Para un estudio sobre la influencia de los saberes indígenas en los remedios medicinales de las misiones se puede consultar: Radding, “La farmacopea indígena y la ciencia en el septentrión de la Nueva España: El Florilegio Medicinal de Juan de Esteyneffer entre la ciencia y la fe”.

¹¹⁵ Fredy A. Montoya López, “Viajeros y baqueanos en la colonización del Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 47, núm. 1 (2020): 62.

Pero con los humanos también viajaban no-humanos. Caballos y mulas eran empleados al servicio del viaje.¹¹⁶ Los caballos eran utilizados para transportar personas -principalmente enfermos- mientras que las mulas cumplían la misión de transportar la carga -agua, alimentos, vestidos, utensilios para la Misa y para las mediciones geográficas- de los viajeros. Ambos comenzaron su viaje desde Europa en el siglo XVI, pues, como es bien conocido, no existían en el continente americano en ese siglo.¹¹⁷ Las mulas eran principalmente aptas para los caminos pedregosos y las pendientes abruptas, como las de las sierras de Baja California.

Según la crónica de Miguel del Barco, las mulas y los caballos comenzaron su viaje mucho más al sur, desde las misiones de Loreto y San Javier, pasando por las de Mulegé y San Ignacio.¹¹⁸ Llegadas a San Borja, mulas y caballos requirieron de unos días para recuperarse del cansancio, siendo ellas, las mulas, las que modificaron la fecha de inicio del viaje. Los caballos fueron ataviados con las sillas para los jinetes, mientras que las mulas fueron cargadas con las provisiones. Ambos, desde la óptica antropocéntrica de los misioneros, fueron vistos como “instrumentos” al servicio de la avanzada de la misión cristiana.

Pero las mulas no eran meras acompañantes pasivas. Ellas, aunque los viajeros no lo miraban así, cooperaban con su rol en la expedición y, cuando no querían cooperar, se resistían a desempeñar esa labor. Publicaciones recientes, dentro del campo de los *Animal Studies*, han propuesto esta resistencia de los animales como un aspecto del agenciamiento.¹¹⁹ De esta manera, los caballos y mulas estaban implicados activamente en su tarea de cargadores en el viaje. Su agencia puede ser dilucidada desde sus resistencias y, como se propuso en la introducción, desde las influencias que sus acciones tuvieron sobre otros

¹¹⁶ El origen de las mulas es incierto, pero se sabe que fueron criadas como híbridos desde tiempos antiguos. La mula, resultado de la cruce de un burro con una yegua de manera deliberada, es el animal híbrido más común y antiguo inducido por el homo sapiens. Estas fueron “creadas” expresamente para ser utilizadas en el trabajo. Las mulas han sido aprovechadas por los humanos por ser más fuertes, rudas, baratas de alimentar, más resistentes a las enfermedades y más longevas que los caballos.

¹¹⁷ El caballo moderno (*Equus ferus caballus*) es el que no se encontraba en el continente, pues es originario de Eurasia hace 4000 años. Sin embargo, otros equinos habían habitado el norte del continente, desapareciendo a finales del pleistoceno, como el *Equus mexicanus*, Claudia Alvarado León, Nicolas Delsol, y Margarita Cossich Vielman, “El caballo en América: una breve crónica de su regreso”, *Archeobios* 1, núm. 18 (2023): 126.

¹¹⁸ Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 339.

¹¹⁹ Vinciane Despret, “De agentes secretos a la interagencia” (Buenos Aires: Centro Cultural Kirchner - Minsiterio de Cultura Argentina, 2021), 22. La filósofa de Bélgica remite a los estudios del historiador francés Éric Baratay, la zoóloga Temple Gradin y la socióloga Jocelyne Porcher.

miembros de la comunidad viajera y la prosecución del viaje mismo. Ese tipo de agencia será algo reiterativo en los cuatro viajeros estudiados para esta tesis.

Los misioneros jesuitas emplearon mulas y machos¹²⁰ como parte de su sistema económico, principalmente en las haciendas. La crianza de estos animales no-humanos y su compra-venta con fines de empleo en la agricultura y el transporte de mercancías constituyó una importante fuente de ingresos para la Compañía de Jesús en toda la América colonial.¹²¹ Aunque una mínima parte de estos ingresos financiaron el Fondo Piadoso de las Californias, las misiones de los jesuitas en el noroeste novohispano emplearon las mulas sin fines comerciales. Esas mulas fueron agentes colaboradoras en los viajes de expediciones desde las fronteras. En estos casos, como la expedición dirigida por Wenceslao Link, mulas y caballos fueron empleados para poder transitar por las veredas que los indígenas y otros animales no humanos habían trazado.

En el proceso de colonización, donde la construcción de caminos constituía una estrategia esencial, fueron las mulas y los indígenas los que posibilitaron la construcción de nuevos caminos en terrenos escarpados. Sin embargo, este trabajo como mulas cargueras y constructoras de caminos por arena, piedras y laderas era muy riesgoso y, en ocasiones, mortal.¹²² Muchas de las expresiones que hacen referencia a lo dificultoso de los caminos, no tiene que ver con los humanos, sino con los caballos y mulas. Los cascos de mulas y caballos, de manera especial, sufrían las asperezas de los caminos californianos.¹²³ La siguiente cita, aunque algo extensa, explica de manera puntual los daños que podían sufrir los cascos:

¹²⁰ Usualmente, mientras que las mulas o mulos son el híbrido de la cruce de un asno con una yegua, el macho o burdégano es la híbrido estéril resultante de la criza de un caballo con una burra. Las primeras son más fuertes y rebeldes, usados frecuentemente para carga; los segundos son más dóciles y de mejor montura, por lo que son usados para cabalgar.

¹²¹ William Clarence-Smith, “The Jesuits and mules in colonial Latin America: innovators or managers?”, en *Cultural Worlds of the Jesuits in Colonial Latin America*, ed. Linda A. Newson (London: University of London Press, 2020), 209–227.

¹²² A propósito del diario de viaje de Isidro de Atondo y Antillón en 1684, Lazcano apunta lo siguiente: “Continuamente se tenía que abrir camino a punta de barra, había que herrar con frecuencia a las mulas, y no pocas veces las vieron desbarrancarse o hasta ahogarse en las pozas del arroyo”. Carlos Lazcano Sahagún, *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California* (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000), 38.

¹²³ Los cascos de caballos y mulas, con una constitución orgánica muy compleja, regulan la humedad, sirven de protección, perciben vibraciones, calor, frío y otras sensaciones, además de ser la locomoción de los equinos.

El liso metal de las herraduras, en contacto con la superficie de las piedras, no sólo “lima el casco de las caballerías”, sino que dependiendo del tamaño y forma en que se encuentren dificultan enormemente el paso de los animales. Si se trata de pedregales como los que se encuentran en el cauce de los ríos, las piedras hieren las patas de los animales, les “desuellan” las canillas; por el contrario, si se trata de piedras desagregadas de tamaño similar al propio casco, el animal no encuentra fácilmente los puntos de apoyo necesarios para impulsarse al remontar una cuesta o sostenerse al bajarla, y, si se trata de piedras que forman una superficie estable y continua, éstas hacen que los animales se resbalen de tal manera que es necesario sostenerlos y ayudarlos para evitar que salgan disparados.¹²⁴

Además de estas dificultades del suelo, el desierto central de Baja California añade la inconveniencia de los cactus con espinas, una constante en los viajes de los jesuitas por la península.¹²⁵ En el viaje de exploración de Wenceslao Link, el desgaste de los caballos y mulas, especialmente en las formaciones rocosas de granito en la sierra, fue la principal razón por la que no pudieron avanzar más al norte de los marismas del Colorado y decidieron regresar a la misión fronterera: “No dudamos que está ya muy cerca el desemboque del río Colorado, lo que animó al teniente don Blas Fernández, por estar ya las más de las bestias imposibilitadas, por tener gastados los cascos, a pasar delante en busca del río”.¹²⁶ Además de los cascos desgastados, el diario de Link, en su versión de Madrid, señala el haberse alejado mucho de la frontera y el cansancio y enfermedad de los humanos como otras causas para discernir el regreso. Así, si la presencia de la caballada en la comunidad viajera modificó el inicio del viaje, y la misma caballada condicionó su retorno.

El final del viaje, sin haber llegado al río Colorado, es una constante en los estudios que se han realizado sobre el diario de Wenceslao Link. No obstante, la declaración que escribió el misionero de haber llegado a los marismas puede ser un indicio de que alcanzaron el delta del río que, hasta principios del siglo XX, formaba un ecosistema que recibía del río y sus afluentes cerca de 22 millones de metros cúbicos de agua con sedimentos. Existe la

¹²⁴ Sofia Botero Páez, “Elementos para leer un palimpsesto: indígenas, caminos, piedras, mulas y caballos en Colombia”, *Boletín de Antropología* 20, núm. 37 (2006): 277.

¹²⁵ Por ejemplo, en su viaje hacia el norte de 1702, el jesuita Piccolo escribió con un tono de ironía: “ahora [el camino] está tan cerrado de espinas, abrojos y monte que, a cada paso, bailaban las mulas y hacían cantar las espinas a los compañeros”, Francisco María Piccolo, “Copia de carta de el P. Francisco María Piccolo, misionero en Californias, en que da razón de la última entrada y descubrimiento que hizo de aquellas tierras azia el norte por noviembre del año 1716”, en *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, ed. Ernest J. Burrus (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1962), 196.

¹²⁶ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 217.

posibilidad, entonces, de que hayan llegado al objetivo de su viaje. La experiencia viajera del jesuita con su vivencia de los ríos europeos, como el Moldava en Praga, quizá, le hicieron querer mirar un cauce bien definido del Colorado, cuando en realidad era una serie de avenidas “violentas” que conformaban un delta agitado.¹²⁷ Esa oscilación del río en su desembocadura la experimentó, unos años antes, el misionero Fernando Consag con su naufragio: “Se quedaron varadas las canoas y, cuando subió la marea, fue con tanto ímpetu y pujanza de las olas y resaca, que aquella canoa que había quedado apartada de las otras, aunque a la vista, se volcó sin poderse remediar, con la repetición de las vueltas que hacía dar la violencia de las ondas”.¹²⁸

El regreso fue, quizá, más penoso todavía. Durante los 23 días del retorno, con animales cansados y desgastados, y con soldados e indígenas enfermos de flujo de vientre - eufemismo para la diarrea- el clima fue más gélido, con dos nevadas durante el recorrido, una al pie de la sierra San Pedro Mártir y otra al llegar a Cataviñá, algo inusual en nuestro tiempo.¹²⁹ Las nevadas en el camino pueden ser entendidas como uno de los mínimos de la llamada “Pequeña Edad de Hielo” que tuvo lugar entre los siglos XVI y comienzos del XIX en el hemisferio norte, teniendo al año de 1770 como uno de sus momentos de más baja temperatura.¹³⁰ En estas condiciones de invierno helado, las mulas tenían que ser calzadas “con trapos o paja, remedio de emergencia en casos de frío y para evitar la fricción de los cascos y herraduras contra superficies rocosas”.¹³¹ Llevar caballos y mulas implica añadir al

¹²⁷ El río Colorado vertía alrededor de 22 mil millones de metros cúbicos de agua al Golfo de California, junto con material aluvial, por lo que alteraba de forma constante a corriente, Marco Antonio Samaniego López, “El control del río Colorado como factor histórico. La necesidad de estudiar la relación tierra/agua”, *Frontera Norte* 20, núm. 40 (2008): 50-51. El propio Link reconoció un tiempo después, ya en su exilio en Alemania, reconoció haber llegado al Colorado: “La exploración, con muchas inclemencias y esfuerzos, duró dos meses. Llegamos a avistar el gran río Colorado”, Diana Brenscheidt Genannt Jost y Aarón Grageda Bustamante, “Consideraciones culturales, etnohistóricas y geográficas de la península de California. Traducción de un texto impreso en 1811, escrito por Wenzel Link, S.J.”, *Meyibó* 6, núm. 12 (2016): 14.

¹²⁸ Fernando Consag, “Diario del viaje en el descubrimiento del golfo californiano del 9 de junio al 25 de julio de 1746”, en *Fernando Consag. Textos y testimonios*, ed. Carlos Lazcano Sahagún y Denis Pericic (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2001), 186.

¹²⁹ No se ha tenido registro de alguna nevada en el área de Cataviñá en las últimas décadas, lo cual puede ser un indicio del cambio climático y la desertización de la península, como bien lo apuntó el profesor Antonio Ponce Aguilar, *Linck, explorador de Baja California. 1765-1766* (Ensenada: s.e., 2003), 48.

¹³⁰ Los años de 1766-1768 fueron especialmente fríos y con lluvias en los veranos. Los inviernos de 1765-1766 fueron severos, con heladas y aproximadamente -2.5°C que otros inviernos en Inglaterra, Martin Rowley, “Weather in History 1800 to 1849 AD”, en: weatherweb.net.

¹³¹ Botero Páez, “Elementos para leer un palimpsesto: indígenas, caminos, piedras, mulas y caballos en Colombia”, 277.

ajuar lo necesario para su funcionamiento: herraduras, correas, montaduras y demás utensilios.

Ciertos objetos que fueron llevados en el viaje de Link resultaron imprescindibles en el trazado y en las circunstancias de la ruta. En el inventario de la misión de San Francisco de Borja, entregado por los franciscanos a los dominicos en 1773 -apenas seis años después del viaje de Link- se enumera un astrolabio de madera, instrumento que Link llevaba consigo en sus viajes.¹³² La ausencia de este instrumento no necesariamente implicaría el extravío, pues, como ya se dijo, los saberes de los grupos indígenas servían para la ubicación de las veredas, las fuentes de agua y los lugares referenciales en el espacio que habitaban. Más bien, el astrolabio era un objeto para establecer en un mapa los puntos y líneas necesarias para la consecución, por parte de los imperios, de su afán colonizador, valiéndose, en parte, de la ciencia occidental.¹³³ Este era un instrumento material de astronomía que servía para anotar las coordenadas de latitud y longitud, la altura y la hora. Era utilizado, pues, para saber el lugar en el que se está situado y la hora que es. Su utilización de día por referencia al sol o de noche usando como guía las estrellas permitía a los viajeros una referencialidad planetaria que les permitía caminar incluso de noche, una de las características del homo prometeo.¹³⁴

¹³² Aunque el astrolabio no es mencionado en el diario de 1766, en una carta enviada por el jesuita a su superior Juan de Armesto en 1765, menciona haber usado un astrolabio para calcular las coordenadas de una isla tomando como referencia la posición del sol [carta archivada en el Museo Británico], Burrus, *Wenceslaus Linck's Reports & Letters 1762-1778*, 37. La mención del astrolabio en el inventario de la misión san Francisco de Borja puede consultarse en: Eligio Moisés Coronado, *Descripción e Inventarios de las Misiones de Baja California, 1773* (Palma de Mallorca: Institut D'estudis Balearics, 1987), 223-225.

¹³³ El astrolabio, de procedencia mediterránea, “se basa en la proyección estereográfica de una esfera y consistía en un disco de cobre o latón que se colgaba de una anilla para mantener así la verticalidad”, José Antonio González Marrero y Carlos Medina-Hernández, “Técnicas astronómicas de orientación e instrumentos náuticos en la navegación medieval”, *Fotunatae* 20 (2009): 23. El análisis de un grabado del siglo XVI sobre la alegoría del encuentro de América y Europa permitió a Álvaro Fernández concluir que el astrolabio, sostenido por la mujer europea, es representación de la ciencia, Álvaro Fernández Bravo, *Los relatos de viaje en América Latina* (Buenos Aires: Ministerio de Educación, ciencia y tecnología - Presidencia de la Nación, 2007), 5. Los marineros europeos, desde comienzos de la edad moderna, consignaron puntos de referencia de sus navegaciones en los océanos, por lo que “fue necesario desarrollar el entero conjunto de aparatos de observación y procedimientos e instrumentos de medición junto con observaciones continuadas de la naturaleza durante largo tiempo”, Karl Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica* (Madrid: Ediciones Siruela, 2007), 108. Finalmente, del ámbito náutico se importó como instrumento de medición y localización en los viajes terrestres.

¹³⁴ El control del fuego, sin duda, fue un factor que definió el desarrollo del homo erectus y el neandertal hace 315,000 años. Gracias al fuego, el homo prometeo pudo hacer actividades de noche en lugar de dormir como otras especies de primates, facilitando el desarrollo de la cohesión social y el lenguaje. Los alimentos cocinados con fuego facilitaron la mejor absorción de nutrientes y la quema de pastizales posibilitó la agricultura a mayor escala. De ahí que algunas propuestas hablan de piroceno como un detonante del antropoceno, Julio Campo, “Investigaciones ecológicas en el Antropoceno”, *Sociedad Científica Mexicana de Ecología*, 5 octubre 2022, en: <https://www.youtube.com/@scmea.c.4796/about>.

Tanto los mapas llevados por Link -principalmente el mapa realizado por Fernando Consag unos años antes- como su propio mapa eran, tal como Karl Schlögel lo ha desarrollado con profundidad crítica, otros instrumentos de poder. Los mapas, como formas de representar el espacio o proyecciones del mundo, son réplicas e instrumentos de poder. “Los mapas no son solo copia pasiva, impresión o expresión de un tiempo, sino construcción, proyecto y proyección en el futuro. Dicen algo de poder, expansión, agresión y dominio, de apetitos, ambiciones y pasiones”.¹³⁵

Además de los objetos propios de la ciencia que influyeron en el desarrollo del viaje, otros objetos religiosos acompañaron a Link y el grupo. De acuerdo con el inventario mencionado anteriormente, un “librito de devoción” acompañaría al misionero en sus viajes de expedición. El concilio ecuménico de Trento celebrado en el siglo XVI promulgó la necesidad de editar libros litúrgicos para la celebración de la eucaristía y el rezo de oraciones del clero para homologar estas prácticas en todo el mundo católico. Siguiendo esta recomendación del concilio, el Papa Pío V editó el *Breviarum romano* en 1568, que servía de base para los libros de devoción, como el que sin duda llevaba Link. De esta manera, los objetos de ciencia como el astrolabio y los utensilios de religión como el devocionario fueron determinantes en la consecución del viaje y en el intento de dilatar la frontera por medio del expansionismo científico y religioso de un jesuita bohemio en California.

El diario de viaje como noticias de avance

Además del astrolabio y del breviario, Wenceslao Link salió con papel y tinta para ir plasmando sobre el camino sus experiencias y observaciones. El trabajo de investigación de Bernd Hausberger en distintos archivos buscando la movilidad de mercancías en las misiones del noroeste novohispano permite intuir que el papel que llegaba a estas misiones, incluidas las californianas, no era el fino papel chino, sino el papel que provenía de Europa a través de la Ciudad de México.¹³⁶ La forma de escritura de este diario de Link sugiere que se iba

¹³⁵ Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*, 90.

¹³⁶ Bernd Hausberger, “El flujo de mercancías a las misiones jesuitas en el noroeste de la Nueva España”, *Studia Historica: Historia Moderna* 42, núm. 2 (2020): 158. Este hallazgo coincide con los estudios de marca de agua sobre el papel utilizado en los dibujos del misionero jesuita bohemio Ignacio Tirsch, contemporáneo de Link en las misiones de San José del Cabo y Santiago. Los resultados señalan que el papel procedía de siete casas distintas europeas, dos de ellas de los molinos de la región de Bohemia, Angélica Morales Sarabia, “Los dibujos de Ignacio Tirsch (1733-1781), tres cartas y una curiosa relación. Las historias naturales jesuitas de la Antigua

redactando día por día al terminar cada jornada de viaje. En cualquier caso, este sería un ejercicio de memoria, donde la experiencia del viajero se plasmaba no solo con sus observaciones intelectuales, teológicas y científicas, sino también con sus emociones, sentimientos y sensaciones.¹³⁷

El diario “original” se encuentra actualmente en la Biblioteca Bancroft, en Berkeley, California. De acuerdo con el estudio del también jesuita Ernest Burrus en el siglo pasado, el diario que contiene la firma de Wenceslao Link se envió originalmente al Virrey de la Nueva España, donde habría sido resguardado para, posteriormente, ser vendido a un particular, y este, a su vez, habría vendido el ejemplar al empresario Hubert Howe Bancroft.¹³⁸ Otra posible ruta de llegada a la Biblioteca Bancroft es la propuesta por los historiadores checos Josef Polisensky y Josef Opatrny: “Sin duda, el manuscrito archivado en la Biblioteca Bancroft es el original escrito por Link que resultó confiscado, con toda probabilidad, por las autoridades españolas y que experimentó los admirables destinos de las demás obras jesuíticas hasta llegar a parar en Berkeley”.¹³⁹ Sin embargo, esta hipótesis difícilmente explicaría la multiplicación de copias del diario en otros países como Francia o Italia, como se verá a continuación.

Después de un trabajo minucioso con las partes deterioradas del manuscrito, fue traducido, comentado y publicado en inglés por primera vez en 1966, es decir, exactamente 200 años después del viaje. Una copia en formato microfilm está disponible en el Instituto de Investigaciones Históricas, UABC. Sin embargo, la condición de deterioro del diario en la Biblioteca Bancroft, más la poca calidad de los lectores de microfilm hacen difícil su posible lectura. Esa década de los sesenta en el siglo XX fue prolífera en la edición y el

California”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [en línea]*, 2019, <http://journals.openedition.org/nuevomundo/76562>.

¹³⁷ Aunque el llamado giro emocional se ha asociado frecuentemente con la historia del tiempo presente, como lo refiere el estudio de: Frédérique Langué, “Memoria y emociones en un tiempo presente latinoamericano”, en *En la cresta de la ola. Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente*, ed. Eugenia Allier Montaño, César Iván Vilchis Ortega, y Camilo Vicente Ovalle (México: Instituto de Investigaciones Sociales - Bonilla Artigas Editores, 2020), 143–163, los presupuestos de este giro pueden ser también aplicados al análisis de textos del pasado como lo es un diario de viaje del siglo XVIII.

¹³⁸ Burrus, *Wenceslaus Linck's Diary of his 1766 Expedition to Northern Baja California*, 10-11.

¹³⁹ Josef Polisensky y Josef Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, *Ibero-Americana Pragensia* VI (1972): 179.

estudio de textos misionales en distintas latitudes del mundo, incluyendo el suroeste de los Estados Unidos y el noroeste de la República Mexicana.¹⁴⁰

Otra copia del manuscrito del diario de Link se encuentra en la Biblioteca Nacional de España y puede ser consultada en línea.¹⁴¹ Es una copia anónima que coincide fundamentalmente con la de Bancroft, pero difiere substancialmente en la parte final del diario, correspondiente al regreso del viaje. En esta última sección, el manuscrito contenido en Madrid es un resumen muy sucinto de la descripción del tornaviaje. De nueva cuenta es oportuno rescatar la valoración de los historiadores checos: “El manuscrito que se guarda en la Biblioteca Nacional de Madrid es una copia bastante descuidada, hasta la página 26, del original, pero a continuación las dos versiones presentan una diferencia tan notable que dan lugar a afirmar que la copia madrileña no es sino un remedo”.¹⁴² Muy probablemente, el interés estaba en el “avance” hacia el norte, por lo que el regreso hacia el sur, donde estaba la frontera, era ya poco atractivo. El anonimato de la copia del diario de Madrid puede deberse al descrédito y denigración que padecieron los jesuitas después de su expulsión de los imperios ibéricos. La firma de un jesuita de la frontera californiana no sería bien apreciada en la Biblioteca Nacional de España. Este diario fue publicado, de manera también anónima, por la Colección Chimalistac en 1959.¹⁴³ Esta versión, publicada por Carlos Lazcano (2000) con el regreso de viaje tomado del manuscrito de Bancroft, es la que se ha citado en esta investigación.¹⁴⁴

¹⁴⁰ Una de las obras insignes que abrió esta década fue el libro que sobre el misionero jesuita Francisco Eusebio Kino publicó en 1960, en su primera edición en inglés, el historiador metodista Eugene Bolton. El libro, titulado *Rim of Christendom: A Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*, tuvo una gran difusión y marcó en gran medida el enfoque historiográfico de la década.

¹⁴¹ El diario de viaje lleva por título: *Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al Norte de esta Península, febrero 1766*. Se encuentra en el manuscrito 19266 (Papeles varios referentes a México) de la Biblioteca Nacional de España y puede leerse en línea en Biblioteca Digital Hispánica: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000258158&page=1>.

¹⁴² Polisensky y Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, 178.

¹⁴³ La Colección Chimalistac consta de 30 tomos preparados por Editorial Porrúa en Madrid entre 1959 y 1974. Es una compilación de libros y documentos acerca de la Nueva España. El diario de Link, atribuido erróneamente al teniente Blas Fernández y Somera, fue publicado en el tomo 5, titulado *Noticias y documentos acerca de las Californias, 1764-1795*.

¹⁴⁴ Carlos Lazcano tomó como base esta versión del diario de Link conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid para su libro *La primera entrada* (2000), pero corrigió la ortografía conforme a las reglas actuales. Solo en la última parte, correspondiente a la narración del retorno a la misión de San Borja, se toma como fuente el texto de la Biblioteca Bancroft, en su formato de microfilm, supliendo las partes deterioradas con la traducción al inglés de Ernest Burrus (1966).

Una tercera copia del manuscrito está en la Biblioteca de París, publicada en un artículo de la historiadora checa Simona Binková.¹⁴⁵ El manuscrito inédito de la colección Aubin-Goupil de la Biblioteca Nacional de París contiene la parte del viaje correspondiente a los días del 24 al 26 de marzo, precisamente coincidiendo con la descripción del bajo delta del río Colorado. Los científicos franceses de finales del siglo XVIII tenían un interés por las condiciones naturales de la península bajacaliforniana, como lo demuestra la expedición de Jean Baptiste Chappe en 1769 con motivo del tránsito de Venus. Con seguridad conocían los diarios y mapas de otros jesuitas como Fernando Consag, pero el diario y mapa de Wenceslao Link serían documentos apreciados para conocer el paisaje de la sierra y el delta del Colorado, es decir, más allá de lo descrito por Consag. El propio Link narra el encuentro que tuvo con los miembros de esta comisión durante su estancia en el puerto de Santa María, España, mientras esperaba su embarque a su destino final del exilio.¹⁴⁶

Esta copia libre de una parte del manuscrito coincide con un párrafo citado por Fray Junípero Serra en su propio diario de viaje de 1769. Finalmente, hay una mención también de Binková a otra copia del diario en la Universidad de Yale, “descubierto” por Michael Mathes, pero sin ser publicado todavía hasta donde he podido indagar. Así, hasta el momento se conocen cuatro copias divergentes del diario de Link, que fueron utilizadas por otros viajeros o editadas con diferentes fines.

La intención de escribir un diario de viaje que no se quedara en la esfera de lo privado, sino que se compartiera con otras personas está relacionada con la finalidad perseguida en la realización del viaje. La hipótesis más sostenida por la historiografía es que los viajes de expedición o “entradas” estarían al servicio del plan colonizador del imperio español.¹⁴⁷ Esta

¹⁴⁵ Binková, “Mover las fronteras: los jesuitas bohemios en México que participaron en las expediciones a los ríos Gila y Colorado (Adán Gilg, Ignacio Xavier Keller y Wenceslao Link)”.

¹⁴⁶ Esto fue lo que escribió Link en Olmtz: “Cuando hablé con ellos en el Puerto de Santa María, me mostraron una mapa en el cual estaban indicadas mis expediciones” [traducción personal del inglés], “Carta de Wenceslao Link a Ducruet, 1778”, en: Burrus, *Wenceslaus Linck's Reports & Letters 1762-1778*, 58 [Carta escrita originalmente en latín, traducida en este libro al inglés].

¹⁴⁷ Así se ha generalizado para los viajes de exploración de los misioneros, por ejemplo, para el caso de Los Andes: “Esta era su tarea civilizadora que entroncaba con los proyectos ibéricos de conquista y colonización del Nuevo Mundo” Pérez Morales, *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera*, 61. Siguiendo esta tendencia de la historiografía poscolonial, se ha visto a los misioneros jesuitas de California como agentes al servicio de la colonización española: “Los protagonistas serán los padres de la Compañía de Jesús, agentes colonizadores particulares que se harán cargo de la conquista espiritual y territorial”, Fuensanta Baena Reina, “De ‘Tierra inhóspita’ a ‘Tierra de Misiones’: Baja California y la última frontera jesuítica (1683-1767)”, *Trashumante. Revista Americana de Historia social* 4 (2014): 91. Según la autora, la Corona concebía a las misiones como instrumentos de colonización. La misma categoría puede ser encontrada desde cierta

teoría embona perfectamente con los estudios decoloniales, pero choca con una realidad: el desdén por parte los jesuitas por atraer colonos a California. Sin duda que en el discurso estaría plasmado algo del reclamo de la tierra para el rey de España, pero eran solo palabras retóricas ante una creciente sospecha hacia los propios jesuitas de insurrección.

Otra razón que se ha esbozado es que Link habría querido encontrar un paso por el río Colorado para conectar, por tierra, las misiones la península Californiana con aquellas de la región de Sonora.¹⁴⁸ Desde antes de Link, se supondría que otros misioneros jesuitas como Fernando Consag habrían explorado la costa del Golfo hasta la desembocadura del Colorado para unir a la California con la Pimería alta y Sonora. Conforme a esta postura, Link seguiría una larga tradición de los jesuitas para hacer expediciones al río Colorado, iniciada por Francisco Kino desde el siglo XVII.¹⁴⁹ Sin embargo, los autores que sostienen esta interpretación para las expediciones al norte parecen obviar la advertencia de la “violencia” que implicaban los caudales de las bocas del Colorado, de la que ya se ha hablado en páginas anteriores. Esto, aunado al hecho de que la provisión por mar era más inmediata y menos difícil -transportar mercancías por el Golfo era evidentemente más plausible que trasladarlas por el delta del Colorado- hacen poco probable que esta haya sido la motivación principal del viaje de Wenceslao Link.

Una razón más que el mismo misionero confesó posteriormente para la realización de su viaje incumbe a los “enemigos” de España. En una carta de relación escrita en 1778, después de su exilio de California, Link escribió que la California debía ser protegida de los

historiografía estadounidense, Robert Howard Jackson, “Una frustrada evangelización: las limitaciones del cambio social, cultural y religioso en los ‘pueblos errantes’ de las misiones del desierto central de Baja California y la región de la costa del Golfo de Texas”, *Fronteras de la Historia*, núm. 6 (2001): 7–40.

¹⁴⁸ De esta opinión podemos citar, por ejemplo, a Bolton, para quien Consag y Link buscaban “abastecer a California mediante una ruta terrestre por la cabeza del golfo”, Herbert Eugene Bolton, *Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, S.J., misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta* (México: Universidad de Sonora - Universidad Autónoma de Baja California - Universidad de Colima - Universidad de Guadalajara, Colegio de Sinaloa - Editorial México Desconocido, 2001), 711. La idea se ha repetido sin mucha reflexión por otras autoras y autores, como: Angélica Morales Sarabia, “La expedición por la costa oriental de la Antigua California de Fernando Consag (1746). Una mirada etnográfica a sus prácticas cartográficas”, en *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, ed. Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo (México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021), 169. Y también: Ponce Aguilar, *Linck, explorador de Baja California. 1765-1766*.

¹⁴⁹ Kino habría realizado una serie de exploraciones en la desembocadura del río Colorado entre 1698 y 1702. Posteriormente, el también jesuita Juan de Ugarte realizó un viaje por la costa del Golfo hasta el río. Finalmente, Fernando Consag en 1746 publicaría su propio derrotero sobre su expedición marítima hasta el Colorado, Morales Sarabia, “La expedición por la costa oriental de la Antigua California de Fernando Consag (1746). Una mirada etnográfica a sus prácticas cartográficas”, 166.

ataques a los Galeones de las Filipinas -estaba pensando en corsarios ingleses principalmente- y de la incursión de los “moscovitas”.¹⁵⁰ Esta relación es más pesimista respecto a la descripción del paisaje californiano, en una retórica de la negatividad muy presente en los escritos posexílicos de jesuitas sobre California.¹⁵¹ La ausencia de estas naciones enemigas de España y el interés por viajar al lado oriental de la península, es decir, a la costa del Golfo, me hacen suponer que la apelación al peligro de las incursiones extranjeras era más una estrategia retórica en el exilio que una realidad a considerar como motivo del viaje.

Por último, está la motivación de la fundación de nuevas misiones al norte que extendieran la frontera jesuita. Junto con la hipótesis de la búsqueda de nuevas bahías para la llegada provisional del Galeón de Manila -algo que ni en Consag ni en Link parecía ser una prioridad- la historiografía ha coincidido en señalar el establecimiento de misiones como motivo principal del viaje de Link.¹⁵² En esa intención por extender la frontera por la fundación de nuevas misiones, influía, con toda probabilidad, la curiosidad del propio misionero jesuita.

Entonces, si se acepta la motivación de extender la frontera como la más determinante -aunque no la única- en la expedición del jesuita bohemio, la finalidad de escribir un diario de viaje estaría estrechamente relacionada con ese fin. Tanto los diarios de viaje como los mapas de Fernando Consag sirvieron para establecer nuevas misiones, las de Santa Gertrudis -nombrada en un primer momento Nuestra Señora de los Dolores del Norte- y la de San

¹⁵⁰ Aunque el documento de Link fue redactado en latín en 1778, en Olomuc, su traducción al alemán y publicación solo se dio en 1811 en un libro del erudito Gottlieb Christoph von Murr que recopilaba informes lingüísticos sobre California, Brenscheidt Genannt Jost y Grageda Bustamante, “Consideraciones culturales, etnohistóricas y geográficas de la península de California. Traducción de un texto impreso en 1811, escrito por Wenzel Link, S.J.” La carta también fue traducida al inglés por Ernest Burrus y publicada en su libro sobre los reportes y cartas del misionero (1967). Para esta investigación, yo utilizaré la traducción al español realizada del alemán por los investigadores de Sonora.

¹⁵¹ También así lo ha destacado el doctor Rogelio Ruiz respecto a la crónica del jesuita Baegert, Rogelio Ruiz Ríos, “Las ‘Noticias de la península americana de California’ de Juan Jacobo Baegert. Influencias y contexto de un documento etnohistórico”, *Memoria Americana* 26, núm. 1 (2018): 57–76.

¹⁵² Según el historiador franciscano Zephyrin Engelhardt, los superiores de Link habrían pedido expresamente alcanzar el Colorado por tierra para poder encontrar nuevos lugares para otras misiones, Zephyrin Engelhardt, *The Missions and Missionaries of California, Vol. I. Lower California* (San Francisco: The James H. Barry Company, 1908). Para Burrus, además de buenas bahías para el Galeón, Link debía buscar centros para el establecimiento de nuevas fundaciones misionales, Burrus, *Wenceslaus Linck's Reports & Letters 1762-1778*; Polisensky y Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, 10-1. En el artículo de dos historiadores checos, los dos motivos para el viaje son repetidos, pero añaden un tercero: resolver varios problemas de las ciencias naturales, Polisensky y Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, 177.

Francisco de Borja. Gracias al diario de Link y, posiblemente de su mapa,¹⁵³ otra misión fue fundada por misioneros jesuitas, la de Santa María de los Ángeles, además de la visita de Calamajué.¹⁵⁴ Conforme a esta motivación, el desistir de avanzar más allá del río Colorado no puede leerse como un fracaso, pues este no era el verdadero objetivo del viaje, como lo ha señalado Binková:

Las expediciones supuestamente poco exitosas significaron una ampliación de los conocimientos existentes acerca del terreno y de las condiciones naturales de los territorios todavía no explorados de la península de California. Las experiencias acumuladas fueron un valioso antecedente para la realización de la planeada expedición a la desembocadura del río Colorado (1766).¹⁵⁵

Con esta motivación, Wenceslao Link se dispuso a escribir su diario de viaje, construyendo un paisaje propicio para el establecimiento de nuevas misiones. En el siglo XVIII, los diarios de viajeros pudieron llegar a un público lector cada vez más amplio, “al cual se le podía instruir mediante los relatos que acercaran al centro metropolitano otras partes del mundo con sus particularidades, al igual que las especificidades de la naturaleza reconocidas con exactitud”.¹⁵⁶ Tanto misioneros como cronistas pretendían escribir diarios o crónicas que fueran “creíbles”.¹⁵⁷ Como se enunció en la introducción, los diarios del siglos XVIII, como los de Link o Junípero Sera, pretendían brindar información de tipo enciclopédica a las autoridades correspondientes, no ser obras de difusión pública como lo serán en el siglo XIX con James Bull y William Gabb.

¹⁵³ En la carta de relación que escribió Link en 1778, escribió: “Qué tipo de condición posee lo que está más allá de la Península, y que bajo el nombre de California he puesto en el mapa, eso lo dejo a la libertad de aquellos que lo han visto y que le describan a su gusto”, Brenscheidt Genannt Jost y Grageda Bustamante, “Consideraciones culturales, etnohistóricas y geográficas de la península de California. Traducción de un texto impreso en 1811, escrito por Wenzel Link, S.J.”, 153.

¹⁵⁴ Michael Mathes, “Hacia el último rincón del mundo. Jesuitas germanos en Baja California, 1683-1768”, en *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, ed. Karl Kohut y María Cristina Torales Pacheco (Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007), 133.

¹⁵⁵ Binková, “Mover las fronteras: los jesuitas bohemios en México que participaron en las expediciones a los ríos Gila y Colorado (Adán Gilg, Ignacio Xavier Keller y Wenceslao Link)”, 457.

¹⁵⁶ Pérez Morales, *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera. Misioneros y naturalistas en América Andina durante el siglo XVIII*, 27.

¹⁵⁷ María del Mar Muñoz González, “«Terra deserta, et invia, et anaquosa...»: La Baja California imaginada en las fuentes escritas del Período misional jesuítico (1697-1768)”, en *Espacios de tránsito. Procesos culturales entre el Atlántico y el Pacífico*, ed. María Isabel Montoya Ramírez y Miguel Ángel Sorroche Cuerva (Granada: Editorial Universitaria, 2014), 31.

Percepción del viaje desde la frontera

En varios documentos, el jesuita bohemio se refiere a su establecimiento misional como “la frontera”, por lo que sus viajes deben situarse en el anhelo de los viajeros de finales del siglo XVIII por expandir la frontera del mundo conocido.¹⁵⁸ Esta expansión de la frontera era una de las principales aspiraciones de los misioneros jesuitas en California desde el inicio de su labor, pero se intensificó a medida que la misión de San Ignacio, colindante con el desierto central de la península, se convirtió de facto en el lugar fronterizo desde el cual se emprendían los viajes de expedición.

Desde esta misión de San Ignacio había partido el misionero Fernando Consag en 1751 con una comitiva para buscar un paraje adecuado y poder fundar ahí una nueva misión.¹⁵⁹ Consag era un miembro de la Compañía de Jesús de origen croata y quien había llegado a la California desde 1732. Desde su “misión frontera” de San Ignacio realizó una serie de viajes por tierra y por mar al norte de la península, elaboró algunos mapas y escribió una historia natural con anotaciones etnográficas sobre sus habitantes.¹⁶⁰ Para el jesuita que precedió a Link en las entradas al norte de la península, la frontera estaba situada en la última de las misiones establecidas. Por esta razón, para el religioso croata dejar la misión más norteña de San Ignacio implicaba salir de la frontera: “Es el mejor arroyo que se vio desde que salimos de la frontera. Está en veinte y nueve grados y quince minutos, se llama Ajavaiamin”.¹⁶¹ Frontera, por tanto, era para Consag el establecimiento misional más norteño, sin definir lo que estaba más allá de ese límite.

¹⁵⁸ En un reporte dirigido a Jorge Retz en marzo de 1765, Link escribió lo siguiente: “Muchos indios se han asentado en la misión de San Luis, que se encuentra en la región fronteriza [*border of the region*] de las tribus del norte no descubiertas”, Burrus, *Wenceslaus Linck's Reports & Letters 1762-1778*, 29. La carta se encuentra en el Archivo del Museo Británico [núm. 285,296] y fue traducida por Burrus al inglés. Desgraciadamente, solo tuve acceso a esta traducción, de la cual he intentado recrear su posible texto español. Mi elección por “frontera” como antecedente de la traducción de “borders” de Burros estriba en el texto paralelo del diario de viaje de 1766 respecto a la misma misión de San Luis: “Llegamos a San Luis, nombre que dan ya al paraje los mismos gentiles de tierra adentro. Comprende este nombre un espacio grande de tierra, desde la costa del seno hasta la mar del Sur. Lo ponen en 31 grados de latitud, un grado distante de la misión frontera”, Link, “Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 202.

¹⁵⁹ El tercer párrafo del diario comienza con la frase: “Aunque la misión frontera del norte, hasta hoy es la de nuestro Padre San Ignacio [...]”, Consag, “Diario del viaje que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús en la California, desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”, en *La primera entrada. Descubrimiento del Interior de la Antigua California*, ed. Carlos Lazcano Sahagún (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000), 155.

¹⁶⁰ Carlos Lazcano Sahagún, *Fernando Consag. Fundador del estado de Baja California* (Ensenada: Sociedad de la Antigua California, 2022), 25-27.

¹⁶¹ Consag, 166, “Diario del viaje que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús en la California, desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”, 259. Más adelante, al divisar la

Link conoció y utilizó los diarios y los mapas realizados por Consag unos años antes.¹⁶² Compartió su concepción de una frontera como espacio de interacción interétnica, pero también un espacio de interacción interespecie, quedando asombrado por animales, plantas y objetos que le eran desconocidos. Con lo paradójico como nota característica de toda frontera, esta figura imaginaria separaba y acercaba al mismo tiempo. Esta noción tampoco era exclusiva del pensamiento de los jesuitas californianos, sino algo simultáneo facilitado por conexiones globales. Mediante la figura de la frontera no se señala tanto una distancia real como un corte entre diversos universos accidentalmente diferentes, pero peligrosamente próximos.¹⁶³

Con el arribo de otro jesuita residente a la misión de San Francisco de Borja, Juan José Díez, Link se sintió con mayor libertad para hacer viajes más extensos en distancia y en tiempo. Desde su misión frontera, se dispuso para explorar la costa del Pacífico, la costa del Golfo y, finalmente, la región del delta del río Colorado. Miguel del Barco, cronista jesuita contemporáneo a Wenceslao Link, da cuenta de su consciencia de estar habitando la frontera: “Fue señalado para este descubrimiento por sus superiores el padre Wenceslao Link que, por vivir en la frontera, tenía más práctica en el idioma y trato de aquellos indios, que debían acompañar en la expedición, y aun de aquéllos por cuyas tierras había de transitar”.¹⁶⁴

Isla de Cedros, que los indígenas nombraban Vamalgua o Guamalgua -o lo que Consag entendió por ello-, apunta que su población era muy numerosa y al menos distante de la frontera, p. 179.

¹⁶² Los historiadores checos han resaltado el aprovechamiento que Link tuvo de los conocimientos y el mapa que Consag había dejado con anterioridad, Polisensky y Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, 182; Josef Polisensky y Josef Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, *Ibero-Americana Pragensia* VI (1972): 182. El propio Link llevaba consigo diversos materiales cartográficos durante su viaje de expedición, Simona Binková, “El Padre Wenceslao Linck, Explorador del norte de la Antigua California (entre el P. Fernando Consag y Fray Junípero Serra)”, en *Homenaje a Fernando Consag, SJ. 1703-1759. Memoria de la I Reunión de Historiadores sobre los Fundadores de la Antigua California*, ed. Carlos Lazcano Sahagún (Ensenada: Sociedad de la Antigua California, 2011), 144.

¹⁶³ Difiero de la postura que categoriza esta frontera como distanciamiento de dos mundos “radicalmente” distintos, Dávila y Gotta, “El bárbaro, el desierto, la civilización. Representaciones de la alteridad en la literatura de frontera de la Patagonia y el Chaco durante el siglo XVIII”, 38. Desde la historia planetaria, lo que se resalta son las coincidencias de especie y las interacciones interespecies. Por eso se plantea que las diferencias son accidentales y no esenciales, como lo perciben algunas ontologías indígenas como las amazónicas. En este sentido, considero insuficiente interpretar los escritos de los misioneros jesuitas como “un testimonio de las tensiones interétnicas como resultado del enfrentamiento de dos culturas diferentes y del esfuerzo de la una -la europea- por absorber y transformar la otra -la nativa-”, Simona Binková, “La problemática de la etnicidad en el noroeste novohispano y la actitud de los misioneros jesuitas de Bohemia, siglos XVII y XVIII”, *Ibero-Americana Pragensia* XXV (1991): 176. La interacción en la frontera misional jesuita no es entre dos culturas diferentes, sino entre múltiples culturas compartiendo espacio y tiempo.

¹⁶⁴ Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 338.

Así pues, Link no hizo sus viajes *a* la frontera, sino *desde* la frontera, tratando de expandir ese espacio de interacción, procurando estirar un poco más el margen fronterizo misional. Esta manera de concebir la frontera, además, se enmarcaba en la forma en que, en el antiguo régimen, se conceptualizaba desde el centro de las soberanías monárquicas. Con respecto a Francia, por ejemplo, se ha señalado: “Una de ellas [la frontera] es la lineal, en la percepción más antigua, más durable, más útil del espacio, que fue aquella del viajero, jefe de ejército, rey de Francia en desplazamiento, peregrino, comerciante. Es decir, un espacio longilíneo, marcado por etapas sucesivas, fijado en las guías de viajes”.¹⁶⁵ Link estaría suscribiéndose en esa nueva etapa, sucesora de la de Fernando Consag, para expandir la frontera misional de la California en una superposición de narrativas y temporalidades.¹⁶⁶

El paisaje observado: parajes y sierras

Los diarios de exploraciones de los misioneros jesuitas en California, así como las crónicas y cartas, han sido ya analizados desde acercamientos literarios que han destacado al Desierto como representación central del paisaje bajacaliforniano.¹⁶⁷ En estos estudios, imbuidos por la nueva historia cultural, han predominado enfoques historiográficos centrados en la epistemología, el análisis del discurso y la corriente interpretativa de la antropología.

¹⁶⁵ Daniel Nordman, “La frontera: nociones y problemas en Francia, siglos XVI-XVIII”, *Historia Crítica*, núm. 32 (2006): 166.

¹⁶⁶ Así son entendidas las fronteras “como espacio de contornos variables, de contienda y negociación en donde se superponen narrativas y temporalidades”, Diana Roselly Pérez Gerardo, “Introducción”, en *Vivir en los márgenes. Fronteras en América colonial: sujetos, prácticas e identidades, siglos XVI-XVIII*, ed. Diana Roselly Pérez Gerardo (México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2021), 7.

¹⁶⁷ La lista es extensa e interdisciplinar, pero tienen como denominador común presentar al Desierto como mera representación en la “invención” del paisaje bajacaliforniano en el discurso jesuita misional. Por citar solo algunos ejemplos, se puede aludir al trabajo que, desde la antropología, se ve al Desierto como espacio con significación de sobrevivencia: “Vivir el Desierto denota la acción de producción cultural a partir de las necesidades de sobrevivencia, para desplazarse de un espacio a otro, territorios que enmarcan las distancias del recorrido para asegurar en el tránsito la manutención de los recursos”, Rafael Pérez-Taylor, “Introducción”, en *Antropología del desierto. Espacios culturales: el norte de México-Atacama*, ed. Rafael Pérez-Taylor, Axel Ramírez, y Alejandra Ruiz (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016), 14. En el ámbito de la arquitectura y el patrimonio, se mira a los complejos misionales como obras “admirables” por ser edificadas en un espacio adverso, Marco Marco Díaz, *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986). Sin embargo, la forma de abordar el paisaje desértico de la península está más relacionado con su representación como espacio del demonio: “un infierno desértico, adverso, rocoso en el que habitaba el propio Demonio en forma de chamanes”, Muñoz González, “«Terra deserta, et in via, et anaquosa...»: La Baja California imaginada en las fuentes escritas del Periodo misional jesuítico (1697-1768)”, 39. Esta misma idea se repite en el ensayo de: David Benjamín Castillo Murillo, “La fabricación de un discurso histórico institucional: Los cronistas jesuitas de la Antigua California (siglo XVIII) y la representación retórica del espacio misional”, *Meyibó* 6, núm. 12 (2016): 39–66.

Para sorpresa de lo comentado anteriormente, el Desierto no aparece en el paisaje construido en el diario de Wenceslao Link de 1766.¹⁶⁸ Incluso, en todos los reportes escritos por Wenceslao Link existe una sola mención a los desiertos de California, y está en la carta de 1778, una década después de su salida de la península.¹⁶⁹ En otras palabras, el Desierto solo se encuentra en las introducciones y en las notas al pie de los editores del diario de Link, pero nunca en los escritos del misionero. Unos comentaristas del diario de viaje del jesuita comentan su paso por zonas de desierto y semidesierto.¹⁷⁰ Esta divergencia puede ser explicada por los distintos significados que el concepto “desierto” ha adquirido con el paso del tiempo. No es que no existiera el desierto -en su sentido actual de bioma con poca precipitación, desde las ciencias geográficas- sino que Link no quiso describir el paisaje con el sentido que el Desierto tenía en su tiempo, un espacio despoblado de humanos.¹⁷¹

En su ruta, trazada en la interacción con los indígenas, los caballos y las mulas, como ya vimos, lo que mereció quedar plasmado en su diario fueron los parajes y la sierra. Link y sus acompañantes caminaron parte de la península partiendo de la sierra de San Borja para dirigirse al oeste, rumbo al Pacífico. A partir de ahí, continuaron hacia el norte por valles entre las sierras de Columbia y La Asamblea, pasando por parajes como Calamajué y la Laguna Chapala. Continuaron más al norte hasta llegar a Velicatá, el punto más distante del viaje de Consag en 1751. De Velicatá, los viajeros atravesaron la parte sur de la sierra de San Pedro Mártir para continuar por su ladera oriental, con un reconocimiento a la costa, cerca de la bahía de San Felipe.

¹⁶⁸ Tampoco se menciona al Desierto en el diario de viaje del misionero jesuita Fernando Consag por la costa del Golfo en 1746 ni en su diario de la Entrada de 1751.

¹⁶⁹ La frase es la siguiente: “Uno observa nada más peñascos, riscos, cerros escarpados, desiertos arenosos y gigantescas columnas de piedra a manera de torres en cierto modo con esmero”, Brenscheidt Genannt Jost y Grageda Bustamante, “Consideraciones culturales, etnohistóricas y geográficas de la península de California. Traducción de un texto impreso en 1811, escrito por Wenzel Link, S.J.”, 152.

¹⁷⁰ Por ejemplo, Antonio Ponce comenta en varias ocasiones que el paisaje narrado por Link es “una zona semidesértica”, Ponce Aguilar, *Linck, explorador de Baja California. 1765-1766*.

¹⁷¹ Otro misionero jesuita en California, por ejemplo, escribió en 1721: “Tiene llanos espaciosísimos hasta el Cabo de San Lucas, y desiertos de gente, llenos todos de bellísimas y amenas flores” Ignacio María Nápoli, “Entrada a la nación Chora”, en *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California*, ed. Carlos Lazcano Sahagún, Colección de Documentos sobre la Historia y Geografía del municipio de Ensenada 3 (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000), 128. En Brasil, el sertão estaba identificado con la idea del Desierto como un vacío a ser ocupado, Maria Elisa Noronha de Sá, “Los conceptos de sertão/litoral. Experiencias temporales y representaciones espaciales de la nación en Brasil (1830-1860)”, en *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*, ed. Fabio Wasserman (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2020), 351-352.

La península por la que transitó la comunidad viajera se había separado del macizo continental apenas hacía 5.5 millones de años, gracias a la confluencia de las placas tectónicas de Norteamérica y el Pacífico. Desde entonces, los biomas de la parte central de la península se fueron configurando en espacios únicos, moldeados climáticamente por la transición entre la región costera templada del Noroeste con sus lluvias de invierno; la región llanura de Suroeste con su clima seco y lluvias variables; la región costera del golfo con clima muy seco y la región donde menos llueve en todo el país;¹⁷² y la región de las Sierras, con clima lluvioso y nevadas en invierno. En su viaje, la comunidad viajera atravesó las tres últimas regiones mencionadas. Esa variedad en las lluvias, nevadas y vientos “furiosos” ejercieron su influencia en el ritmo del recorrido del viaje.

Geografía del paisaje: entre utilidad e inutilidad

Como seres orgánicos, humanos, caballos y mulas dependían de dos entidades fundamentales: agua y alimento, algo que se va a reiterar en todos los cuatro viajeros estudiados, añadiendo la leña en varios pasajes. La disponibilidad de estos dos elementos fueron determinantes para elegir los lugares para reposar y pasar las noches. Pero la comida no era pensada, en una primera instancia, para los humanos, sino para la caballada. Eso explica la repetición apabullante del sintagma agua y pasto: “Pasadas dos horas, entramos a un arroyo en que corre alguna agua, y a cuatro horas, a un bajío en que hallamos *agua y pasto* sobrado”.¹⁷³ La presencia del pasto para alimento de las mulas y caballos era el criterio principal para la decantación de la ruta a seguir: “Todo el camino casi lo hicimos por llanos abundantes de pasto”.¹⁷⁴ Este viaje, por lo tanto, solo podía haberse hecho en invierno, en un año cuando las lluvias propiciaban el crecimiento de un pasto que para la primavera comienza a secar y en verano está completamente seco, excepto por algunos años en que las lluvias remanentes de huracanes -en la parte sur- y tormentas tropicales -en la parte norte- riegan la tierra.

¹⁷² Solo en ciertos años, cuando un huracán cruza la península del Pacífico al Golfo, las lluvias veraniegas riegan sus tierras, Pedro Garcillán, Brigitte Marazzi, y Benjamin Wilder, “Baja California Desert”, *Biomes 2* (2013): 346. Por esta razón, la parte central de la península contiene un régimen de precipitación biestacional y poco predecible.

¹⁷³ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 210 [el énfasis es mío]. El sintagma “pasto y agua” aparece un total de 19 ocasiones, algunas con el término expreso de agua y otras más con el alternativo de arroyo o aguaje.

¹⁷⁴ Link, 201.

El agua, tanto para humanos como para animales, era transportada en “botas”. Estos recipientes de origen español, confeccionados con piel de cabra cocida, eran fáciles de transportar y de beber. El agua para llenar las botas era obtenida de diversas fuentes: aguajes, arroyos, tinajas, manantiales y peñas, cuya ubicación era conocida por los indígenas acompañantes de la expedición: “Logramos aquí una poca de agua que acaso encontraron estancada en una peña, dos de nuestros indios, y de que nos proveyeron dos botas”.¹⁷⁵ La abundancia de agua en sus distintas fuentes del paisaje descrito por Link contrasta con la escasez de agua en los escritos contemporáneos que sobre la California se redactaron. Por ejemplo, Fray Francisco de Ajofrín escribió una descripción de California apenas dos años antes del diario de Link. En su crónica, el monje capuchino español, habiendo consultado algunos reportes en el archivo del Virreinato de la Nueva España, describió este paisaje californiano: “La tierra es quebrada, áspera, y pedregosa: *muy escasa de aguas* y poco fértil para las siembras”.¹⁷⁶

La valoración paisajística del agua, desde una mirada antropocéntrica, descansa sobre dos perspectivas: su abundancia-escasez (cuantitativa) y su dulzura-salubridad (cualitativa). Con respecto a la disponibilidad de agua (poca – mucha), esta depende de las características fisiográficas por las que la comitiva viajera se movía. En cuanto a su geodiversidad, la península de Baja California se puede dividir en tres regiones geomorfológicas: 1) la región de las Sierras Peninsulares en su parte media corriendo de sur a norte; 2) la región de la pendiente del Golfo de California; y 3) la región de la pendiente del Pacífico.¹⁷⁷ De esta forma, Link y su comunidad viajera transitaban por las tres regiones diversas, donde la disponibilidad de agua, la flora y la fauna varían notablemente.

El año de 1766 debió ser, sin duda, uno de esos años con bastante precipitación pluvial en la región costera del Pacífico, como quedó asentado en el diario apenas un día después de iniciar el viaje: “Las nubes nos echaron encima tanta agua que fue preciso pasar ahí [Vimbet], como se pudo, la noche”.¹⁷⁸ En varias ocasiones se menciona que pudieron recoger del agua

¹⁷⁵ Link, 200.

¹⁷⁶ Francisco de Ajofrín, “Breve descripción de las Californias según las últimas y más verídicas noticias hasta el presente año de 1764”, en *Noticias y Documentos acerca de las Californias 1764-1795* (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1959), 11 [el énfasis es mío].

¹⁷⁷ Ivonne Haide Posada Ayala et al., “Geodiversidad y paisaje: un análisis de su potencial en Baja California, México”, *Investigaciones Geográficas*, núm. 48 (2014): 23.

¹⁷⁸ Link, “Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 199.

dejada por las lluvias. En la sierra, el agua fue abrevada de los manantiales que dan lugar a arroyos constantes de los barrancos. En la travesía de esta región, la constante es la “muchacha agua”. Pero en la región del Golfo la disponibilidad de agua fue más raquítica, ya que las lluvias llegan solo en algunos años de huracanes que cruzan para el agua cálida del Golfo en el verano.¹⁷⁹

Además de la poca o mucha disponibilidad del agua, Link valoró su buena o mala calidad. La “mala agua” o “buena agua” dependía de su salubridad. Pero la observación más repetida, respecto al agua, es su utilidad-inutilidad. El agua era útil cuando podía ser “empleada” para la siembra de frutas, verduras y cereales; mientras que era inútil cuando se sumergía en la tierra sin permitir su encauzamiento: “Es mucha su agua pero inútil, porque al descolgarse a los llanos se pierde en la arena”.¹⁸⁰ Esta observación no era exclusiva del jesuita bohemio, pues también en otros diarios de viaje de jesuitas se puede leer la misma valoración de utilidad-inutilidad del agua.¹⁸¹

Poder “dominar” el agua, es decir, poderla encausar por medio de acequias para conducirla hasta una tierra propicia para cultivo era una de las estrategias colonizadoras y una muestra del principio antropocéntrico que ve en los seres de la naturcultura,¹⁸² sobre todo, “recursos” para su utilización-explotación.¹⁸³ Esta valoración del agua y otros seres

¹⁷⁹ Cada año, en verano, se forman huracanes en el Océano Pacífico, cerca de la costa sur de la península de Baja California. En su trayectoria, algunos pueden virar hacia la península, al macizo continental, o al suroeste de los Estados Unidos. A medida que avanzan, se van degradando a tormentas. Pero cada cincuenta años, aproximadamente, los huracanes generan inundaciones tan catastróficas que modifican el espacio por donde pasan, Genaro Martínez Gutiérrez y Larry Mayer, “Huracanes en Baja California, México, y sus implicaciones en la sedimentación en el Golfo de California”, *GEOS* 24, núm. 1 (2004): 57–64.

¹⁸⁰ Link, 214. La misma idea se repite cuando el agua se “desperdicia” entre las rocas: “Cinco agujeros hay en este, en el último es más mala el agua, pero inútil por correr entre peñas que luego en el llano se pierde”, p. 217. Un siglo después del viaje del jesuita, el conservacionismo seguía sosteniendo que el agua de los ríos que desembocaba en el mar era un “desperdicio”, como lo ha estudiado para los siglos XIX y XIX: Marco Antonio Samaniego López, *Cuencas internacionales y construcción del espacio fronterizo. Paradojas y significados futuros de una relación*, NortEstudios 15 (Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2023), 26.

¹⁸¹ Así se puede leer en el diario de viaje de Fernando Consag de 1751: “Aunque el agua corriente se juzga inútil, sin embargo, con la sola humedad puede haber alguna corta siembra”, Fernando Consag, “Diario del viaje que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús en la California, desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”, 166. La misma idea puede ser encontrada en el diario de un jesuita en la sierra tarahumara, “Diario del viaje que hizo el padre José María Miqueo a la barranca que llaman vulgarmente de Talarecua”, 16 de mayo de 1759, Archivo Franciscano 15/278.1.f.1-6v.

¹⁸² El neologismo de “naturcultura” (*natureculture*) fue acuñado por la filósofa Donna Haraway en el 2003 para enfatizar la síntesis de Naturaleza y Cultura a través de la hibridación y el ensamble inextricable, cuestionando las categorías binarias y dicotómicas que las oponen, Kornelia Engert y Christiane Schürkmann, “Introduction: Posthuman? Nature and Culture in Renegotiation”, *Nature and Culture* 16, núm. 1 (2021): 1–3.

¹⁸³ Este dominio del agua fue utilizado por los españoles para “expresar el espacio dominado por una comunidad”, Federico Fernández-Christlieb, “El nacimiento del concepto de paisaje y su contraste en dos

contrasta con los saberes indígenas que, en su mayoría, prefieren hablar de “bondades” de la madre tierra, en lugar de la expresión occidental de “recursos” de la naturaleza.¹⁸⁴

Si el agua era valorada como útil o inútil, la tierra es valorada como fértil o infértil. La tierra tiene, en muchas culturas, connotaciones femeninas, comúnmente relacionadas con la maternidad. Al mar del Golfo de California se le denominaba “Seno de California”. Como madre, el seno de la California es fértil y solo de dos lugares se dice que es estéril: Vimbet y Calanujut. Esta sorprendente fertilidad de la tierra que describe Link en su diario contrasta con informes ofrecidos por otros misioneros jesuitas a los superiores.¹⁸⁵ También los reportes escritos por Link, antes de su salida de California, confirman la fertilidad de la tierra; cuando mucho, se ciñen a describir lo limitado de la cosecha. Así, por ejemplo, en un reporte redactado un año después de su viaje al Colorado, describió así la misión de San Borja: “Las tierras y su riego son cortos, el algodón no alcanza y la lana es más escasa”.¹⁸⁶ Únicamente en su carta de relación, redactada desde el exilio después de su salida de California, menciona la esterilidad de la tierra californiana: “Debido a que esta tierra *estéril* no produce nada con que poder hacer fluir algo para ventaja de la caja real”.¹⁸⁷ De esta manera, los escritos de Link en su estancia en California dibujan un paisaje de tierra fértil y agua suficiente, mientras que el documento de su estadía en Europa después de su exilio presenta un panorama más sombrío.¹⁸⁸

ámbitos culturales: el viejo y el nuevo mundo”, en *Perspectivas sobre el paisaje*, ed. Susana Barrera Lebaton y Nancy Aguirre (Bogotá: Estepa/Universidad Nacional de Colombia, 2014), 65.

¹⁸⁴ Leonardo Boff, “Teología de la liberación y ecología”, Escuela de Cuadros, 26 septiembre 2023, en: YouTube.

¹⁸⁵ Como ejemplo se puede citar la conclusión del diario de exploración que Fernando Consag redactó en 1751: “Nuestra Señora de Loreto, patrona de la California, mueva los corazones de sus devotos, para que con sus caudales suplan los socorros que la aspereza y *esterilidad* de este país les niega”, Consag, “Diario del viaje que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús en la California, desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”, 280 [el énfasis es mío].

¹⁸⁶ “Carta del padre Wenceslao Link sobre la exploración de la contracosta de California”, 16 de agosto de 1767, Archivo Franciscano 4/70.1.f.1-2v.

¹⁸⁷ Brenscheidt Genannt Jost y Grageda Bustamante, “Consideraciones culturales, etnohistóricas y geográficas de la península de California. Traducción de un texto impreso en 1811, escrito por Wenzel Link, S.J.”, 151. Y más adelante repite la misma idea de una tierra estéril y desagradable, p. 153.

¹⁸⁸ A una conclusión similar llega la historiadora española María del Mar Muñoz. De acuerdo a su estudio, los misioneros jesuitas como Piccolo tenían una idea positiva de la fertilidad de la tierra californiana, en contraste con los cronistas del exilio como Miguel de Barco o Juan Jacobo Baegert, Muñoz González, “«Terra deserta, et invia, et anaquosa...»: La Baja California imaginada en las fuentes escritas del Período misional jesuítico (1697-1768)”.

Esa aparente contradicción puede ser explicada desde la epistemología, resaltando distintas representaciones que sobre la península proyectó Link en distintos momentos de su vida. Pero también es plausible que la explicación radique en algo más tangible, como la diversidad de biomas de la península, así como cambios ambientales, climáticas y ecológicos que han ocurrido año con año e incluso en la transformación del espacio geográfico de acuerdo con las estaciones en un mismo año.¹⁸⁹ Hasta la fecha, la experiencia de viajar por esos espacios depende en gran medida del año en que se realice el recorrido y el mes o estación del año.

La vegetación de los paisajes: palmas y mezcales

En efecto, las tierras caminadas por Link, los soldados, indígenas, caballos y mulas están lejos de ser estériles. La región del Pacífico, por ejemplo, es generosa en “árboles leñosos enanos y arbustos cubriendo colinas y pendientes, dominando el Matorral Costero y Rosetófilo”.¹⁹⁰ La región de las sierras del desierto central es fecunda en cirios, copalquín, torote, cardón, agave y datilillo. Y la región del Golfo presenta una vegetación dominada por plantas con troncos gigantes y carnosos, como el copalquín, torote, copal, lomboy, metacora, palo blanco, palo Adán y chollas.¹⁹¹

Es cierto que la tierra del bioma del desierto central no es propicia para monocultivos a gran escala, pero es fértil para pequeñas huertas y, principalmente, para plantas y árboles endémicos que son aprovechadas por múltiples especies de animales, incluidos los humanos. Link, como viajero naturalista, dedica un párrafo completo a “la flora” de su recorrido, ya casi para finalizar su texto. Sobresale que la primera mención de ese párrafo sea la palma, que observó en dos especies distintas: una cenicienta y otra verde.¹⁹² La palmera cenicienta, mejor conocida como palmera azul (*Brahea armata*), es una planta endémica de Baja California, que habita en cauces de arroyos y en oasis. Link, fiel a sus valoraciones

¹⁸⁹ Los distintos cambios en los biomas suelen ser graduales y es difícil establecer las fronteras entre ellos. Además, “torrentes ocasionales pueden arramblar por los cañones de las montañas tras el paso de los huracanes y pueden cambiar dramáticamente el paisaje en cañones y arroyos”, Charlotte E. González-Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”, *Botanical Sciences*, núm. 87 (2010): 78.

¹⁹⁰ Posada Ayala et al., “Geodiversidad y paisaje: un análisis de su potencial en Baja California, México”, 30.

¹⁹¹ Charlotte E. González-Abraham et al., “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”, *Botanical Sciences*, núm. 87 (2010): 78.

¹⁹² Link, “Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 222.

antropocéntricas, menciona que “no es muy útil”. Sin embargo, durante el mes de agosto, los indígenas cucapá se movilizaban a los arroyos al pie de la sierra para cosechar los frutillos de esa palmera, así como sus brotes tiernos.¹⁹³ Esta y otras palmas endémicas de la Baja California permitieron a los grupos originarios hacer distintos artefactos como calzado, cestos, figuras ceremoniales y materiales para fabricación de techos y chozas. Y esas mismas palmeras “inútiles” tienen su ensamblaje con aves y otros animales, que se alimentan de sus bayas. Otros pájaros como los orioles aprovechan las fibras de sus hojas, al igual que los humanos, para construcción de sus nidos.¹⁹⁴

Las palmeras, que en el diario de Link siempre están en imbricación con el agua - donde hay palmeras hay agua- suelen estar acompañadas de otros árboles como los álamos o los pinos. Al viajero sorprende la altura que podrían llegar a alcanzar, “las más altas que se ven en el norte”.¹⁹⁵ En la subida hacia la sierra, escribió: “Aquí vimos muchos pinos, altísimas palmas, y álamos blancos”. En contraste, esa misma sierra -dice Link- estaba toda cubierta por pinos, pero muy pocos estaban “muy elevados”. En su natal Bohemia, así como en toda Euroasia, el pino silvestre (*Pinus sylvestris*) puede alcanzar alturas de 30 metros, por lo que no lo asombraron los pinos de la California, que apenas tendrían unos 10 metros de altura.¹⁹⁶ La palmera de abanico (*Washingtonia robusta*), en cambio, puede lograr una altura de 35 metros, lo que explica el asombro del misionero.

Además de los árboles (palmeras, álamos y pinos), Link dedicó varios renglones a los mezcales. Por ejemplo, llegaron a una ranchería de la misión frontera de San Borja y, ahí, los esperaba el “principal” con “millares de mezcales, pan de cada día, y el más de gusto del país”.¹⁹⁷ Estas plantas, capaces de captar niebla y almacenar su humedad, salvaron en varias ocasiones a los viajeros humanos de padecer de hambre. En algunas ocasiones, eran los indígenas cristianos quienes salían a los cerros a buscar y quemar mezcales para comer. Los

¹⁹³ Ana A. De Williams, “Los Cucapá y su medio ambiente”, *Estudios Fronterizos* 5, núm. 14 (1987): 102.

¹⁹⁴ John Minch et al., *Caminos de Baja California. Geología y biología para su viaje* (Mission Viejo: John Minch and Associates, 2003), 64.

¹⁹⁵ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 203.

¹⁹⁶ Según Carlos Lazcano, los pinos con los que se relacionó Link en la falda de la sierra era el pino piñonero (*Pinus quadrifolia*), ciertamente nada comparable con la altura de los pinos europeos, pero sumamente apreciados por los indígenas por sus piñones.

¹⁹⁷ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 199.

indios neófitos de la comunidad viajera, según cuenta Link, recorrían la sierra esparcidos “quemando sus mezcales”.

Otras veces eran los indios gentiles los que traían mezcales como “regalos”. El agave o mezcal, como lo llama Link, ha sido esencial en las sierras centrales de la península, no solo como alimento, sino para la confección de objetos de uso doméstico como sandalias, bolsas, redes, cordeles y demás; hasta ser considerada la planta más utilizada hasta el periodo misional.¹⁹⁸ Fue descrita por Fernando Consag, al igual que Link, como “su pan de cada día”.¹⁹⁹ Todavía en la primera mitad del siglo XX se seguía consumiendo de manera habitual.²⁰⁰ En la actualidad, un número considerable de recetas culinarias de los pueblos originarios de la región utilizan al agave como ingrediente básico.²⁰¹ Sin embargo, será con nuestro siguiente viajero, Junípero Serra, con quien los mezcales se tornarán imprescindibles en el ensamblaje paisajístico.

Los animales no humanos: leones y liebres

Pero la tierra no solo era fértil para la flora, sino también para animales no humanos. Distintas familias de animales como mamíferos, reptiles, aves, insectos, entre otros, interactúan con el agua, la tierra, el viento, las plantas y otros animales en el bioma de la sierra central. En el diario de Link no aparecen borregos, ni venados, ni berrendos, ni ballenas, algunos de los mamíferos más icónicos del actual estado de Baja California. Hay una sola mención a un león -así llaman, hasta el día de hoy, los californios al puma- que merodeaba de noche: “Esta noche pasada, no ha sosegado la caballada que creó rondaba algún león, de los muchos que cría la sierra, y en las estampidas que ha dado, se perdieron algunas bestias”.²⁰² Esta referencia al león acechando a la caballada por la noche es omitida por la copia de Madrid,

¹⁹⁸ Carlos Figueroa Beltrán, “La prehistoria en el noroeste del Pacífico: inferencias ambientales y etnoarqueológicas en la reconstrucción del pasado”, en *Antropología del desierto. Espacios culturales: el norte de México-Atacama*, ed. Rafael Pérez-Taylor, Axel Ramírez, y Alejandra Ruiz (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016), 28.

¹⁹⁹ Carlos Lazcano Sahagún y Denis Pericic, *Fernando Consag: textos y testimonios* (Ensenada: Fundación Barca, 2001), 254.

²⁰⁰ Homer Aschmann, *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology* (Berkeley/Los Angeles: University of California Press, 1959), 219.

²⁰¹ Iraís Piñón Flores, *Recetario indígena de Baja California* (México: CONACULTA, 2004).

²⁰² Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 214.

tal vez intuyendo que respondía más a una alusión bíblica que a una noticia fiable,²⁰³ o quizá, en un intento de armonización textual con el diario de Junípero Serra, quien narra la misma escena en su diario de 1769.

Los animales no humanos del paisaje bajacaliforniano observado por Link que más aparecen -dejando aparte las mulas y caballos viajeros- son los conejos y liebres. Casi al final del texto, escribió el religioso: “En San Luis comienza la abundancia de liebres y conejos, y aun aquí no es nada, si se compara con otras tierras. Son el pasto ordinario”.²⁰⁴ Estos animales son valorados, pero no en su apreciación estética, sino en cuanto su facilidad para ser cazados y consumidos por los humanos: “Nuestra gente de a pie, sin extraviarse del camino, y sin dejar de caminar, cazó esta tarde ciento y cincuenta liebres y conejos, que abundan hasta la admiración y se les venían a las manos”.²⁰⁵

El ensamblaje del conejo castellano o conejo del desierto (*Sylvilagus floridanus*) con otras especies no solo incumbe a la especie humana, pues sirve de alimento a una gran cantidad de especies, formando un eslabón importante en las cadenas tróficas. Aves como gavilanes, búhos o lechuzas, y mamíferos como linceos, coyotes, pumas o zorros también se alimentan de conejos y liebres.²⁰⁶ La liebre de cola negra (*Lepus californicus*), como los conejos, desarrolló con miles de años una interacción con el bioma; sale de entre los arbustos -no hace madrigueras- preferentemente una hora aproximadamente después del atardecer, lo que no permite a los depredadores nocturnos capturarlas. En cambio, evita salir al amanecer, cuando es la hora de caza de los coyotes, que son sus principales depredadores.

Los animales humanos: fuga y desnudez

Las categorías utilizadas por Wenceslao Link en su mirada sobre otros humanos del paisaje bajacaliforniano pueden ser utilizadas con distintos significados. La más utilizada es la de gentiles. El primer y más común sentido proviene de la experiencia teológica del jesuita: los gentiles son los no-cristianos, como lo demuestra la narración que hace al llegar al paraje

²⁰³ En la Biblia son numerosos los versículos que utilizan la metáfora del león como el enemigo de los que buscan hacer la voluntad de Dios. Solo como ejemplo, la Primera Carta de Pedro dice: “Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar” (5,8).

²⁰⁴ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 222.

²⁰⁵ Link, 204.

²⁰⁶ “Conejo castellano”, disponible en: <http://www.ibiologia.unam.mx/amcela/floridanus.html>

de una visita misional llamada San Luis Gonzaga: “Es en San Luis, sin comparación, mayor el número de los gentiles que el de los cristianos, y de estos, raro contará más de un año de cristiano. En la ocasión, cristianos y gentiles porfiaban en obsequiarnos”.²⁰⁷ Como se ve, los gentiles están en dualismo con los ya bautizados; pero no necesariamente en oposición.²⁰⁸

El misionero viajero utilizó un concepto que, para el siglo XVIII, parecería obsoleto, pues era utilizado por la iglesia medieval para referir la unidad religiosa y cultural de los pueblos europeos antes de la Reforma: la cristiandad. Al observar la “disposición de ánimos” de los indios gentiles en una ranchería, dijo que “dentro de pocos meses habría ya plantado el nuevo misionero una *cristiandad* numerosa”.²⁰⁹ En efecto, Link habla de la conversión de los indios en “cristianos”, sin alusiones a la catolicidad -como será en el caso de Junípero Serra- ni a la civilización -característico de viajeros del s. XIX como Bull y Gabb-. Es muy probable que en Link esté trabajando la memoria de su comunidad religiosa, fundada por Ignacio de Loyola, principal impulsor de la Contrarreforma que buscaba la conversión de los cristianos protestantes y el regreso a la unidad cristiana, es decir, la cristiandad. A esa idea se ceñía Link, y era a lo que invita a los gentiles con el bautismo.

Los gentiles se acercaban a saludar a Link y sus acompañantes; en varias ocasiones “ofrecieron” a sus párvulos para que fueran bautizados; les daban noticias sobre lo que habían de encontrar tierra adentro, como lugares para beber o pernoctar; y algunas veces ellos sirvieron de guías para el camino; otras ocasiones les llevaron alimentos, mostrando así -desde la perspectiva de Link- su buena disposición.²¹⁰ Para el jesuita, los indios gentiles no lo son por instigación del demonio, como lo habían descrito con generalidad sus colegas de congregación apenas un siglo antes, sino lo son solo por error: “[...] que es el primer paso

²⁰⁷ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 202.

²⁰⁸ La definición de “gentiles” respondía a distintas maneras de concebir la otredad, desde la perspectiva de los españoles, en momentos históricos específicos. El concepto tiene su origen en el griego *ethnos* del Nuevo Testamento que agrupaba a los no-judíos. Para el siglo XVIII, en la California, designaba a los indígenas que no se habían convertido al catolicismo, Mario Alberto Magaña Mancillas, “Gentiles, neófitos e indios. Formas de definición de la Otredad en el norte de la Baja California, 1769-1870”, en *Racismo, exclusión, xenofobia y diversidad cultural en la frontera México-Estados Unidos*, ed. Alejandra Navarro Smith y Carlos Vélez Ibáñez (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, Centro de Investigaciones Culturales-Museo - Arizona State University, 2010), 63–86.

²⁰⁹ Link, 203 [el énfasis es mío].

²¹⁰ En el viaje de regreso, por ejemplo, el misionero resaltó esta buena disposición: “En nuestra vuelta no hallamos cosa especial, aunque tuvimos hartos gustos de ver tan a menudo, de que nos vinieran a saludar los gentiles, trayéndonos de regalo sus frutas, dándonos a conocer cuanto gustaban, por que veníamos a visitarlos”, Link, 215.

que dan comúnmente, para dejar de una vez, después de una o dos visitas, el error de su gentilidad”.²¹¹

Atrás había quedado la constatación de Guy Rozat sobre el papel protagónico desarrollado por el demonio en las crónicas de misiones entre los siglos XVI y XVII.²¹² En lugar de ello, Link adopta un lenguaje que justifica el barbarismo de los indios relacionándolo con su erroneidad y superstición “natural”: “Tenían estas rancherías prevenidos tres envoltorios de cabelleras y otros instrumentos de que usan en la disolución bárbara y grosera superstición de sus fiestas”.²¹³ Los indios, en el discurso misionero jesuítico del siglo XVIII, no debían su condición de gentilidad a la obra del demonio, sino, paradójicamente, de Dios que había elaborado un plan universal para su conversión al cristianismo.²¹⁴

Más allá de la mirada de Link sobre los cochimíes de la península como gentiles amigables y bárbaros supersticiosos, se pueden inferir al menos tres indicios de otra perspectiva sobre los humanos peninsulares, tomando como referencia el ensamblaje de los cuerpos de esos humanos en el paisaje observado por Link. En el llamado “giro corporal” que, en la filosofía de finales del siglo XX tuvo su culmen, “el cuerpo se aparece como la clave de la existencia y el principio de los principios de toda ontología”.²¹⁵

El primero de esos indicios es la mención de la fuga de los indios a lo largo del viaje. Con seguridad, es algo que al propio Link causaría estupor escribir, pero que le fue imposible eludir ¿Cómo era posible que los gentiles se fugaran del plan de Dios? Y, sin embargo, ahí estaban los humanos peninsulares que habían llegado desde hacía 14,000 años y usaban su agenciamiento para decidir cuánta distancia acompañaban a la comunidad viajera y por

²¹¹ Link, 203.

²¹² Se puede resumir su planteamiento en esta frase: “Demonio es la clave necesaria, obligatoria e imprescindible de todo el discurso cristiano en los siglos XVI y XVII y por lo tanto que su existencia es la base de legitimación de la acción de la iglesia sobre el mundo” Rozat, *América, imperio del demonio. Cuentos y recuentos*, 85.

²¹³ Link, “Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 202-203. También su predecesor, el jesuita Fernando Consag, a propósito de las fiestas de los grupos cochimíes, escribió en su diario que habían gastado dos días en su “faena supersticiosa”, Consag, “Diario del viaje que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús en la California, desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”, 181.

²¹⁴ Beatriz Dávila y Claudia Gotta, “El bárbaro, el desierto, la civilización. Representaciones de la alteridad en la literatura de frontera de la Patagonia y el Chaco durante el siglo XVIII”, en *Narrativas del desierto, geografías de la alteridad. Viajes de cronistas, misioneros y exploradores de la Patagonia y el Chaco (siglos XVIII y XIX)*, ed. Beatriz Dávila y Claudia Gotta (Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2000), 35.

²¹⁵ Mario Teodoro Ramírez Cobián, “El cuerpo por sí mismo. De la fenomenología del cuerpo a la ontología del ser corporal”, *Open Insight* 8, núm. 14 (2017): 55.

cuánto tiempo. Por ejemplo, Link escribe sobre un gentil que, habiéndoles mostrado un agujaje para beber, enseguida supo burlarlos y escapó. Pero lo mismo señala para una ranchería completa que huyó para la sierra.²¹⁶

Los humanos mencionados en el diario de viaje no “fueron encontrados”; ellos se dejaron encontrar en el lugar y por el tiempo que decidieron. Hicieron una opción para colaborar como guías mostrando las veredas, los agujajes y los parajes, pero también optaron por abandonar el viaje sin necesidad de poner a valoración su decisión. El final del viaje, además de la agencia de las mulas ya cansadas, fue determinado por los indígenas que, por lapsos, servían de guías para el misionero y sus acompañantes: “Añadióse a esto lo que los mismos gentiles nos aseguraron, pero al mismo tiempo nos dijeron, que, por el rumbo de atravesar las marismas, nunca llegaremos”.²¹⁷ La determinación para no llegar al río Colorado -desde la perspectiva de Link, como ya se explicó en un apartado anterior- y emprender el retorno a la frontera fue influida por los saberes compartidos de los humanos peninsulares.

Un segundo indicio de la perspectiva de los humanos peninsulares es la desnudez persistente, a pesar de los intentos de imposición de una vestimenta por parte de los europeos. Describir un paisaje con elementos de humanos con cuerpos desnudos debía ser desagradable estética y teológicamente para el jesuita viajero. Aunque pudo optar por el silencio, decidió plasmar la desnudez del cuerpo femenino -ninguna referencia al cuerpo masculino es mencionada- en el diario. Link no duda en calificar de “fea” la desnudez de las mujeres gentiles.²¹⁸ En contraposición, durante su recorrido fue aconsejado sobre la ruta a seguir por una “mujer vestida con toda decencia”.²¹⁹

En los siglos del humanismo europeo la desnudez era una alegoría, dentro del paisaje, para la naturaleza bárbara de los indios americanos. José Rabasa, por ejemplo, haciendo un análisis iconográfico de un cuadro pictórico de Jan van der Straet del siglo XVII, considera que la oposición entre lo vestido (la Europa de Américo Vespucio) y lo desnudo (Nuevo

²¹⁶ Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 212-214.

²¹⁷ Link, 215.

²¹⁸ Link, 207.

²¹⁹ Link, 213.

Mundo) era una representación de la oposición entre cultura y naturaleza.²²⁰ De ahí que las descripciones sobre la península en los siglos XVII y XVIII insistan en dibujar la desnudez de las y los “californios” en su paisaje narrado.²²¹ Teológicamente, la desnudez en la tradición judeocristiana conlleva un aspecto negativo “en tanto era el perenne recordatorio de la naturaleza pescadora del hombre”.²²² La desnudez de las mujeres californianas, entonces, era interpretada por Link como signo de la barbarie y la gentilidad.

Tratando de trascender la representación de la narración sobre la desnudez en el paisaje del diario, es posible intentar explicar la desnudez del cuerpo femenino como una forma de resistencia pasiva. Esta desnudez de las mujeres no puede ser explicada solo por el entorno geográfico. La desnudez del cuerpo no era algo permanente, pues el mismo diario de Link, además de la Crónica de Miguel del Barco y los diarios de Fernando Consag -todos ellos jesuitas- dan cuenta de vestimentas femeninas con pieles de animales.²²³ En otras palabras, las mujeres peninsulares voluntariamente mostraron sus cuerpos desnudos a la comunidad viajera, como la ya mencionada, en un día de invierno (11 de marzo) en las faldas de la sierra que ahora se llama San Pedro Mártir. Debía ser un día frío en un suelo áspero, pero esa mujer, como muchas otras, desistieron a usar una vestimenta “honrosa” en su colaboración como guías del viajero.

²²⁰ José Rabasa, *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*, ed. Aldo Mazzucchelli (México: Universidad Iberoamericana, 2009), 45.

²²¹ Por ejemplo, en la descripción del monje Francisco de Ajofrín: “En muchas partes de la California andaban hombres, y mujeres enteramente desnudos”, de Ajofrín, “Breve descripción de las Californias según las últimas y más verídicas noticias hasta el presente año de 1764”, 12.

²²² Pérez Morales, *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera. Misioneros y naturalistas en América Andina durante el siglo XVIII*; Bernd Hausberger, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano”, *Estudios de historia novohispana* 17 (1997): 74. Según el autor, esta teología sirvió a exploradores y conquistadores hispanos para condenar a los habitantes de África, las Canarias y el Nuevo Mundo. Para los misioneros jesuitas, cualquier forma de desnudez era considerada una incitación sexual para los neófitos, Bernd Hausberger, “Vida cotidiana en las misiones jesuitas en el noroeste de México”, *Iberoamericana* 2, núm. 5 (2002): 129.

²²³ Según Wenceslao Link, las mujeres las mujeres se cubrían “honestamente” desde Vellikatá hacia el norte, además de “adornarse feamente” y pintarse la cara de varios colores, Link, “Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 222. En esa región había encontrado a una india vestida con enaguas y piel de venado, p. 208. Miguel de Barco, en su narración sobre el viaje de Link, complementa diciendo que también podían usar pieles de ciervo, berrendos o nutria, además de faldas confeccionadas con hilos tupidos de carrizo, Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 342-343. Por su parte, Fernando Consag se admiró de ver la total desnudez de las niñas cochimíes, pero enseguida añade que para abrigo podían usar unas cortinillas hechas de cabecillas del carrizo delgado, Consag, “Diario del viaje en el descubrimiento del golfo californiano del 9 de junio al 25 de julio de 1746”, 169-170.

El tercer indicio de la perspectiva indígena sobre el viaje puede ser la toponimia cochimí en la descripción del paisaje por Wenceslao Link. Durante los primeros cinco días de la travesía, el jesuita utiliza los vocablos cochimíes para designar arroyos, aguajes o parajes. Como parte de la retórica de colonización, navegantes, exploradores y conquistadores solían hacer ritos simbólicos de apropiación del espacio. Entre esas acciones simbólicas, poner un nombre europeo -cristiano para los misioneros- era el primer paso para reclamar un lugar como propiedad de la iglesia y del reino.²²⁴ La persistencia de vocablos cochimíes en el diario de Link es un vestigio de resistencia a la colonización nominal. En total, el viajero conserva la memoria de siete lugares de toponimia originaria (en el diario de William Gabb, un siglo después, solo perdurará uno de ellos). Los siete topónimos están relacionados con fuentes de agua potable, como arroyos o manantiales, relacionados con la raíz morfológica cochimí *ka*.²²⁵

Epílogo: Circulación y recepción del texto

El misionero Wenceslao Link fue notificado en febrero de 1768 del decreto por el que todos los jesuitas debían ser expulsados de la Nueva España, unos meses después que fuera promulgado por el rey de España. Fue traslado al presidio de Loreto en la Antigua California, para después emprender una tortuosa travesía a Veracruz, La Habana (Cuba), puerto de Santa María (España) -donde estuvo recluido por ocho meses- para después continuar a su tierra natal, pasando por Brujas, Gante, Colonia y, finalmente, en Olomouc.²²⁶ Después de ser testigo de la disolución de su orden religiosa,²²⁷ enseñó por varios años en una universidad jesuita de Moravia. Murió en el año 1797 a la edad de 61 años, víctima de hidropesía.

Su diario ha sido considerado el “patrimonio más significativo”²²⁸ y, desde hace años, de especial interés por el hecho de que registra la primera exploración a la parte norte de la

²²⁴ Para el siglo XVIII, es anacrónico pensar en una separación iglesia-estado. Por el contrario, habría que pensarlos como dos poderes o brazos derivados de Dios, que no son independientes ni separados en su ejercicio, Roberto Di Stefano, “¿De qué hablamos cuando decimos ‘Iglesia’? Reflexiones sobre el uso historiográfico de un término polisémico”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*. 1, núm. 1 (2012): 195–220.

²²⁵ En la lengua cochimí, el vocablo *ka* está relacionado con el agua Miguel León-Portilla, “Ejemplos de lengua californica, cochimí - reunidos por Franz B. Ducruet (1778-1779)”, *Tlalocan*, núm. 10 (1985): 363–374.

²²⁶ Binková, “El Padre Wenceslao Linck, Explorador del norte de la Antigua California (entre el P. Fernando Consag y Fray Junípero Serra)”, 141.

²²⁷ La supresión de los jesuitas se concretizó el 21 de julio de 1773 por el Papa Clemente XIV con el documento *Dominus ac Redemptor*, cediendo a una serie de presiones políticas de los reyes de España, Portugal y Francia.

²²⁸ Polisensky y Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, 177.

península.²²⁹ Ya sea que haya sido un documento geográfico, etnológico, etnográfico o simplemente literario, el diario de Link fue copiado y archivado en diversas bibliotecas de Europa y Estados Unidos. Su traducción, publicación y difusión ha respondido a diversos intereses individuales y nacionales. Con seguridad, algunas otras copias deben estar archivadas y no han sido publicadas todavía, como lo debe ser en Roma.²³⁰ Para fines de esta investigación, su diario proporciona invaluable información sobre la manera de construir el paisaje por un jesuita bohemio del siglo XVIII en California.

La constatación de esta investigación es que tres corrientes se han interesado por el diario de viaje de Wenceslao Link: la filojesuítica de los Estados Unidos influenciada por la escuela historiográfica del *Borderlands* -expuesta por el discípulo -rebelde- de Frederick Jackson Turner: Eugene Bolton- que buscaba atacar la “leyenda negra” de los jesuitas y resaltar su activismo humanitario, atribuyendo el papel “civilizador” que España había tenido en el salvaje Nuevo Mundo.²³¹ El jesuita historiador de la Universidad de San Francisco, discípulo de Bolton, Peter Dunne, utilizó la crónica de Xavier Clavijero para elogiar el viaje de Link: “Tal como sus grandes predecesores Ugarte y Consag, él [Link] realizó una expedición de exploración y descubrimiento memorable”.²³²

El también jesuita texano Ernest Burrus fue prolífero en la edición y traducción de diversos documentos de misioneros jesuitas en la California. Su traducción al inglés y publicación del diario en 1966 ha sido calificada como libre y, a veces, incorrecta.²³³ Aunque sin ser jesuita, el investigador de la Universidad de San Francisco, Michael Mathes, se adscribió en esta corriente al resaltar los frutos del viaje de Link concretados en la fundación

²²⁹ Engelhardt, *The Missions and Missionaries of California*, 259.

²³⁰ Según una nota de Miguel León-Portilla, el cronista Miguel del Barco habría consultado una copia del diario de Link en la Biblioteca Nacional de Italia, lo que constituiría un testimonio textual más, Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 339.

²³¹ Raphael B. Folsom, “Philip Wayne Powell, the Cold War, and the Conquest of Northern Mexico”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 31, núm. 2 (2015): 295–397. Turner y Bolton diferían en su manera de conceptualizar la frontera. Para el primero, la frontera (*frontier*) era un espacio móvil de manera continua con la incorporación de nuevos territorios para los Estados Unidos en los siglos XVIII y XIX. En cambio, para Bolton la frontera (*borderland*) se identificaba con los espacios de dominio español por tres siglos, coincidiendo con el suroeste estadounidense, y criticando el individualismo exacerbado de Turner.

²³² Dunne, *Black Robes in Lower California*, 383 [traducción personal]. Aunque el libro fue publicado dos años después de la edición en inglés del diario de Wenceslao Link, no pudo ser incorporado al libro de Dunne que quizá fue redactado algunos años antes de su publicación.

²³³ Polisensky y Opatrny, “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”, 179.

de nuevas misiones.²³⁴ Así pues, el interés de esta interpretación del viaje está en la reivindicación de la obra de un jesuita en medio de algunas cuestionamientos a la labor de los misioneros en la región durante la colonización, acusando a misioneros jesuitas y franciscanos de fomentar, o al menos contribuir, con la esclavitud y el exterminio de los grupos originarios de las Californias.

Los académicos historiadores de metodología clásica con un enfoque desde la historia política de la Universidad Carolina de Praga, República Checa, han sido los más constantes en su interés por el diario de viaje de Wenceslao Link en las últimas décadas. En 1967 se fundó en esa universidad el Centro de Estudios Iberoamericanos, dependiente de la facultad de Filosofía y Letras, comenzando ese mismo año su revista anual *Ibero-Americana Pragensia*.²³⁵ La República Socialista Checoslovaca intentaba crear ciertos vínculos culturales -ante la imposibilidad de establecer lazos diplomáticos- propiciada por la oportunidad que brindó la revolución cubana de 1959- por medio del *soft power*.²³⁶ Los académicos pretendían brindar un sustrato ideológico para la identidad nacional checoslovaca, una entidad cultural definida por la lengua, la religión e historia común.²³⁷ Parte de esa historia buscaba incrustar la obra de los jesuitas bohemios del siglo XVIII como representantes checos por el mundo. Actualmente, ya con otros fines, la historiadora Simona Binková ha continuado con su interés por la obra de Wenceslao Link en California.

Como tercera corriente se debe mencionar a la historia regional, con estudios más ligados a la divulgación que al análisis científico del diario, preocupada por la nostálgica percepción de un espacio que estaba en peligro de arrebatarse a los “verdaderos” bajacalifornianos. Autores como la arqueóloga Julia Bendímez, el espeleólogo Carlos Lazcano o el profesor Antonio Ponce han puesto su atención en la ruta geográfica del diario y la identificación de los lugares ahí mencionados, emulando el enfoque estadounidense que elogia la “acción civilizadora sobre los primitivos californios”.²³⁸ Un artículo publicado por

²³⁴ Mathes, “Hacia el último rincón del mundo. Jesuitas germanos en Baja California, 1683-1768”, 133.

²³⁵ Kaspar, *Los jesuitas checos en la Nueva España, 1678-1767*, 9.

²³⁶ Esta fue una estrategia que se extendió a toda América latina durante el período de la Guerra Fría. A través de la música, la literatura, el cine o la historia, se implementaron prácticas y estrategias comunicativas en la esfera de la diplomacia cultural, Michal Zourek, “La política cultural de Checoslovaquia en América Latina durante la Guerra Fría: el caso de Uruguay”, *Revista de Historia Iberoamericana* 9, núm. 2 (2016): 99–123.

²³⁷ Josef Opatrny, “Los temas de la iberoamericanística checa: Pasado y perspectivas”, *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 72 (2002): 128.

²³⁸ Ponce Aguilar, *Linck, explorador de Baja California. 1765-1766*, 3.

la otrora directora del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en Baja California, la arqueóloga Julia Bendímez, ha sido el intento de una aproximación más científica al diario de Wenceslao Link, basando sus comentarios sobre la traducción al inglés, tanto del diario como de las cartas de Link, del ya mencionado Ernest Burrus. La autora aplica el concepto de frontera entendido desde la escuela de los *borderlands* para acercarse al relato “etnológico” de Link, en una zona de intercambios culturales con los grupos originarios del norte de la península.²³⁹

De manera especial, el espeleólogo Carlos Lazcano ha emprendido un papel muy activo en la edición, comentario y publicación de diversos diarios de viaje de misioneros y soldados por la península de Baja California. En sus propias palabras, la publicación de esos diarios “ayudarán a que amemos con mayor convicción y compromiso a nuestra tierra... se ayudaría a una mayor justicia a los protagonistas de la epopeya de la Antigua California”.²⁴⁰ La predilección de Lazcano se decanta por Fernando Consag, a quien ha dedicado ya tres de sus libros, inscribiéndose en una memoria histórica que ve en el misionero al fundador de la Baja California.²⁴¹

Conclusiones del capítulo

Los misioneros jesuitas de la Antigua California, durante el siglo XVIII, fueron sostenidos por los intentos de la Compañía de Jesús para fundar otras misiones al norte de la península. Aunque no pueden descartarse motivaciones aducidas por diversos autores como la confirmación de la peninsularidad de California, la búsqueda de una bahía apta para que encallara el Galeón de Manila o la colonización española ante las incursiones extranjeras, se concluyó en este capítulo que la motivación más importante para Wenceslao Link fue su contribución para que otros jesuitas conocieran el paisaje -hasta entonces desconocido- al norte de la última misión fundada, llamada misión frontera. Su diario será utilizado por

²³⁹ Julia Bendímez Patterson, “Wenceslaus Linck y la última frontera jesuita en Baja California”, *Meyibó* 2, núm. 6 (1985): 73–85. La autora se inscribió en la escuela estadounidense del *Boderlans* probablemente en sus estudios de maestría en arqueología en la Universidad de California San Diego (UCSD).

²⁴⁰ Lazcano Sahagún, *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California*, 14.

²⁴¹ En un artículo publicado por el médico Severo Garduño en la ciudad de San José del Cabo en 1923, propone a los misioneros jesuitas que comenzaron la “iniciación a la cultura europea de las tribus de California”. Y habla de Consag como un “hombre cultísimo y de gran carácter... con un espíritu de fraternidad y amor al progreso”, “Fernando Consag explora el delta del Nilo americano”, 1923, AGN, Fondo Pablo Herrera Carrillo, IIH 5.29.

Junípero Serra, nuestro próximo viajero, con quien comparte la conceptualización sobre la frontera, algo que cambiará radicalmente con los viajeros estadounidenses del siglo XIX.

Como todo viajero, Link traía consigo una experiencia de vida que determinó su forma de mirar el paisaje. Su formación filosófica, teológica y científica influyó para ver la gentilidad de los humanos como una nota de su barbarie, en oposición a la cristiandad. Su creencia en la naturaleza como un lienzo pintado por Dios y dispuesto para la llegada de su congregación -en el caso de James Bull y William Gabb la naturaleza estará en espera de la llegada del progreso civilizatorio- le hacían ver los elementos del paisaje como un ensamblaje dispuesto para la evangelización, y describió su inutilidad cuando no eran aprovechados para tal propósito. Esa intención de evangelización de los gentiles para la realización de su viaje continuará en el otro viajero misionero, pero desaparecerá en los dos viajeros decimonónicos.

El viajero jesuita se observó imbricado en el paisaje y se hizo acompañar de otros humanos indígenas que, con sus saberes acumulados por milenios sobre el territorio, colaboraron como guías, traductores y mediadores, por el tiempo que ellos decidieron, en su espacio conocido, y con la corporeidad elegida por ellos. Otros animales también fueron agentes en el viaje de Link, especialmente mulas y caballos, que determinaron en buena medida la ruta y el final del viaje. La agencia de esos animales equinos será una de las constantes en los viajes de la temporalidad contemplada en esta investigación, como veremos en los próximos capítulos. Plantas como los mezcales se hicieron presente en el recorrido, haciendo uso de su interacción con el paisaje, resultado de una historia geológica profunda. Su aprovechamiento es otra de las continuidades con respecto a los otros tres viajeros, aunque el uso que se haga de ellos tenga sus variaciones.

La mirada de Link que construyó un paisaje lleno de agua, pastos, palmeras, sierras e indios estaba basada en la utilidad o inutilidad con la que cada entidad se relacionaba con su proyecto evangelizador a través de la fundación de nuevas misiones. Sin embargo, otras perspectivas ofrecen un panorama alternativo a la mirada del viajero que construyen un paisaje ensamblado donde esos mismos seres ejercen su agencia y su presencia tiene relaciones con otras especies distintas a la humana. Es decir, en el análisis planteado se expuso la mirada del viajero, pero en relación con otras perspectivas que ofrecen las ciencias; proceso que, de acuerdo con los objetos de la investigación, se repetirá en los próximos tres capítulos.

CAPÍTULO II: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE PEREGRINACIÓN DE JUNÍPERO SERRA, 1769

Tras la expulsión de los misioneros jesuitas de la California en febrero de 1768, solo dos años después del viaje de expedición de Wenceslao Link, los frailes franciscanos fueron designados para suceder a los ignacianos en las misiones que con el decreto de extrañamiento quedaban vacantes.²⁴² Como presidente de los misioneros que llegaron a la California fue designado Fray Junípero Serra, el viajero protagonista de este segundo capítulo.

Las biografías y hagiografías de este viajero misionero son numerosas. Desde los años posteriores a su muerte, uno de sus compañeros de misión, Francisco Palou, escribió una primera biografía, con características hagiográficas, sobre la vida y la misión del religioso franciscano.²⁴³ Los enfoques son diversos y muchas veces contradictorios sobre su vida y su labor como misionero. Por una parte, algunos consideran a Serra como un pionero que trajo la civilización al nuevo mundo, incluso se señala que merece estar entre los personajes ilustres del capitolio en Washington D.C., y fue a partir de esta postura que el misionero fue canonizado por la iglesia católica en el 2015. Por otra parte, hay quienes lo consideran un aniquilador de los mundos indígenas, lo que contribuyó a la legitimación de la reciente destrucción de sus monumentos en California.²⁴⁴

²⁴² La literatura sobre el “extrañamiento” de los jesuitas en los territorios iberoamericanos es vasta y plural. Para el caso mexicano, puede citarse la profusa obra colectiva de: Torales Pacheco, María Cristina y Casas García, Juan Carlos, *Extrañamiento, extinción y restauración de la Compañía de Jesús. La Provincia Mexicana* (México: Universidad Iberoamericana/Universidad Pontificia de México, 2017).

²⁴³ Francisco Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2018), <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0923705>. En gran medida, las biografías posteriores se han basado en los datos proporcionados de Palou, quien fuera su alumno en Mallorca y posteriormente su correligionario en México, Sierra Gorda y Californias. La primera publicación de su biografía sobre Serra salió en 1787 en la ciudad de México, solo tres años después de la muerte de Junípero, hasta su reedición a mediados del siglo XIX, Miguel León-Portilla, “Fray Francisco Palou, primer biógrafo de Junípero Serra”, en *Obras de Miguel León-Portilla. Tomo IV. Biografías* (México: Universidad Nacional Autónoma de México / El Colegio Nacional, 2009).

²⁴⁴ El historiador Pedro Espinoza Meléndez presentó en una ponencia cómo desde el siglo XIX comenzaron las hagiografías que presentaban a Serra como un héroe de la civilización en un contexto de romantización del pasado misional del norte de México y suroeste de los Estados Unidos. Para el siglo XX, Serra pasó de ser un héroe civilizador a un santo católico que expandió los confines de la Cristiandad, incluyendo al historiador metodista Herbert E. Bolton. A finales de ese siglo XX, fuera del ámbito académico, el periodista Carey McWilliams, apoyado en estudios del demógrafo Sherburne Cook, cuestionó esa imagen romántica y pacífica de los misioneros franciscanos, comparando las misiones con campos de concentración, Pedro Espinoza Meléndez, “Hagiografía, historiografías y memorias. Una propuesta de análisis sobre Junípero Serra y su santidad controvertida” (Ponencia, 49 Simposio de Historia y Antropología, Hermosillo, 16 de abril de 2024).

La pretensión de este capítulo no es tomar partido por uno u otro bando. Esta decisión no obedece a un intento de neutralidad, o bien, a una pretensión por dejar de lado la violencia que tuvo lugar en el régimen misional. No obstante, se trata de un interés por resaltar el ambiente, los eventos, ideas, formación e instituciones que mejor ayuden a comprender su experiencia viajera.²⁴⁵ Al llegar a la California peninsular, Serra traía consigo un bagaje que era resultado de su experiencia con el paisaje de su pequeño pueblo de Petra en Mallorca, de sus años de formación como religioso en un convento franciscano de la capital Palma, de su posterior etapa como profesor de filosofía y predicador itinerante. Después de su viaje al continente americano, tuvo presencia en una formación misionera en México y una experiencia de misión entre indígenas de la Sierra Gorda. Así, sus viajes entre un continente y otro, entre lo pastoral y lo conventual, entre lo cristiano y lo gentil, le brindarían la experiencia viajera plasmada en la construcción de un nuevo paisaje por el espacio bajacaliforniano de 1769.

La experiencia viajera del franciscano mallorquín

La experiencia cotidiana de un catalán aldeano

El lugar de nacimiento del misionero franciscano fue la isla de Mallorca, una de las cinco islas llamadas Baleares, que se encuentran situadas en la convergencia de dos continentes, el europeo y el africano.²⁴⁶ En el último milenio de una historia profunda de los habitantes humanos de la isla, han coexistido diversos grupos con identidades culturales distintas, sobresaliendo la árabe-musulmana, la catalana-cristiana y la judía-sefardita. A partir del siglo X, y por tres siglos, los musulmanes fueron los gobernantes de la isla, dependiendo de distintos emiratos, hasta la reconquista política de régimen cristiano por parte de la corona de Aragón en el siglo XIII.

Fue en ese contexto de “reconquista” política que vivió en la isla un personaje que marcaría en gran medida la religiosidad de los habitantes de Mallorca: Ramón Llull. Este

En 1987, la obra colectiva titulada *Missions of California: a legacy of Genocide*, editada por Rupert Costo y Jeannette Costo, continuaba en la misma tesitura de presentar a Serra como genocida.

²⁴⁵ Steven Heckel, “Introduction. Junípero Serra: New Contexts and Emerging Interpretations”, en *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, ed. Steven Heckel (Oakland: University of California Press, 2018), 1–9.

²⁴⁶ En cuanto a la geología, la isla emergió del mar por la colisión de las dos grandes placas tectónicas, la europea y la africana, Gelabert, Bernadí, “La isla de Mallorca dentro del contexto geológico del Mediterráneo occidental”, *Enseñanza de las Ciencias de la Tierra* 6, núm. 2 (1998): 102–114.

personaje representativo de la época medieval era un noble que era tenido por poeta, filósofo, teólogo y con fama de místico. Desde el tiempo de su “conversión” estuvo muy cercano a la espiritualidad de la orden de los franciscanos, y se agremió como miembro laico de la Tercera Orden de San Francisco. Llull viajó al norte de África para predicar a los “infieles”, y ahí murió a causa de las heridas sufridas, siguiendo el ejemplo del santo de Asís, quien apenas “convertido” había emprendido un viaje de misión a Egipto para predicar el evangelio a los musulmanes. Esta fama de santidad y martirio fue fundamental para que en la isla de Mallorca comenzara un culto religioso y una cátedra sobre su pensamiento; labor en la que los franciscanos tomaron un papel protagónico.²⁴⁷

La identidad de los mallorquines durante los siglos de la reconquista política estuvo más relacionada con Cataluña que con Castilla y, para la mayoría de las familias, incluida la de Serra, el catalán era la primera lengua. La vida cotidiana transcurría entre la agricultura y el cuidado del ganado. El pequeño pueblo de Petra (palabra griega que aludía al paisaje pedregoso) estaba enclavado en la sierra central de la isla. Así, la familia Serra era parte de un espacio formado de roca, montañas, ovejas, cabras, vacas, humanos, trigo... En las aldeas de la isla, la mortandad infantil era cercana al 50%. Solo dos de los cinco hijos del matrimonio de Antonio Serra y Margarita Ferrer sobrevivieron a la niñez. Miguel José Serra Ferrer nació en 1713 y después cambiaría su nombre como fraile a Junípero Serra Ferrer, en honor a uno de los primeros seguidores de San Francisco en Asís.

Políticamente, los 35 años que Serra vivió en la isla catalana coincidieron con el período inmediato posterior a la llegada de la dinastía de los Borbones al mando del imperio español. Con este cambio de régimen político se instrumentó la castellanización de los reinos españoles, imponiendo las mismas instituciones, leyes y lengua que se tenían en Castilla. El pequeño Miguel José Serra se educó, entonces, entre un provincialismo fuertemente agrícola y de mentalidad colectivista sustentada en una fuerte religiosidad, y un reciente intento de subordinación centralista a los monarcas españoles de Castilla.²⁴⁸ Esta tensión se debió hacer

²⁴⁷ García Pérez, Francisco José, “Ramón Llull y los franciscanos de Palma: La protección del culto público durante el siglo XVIII”, *Archivo Ibero-Americano* 76, núm. 282 (2016): 247–270. Especialmente el convento de San Francisco de Palma asumió un rol destacado en la difusión y defensa del culto llulliano. Para el siglo XVIII, los franciscanos mallorquines libraron una batalla intelectual contra los dominicos por la causa de canonización de Ramón Llull.

²⁴⁸ José Juan Vidal, “Junípero Serra’s Mallorcan Origins”, en *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, ed. Steven Heckel (Oakland: University of California Press, 2018), 13–24.

más evidente cuando Serra se mudó al convento de San Francisco en la capital de Mallorca para concluir sus estudios de filosofía y teología. Ahí fue cuando debió aprender a hablar el castellano y el latín.

Su viaje a la capital lo llevó de la montaña al mar. Inmediatamente, terminando sus estudios, se le pidió colaborar como profesor de filosofía escolástica y llulliana. Entre sus alumnos, destacaron dos compañeros de sus viajes y trabajo misionero en la Nueva España: Francisco Palou y Juan Crespí. Como alumno y como profesor, Serra tuvo varias influencias sobresalientes. Ya se ha hablado sobre el influjo de Ramón Llull, en quien se inspiró para postularse como misionero entre los gentiles y de quien tomó un fuerte impulso a la vida sacrificada y la búsqueda del martirio.²⁴⁹ De Juan Duns Escoto, un intelectual franciscano del siglo XIII, adoptó el ideal del cristianismo primitivo y de Jesús siguió el ejemplo de humildad, perdón, caridad y pobreza.²⁵⁰

Serra no solo tuvo influencia de teólogos franciscanos, sino también de una religiosa visionaria que se llamó Sor María de Jesús de Ágreda. Esa monja española del siglo XVII, representante del barroco, adquirió fama de tener el don de bilocación, pues aseguraba haber realizado un viaje de misión sobrenatural al norte de la Nueva España, sobre todo en Nuevo México y Texas. En sus escritos aseguraba haber convencido a los indígenas de estas zonas para que buscaran el bautismo de los frailes franciscanos.²⁵¹ Según la hagiografía de Francisco Palou, la motivación fundamental para que Serra decidiera convertirse en misionero en la Nueva España estaba sustentada en los escritos de Sor María.²⁵²

²⁴⁹ Bartolomé Font Obrador, “Fray Junípero Serra: De doctor de gentes a doctor de gentiles”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lulliana: Revista d'Estudis Històrics*, núm. 54 (1998): 231–242.

²⁵⁰ Antoni Picazo Muntaner, “Father Junípero Serra’s Education and Ideology”, en *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, ed. Steven Hackel (Oakland: University of California Press, 2018), 25–36. Escoto problematizó los ideales que Francisco de Asís impulsó como práctica ordinaria. En medio de espiritualidades medievales sustentadas en devociones a santos, reliquias y solemnidades, la teología cristocéntrica de Escoto resultaba disruptiva.

²⁵¹ Anna M. Nogar, “Junípero Serra’s Mission Muse. Sor María de Jesús de Ágreda and Her Writings”, en *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, ed. Steven Hackel (Oakland: University of California Press, 2018), 69–86.

²⁵² Por ejemplo, la decisión de no usar calzado cerrado sino sandalias en todo terreno y clima, estaba basada en uno de los escritos de Sor María de Jesús, Palou, Francisco, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 234.

La experiencia cotidiana de un monje conventual

En 1749, Serra partió del puerto de Cádiz al puerto de Veracruz por el océano Atlántico, junto con su amigo Francisco Palou, quien posteriormente estaría a su lado en las misiones de Querétaro y las Californias. Llegó a Veracruz y emprendió un primer viaje por tierra a pie. De acuerdo con la hagiografía de Palou, un insecto picó a Junípero en uno de sus pies mientras descansaba en una de las noches del viaje. La picadura provocó a Serra una herida en uno de sus pies que se convirtió en una llaga que le duraría toda su vida. El dolor de esa lesión era en ocasiones tan grave, que le obligaba a moderar el paso e, incluso, tener que detenerse por horas o días a descansar.²⁵³ Al respecto, resulta interesante destacar el impacto que un pequeño insecto tuvo en el desarrollo histórico no solo en el viaje realizado por la sierra de Veracruz a México, sino también en su posterior viaje por la California.

Ya en la ciudad de México, Junípero Serra y sus compañeros franciscanos mallorquines ingresaron al Colegio de San Fernando, dependiente de Propaganda Fide. Esos colegios habían sido fundados a finales del siglo XVII como respuesta a un proceso general de relajación que mantenía a los seráficos recluidos en los conventos urbanos. “Tales institutos representaban la consolidación del esfuerzo franciscano para reactivar su actividad misional, que a la sazón había rendido escasos frutos y que ya por largo tiempo se había visto relegada en aras de las tareas pastorales que la orden desempeñaba en doctrinas y curatos”.²⁵⁴ En ese convento, los franciscanos tenían una experiencia de vida espiritual rígida de meditación, estudio y recogimiento, junto con un programa de entrenamiento misionero para cristianos y no cristianos.²⁵⁵ La instrucción del Colegio de San Fernando recaía sobre el estudio de la teología moral y las técnicas de predicación.

²⁵³ Palou atribuye esta herida a la picadura de zancudos durante la noche mientras dormía en una hacienda, Palou, Francisco, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 136. El mismo biógrafo señala que fray Junípero, durante su viaje de Loreto a San Diego, tuvo que ser cargado por algunos indios, alentando el recorrido, p. 227. Por su parte, Junípero narra en su diario que debió descansar algunos días en Velicatá antes de poder proseguir su viaje, Serra, Junípero, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 65-66. Es poco probable que haya sido la picadura de un zancudo lo que ocasionó hinchazón, dolor y hemorragia en el pie del viajero. Pero no se ha aventurado, hasta hoy, alguna hipótesis que proponga la identificación del insecto o arácnido causante de la llaga.

²⁵⁴ Rubial García, Antonio y Escandón, Patricia, “La crónica de los colegios franciscanos de propaganda fide”, en *Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española. Tomo 2: Historiografía eclesíastica*, ed. Ortega, Juan y Camelo, Rosa (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2012), 1017.

²⁵⁵ Rex Galindo, David, “Inside the Cloister. Exploring the Life of Fray Junípero Serra in the College of San Fernando”, en *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, ed. Hackel, Steven W. (Oakland: University of California Press, 2018), 88. Los misioneros egresados de estos colegios

Mientras Serra fungía como estudiante y maestro de novicios, también realizaba diversas actividades misioneras en la ciudad de México. Para esta predicación, la materialidad del cuerpo tenía una presencia fundamental en las relaciones con otros humanos. Se trataba de un cuerpo que, desde su infancia, había sido enfermizo. Palou recupera unas palabras de Serra acerca de su condición corporal en el convento: “En el noviciado estuve casi siempre enfermizo, y tan pequeño de cuerpo, que no alcanzaba al facistol ni podía ayudar á los connovicios en los quehaceres precisos del noviciado”.²⁵⁶ Las mortificaciones corporales eran parte sustancial de las misiones urbanas, como lo serían durante su viaje por las montañas de la Antigua California. Sin embargo, por lo pronto, su primer destino de misión *ad gentes* para Serra fue en la Sierra Gorda de Querétaro.

La actividad viajera de un misionero: de la Sierra Gorda a la California

La Sierra Gorda de los actuales estados de Querétaro y San Luis Potosí forma un espacio montañoso con gran cantidad de rocas, como en el pueblo natal de Serra. Ahí estaban imbricados diversos grupos originarios como los *xi'oiky* que los franciscanos llamaron pames y que las autoridades virreinales designaban más genéricamente como chichimecas. Durante dos siglos, estos grupos nómadas habían escapado a la evangelización y la reducción de los misioneros franciscanos.²⁵⁷ En esa frontera misional, Serra, como encargado de las cinco misiones establecidas, probó un método misional basado en una nueva estrategia: que los indios habitaran, a veces de manera forzosa, en el espacio de forma comunitaria a través de la vida cotidiana, la agricultura y la vivencia religiosa, que incluía la instrucción de “las verdades de la religión católica y los principios de la nueva moral”.²⁵⁸

Mientras los franciscanos atendían las misiones de la Sierra Gorda, en 1767 los miembros de la Compañía de Jesús fueron expulsados de los territorios imperiales españoles. El gobierno virreinal se vio en la necesidad de enviar otros misioneros para suplementar sus

podían ser destinados tanto a las misiones urbanas donde debían dar instrucción religiosa a quienes ya eran bautizados, como a las regiones de frontera para la evangelización de los gentiles.

²⁵⁶ Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 130.

²⁵⁷ Alberto Rangel Silva, José Alfredo, “Pames, franciscanos y estancieros en Rioverde, Valles y Sur de Nuevo Santander, 1600-1800”, *Relaciones* 30, núm. 120 (2009): 225–266.

²⁵⁸ Lino Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional* (México: JUS, 1969), XXVIII. Gómez Canedo utiliza la expresión “convivencia civilizada” para designar la experiencia misional de los franciscanos en la Sierra Gorda. Refleja la dicotomía civilización-salvajismo característica de los siglos XVIII y XIX.

parroquias, colegios, haciendas y misiones. El norte de la Nueva España requirió de otras congregaciones religiosas y la Orden de San Francisco de Asís, que había formado una asociación con Propaganda Fide, fue la elegida por la Corona española.²⁵⁹ Los franciscanos de los cuatro colegios en ese virreinato asumieron de forma expedita las misiones del norte novohispano dejadas por los jesuitas: misioneros del colegio de la Santa Cruz de Querétaro fueron designados para las misiones de la Alta Pimería; a los franciscanos del colegio de Guadalupe de Zacatecas se les encomendó asumir las misiones de la Nueva Vizcaya; los religiosos pertenecientes al colegio de Santiago de Jalisco fueron elegidos para asumir las misiones de Nayarit y Sonora; mientras que los frailes del colegio de San Fernando de México fueron los destinados para las misiones de la antigua California.

Serra partió del Colegio de San Fernando junto con otros doce de sus correligionarios -algunos de ellos habían sido sus compañeros durante la experiencia en las montañas de la Sierra Gorda- para comenzar un viaje hacia las misiones de California.²⁶⁰ Mención especial merece fray Miguel de Campa, quien acompañó a Junípero durante una parte del trayecto del viaje por la baja California,²⁶¹ desde la misión frontera de Santa María de los Ángeles hasta el paraje de Velicatá, donde quedó como primer misionero residente de la única misión franciscana en la península. En algunos de sus escritos, Serra se refería a esos compañeros de misión entre los *xi'oiky* como los “serranos”.²⁶²

²⁵⁹ La Congregación Propaganda Fide fue fundada en 1622 por el Papa Gregorio XV en un intento de recuperar los privilegios eclesiásticos en la evangelización de los gentiles que había cedido a los monarcas ibéricos con las llamadas “bulas alejandrinas”, Esther Jiménez Pablo y José Martínez Millán, “Propaganda Fide frente a la hegemonía hispana: apoyos en las cortes de Madrid y de Bruselas a la creación de la congregación de cardenales”, *Philostrato. Revista de Historia y Arte*, núm. extraordinario (2018): 195–236. Por su parte, los monarcas hispanos habían aprovechado esos privilegios sobre la expansión de la religión para ensanchar sus territorios.

²⁶⁰ De acuerdo al relato de Francisco Palou, el virrey de Croix solicitó al guardián del Colegio esta cantidad de religiosos, mismos que se ofrecieron voluntariamente para el nuevo destino, Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 148.

²⁶¹ Utilizaré la nomenclatura de baja California (minúscula) para la parte peninsular donde los misioneros jesuitas fundaron sus misiones, es decir, de San José del Cabo a Santa María; y la alta California (minúscula) para la parte que parte del puerto-misión de San Diego hacia el norte, antes de la división de 1772. Después del convenio entre dominicos y franciscanos -erróneamente conocido como concordato- utilizaré con mayúscula Baja y Alta California. Sobre la nomenclatura convenio y concordato se puede consultar el estudio introductorio de: Mario Alberto Magaña Mancillas y José Alejandro Aguayo Monay, *La división de las misiones de la California de 1772* (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California - Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2020), 28-30.

²⁶² “Carta de Junípero Serra a Francisco Palou”, Monterrey, 21 de junio de 1771, ed. en Gómez Canedo, *De México a la Alta California*, 136.

No solo humanos viajaron con Serra y sus compañeros a la península de California. También llevaron objetos con ellos -como las comunidades viajeras de los cuatro personajes estudiados- como sus hábitos añiles y utensilios para el culto religioso. Por ejemplo, el fraile Juan Crespí recordaba en una carta al superior del convento de San Fernando en la ciudad de México que de las misiones de la Sierra Gorda habían llevado hasta San Diego varios paños de polvos que debían ser renovados por estar ya bastante desgastados.²⁶³ Ahí Serra, como encargado del grupo de misioneros franciscanos, debió emprender algunos viajes de visita a las misiones de la Sierra Gorda, pero de ellos no se conocen registros. Hasta que casi dos décadas después fue llamado para un nuevo viaje hacia la península de la baja California.

El viaje de Junípero Serra por la California

Las circunstancias de las misiones en la Californiana cambiaron en gran medida desde que los jesuitas habían comenzado su labor evangelizadora y colonizadora. El historiador Mario Alberto Magaña ha analizado las circunscritas políticas que implicó la llegada de los franciscanos a la Antigua California. A diferencia de los jesuitas que sufragaban sus misiones con fondos propios de la Orden y tenían un grado de autonomía en la toma de decisiones, el proyecto evangelizador franciscano estaba supeditado a la administración política virreinal. Este proyecto era, de facto, un “instrumento más para el fortalecimiento de las fronteras imperiales mediante una colonización mucho más militar y gubernativa que la realizada durante la colonización misional jesuita y su estado de excepción”.²⁶⁴

Los preparativos del viaje de Serra

La presencia de comerciantes y colonos rusos,²⁶⁵ ingleses y estadounidenses en las costas de Pacífico tenía preocupada a la Corona española que, para legitimar internacionalmente la

²⁶³ Carta de Fray Juan Crespí al guardián de San Fernando, Fray Juan Andrés, San Diego, 22 de junio de 1769, ed. en Gómez Canedo, *De México a la Alta California*, 74. Los paños de polvos ahora son conocidos como palias y son utilizadas para cubrir el cáliz durante las celebraciones litúrgicas a fin de evitar que polvo o insectos pudieran caer al vino.

²⁶⁴ Mario Alberto Magaña Mancillas, “La transición franciscana en la Antigua California”, *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 35 (2021): 7. A la distancia temporal, se puede decir que el proyecto para “fortalecer las fronteras imperiales” no tuvo el éxito esperado por la Corona española, pues indígenas y novohispanos siguieron comerciando y traficando con visitantes extranjeros.

²⁶⁵ Los rusos traficantes de pieles llegaron a la península de Alaska desde 1742. Desde entonces establecieron algunas colonias en la costa de Pacífico, intercambiaron mercancías y entablaron una relación intercultural con

dinastía borbona, requirió de otorgar concesiones a otros imperios, como el inglés, en rutas comerciales.²⁶⁶ El afianzamiento de los imperios inglés, holandés, francés y ruso puso en alerta a la Corona española que buscó, en respuesta, precisar ambas fronteras en América, los territorios australes y boreales.²⁶⁷ En este contexto, los franciscanos fernandinos, liderados por fray Junípero Serra, emprendieron viajes de colonización con una finalidad distinta a la de los jesuitas exploradores como Wenceslao Link, que se habían enfocado en la peninsularidad. La finalidad para los franciscanos, soldados y colonos era fundar misiones-presidio y así poder ocupar las bahías de la alta California -orientación que ya no era peninsular, sino continental- y, con ello, defender los territorios ibéricos de las incursiones extranjeras.

La interacción de navegantes extranjeros en las costas californianas estuvo propiciada, entre otras razones ya mencionadas, por la caza de la nutria marina (*Enhydra lutris*). La nutria, un mamífero mustélido, habitaba los paisajes de las islas y las costas del norte del océano Pacífico, entre los continentes asiático y americano, y atraía a navegantes europeos, americanos y rusos desde mediados del siglo XVIII que las cazaban por la fineza y calidad de su pelaje.²⁶⁸ Si bien los grupos originarios de estas costas aprovechaban su carne y su piel, la sobreexplotación la llevó a su progresiva extinción, provocando una fragmentación en el ensamblaje del paisaje costero.²⁶⁹ De esta manera, el mamífero marino

los grupos originarios. Este proceso ha sido estudiado por: Martha Ortega Soto, “Una Propuesta para analizar la colonización de América Rusa”, *Historia y Grafía*, núm. 61 (2023): 21–59.

²⁶⁶ Corsarios ingleses y franceses acechaban al Galeón de Manila para asaltarlos. Los ingleses, además, buscaban el mítico Estrecho de Anián que conectaba, supuestamente, el Atlántico con el Pacífico. Los rusos estaban más interesados en comerciar pieles y otras mercancías, Martha Ortega Soto, *Alta California: una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846* (México: Plaza y Valdés - Universidad Autónoma Metropolitana, 2001), 26.

²⁶⁷ Mientras que el territorio austral, como la Patagonia, fue abandonado por no representar una fuente de recursos, los esfuerzos se concentraron en el norte de la Nueva España, con más posibilidades de explotación de recursos, Carolina Depetris, “Escribir la geografía: Dos diarios de expedición de siglo XVIII anotados en Nueva España”, *Península* 1, núm. 0 (2005): 113.

²⁶⁸ Andrea Guía Ramírez, “Entre la extinción y el recuerdo: el papel de la nutria entre los antiguos californios”, en *Memorias: Balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, vol. 8, 2007, 210–216, <https://sandiegoarchaeology.org/>. El misionero jesuita Fernando Consag, en uno de sus diarios de viaje de 1754, hablaba ya de la calidad de su piel: “Hay también por allí nutrias, que otros, por la suavidad del pelo, llaman castores marinos”, Fernando Consag, “Diario del viaje que hizo desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”, 267. El propio Junípero Serra narra en su diario que los kumiai -como ahora se les designa- usaban como “coronas” de piel de nutria en sus cabezas, Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 93.

²⁶⁹ Las nutrias son importantes en el equilibrio de las interacciones biológicas de los bosques de macroalgas, además de ser reguladoras de las poblaciones de invertebrados como equinodermos y moluscos, Jorge Urbán Ramírez y Mercedes Guerrero, “*Enhydra lutris* Linnaeus”, en *Conocimiento biológico de las especies de*

fue un elemento más que contribuyó a la llegada de viajeros rusos, ingleses, estadounidenses -como veremos en el caso de James Bull en el próximo capítulo- y de otros imperios a las costas del Pacífico norte, tal como después los traerían también las ballenas y los castores.

Para España la presencia de los cazadores de nutria representaba una amenaza a su territorio imaginado. Valiéndose de los diarios de navegación y la cartografía de la costa del mar Pacífico, como los de Juan Rodríguez Cabrillo (1542-1543) o Sebastián Vizcaíno (1602), el visitador general de la monarquía española, José de Gálvez, promovió los viajes al norte de la California con un objetivo muy claro: establecer colonias en las principales bahías descritas en los mapas: San Diego, Monterrey y San Francisco.²⁷⁰ A estos diarios de navegación se sumaron los diarios de las expediciones por tierra como documentos fundamentales para planear una “santa expedición” hacia el norte de la Antigua California.

Durante la permanencia de los misioneros jesuitas en la California, la circulación de relatos de viaje en forma de cartas de relación, diarios de viaje o relatos edificantes estuvo bajo la hegemonía de producción de textos de los religiosos. Al estar los soldados y exploradores bajo el dominio de los ignacianos, no tuvieron las posibilidades para escribir ni, por supuesto, publicar sus impresiones del viaje. Esto cambió con la nueva administración que los borbones impusieron en las misiones de la baja California con la llegada de los franciscanos en 1768. A partir de entonces, los encargados de los viajes de exploración serían los capitanes de soldados y los religiosos sus acompañantes. No era solo una cuestión de dominio político, sino una decisión práctica para aprovechar el conocimiento de los soldados e indígenas que habían sido parte de las comitivas viajeras en tiempos de los sacerdotes jesuitas.

José de Gálvez, además, tomando en cuenta la capacidad de los caballos, mulas y burros para reconocer ciertos caminos y lugares que han recorrido antes, sacó provecho de los animales que habían viajado con los exploradores bajo el mando de los jesuitas. Esa capacidad de los animales era puesta en colaboración con los humanos en un doble aspecto:

mamíferos marinos (Cetáceos, Sirenios y Carnívoros) (México: Departamento de Biología Marina, Área Interdisciplinaria de Ciencias del Mar, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2002).

²⁷⁰ José de Gálvez y Gallardo, originario de Málaga, España, fue nombrado Visitador General de la Nueva España por el rey Carlos III, de la dinastía Borbón, con el fin de ayudar en la reorganización política y administrativa de los dominios ibéricos trasatlánticos. Gálvez consideraba que los jesuitas habían cometido fraude y traición contra los intereses del imperio español por su ambición de poder, Ignacio del Río, “Los sueños californianos de José de Gálvez”, *Revista de la Universidad de México* 26, núm. 5 (1972): 15. Por esa razón, pretendía tener un mayor control sobre las actividades de los recién arribados franciscanos.

la memoria que logran tener sobre las rutas transitadas con anterioridad, pero también, su capacidad para encontrar fuentes de agua de las que habían bebido con anterioridad.²⁷¹ Así, la expedición de Junípero Serra se benefició de los saberes de otros humanos y no-humanos. La inteligencia de los animales no-humanos ha sido denegada por las algunas filosofías logocéntricas occidentales, pero numerosos grupos humanos del planeta han postulado ontologías que reivindican voluntad, inteligencia y memoria a ciertos animales.²⁷²

Solo un año después de la llegada de Junípero Serra a la baja o antigua California, se efectuó el viaje de este y sus acompañantes desde el presidio de Loreto hasta el puerto de San Diego, después de haber recibido autorización e instrucciones por parte de la autoridad virreinal.²⁷³ Gálvez promovió que se llevaran a cabo dos viajes de navegación y dos viajes terrestres. Las cuatro comitivas de humanos, animales, alimentos y objetos tenían como meta el puerto de San Diego. A diferencia de los misioneros jesuitas que tenían la prerrogativa sobre la elaboración de diarios de viaje, José de Gálvez instruyó que marinos y soldados elaboraran anotaciones en forma de diario sobre observaciones astronómicas en los distintos puntos del recorrido con la finalidad de elaborar futuros mapas. De primordial importancia era el establecimiento de una colonia española en el puerto de Monterey para poder ofrecer

²⁷¹ El fraile Pedro Font, en el diario de viaje de la expedición liderada por Juan Bautista Anza en 1775, de Tubac a Monterrey, escribió que el ganado salió en estampida por falta de agua para buscar lugares donde poder beber, Frederick J. Teggart, ed., *The Anza Expedition of 1775-1776. Diary of Pedro Font*, vol. 3, Publications of the Academy of Pacific Coast History 1 (Berkeley: University of California Press, 1913), 38.

²⁷² Desde la etología, trabajos como los del psicólogo Frans de Waal, quien hizo estudios en primates, tienen ya algunas décadas argumentando la inteligencia animal. Ha sostenido que, para poder comprender la inteligencia de los animales, primero es necesario encontrar los parámetros de estudio adecuados a cada especie, Naixielli Castillo, “Frans de Waal y sus experimentos para comprender la inteligencia animal”, en: <https://ciencia.unam.mx>, 8 de noviembre de 2018. Con relación a las ontologías políticas, algunos autores han optado por preferir “ontoepistemologías”, que adquieren diversos matices según el autor o autora que las postule. Un ejemplo es la propuesta del filósofo indígena Vine Deloria Jr., de la comunidad Sioux en los Estados Unidos. Él propone usar el término ontoepistemología con un carácter participativo del conocimiento. Sus rasgos implican un continuo espacio-tiempo; superar los límites borrosos entre naturaleza y sociedad; diálogo científico inter y transcultural; e inclusión de la experiencia y la espiritualidad como saberes válidos, Juan Cajigas-Rotundo, “Ontoepistemologías indígenas”, *Tabula Rasa*, núm. 26 (2017): 125–139. Antropólogos como Marisol de la Cadena se han adscrito a esta terminología. Por su parte, el también antropólogo Eduardo Kohn ha resaltado cómo en la ontología relacional de los Runa los animales “piensan”, Eduardo Kohn, *Cómo piensan los bosques. Hacia una antropología más allá de lo humano* (Quito: Ediciones Abya-Yala, 2021), 98.

²⁷³ Miguel León Portilla, “El periodo de los franciscanos 1768-1771”, en *La California mexicana: ensayos acerca de su historia*, Serie Historia novohispana 58 (México - Mexicali: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas; Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000), 215.

una defensa segura al Galeón de Manila ante los constantes asaltos de corsarios ingleses y franceses.²⁷⁴

A diferencia de los viajes de exploración de los jesuitas por la California, incluido el de Wenceslao Link, con un marcado por carácter peninsular, las dos expediciones marítimas y dos terrestres tuvieron un cometido más global. Los puertos de San Diego y Monterrey como destino, la planeación motivada por la presencia en las costas oceánicas de embarcaciones y colonias rusas, inglesas, francesas y estadounidenses, y la búsqueda de puertos seguros para el Galeón de Manila revisten al viaje de Serra y sus acompañantes de una dimensión global que trasciende lo peninsular. Si bien el viaje comienza en la zona peninsular de las antiguas misiones jesuitas, el paisaje observado que más ocupa espacio en la trama narrativa del diario del franciscano corresponde a la zona costera desde San Fernando Velicatá hasta a la bahía de San Diego.

Las cuatro expediciones salieron rumbo a la bahía de San Diego a comienzos de 1769. La primera expedición marítima partió el 10 de enero desde la bahía de la Paz en el paquebot San Carlos. La segunda expedición por mar, a bordo del buque San Antonio, zarpó del puerto de San José del Cabo el 15 de febrero. Por tierra, una primera expedición partió de Loreto y tuvo como líder al capitán Rivera y Moncada -acompañante de los jesuitas en varias de sus Entradas- y como misionero a Juan Crespi, quien se unió a la comitiva en Velicatá. La segunda expedición terrestre salió también de Loreto el 9 de marzo, siendo su capitán Gaspar de Portolá y como religioso acompañante fray Junípero Serra. Entre ambas expediciones proyectadas para partir por tierra se llevaron 400 cabezas de ganado en la expedición de avanzada y 170 mulas de carga que conformaban parte de la comunidad viajera de la segunda expedición.²⁷⁵ Eso implicaba cierta sofisticación en la planeación logística del viaje, pero dejó también a la incertidumbre los incidentes que pudieran presentarse en el recorrido.

De cada una de las cuatro expediciones se escribió al menos un diario de viaje. Estos diarios de las expediciones fueron enviados al virrey de la Nueva España, quien, a su vez,

²⁷⁴ Un buen resumen de las razones que esgrimió José de Gálvez al virrey Francisco de Croix puede consultarse en el siguiente artículo: Martha Ortega Soto, "Colonización de alta California: primeros asentamientos españoles", *Signos Históricos* 1, núm. 1 (1999): 85-103.

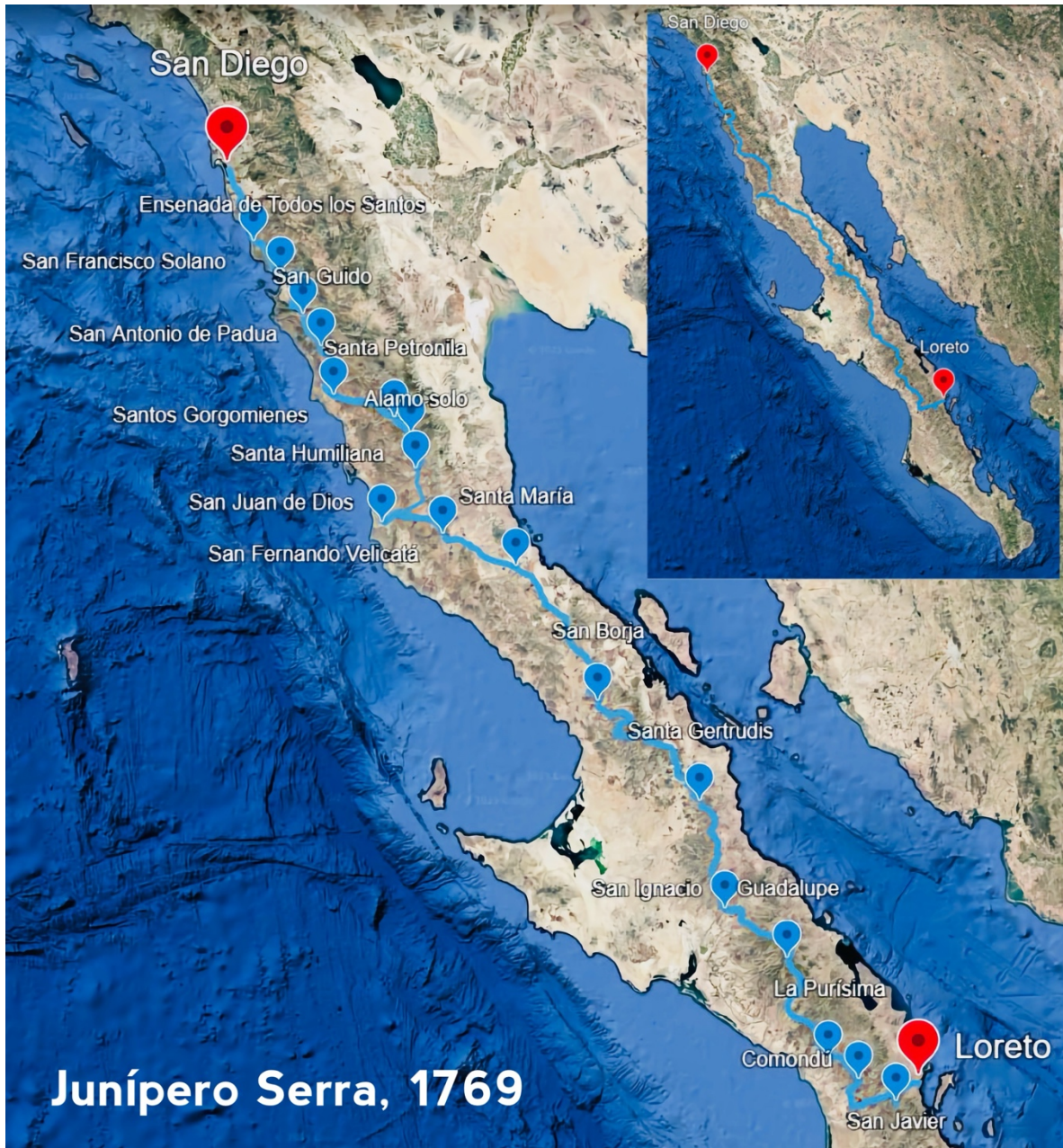
²⁷⁵ Pablo Herrera Carrillo, *Fray Junípero Serra: Civilizador de las Californias. Diarios de fray Junípero Serra y fray Juan Crespi*, ed. Leticia Landín y Max Calvillo, Baja California: nuestra historia 20 (Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Autónoma de Baja California - Universidad de las Américas Puebla, 2007), 83.

remitió a Madrid otras copias. Otras versiones de los diarios se mandaron al archivo del puerto de San Blas para que pudieran ser consultados por futuros navegantes. Finalmente, otros ejemplares fueron archivados en los colegios de la orden de los franciscanos para consulta de próximos misioneros.²⁷⁶ Para los objetivos de esta investigación, los diarios de las expediciones terrestres son de mayor relevancia por su posibilidad de relación intertextual con el relato de Junípero Serra.

Junto con Serra, viajaba como encargado militar de la misma el entonces gobernador de California, Gaspar de Portolá. Este gobernador escribió su propio diario, cuyo trayecto narrado que no termina con la llegada a la bahía de San Diego, como el de Serra, sino que lo continúa hasta la bahía de Monterrey más al norte. El militar catalán escribió un diario bastante escueto en anécdotas, pero prolífero en descripción de distancias, latitudes y toponimia de los lugares visitados.²⁷⁷ En la expedición de avanzada, el marino José de Cañizares hizo su propio recuento del viaje, desde Velicatá hasta San Diego. Sobresale en la descripción del paisaje del pilotín la representación de California -en su parte peninsular- la esterilidad de la tierra, que repite de manera frecuente. Finalmente, el franciscano de esta primera expedición, Juan Crespí, escribió su propio diario de viaje, con la salvedad que lo redactó tiempo después del viaje y basándose en las anotaciones del diario de su maestro Junípero Serra.

²⁷⁶ Salvador Bernabéu Albert, “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”, *Anuario de Estudios Americanos* 60, núm. 1 (2003): 247. En esta publicación, el historiador Bernabéu hace un elenco exhaustivo de las ediciones y traducciones de los diarios marítimos y terrestres de esta “santa expedición”.

²⁷⁷ El intento enciclopedista de la Ilustración occidental, con su afán de medición espacial del continente “indo”, hizo que para el siglo XVIII se desarrollaran un conjunto de aparatos de observación y procedimientos e instrumentos de medición como la brújula, el astrolabio, el teodolito, la triangulación o la plomada, Karl Schlogel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica* (Madrid: Ediciones Siruela, 2007), 108.



Tiempo y espacio del viaje de Serra

Algunas circunstancias políticas, en solo tres años, habían cambiado desde el viaje de Wenceslao Link en 1766 al viaje de Junípero Serra en 1769 con la expulsión de los ignacianos. Pero había otras cualidades del espacio peninsular de California que seguían siendo las mismas para el ritmo y el trazo del trayecto en ambos viajes. Como primer factor, a diferencia de la juventud de Wenceslao Link (29 años), Serra era ya un adulto de 56 años al comenzar su viaje por la California. El agua seguía siendo importante para que el viaje tomara uno u otro rumbo, y que prosiguiera un ritmo variable, algo que será común a los

cuatro viajeros estudiados en esta investigación. Para los marineros, el agua almacenada en barriles era el recurso más valioso a bordo.²⁷⁸ Para los viajeros por tierra, en cambio, el agua constituía un recurso incierto que podía ser encontrado en tinajas (agua contenida de la lluvia), en arroyos y aguajes (agua corriente) o, en ocasiones, debajo del suelo por la apertura de bateques. El agua, indispensable para la cocción de los alimentos, también determinaba la calidad y la rapidez-lentitud de la cocina, como Serra lo transmite: “La cocina ha andado más escasa de lo regular por falta de agua con qué cocinar”.²⁷⁹

El agua no solo influía en el tiempo del viaje, sino también en su trayectoria. Los soldados e indígenas exploradores eran los que salían primero que el resto de la comitiva con un solo objetivo: encontrar fuentes de agua para beber: “hoy de buena mañana se han adelantado el sargento y otro soldado con algunos indios de a pie en busca de aguaje para mañana y días siguientes”.²⁸⁰ Estas referencias a los exploradores que salen en busca de los aguajes o puntos para excavar bateques son mucho más frecuentes en los diarios de Juan Crespí y, sobre todo, de José Cañizares. La primera expedición era la que buscaba los lugares de agua para después comunicarlos por correspondencia a la segunda expedición que seguía su ruta. Para lograr la coordinación entre las dos expediciones terrestres se requirió una sincronización que incluía la correspondencia por cartas entre ambas comunidades viajeras, sin descartar la lectura de los rastros y señalizaciones dejadas por los miembros de la primera expedición para proseguir la misma ruta.²⁸¹

Como ya se dijo, el agua era tan imprescindible para los humanos como para los demás animales. A diferencia del viaje de Wenceslao Link, que llevaba mulas como animales

²⁷⁸ El agua almacenada también era un problema para los marineros, pues no era fácil conservarla en buen estado durante meses. Por eso raciones de vino y licores eran importantes en las travesías, Guadalupe Pinzón Ríos, “Discusiones en torno a las marinerías transpacíficas. El caso de la duplicidad de plazas en el Galeón de Manila Santísima Trinidad, 1752-1753”, en *Los oficios en las sociedades indianas*, ed. Felipe Castro Gutiérrez y Isabel María Povea Moreno, Serie historia novohispana 128 (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2020), 217-218.

²⁷⁹ Serra, Junípero, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*. 85.

²⁸⁰ Serra, Junípero, 88.

²⁸¹ En varias ocasiones, Junípero aprovechó el retraso en el viaje por distintas situaciones para leer y responder cartas que circulaban con regularidad en las misiones de la California, como en las misiones de Guadalupe, San Ignacio o Santa Gertrudis. Ese servicio de correo funcionada incluso en las misiones-frontera como la de Calamajué: “Empleé lo restante de la mañana en responder a todas las cartas atrasadas, y el correo salió poco después de medio día para la misión de San Borja”, Serra, 60. Por su parte, los de la primera expedición iban dejando cartas en el camino para informar a los de la segunda expedición sobre fuentes de agua, parajes y veredas: “Hallamos una enramada hecha y señalado el lugar para parar, a diligencia de nuestro adelantado sargento, de quien también hallamos carta allí puesta en que no daba razón de todos”, p. 89.

colaboradores, la expedición de Serra llevaba, además de las mulas, a caballos, burros y ganado vacuno, puesto que la intención no era regresar a la misión de partida, sino fundar una nueva misión en la bahía de San Diego. El clima caluroso, el esfuerzo por caminar en terrenos pedregosos y arenosos por jornadas de varias horas, generaba un consumo mucho mayor de agua por parte de estos animales no-humanos. Principalmente, el ganado vacuno necesitaba de una gran cantidad de agua, tomando en cuenta que las vacas producían leche para bebida y alimento de los humanos y los becerros.²⁸²

Las vacas traídas de España al continente americano desde el siglo XVI resultaron ser capaces de adaptarse a las nuevas condiciones del espacio. Como ha señalado Alfred Crosby hace ya varias décadas, “el ganado vacuno se adaptó mejor aún que los caballos españoles... Ligeras, delgadas, de grandes cuernos, esa res que no se luciría en una exposición hoy en día, resultó sin embargo excelente para diversos climas y enfrentó con éxito a distintos carnívoros, desde los pumas de la región superior del río Missouri hasta las anacondas del Paraguay”.²⁸³ En el siglo XVIII, nuevas generaciones de vacas y toros fueron llevadas a las misiones de la California, donde debieron ensamblarse nuevamente a otro terreno sin los pastos abundantes y los ríos caudalosos de la Nueva España; surgieron así las vacas montañosas.²⁸⁴ Serra, con su experiencia sobre el espacio mallorquín, sabía de la necesidad imperiosa de encontrar agua para que la caballada y el ganado viajero pudiera continuar el recorrido: “con camino de dos horas llegamos al primer aguaje, en donde saciaron a toda su satisfacción su intensísima sed los animales”.²⁸⁵

Los animales humanos y no-humanos necesitaban, además de beber y comer, descansar. El insecto que había causado la llaga de la pierna de Junípero seguía provocando, indirectamente, parte del ritmo del viaje. En ocasiones, bastaba unas horas para que Serra se repusiera del dolor y el cansancio provocado por su pierna, pero, en otras ocasiones, fue necesario una pausa de varios días, como en Velicatá. Por ejemplo, en el paraje El Cardón,

²⁸² Una vaca de aproximadamente 300 kilos puede beber hasta 45 litros de agua por día, Juan Vicente González Martín, “Cuánta agua necesitan mis vacas”, *Revista Frisona Española*, 2014.

²⁸³ Alfred W. Crosby, *El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, Historia General 16 (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991), 96.

²⁸⁴ La aridez de la mayoría de los espacios misionales no permitía tener una cantidad grande de ganado vacuno, por lo que se optó por dejarles vagar por los montes para que buscaran su alimento libremente, así que muchas reses se hicieron montañosas, Ignacio del Río, *El régimen jesuítico de la antigua California* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003), 113.

²⁸⁵ Serra, Junípero, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 86.

Serra debió tomar una siesta a medio día -costumbre habitual en el convento de San Fernando- para poder descansar.²⁸⁶ Las referencias a la necesidad de descanso son reiteradas a lo largo del diario de viaje. Los caballos, burros y vacas también daban signos de cansancio. En varias ocasiones, Serra reconoce que el viaje tuvo que detenerse para poder dar descanso a las bestias, otro de los aspectos comunes en las experiencias de los otros tres viajeros analizados en los capítulos.

Además del cansancio habitual por las jornadas de camino, estaba la complicación de los enfermos. En ambas expediciones marítimas, el padecimiento del escorbuto dejó varios marineros convalecientes y otros más fallecidos.²⁸⁷ Por tierra, fueron, probablemente, los virus portados por humanos y animales los que causaron estragos entre los viajeros. Aunque en el diario no se menciona el origen de las enfermedades, la mayor incidencia entre los indígenas y el destino mortal de los indios fallecidos, en comparación con los soldados enfermos que se recuperaron, confirma la tesis historiográfica de que se trataba de virus traídos por animales humanos y no-humanos, para los que los nativos no tenían las defensas necesarias.²⁸⁸

El diario de viaje como guía de peregrinación

Es común la circulación en ambientes académicos y grupos de difusión de la historia que se tenga la impresión de que los misioneros jesuitas, hombres de ciencia, escribieron más

²⁸⁶ Serra, Junípero, 54.

²⁸⁷ El escorbuto es un padecimiento producido por la deficiencia extrema de vitamina C, obtenida de la dieta, principalmente en los frutos cítricos. Puede ocasionar hemorragias anemia y, en última instancia, la muerte. El capitán Gaspar de Portolá escribió al llegar al puerto de San Diego: la tropa de voluntarios en tierra, los más en cama de la tripulación de Marina quedaba uno u otro marinero, y especialmente en San Carlos había muerto casi toda la gente, cuya imposibilidad les tenía en suspensión, Gaspar de Portolá, “Diario de viage que hace por tierra a los puertos de San Diego y Monterrey en las Californias”, en *Noticias y documentos acerca de las Californias, 1764-1795*, Chimalistac. Documentos acerca de la Nueva España 5 (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1959), 55.

²⁸⁸ La publicación del libro póstumo de Sherburne Cook, que lleva por título *The Population of the California Indians, 1769-1970* es, desde su publicación en 1976, un estudio contundente sobre el decrecimiento de la población indígena de la Alta California, que el autor estimó en 300,000 a la llegada de los franciscanos. Para la Baja California, varios estudios de Robert Jackson (s. XVIII) y Mario Alberto Magaña (s. XIX) también han demostrado el decrecimiento demográfico contundente de los grupos originarios. La razón principal que se ha propuesto para tal disminución poblacional sigue siendo la carencia de anticuerpos para virus traídos por europeos y africanos, como la viruela. Sin embargo, otros factores sociales, como la fuerte vida comunal -dormir, comer y vivir juntos- pudieron haber contribuido a incrementar la mortalidad de niños y adultos, por encima de otras posibles explicaciones genéticas (tipo de sangre) o alimenticias (desnutrición de proteínas), James C. Riley, “Smallpox and American Indians Revisited”, *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 65, núm. 4 (2010): 445-477.

profusamente y con más rigor científico que los franciscanos, a quienes se considera más “medievales” que ilustrados. Este lugar común se ha estado complejizando en los últimos años de la historiografía, dando paso a una necesidad por reescribir la historia misional.²⁸⁹ Con respecto a las Californias, divididas en Baja o Antigua y Alta o Nueva desde 1773, ya Michael Mathes se preguntaba sobre la supuesta escasez de crónica franciscana y dominica, dando un primer esbozo de respuesta. Afirmaba que no era poca la literatura que los misioneros franciscanos de las Californias habían escrito, pero con un género literario diferente.²⁹⁰

Esa deducción de Mathes fue acertada, pero es necesario ampliarla y contextualizarla. Los misioneros de la Compañía de Jesús, con su voto especial de obediencia exclusiva al Papa en Roma, escribían cartas edificantes y crónicas para su propia congregación y las autoridades eclesiásticas. En la California, su propia financiación de la empresa misional con el Fondo Piadoso de la California los eximía de tener que estar informando al gobierno de la monarquía sobre todas sus actividades. Los diarios de expedición, como el de Wenceslao Link, tenían como lector principal a otros futuros misioneros de la Orden. Además, mucha de la literatura de los misioneros jesuitas en género de crónica fue escrita cuando esos religiosos estaban ya exiliados y su congregación extinta, por lo que su público eran los hombres ilustrados europeos que los acusaban de distintos delitos como enriquecimiento, insubordinación o explotación de los indios. En otras palabras, eran obras de carácter apologético en un entorno de hostilidad política, como la descripción de la California que el jesuita Link escribió desde Alemania.

Los franciscanos, en cambio, llegaron bajo el auspicio y el dominio de la Corona como parte de una estrategia para ocupar territorialmente la parte alta de California. Por esa razón, el financiamiento de las cuatro expediciones de la baja a la alta California, entre las cuales estaba la terrestre de Junípero Serra, corría por cuenta del erario de la monarquía, que

²⁸⁹ La dicotomía supone un rigor intelectual, científico y universalista de los jesuitas frente a un pragmatismo y amplitud de soluciones de los franciscanos en el quehacer cotidiano, José Refugio de la Torre Curiel y Gilberto López Castillo, *Jesuitas y franciscanos en las fronteras de Nueva España, siglos XVI-XIX*, Los Once Ríos (México-Zapopan: Siglo Veintiuno Editores - El Colegio de Jalisco, 2020), 8.

²⁹⁰ El historiador hace un elenco de los principales escritos de los misioneros franciscanos y dominicos, comenzando por Junípero Serra, Michael Mathes, “La escasa crónica franciscana y dominica de Baja California”, *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California*, núm. 6 (2005): 233–242.

se había hecho del Fondo Piadoso de la California después de la expulsión de los jesuitas.²⁹¹ Con esa financiación e intereses de la Corona española, los viajes de “reconocimiento” de misioneros y soldados en la Alta California se multiplicaron exponencialmente. Durante la actividad misionera de Junípero Serra en la California, por ejemplo, se escribieron aproximadamente cincuenta diarios o relaciones describiendo día a día las exploraciones que, por tierra o mar, reconocían la geografía, orografía y costas de California.²⁹² Esa multiplicación de diarios de viaje por parte tanto de funcionarios reales como de misioneros franciscanos a finales del siglo XVIII responde, en buena medida, a la pretensión borbónica de ocupar espacios de la frontera del norte novohispano. Para ello, “resultaba de cardinal importancia dejar testimonio escrito de estas exploraciones para, por este medio, proporcionar al monarca un conocimiento fiable de sus dominios que posibilitara una administración adecuada de los mismos”.²⁹³

No obstante lo anterior, Serra concibe su viaje, sobre todo, como un viaje providencial para llevar el evangelio a los indios gentiles. Serra vio una oportunidad en los afanes imperialistas para avanzar sus motivaciones religiosas. El tipo de viaje que mejor describe esta manera de concebirlo, en sus propias palabras, es el de peregrinación: “Nos alegramos mutuamente de vernos ya juntos para empezar de nuevo nuestra *peregrinación* a una tierra desierta y sólo poblada de infidelidad con innumerables gentiles”.²⁹⁴ En la peregrinación, como una especificación del viaje, predominan los significados sagrados, aunque a ella pueden sumarse otros viajeros por razones seculares.²⁹⁵ Peregrinar en el Desierto entre gentiles era el motivo más fuerte que tenía Serra para empeñarse en su viaje de Loreto a San Diego. El diario de viaje de Serra, entonces, desde su perspectiva, era, antes que otra cosa, un texto religioso que buscaba dar cuenta de su avance espiritual a una misión que ya, de antemano, estaba predestinada por Dios; era una guía para otros peregrinos.

²⁹¹ Ortega Soto, *Alta California: una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*, 34.

²⁹² Charles Maximin Piette, “The Diarios of Early California, 1769-1784”, *The Americas* 2, núm. 4 (1946): 409.

²⁹³ Depetris, “Escribir la geografía”, 113-114.

²⁹⁴ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 60 [el énfasis es mío]. De igual manera, Wenceslao Link había designado, en su diario, al viaje de exploración del jesuita Fernando Consag como una peregrinación: “Este paraje [Keda] es el término de la peregrinación del padre Fernando Consag (p.m.) de donde retrocedió su reverencia bajando por la costa del mar Pacífico”, Wenceslao Link, “Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 200.

²⁹⁵ James Clifford, *Itinerarios transculturales*. (Barcelona: Gedisa, 1999), 55-56.

En un viaje percibido y experimentado como peregrinación, el espacio y el tiempo adquieren connotaciones que son muy específicas. El espacio del peregrinaje suele ser un tránsito de lo profano a lo sagrado, buscando “tocar” lo sagrado. Sin embargo, lo sagrado suele ser un centro, como Roma o La Meca. En cambio, en Serra el peregrinaje es inverso: del centro a lo periférico; lo sagrado se busca más allá de la “frontera de la gentilidad”. El peregrino sale del tiempo histórico para penetrar en lo sagrado, en la eternidad. En esa manera de temporalidad vivida desde el peregrinaje, vuelve el tiempo en algo relativo, donde su sufrimiento es solo un instante a comparación de la eternidad. En efecto, es inherente a todo viaje de peregrinación la sensación de la incomodidad e, incluso, del sufrimiento. Por ejemplo, el viajero naturalista de Miguel de Santisteban, que a mediados del siglo XVIII recorrió el Nuevo Reino de Granada, escribió: “Habiendo en el espacio de los 20 días que duró esta *peregrinación* gozando muchas delicias de este río mezcladas con no pocas incomodidades [...]”.²⁹⁶

Esa experiencia de peregrinación es algo específico en el diario de Junípero Serra. Ni su compañero Juan Crespí, ni los soldados José de Cañizares o Gaspar de Portolá utilizan la idea de peregrinación para designar a sus viajes. En cambio, Serra ratifica la calificación de su experiencia de viaje como peregrinación en otros de sus escritos. Por ejemplo, en una carta enviada en 1772 al Guardián de los franciscanos, Rafael Verger, escribió: “En atención de haberse completado un año desde la última y única ocasión que escribí a Vuestra Reverencia en la salida del barco a fines de junio del año próximo pasado, cuando remití el diario de nuestras pasadas *peregrinaciones* [...]”.²⁹⁷ En esa conciencia de su viaje como peregrinación, la esperanza en la llegada a su destino sagrado era total.

Cabe aquí recordar la influencia de la religiosa española María de Jesús de Ágreda en los franciscanos del Colegio de San Fernando de México. Fue tan grande, que Serra consideraba sus viajes misioneros como una constatación de las premoniciones relatadas por ella. Por ejemplo, en su diario de viaje por la baja California, a propósito del primer bautismo de un gentil en la recién establecida misión de San Fernando Velicatá, escribió: “... como cumplimiento de la palabra que le tiene dada Dios nuestro señor en estos últimos siglos

²⁹⁶ Citado por: Edgardo Pérez Morales, “Mirar, escribir y dibujar: ejercicios de paisaje en la experiencia viajera naturalista”, *Historia y Sociedad*, núm. 14 (2008): 52 [el énfasis es mío].

²⁹⁷ “Carta de Junípero Serra a Rafael Verger”, 1772, ed. Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, 163 [el énfasis es mío].

(según afirma la venerable madre María de Jesús de Ágreda) de que los gentiles con solo la vista de sus hijos se han de convertir a nuestra santa fe católica”.²⁹⁸ El diario de viaje, como testimonio del cumplimiento de la promesa hecha por la religiosa a los franciscanos sobre la predestinación de los indígenas para aceptar la fe cristiana, es constatado por una carta de Serra enviada a su amigo Francisco Palou: “Y sobre todo, la promesa hecha por Dios en estos últimos siglos a nuestro Padre San Francisco -como dice la Seráfica Madre María de Jesús de que los gentiles con sólo ver a sus hijos se han de convertir a nuestra santa fe católica, ya me parece que la veo y palpo”.²⁹⁹

El texto del diario de Junípero Serra de Loreto a San Diego no permite hacer alguna especulación sobre la teología de la predestinación. Desde la antigua controversia entre Pelagio y San Agustín en el siglo IV, en que el primero negaba la doctrina del pecado original y la predestinación a la salvación, y el segundo sostenía la predestinación como la presencia y preparación de los beneficios de Dios para los futuros creyentes que serán salvados, la teología ha discurrido entre ambos polos. Cuestiones relacionadas con este tema impregnan sistemas teológicos como los del dominico Santo Tomás de Aquino, y los franciscanos San Buenaventura y Juan Duns Scoto. Para finales del siglo XV, la disputa teológica se tornó ríspida entre el teólogo jesuita Luis de Molina y el dominico Domingo Bañez. En todo caso, Junípero Serra, como profesor de filosofía escolástica en Mallorca, no era ajeno a esas controversias. ¿Estaban los “infieles” de la California predestinados a la salvación o a la condenación? ¿Cuánta libertad tenían para responder al ofrecimiento del evangelio?

La tradición teológica católica parecía tener cierta concordancia, aun con sus matices, sobre una libertad relativa de los seres humanos para aceptar o rechazar la salvación ofertada por la predicación de los misioneros.³⁰⁰ Serra, atenido a la visión de María de Jesús de

²⁹⁸ Serra, Junípero, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, Lazcano Sahagún, Carlos (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2002), 66.

²⁹⁹ “Carta de Junípero Serra a Francisco Palou”, Monterrey, 18 agosto de 1772, en: Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 178. La veneración profesada a Sor María de Jesús también se puede ver en la carta con que los superiores del Colegio de San Fernando, Fr. Juan Morán y Fr. José García, remitieron diarios de viaje al rey de España: “Con ellas, Señor, cumplió V. R. Ma. el fervoroso y piadoso deseo de aquella fidelísima y venerable española, honra de la nación, Sor María de Jesús de Ágreda”, “Carta de los frailes franciscanos del colegio de san Fernando de México informando y remitiendo diarios sobre las expediciones y descubrimientos hechos en California desde 1769 a 1776 y progreso de las misiones que se han fundado”, Archivo General de Indias, ES.41091.AGI/24/GUADALAJARA,515,N.44, foja 5.

³⁰⁰ Por el contrario de la predestinación, los teólogos sostienen que la condena de Dios “no merma la capacidad o poder del condenado”, Juan Cruz Cruz, “La predestinación como teleología trascendente: Molina y el primer molinismo”, *Conocimiento y Acción* 1, núm. 1 (2021): 43.

Ágreda, miraba su viaje al norte de la California como una “predestinación” de Dios para la conversión de los indios gentiles. Solo con esa certeza puede explicarse un episodio donde se hace uso de la fuerza para que un indio gentil les diera información:

Volvieron a atisbar en la misma alturita dos gentiles, y nuestros indios ya más advertidos que ayer, les fueron con cautela para que no se les escapasen, y aunque el uno se les escapó de entre las manos, al otro lo amarraron fuertemente con un cabestro de cerdas, y todo fue menester, pues aún así se defendía para que no lo trajesen, y se arrastraba con tal violencia que se rozó bastante por muslos y rodillas; pero en fin lo trajeron.³⁰¹

La violencia ejercida sobre este indio, de nombre Axajui, parece contrastar con el ideal de “caridad y benevolencia” promovida por Duns Escoto, de indudable influencia en Serra. Y aunque el asunto ha sido trabajado principalmente en relación con los castigos corporales por parte de los franciscanos a los indios de las misiones de la Alta California, en el viaje la explicación puede ser de índole teológica, más que debida al temperamento individual.³⁰²

Por tanto, el diario de 1769 de Junípero Serra por California es, desde la perspectiva del misionero, un testimonio de la presencia de la comunidad viajera -humanos, animales, plantas, objetos- en el paisaje californiano. En ese paisaje no están de manera pasiva, sino imbricada. Los humanos modifican el paisaje al abrir bateques y allanar caminos con sus herramientas, y también los animales viajeros iban modificando caminos y arruinando aguajes.³⁰³ La experiencia de Serra y los otros viajeros, a su vez, fue trastocada por la presencia del paisaje con todos sus componentes ensamblados.

³⁰¹ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 70-71.

³⁰² Aunque Serra viajó con el ideal de un proyecto alternativo de benevolencia y protección por parte de los misioneros a los indios en lugar del de dominación explotadora, eso no borra que utilizara los castigos corporales de manera férrea, Rose Marie Beebe y Robert Sankewicz, “Junípero Serra’s Approach to the Native Peoples of the Californians”, en *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, ed. Steven Hackel (Oakland: University of California Press, 2018), 148–161. El modelo aparentemente contradictorio se siguió en las misiones fundadas por Serra, cuyos misioneros consideraban los castigos como legítimos y racionales para poder asegurar la salvación de los indios, Diana Roselly Pérez Gerardo, “Violencia y castigo corporal en las misiones franciscanas de la Alta California, siglos XVIII y XIX”, en *Naciones entre fronteras. Hacia una historia de la violencia en la región fronteriza México-Estados Unidos, siglos XVIII-XXI*, ed. Marcela Terrazas y Cynthia Radding, *Historia Moderna y Contemporánea* 80 (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2023), 145. Por otro lado, el tema del disciplinamiento social no era privativo del régimen misional franciscanos, pues también jesuitas y dominicos implementaron castigos corporales como parte de la disciplina en sus misiones. En 1830 fue otro franciscano, Francisco García Diego, quien suprimió los castigos corporales en las misiones.

³⁰³ Serra no es explícito sobre la apertura de caminos, pero el diario de Crespí en la primera expedición brinda esta información: “tomamos descanso porque los exploradores, que salieron a explorar río abajo, trajeron razón

Percepción del viaje después de la frontera

En la primera y más breve parte del diario de Serra, de Loreto a Santa María, el tiempo narrado carece de detalles y es más escueto. De manera expresa, el misionero advierte a propósito de su llegada a la misión de San Francisco Javier: “no me sucedió cosa digna de notar, y por ser camino y tierra de todos sabida, nada digo de ello, y lo mismo observaré respecto de tramo de las demás misiones antiguas”.³⁰⁴ El paisaje observado en este tramo es el de las misiones dejadas por los jesuitas; de ellas se mencionan sus aguajes, tierras cultivadas, pastizales para las bestias. Es de resaltar que Serra no dedica líneas de su diario para relatar las construcciones misionales, con excepción de la vista misional de Calamajué, a la que describe como “iglesia desierta, jacal ruinoso”.³⁰⁵

El verdadero interés de Serra estaba en la construcción de paisajes más allá de la misión frontera, como llamó a la misión de Santa María, la última de las fundadas por los jesuitas. Esos paisajes “más allá de la frontera” comienzan solo hasta después de la misión Santa María. También su compañero y viajero de la primera expedición terrestre, Juan Crespi, se refirió en su diario a esa misión como “la frontera de la gentilidad”, que igualmente es ratificado por la Relación de Francisco Palou: “... y que con toda la provisión subiese para la frontera de Santa María de los Ángeles”.³⁰⁶ Es de resaltar que en el diario de viaje de José de Cañizares, de la primera expedición, la misión frontera se había movido hacia la recién fundada misión de San Fernando Velicatá: “Habiéndolos estado interpretando, dejamos a los enfermos para que de allí se retiraran a Vilacatá [sic], haciéndose cargo el capitán de lo

que más abajo angostaba mucho, y tenía un salto que sería necesario abrir camino por una abra de la sierra para poder salir”, Juan Crespi, “Diario y descripción de los dilatados caminos que hicieron los reverendos padres predicadores apostólicos del Colegio de San Fernando”, en *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California*, ed. Carlos Lazcano Sahagún, Colección de Documentos sobre la Historia y Geografía del municipio de Ensenada 3 (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000), 259-260.

³⁰⁴ Serra, 52. Es interesante que el siguiente viajero, James Bull, construirá el paisaje de manera inversa, mostrando su interés por la región peninsular entre Mulegé y El Rosario, y omitiendo cualquier observación sobre el Partido de La Frontera, entre El Rosario y San Diego.

³⁰⁵ En los textos del siglo XVIII las ruinas aludían a los restos materiales de un edificio destruido, como las *ruinas* del techo que cayeron sobre indígenas y misioneros jesuitas en 1746, Carlos Lazcano Sahagún y Denis Pericic, *Fernando Consag: textos y testimonios* (Ensenada: Fundación Barca, 2001), 365. Fue hasta finales del siglo XVIII que las *ruinas* designaron a los *rastros* de alguna obra humana, es decir, un indicio histórico de otro tiempo, como en el diario del franciscano Pedro Font en 1776: “alrededor están unas ruinas que indican algún cerco o muralla que encerraba a la casa y otros edificios”, Teggart, *The Anza Expedition of 1775-1776. Diary of Pedro Font*, 20. Fue en el siglo XIX, con el régimen moderno de historicidad, que las *ruinas* fueron concebidas como fuente de conocimiento, memoria del tiempo en estado puro, como cápsulas fuera de la historia, Marc Augé, *El tiempo en ruinas* (Barcelona: Editorial Gedisa, 2003). El tema de las ruinas como parte esencial del paisaje será desarrollado, también, por el viajero James Bull en el siguiente capítulo.

³⁰⁶ Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra*, 1853, 152.

próximo que estaba la misión frontera”.³⁰⁷ La frontera era un lugar concreto -una misión- que se iba trasladando a medida que se iban fundando nuevas misiones. Al igual que en el diario de Wenceslao Link, los misioneros franciscanos viajeros “salen” de la frontera, como lo escribió Serra en una carta enviada a Palou al concluir su peregrinación: “En cuanto a mí la caminata ha sido verdaderamente feliz y sin especial quebranto ni novedad en la salud. *Salí de la frontera* malísimo de pie y pierna, pero obró Dios, cada día me iba aliviando, siguiendo mis jornadas como si tan mal no estuviera”.³⁰⁸ En el viaje de peregrinación de Serra, el sufrimiento y la debilidad corporal se transforman en momentos de existencia interpretados en el goce de la eternidad.

Esa idea de una frontera representada por la misión fundada “más al frente (*frontis*)” en el contacto con los gentiles sería un predicamento con la fundación de nuevas misiones en la Alta California. Entre la misión frontera de San Fernando, y las nuevas misiones de San Diego y Monterrey, ya no había un orden lógico -pretendido por los jesuitas- de ir en avanzada, expandiendo las fronteras. La estrategia franciscana, en convenio con el gobierno virreinal, buscaba establecer misiones y presidios en puntos estratégicos del territorio que se pretendía ocupar. Entonces, ¿Cómo nombrar ese espacio amplio donde no tenían presencia misional española? Por eso, solo unos pocos años después, Serra cambió su manera de percibir las fronteras. Ya no eran las misiones al frente en la evangelización, sino las regiones habitadas por los gentiles donde no había llegado la presencia misionera. Por ejemplo, en una carta enviada por Serra, solo dos años después del viaje de Loreto a San Diego, escribió: “En la distancia entre San Luis Obispo y San Buenaventura son menester tres [nuevas misiones]: o todas dentro la Canal para abarcar aquel inmenso gentilismo distribuido en tantos y tan grandes pueblos y disponer las materias para la conversión de las islas *fronteras*, que con sus canoas tienen frecuente comunicación con los de tierra firme y éstos con ellos”.³⁰⁹

³⁰⁷ Bernabéu Albert, “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”, 256-257.

³⁰⁸ Carta de Junípero Serra a Francisco Palou, San Diego, 3 de julio de 1769, en: Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, 83-84 [el énfasis es mío]. En la misma carta, ya Serra considera que la frontera estaba en San Fernando Velicatá y no en Santa María Calamajué: “los soldados ahora mismo dicen que irán a la ligera hasta la frontera de Velicatá en mucho menos”.

³⁰⁹ “Carta de Junípero Serra a Fray Rafael Verger, nuevo guardián de San Fernando”, en Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, 129 [el énfasis es mío]. El mismo cambio conceptual se puede ver en la obra de Francisco Palou. Al hablar del viaje/peregrinación de Serra, identifica tres “misiones-frontera”: San Francisco de Borja, Santa María de los Ángeles y, sobre todo, San Fernando Velicatá. Pero una vez establecidas algunas misiones en la Alta California, comenzó a considerar la frontera como el espacio entre

El paisaje observado: frondosidad y verdor

La experiencia que Serra fue adquiriendo en su natal Petra, en los años de seminario o profesorado en el convento de Palma de Mallorca, en su estancia en el Colegio de San Fernando de Propaganda Fide en la ciudad de México, y en su encomienda misionera de la Sierra Gorda fue determinante en su forma de hacerse presente en su viaje por la California. La ruta transitada por Serra desde la misión de San Francisco de Borja hasta el paraje de Velicatá era la misma que había recorrido Wenceslao Link apenas tres años antes. En efecto, Serra llevaba consigo el diario del jesuita y, probablemente, algún mapa elaborado por él, que siguió diligentemente, como lo reconoce en su propio diario: “estuvo allí en su viaje el padre jesuita Link como consta en su diario y dicen los soldados que lo acompañaban que no celebró allí”.³¹⁰ Y, no obstante, Serra dibuja un paisaje diferente, en gran medida por las interacciones con otros agentes.

Geografía del paisaje: parajes hermosos

Si el elemento decisivo en la observación del paisaje observado por Wenceslao Link era la “utilidad/inutilidad” de sus componentes, en Junípero Serra, aunque no deja de estar presente esa valoración, lo decisivo será la “hermosura” de los paisajes. Esta valoración estética estaba relacionada con un elemento que, muy probablemente, provenía de su experiencia del paisaje en la Sierra Gorda: la frondosidad. Para Serra, lo que determinaba la hermosura de un paraje era la presencia de “verdor”, como en la siguiente cita de su diario: “al fin de las cuatro horas de camino que anduvimos en este día, descubrimos desde la altura un *hermoso* arroyo poblado de álamos y mucha *frondosidad*”.³¹¹ Aunque la connotación estética parece distanciarse de las apreciaciones que sobre el paisaje hizo Wenceslao Link, la finalidad es la misma que su antecesor: condiciones geográficas propicias para posibles fundaciones de nuevas misiones.

San Fernando y San Diego: “... para que en el dilatado y fértil país reconocido por la expedición de tierra, desde la *antigua frontera* de la California hasta el puerto de San Francisco, poco distante, y más al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones”, Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 169 [el énfasis es mío].

³¹⁰ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 63. También Juan Crespi hace alusión al diario de Link en su camino hasta La Cieneguilla, donde tomó rumbo al norte por una ruta no transitada anteriormente por europeos, Crespi, “Diario y descripción de los dilatados caminos que hicieron los reverendos padres predicadores apostólicos del Colegio de San Fernando”, 248.

³¹¹ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 70 [el énfasis es mío].

Es por eso que, después de haber encontrado un “plan hermosísimo”, Serra y la comunidad viajera juzgaron que era un “paraje hermosísimo” para fundar una misión a Santa Humiliana.³¹² Estos parajes *hermosos* debían tener lo esencial que se buscaba en la fundación de una misión: agua, tierra para cultivar, hierba para los rebaños, madera para cocinar y piedra para construir. Esos elementos del paisaje buscados por el viajero estaban garantizados por dos conceptos relacionados: frondosidad y verdor. El día 11 de junio, por ejemplo, Serra escribió en su diario: “a las cuatro horas de andar hicimos alto en un valle y arroyo muy ameno, verde y frondoso de alameda, con bastante y buena agua. Todo él me huele a una buena misión y lo llamamos San Guido de Cortona”.³¹³ Es decir, el paisaje que merece la pena calificar son los valles o llanos con agua suficiente, árboles frondosos y tierra para cultivo. Esa frondosidad hermosa, en continuidad con lo planteado por el jesuita Wenceslao Link, tiene una valoración antropocéntrica. Los parajes eran hermosos en la medida que podían ser útiles para la labor evangelizadora. Al dejar la misión frontera de Santa María, por ejemplo, Serra escribió: “lo vimos todo frondosísimo por las innumerables palmas, zacate y agua que todo él contiene”, solo para aclarar enseguida que todo ello “puede dar mucho *útil* a la misión”.³¹⁴

Por el contrario, los cerros y las cuevas son designadas como feas y penosas: “seguimos nuestro camino que fue de tres y media horas, y como la primera mitad de la jornada fue por un arroyo *seco* y *molesto*, con mucha arena, y tenía tal cual palma, y lo restante fueron cuevas *penosas* y *feas*”.³¹⁵ En la narración del diario, la descripción de los parajes bellos ocupa la gran parte de la trama, mientras que los cerros feos solo merecen dos o tres referencias. El interés del viajero escritor estaba en un paisaje que la providencia divina había dispuesto para su peregrinación entre los infieles, como bien lo ejemplifica el siguiente párrafo:

Toda esta bendición de agua, o fuera inútil o costara mucho trabajo y habilidad para utilizarla con el riego de parte o todo de este hermoso llano (por estar en lo bajo de

³¹² Carlos Lazcano identifica este paraje como el actual valle de San José, al pie de la sierra de San Pedro Mártir, Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 73.

³¹³ Serra, 84-85. Posteriormente, los dominicos fundarían la misión de San Vicente Ferrer en este valle. Se puede citar todavía otro ejemplo: “Es paraje hermoso, bello llano de tierra toda buena y en su orilla junto a los cerros, que no son muy altos, frondosea con mucha arboleda por las orillas de un arroyo”, p. 92.

³¹⁴ Serra, 61 [el énfasis es mío].

³¹⁵ Serra, 69 [el énfasis es mío].

él, aunque no muy declive) si no hubiera dispuesto la Divina Providencia que al occidente de ella se ofrece otro llano hermosísimo en que la misma poza naturalmente se derrama y ocupa de agua tendida el terreno que podrán ocupar seis fanegas de siembra, todo hecho un tular frondosísimo.³¹⁶

Serra consideraba que toda la abundancia de agua era *inútil* si no se podía “utilizar” para cultivar. La satisfacción estética que se puede inferir de los indicios proporcionados por el texto de Serra, con su adjetivación abundante (hermosura, frondosidad, belleza, verdor) era algo que Serra compartía con algunos de sus contemporáneos, como puede verse en el estudio que el historiador Edgardo Pérez hizo sobre viajeros naturalistas del siglo XVIII en el Reino de Nueva Granada. En su artículo, llega a la conclusión que tales adjetivos tienen la finalidad de “que se presentara en la experiencia perceptiva la alegría, el entretenimiento en lo delicioso y la admiración”.³¹⁷ Sin embargo, a diferencia de la construcción del paisaje realizada por los viajeros naturalistas, relacionada con proyectos utópicos de prosperidad del pensamiento reformista e ilustrado, en Serra el paisaje estaba en relación a una experiencia estética que se relaciona con la Providencia divina: todo ha sido dispuesto por la predestinación de Dios para la conversión de los infieles.

Y, entonces, ¿cómo explicar la presencia en los paisajes de las montañas feas y penosas? Quizá algunos indicios pueden ayudar a tratar de responder esa pregunta. En toda peregrinación, los obstáculos encontrados, el sufrimiento y la incomodidad son percibidos como pruebas de Dios para la perseverancia de los fieles. La peregrinación, desde el siglo XII, implicaba la ascesis del camino, una purificación de los viajeros por el dolor físico y psicológico que se interioriza como motivo para ponerse en camino.³¹⁸ Monjes anacoretas y otros eremitas -en griego *eremos* designa lo desértico- han recurrido a la tipología del pueblo de Israel caminando por cuarenta años en el Desierto rumbo a la tierra prometida, o de Jesús

³¹⁶ Serra, 80.

³¹⁷ Edgardo Pérez Morales, “Mirar, escribir y dibujar: ejercicios de paisaje en la experiencia viajera naturalista”, *Historia y Sociedad*, núm. 14 (2008): 52. En esa misma línea, el monje Ajofrín también relaciona la frondosidad con una experiencia espiritual: “Está el santuario [de Tlaxcala] entre unas barrancas muy profundas, pero en sitio muy ameno y lleno de frondosidad. Todo el terreno está respirando devota alegría y espiritual complacencia”, Francisco de Ajofrín, *Diario del viaje que por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide hizo a la América Septentrional en el siglo XVIII*, ed. Buenaventura de Carrocera, Archivo Documental Español, Tomo XIII (Madrid: Real Academia de la Historia, 1959), 145.

³¹⁸ José Ángel García de Cortázar, “El hombre medieval como ‘Homo Viator’”, en *IV Semana de Estudios Medievales*, ed. José Ignacio de la Iglesia Duarte (Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1994), 28. Así entendido, el viaje de peregrinación es percibido como signo de provisionalidad, de desapego hacia la tierra, y de disponibilidad para el cielo.

en oración por cuarenta días en el Desierto, para argumentar su viaje de purificación por las pruebas en un ambiente de Desierto. En el siglo XVI, otro viajero musulmán en el norte de África, Al-Hasan Al-Wazzan, consideraba su viaje como una prueba en su búsqueda de lo sagrado.³¹⁹ Para Serra, en esa línea de pensamiento teológico, las montañas feas y penosas serían un símbolo de las pruebas divinas en su peregrinaje hacia la tierra de la alta California.

La vegetación: cirios y mezcales

La vegetación hasta antes de la misión frontera de Santa María se puede sintetizar en esta frase del diario de Serra: “Pues desde Santa María, inclusive, hasta aquí, no vide ni siquiera un solo árbol de pitayas, ni dulces ni agrias, sólo tal cual cardón y raro garambullo, los más son cirios, árbol para todo *inútil*, hasta para el fuego”.³²⁰ Interesante que Serra consideraba árboles a los cactus del paisaje peninsular. Con excepción del cirio, que puede ser considerado un árbol, pitayas, garambullos y cardones no son, como hoy sabemos, en sentido estricto, de la especie de los árboles, sino de las cactáceas. Lo que estaba haciendo Junípero era comparar dos especies diferentes: las cactáceas y los árboles. Ya François Hartog había advertido que la comparación era una herramienta discursiva de los viajeros, “una manera de reunir el mundo que se relata y el mundo donde se relata, así como pasar de uno a otro”.³²¹ Al reunir en una sola categoría a cactáceas y árboles, Serra está haciéndose presente en un nuevo espacio desde su experiencia en la Sierra Gorda, donde solo había árboles.

En el extracto del diario de Serra citado anteriormente, hay una velada lamentación por las pitayas que “no vio”. ¿Por qué deseaba verlas? Porque, a diferencia de los garambullos, cardones y cirios, las pitayas ofrecen a los humanos un fruto que puede ser utilizado como alimento y, además, es succulento, como lo experimentará el viajero de nuestro próximo capítulo. Paradójicamente, aunque hubiera visto las pitayas, no hubiera encontrado frutos para consumir, pues estos solo se dan en la estación del verano. La calificación del

³¹⁹ Se trata del diplomático viajero Al-Hasan Al-Wazzan, conocido en Europa como Juan León el Africano. En su libro *Cosmografía y geografía de África*, los viajes figuran como una forma de vida y una prueba. La montaña y el Desierto son lugares para el encuentro con lo sagrado, Natalie Zemon Davis, *Trickster Travels. A Sixteenth-Century Muslim Between Worlds* (New York: Hill and Wang, 2006), 102.

³²⁰ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 62 [el énfasis es mío].

³²¹ François Hartog, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2003), 217.

cirio como inútil está en continuidad con el diario de Wenceslao Link y es ratificado, de manera más explícita, por el diario de Juan Crespí.³²²

La valoración de la “inutilidad” del cirio y del cardón es, como debía esperarse, en relación con las necesidades del ser humano. En cambio, desde la perspectiva de esas plantas propuesta actualmente por la biología, garambullos, cardones y cirios ofrecen agua, alimento, seguridad y confort a otras especies de animales, plantas y microorganismos, dentro de las relaciones del paisaje del bioma del desierto central. Un reciente estudio, enfocado en el ensamblaje entre garambullos y artrópodos (animales invertebrados) pone en evidencia cómo los garambullos, una cactácea columnar endémica de México, “incrementa la cantidad de materia orgánica en los suelos y evita la erosión, captura CO₂, promueve la estabilización de suelos inestables y la infiltración de agua pluvial”.³²³ Y, en general, las cactáceas como los cardones y las pitayas ofrecen recursos y un microhábitat propicio para los antrópodos como las hormigas, las avispas o las abejas.³²⁴

Sin embargo, el vegetal que más veces es mencionado por Serra en su diario es el mezcal, una especie de agave. Este ser es uno de los elementos constantes de las construcciones paisajísticas en los cuatros viajeros estudiados en esta investigación. Sin embargo, es también un indicativo de las discontinuidades en la forma en que esos viajeros percibieron su entorno. Para Wenceslao Link, los mezcales estaban relacionados con regalos que los gentiles hacían a la comunidad viajera. En cambio, para James Bull y para William Gabb los mezcales serán recursos para la venta de bebidas alcohólicas destiladas que se ofrecían a los viajeros en su paso por los pueblos. Junípero Serra se sitúa en la línea de Link, pero explícita todavía más el ensamblaje de los agaves con los indígenas.

³²² Así lo redactó el fraile: “Por la mucha semejanza que ellos tienen con los cirios, les pusieron los padres jesuitas los palos cirios, pero tan inútiles que solo para una mala lumbre cuando secos pueden servir porque todos están huecos, y con muy poca diligencia de cortar”, Crespí, “Diario y descripción de los dilatados caminos que hicieron los reverendos padres predicadores apostólicos del Colegio de San Fernando”, 242. La “inutilidad” de los cirios y cardones en este y otros diarios parece ser contradicha con el indicio que ofrece José Cañizares en su diario: “En esta jornada ha seguido la esterilidad de la tierra por estar sembrada de abrojos y espinas, teniendo algunas palmas y palos llamados cirios, de que sacan los indios sus semillas. De las palmas sacan el dátil cimarrón y del cardón unas pepitas”, Bernabéu Albert, “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”, 255. Ambos servían de alimento para los grupos humanos que habían habitado la península por varios milenios.

³²³ Gissela Sanjuan-Trejo, Dulce M. Mejía-Segovia, y Claudia E. Moreno, “Ensamblajes de artrópodos asociados a los frutos de garambullo (*Myrtillocactus geometrizans*) en dos localidades del valle del Mezquital, Hidalgo, México”, *Revista Mexicana de Biodiversidad* 92 (2021): 2.

³²⁴ Sanjuan-Trejo, Mejía-Segovia, y Moreno, 8. Las hormigas, por ejemplo, ayudan a otros insectos al reducir sus parasitoides y, al mismo tiempo, protegen a la planta contra fitófagos (insectos que atacan a las plantas).

En total, Serra lo menciona doce veces, en algunas ocasiones dice “ver mezcales” y en otra “no ver mezcales”.³²⁵ Y la razón por la que otorga tanta importancia a ese agave está en la conexión estrecha que detecta entre los mezcales y los indios gentiles. Para Serra, el alimento -aparentemente el único- que consumían los indios era el mezcal, de tal modo que al no ver mezcales, se preguntaba qué otra cosa podían comer: “van tres jornadas que no se ven mezcales, y así no sé qué comen por acá los gentiles”.³²⁶ Desde la mirada de Junípero, mezcales y gentiles siempre están en relación, por eso escribió las siguientes frases: “Hasta aquí no se ha visto en todo lo andado *mezcal* alguno y ni tampoco algún *gentil*” (p. 79); “siguieron los *mezcales* y vimos varias casitas de *gentiles*” (p. 80); “por el camino continúan los *mezcales*, jobjobas y rastros de *gentiles*” (p. 81); “no vimos hoy *mezcales*, pero sí rastros y veredas de *gentiles*” (p. 85).

La impresión que dejan esas frases es que, para Serra, los mezcales son alimento propio de los gentiles. Él y sus acompañantes humanos se vieron beneficiados, en distintas ocasiones, por “regalos” que esos gentiles les hicieron y que ellos disfrutaron. Incluso miraba en esos regalos una prueba de amistad: “Se les dijo que ya bastaba, y que quedábamos contentos con su fina amistad (que refrendaron con nuevos mezcales que trajeron para los neófitos de a pie)”.³²⁷ Es muy difícil saber si el ofrecimiento de esos mezcales a los viajeros era un signo de amistad -como lo interpretó Serra- o algún gesto de hostilidad que les invitaba a marcharse de su territorio.³²⁸ El diario también contiene una referencia a las redes confeccionadas con fibra de mezcal utilizadas para la guerra: “después que hubimos comido y descansado, bajaron con sus redes de mezcales aderezados y sus armas” (p. 74). ¿Estarían

³²⁵ Existen varias especies de agaves en las Californias. Sin embargo, el *agave shawii*, conocido comúnmente hasta hoy como mezcal o mezcalillo, es el más común. Aunque por su versatilidad puede ser encontrado a cualquier altitud sobre el nivel del mar, prefiere los hábitats entre 1,000 y 2,000 metros de altura. Por esa razón, Serra a veces “no veía” los mezcales en su camino. Este mezcal era una de las fuentes de comida más estable para los indígenas debido a su abundante disponibilidad durante las temporadas secas cuando había poca variedad comible alrededor, Jeanette Coyle y Norman Roberts, *A Field Guide To The Common And Interesting Plants of Baja California*, 1a ed. (La Jolla: Natural History Publishing Company, 1989), 59.

³²⁶ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 77.

³²⁷ Serra, 75.

³²⁸ El rito y las palabras con que los polinesios recibieron al capitán inglés James Cook entre 1778 y 1779, y sus distintas interpretaciones por los antropólogos estadounidenses Marshal Sahlins y Gananath Obeyesekere, ponen de manifiesto lo complicado de una interpretación “correcta” de ritos en una zona de frontera entre estilos diferentes de saberes, Robert Borofsky, “Cook, Lono, Obeyesekere, and Sahlins”, *Current Anthropology* 38, núm. 2 (1997): 255–282.

los indígenas haciendo un gesto de amistad o uno de rechazo? Los indicios parecen no ser suficientes para dar una respuesta satisfactoria.

A partir de la misión nueva de San Fernando Velicatá, las cactáceas y los mezcales van cediendo paso a los árboles con su frondosidad. La variedad de árboles sobresale en relación con la parca taxonomía de las cactáceas: pinos, sauces, tules, palmas, álamos, alisos, encinos y otros identificados “como cipreses”. También sorprendió a Serra encontrar parras entre los sauzales, imaginando que con ellas podría recoger buenos frutos, quizá para producir vino: “Lo que en todo este río con extremo abunda son las parras, y tan cargadas de uvas que es cosa que admira, y es de creer que con solo el beneficio de la poda podían rendir mucho y excelente fruto”.³²⁹ La parra endémica de las Californias (*vitis californica*), de sabor agrio, no es apta para la producción de vino, por lo que a final de cuentas también fue designada como inútil por los misioneros. Sin embargo, esa uva es succulenta para algunos animales no-humanos y sus flores son apetitosas para abejas y mariposas.

Toda esa frondosidad del paisaje que transmite Junípero en su diario sugiere a sus lectores “ideales” una justificación para proseguir la empresa misional que su grupo de franciscanos estaba comenzando en la California. El paisaje estaba apto para la fundación de nuevas misiones. Había agua suficiente, tierra para cultivo, árboles abundantes y ¡hasta parras! indispensables para un sitio misional. Y aunque en esto coincide con el diario de Wenceslao Link, contrasta con los diarios de los soldados que iban acompañando ambas expediciones. Para Gaspar de Portolá, acompañante de Serra en la segunda expedición, lo importante era la descripción de los caminos.³³⁰ José Cañizares, el marino pilotín que acompaña la primera expedición, resaltaba la esterilidad de la tierra californiana, a pesar de aclarar que estaba llena de vegetales: “En esta jornada ha seguido la esterilidad de la tierra por estar sembrada de abrojos y espinas”; y más adelante: “Todo el camino fue bien molesto por los muchos barrancos de que se componía, siguiendo la esterilidad de la tierra con muchos abrojos y chollas”.³³¹

³²⁹ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 77.

³³⁰ En su diario la palabra “camino” aparece un total de 89 veces. Casi siempre se habla del “buen camino” y muy pocas de “mal camino”. En cuatro ocasiones dijo que fue necesario “abrir camino” para poder avanzar, de Portolá, “Diario de viaje que hace por tierra a los puertos de San Diego y Monterrey en las Californias”. Como soldado, su interés no estaba en el establecimiento de misiones, sino en la comunicación terrestre de sus tropas entre misión y misión.

³³¹ Bernabéu Albert, “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”, 257-258.

Es decir, la esterilidad, para Cañizares, no era la ausencia de flora, sino la ausencia de árboles “útiles” o “hermosos” que, según su experiencia, debería tener todo paisaje: “La vista de este arroyo de los Álamos es hermosa por lo muy vestido que están sus orillas de estos árboles”. Para Francisco Palou, tierra estéril solo podía considerarse la de las antiguas misiones.³³² Para Junípero Serra, todo el paisaje más allá de la frontera californiana era una oportunidad para fundar nuevas misiones con una “vista bella” de parajes frondosos: “La frondosidad del paraje hace un semicírculo y en medio tiene una loma con piedra en que se puede poner la misión o pueblo, de donde gozará en vista toda aquella belleza”.³³³

Los animales no humanos: antilopes, felinos e insectos

Al igual que con las plantas observadas, los primeros animales del paisaje ensamblado en el viaje de Junípero Serra que aparecen en su diario solo son mencionados después de dejar la misión-frontera de Santa María de los Ángeles. La valoración de los animales, siguiendo su experiencia viajera, está condicionada por su apreciación desde lo humano: en lo estético como hermosos o no-hermosos; por su utilidad alimentaria como útiles e inútiles; y por lo peligroso o inofensivo. La primera referencia en el diario a un animal no-humano endémico tiene esa connotación de emotividad estética tan común en el romanticismo.³³⁴ A poca distancia de la misión Santa María, Serra dice haber encontrado un *hermoso* berrendo. Sobre esa experiencia estética funda la toponimia del lugar: Aguaje el Berrendo.³³⁵

Además de la “hermosura” de ese animal, el más veloz de todo el continente americano, a Serra le causó emotiva sorpresa la manera “industriosa” en que los indígenas

³³² Así lo deja ver en la única vez que utiliza el concepto en su relato sobre la fundación de la misión San Fernando: “Era muy conveniente para la comunicación desde San Diego a la Antigua California, y que la misión más inmediata a Velicatá era la de San Francisco de Borja, distante como sesenta leguas de tierra despoblada, *estéril* y falta de aguas”, Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 153 [el énfasis es mío].

³³³ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 75.

³³⁴ El Romanticismo, movimiento filosófico y artístico que surgió en Alemania a mediados del siglo XVIII, se proponía buscar un equilibrio inteligente entre la sensibilidad y el entendimiento, entre lo interior y lo exterior. Hacía uso significativo del sentimiento y la imaginación, se buscaba la belleza del paisaje como inspiración poética, Alberto Yegres Mago, “Filosofía, Ilustración y Romanticismo”, *Revista de Investigación* 39, núm. 86 (2015): 11–38.

³³⁵ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 61. Además de la velocidad del antílope, a los españoles les debió impresionar los colores y los cuerno o astas de ese animal, por lo que lo llamaron “berrendo”, como en España se conocían a los toros con manchas de dos colores, Alberto Tapia, Landeros, “El berrendo que se fue”, en *Baja California: Uso y abuso de su biodiversidad* (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California - Miguel Ángel Porrúa, 2006), 126.

los cazaban para comer su carne y aprovechar su piel. Serra hace su observación un siete de mayo, un día de primavera que, al parecer, hacía bastante frío. De acuerdo con una aseveración del jesuita Fernando Consag escrita unos años antes que Serra, los berrendos o “cabras monteses” solo podían ser cazados por los indios en tiempos de invierno, cuando el frío viento los hacía acercarse a las laderas de la sierra y, de este modo, perder su ventaja para correr velozmente por las llanuras.³³⁶ Una vez arrinconados, eran flechados o simplemente atrapados con las manos. Esa referencia al “industrioso” modo en que los indios peninsulares cazaban a los berrendos -Con William Gabb lo industrioso solo es endosado a los hombres blancos extranjeros- permitía al berrendo su reproducción, pues el tiempo de apareamiento de los berrendos coincide con los meses de junio y julio, por lo que en esos meses calurosos no eran acosados por los humanos. Para los berrendos, el calor intenso del desierto central no era un inconveniente, ya que su áspero pelambre puede ser movida a voluntad para poder dispersar el calor del cuerpo y plegarlo en tiempo de frío para conservarlo.³³⁷

Serra consideró, además, que ese “hermoso” paraje donde se dio muerte a un berrendo era un espacio propicio para “el tránsito de las bestias” por el abundante pasto que tenía. ¿A qué bestias se refería Serra? Podía ser, como se mencionó antes, a las 400 cabezas de ganado que llevaba la primera expedición o las 170 mulas que eran parte de la segunda expedición. El encuentro de esas vacas y mulas con el berrendo provocó un desajuste en el paisaje, una condición contingente de la precariedad en las relaciones ontológicas.³³⁸ Los berrendos, animales de pezuñas, “rompen la capa salina del suelo y con sus excretas van sembrando las semillas de las plantas que han comido, provocando el resurgimiento de nueva vegetación a su paso”.³³⁹ Las vacas y las mulas, en cambio, con un mayor peso y pezuñas más gruesas,

³³⁶ Fernando Consag, “Descripción compendiosa de lo descubierto y conocido de la California”, en *Fernando Consag. Textos y Testimonios*, ed. Carlos Lazcano Sahagún y Denis Pericic, Colección de documentos sobre la historia y la geografía del municipio de Ensenada 4 (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2001), 310.

³³⁷ Tapia, Landeros, “El berrendo que se fue”.

³³⁸ La precariedad o incertidumbre ha sido definida por Anna L. Tsing como la condición de ser vulnerable a los otros. Surge de encuentros impredecibles que transforman, pues nos hacen sentir que no tenemos el control, ni siquiera de nosotros mismos, Anna Lowenhaupt Tsing, *La Seta del Fin del Mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*, trad. Francisco Ramos Mena (Madrid: Capitán Swing, 2021), 26.

³³⁹ Espacios naturales y Desarrollo sustentable, “Programa de reintroducción del berrendo peninsular”, 2021, consultado en: <https://www.endesu.org.mx/programa-de-reintroduccion-berrendo-peninsular/>

mallugan las plantas que pisan impidiendo su regeneración, además de tener un consumo de pasto de mucho mayor volumen que los berrendos peninsulares.

La introducción de animales viajeros en el espacio californiano fue parte de la precariedad de las relaciones imbricadas del paisaje. Vacas y mulas pisaban y consumían el pasto que los animales herbívoros endémicos como berrendos, venados o borregos cimarrones consumían. Así como los humanos peninsulares no tenían los anticuerpos necesarios para repeler los virus traídos por los europeos, tampoco las plantas endémicas tenían la capacidad para soportar el peso de las pezuñas de los animales traídos del centro de la Nueva España. De hecho, al final del viaje, ese ganado vacuno y caballar llevado a las futuras misiones de la Alta California sería un factor fundamental para el decrecimiento y, en algunas ocasiones, extinción de plantas y animales endémicos.³⁴⁰ En el viaje de peregrinación de Serra, vacas y mulas alteraron algunas relaciones del paisaje californiano, arruinando fuentes de agua potable y consumiendo pastos.³⁴¹

En otro pasaje del diario, Serra observó, junto con los berrendos, a venados y coyotes. Ambos animales, venados y coyotes, eran muy conocidos por indígenas, soldados y misioneros en toda la California. Para los diversos grupos indígenas de la California, tanto el coyote como el venado estaban relacionados con los mitos creacionales. También utilizaban las pieles de coyotes y venados para proteger sus cuerpos del clima, sobre todo en las zonas serranas.³⁴² Los soldados “de cuera” confeccionaban sus coberturas para protección de las

³⁴⁰ En el capítulo titulado “Dual Revolutions and the Missions: Ecological Change and Demographic Collapse” de un libro de Steven Hackel, expone cómo la llegada de caballos, vacas y ovejas a las misiones de la Alta California no solo trajo consigo organismos patógenos, sino también, ante la imposibilidad de retenerlos en corrales, fueron cada vez más lejos para comer las plantas nativas. Esto dejaba sin comida a los indígenas, que migraron a las misiones en busca de comida, pero también a los animales endémicos, con consecuencias catastróficas en algunos casos, Steven Hackel, *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005), 65-125.

³⁴¹ Al beber el ganado y la caballada de los mismos aguajes de donde bebían los animales humanos y no humanos endémicos, revolvían el agua con tierra, haciendo imposible, al menos por un tiempo, que bebieran de ellos nuevamente. En una ocasión, ya muy cerca del actual puerto de San Diego, Serra desistió de que las mulas bebieran de una poza de agua dulce: “Aunque pudieran beber en ella nuestros animales, no quisimos, supuesto que ya aquel día habían bebido, por no desgraciarles en algo a los pobres gentiles su aguaje”, Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 100.

³⁴² Me parece que la interpretación moral que hace Juan Crespi sobre la vestimenta de mujeres con estas pieles para “tapar su honestidad” no es acorde con la orgullosa desnudez mostrada por los y las indígenas peninsulares, Crespi, “Diario y descripción de los dilatados caminos que hicieron los reverendos padres predicadores apostólicos del Colegio de San Fernando”, 261. A esta desnudez me he referido en el capítulo anterior.

espinas generalmente de las pieles de venados, ya que la piel del venado bura es el doble de gruesa que la del berrendo.

Otro animal no humano que mereció algunas líneas del diario de Junípero es el depredador endémico más grande de las Californias. Se trata del puma, que Serra nombra como “león”, al igual que lo había hecho antes Wenceslao Link. Para algunos naturalistas del siglo XVIII, como el francés Georges Louis de Leclerc de Buffon, los seres vivos del continente americano -humanos, animales, plantas- eran el resultado de una “degeneración” de los existentes en otros continentes. Según esos naturalistas, con una visión eurocéntrica, los animales de América habrían sufrido una detención en su desarrollo, lo que se evidenciaba -según ellos- por el menor tamaño de las especies. Buffon sostenía, incluso, que los animales domésticos traídos al Nuevo Continente desde Europa se habrían encogido.³⁴³ El puma, en ese razonamiento epistemológico, era una “degradación” del león africano.

Eso explica por qué Serra llama *león* al puma: “Todas estas noches de los últimos cuatro días, nos ha estado rugiendo por los contornos un león”.³⁴⁴ Pero el tamaño del puma no impedía que tanto humanos como mulas sintieran temor de él y, como en el viaje de Wenceslao Link, provocara estampidas en los caballos y mulas, con las inconveniencias que eso provocaba para los humanos. Las crías de las yeguas y de las vacas, principalmente, eran presas fáciles del puma que, por su parte, debía percibirlos como predilectas a los veloces berrendos, venados o conejos. Se justifica, entonces, el miedo causado por el maullido del puma en las mulas y los enormes esfuerzos para buscar, lazar y regresar a las mulas huidas en las estampidas. Aunque Serra no lo plasmó en su relato, su compañero de viaje apuntó esa experiencia: “Esta noche se pasó muy mal, con motivo de toda la noche estar dando estampidas la caballada, por lo que se descansó el día siguiente”.³⁴⁵ El puma había demorado

³⁴³ Amalia Chaves, “Concepciones sobre la naturaleza de América: Algunos recorridos”, *Recial* 10, núm. 15 (2019): 3.

³⁴⁴ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 69. En otros relatos misioneros de la época también se le llama tigre o leopardo. Además de nombrar león al puma, Serra le atribuye el sonido del *rugido* propio de los grandes felinos como leones o los tigres. Por la morfología de su aparato fonador, los pumas solo pueden emitir sonidos parecidos a los gatos domésticos, es decir, solo pueden himplar.

³⁴⁵ de Portolá, “Diario de viage que hace por tierra a los puertos de San Diego y Monterrey en las Californias”, 51. El mismo u otro puma causó los mismos inconvenientes a los viajeros de la primera expedición, como lo asentó en su diario José de Cañizares: “La noche antecedente nos llovió, poniéndonos en cuidado la caballada por haber dado tres estampidas”, Bernabéu Albert, “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”, 269.

el avance del viaje e infundido emociones de miedo en la comunidad viajera, como también sucederá en el viaje de nuestro próximo viajero James Bull.

Esa capacidad del puma para infundir miedo en los habitantes de Abya Yala³⁴⁶ lo habían dotado de atributos -desde la perspectiva de los pueblos originarios- relacionados con el poder y la sabiduría. De manera más general, “en la perspectiva de los pueblos originarios se señala al puma como un animal sagrado y un familiar no humano, con el cual se establece una profunda relación afectiva, epistémica y ontológica territorial”.³⁴⁷ Es complicado poder aceptar una aseveración tan generalizante, con riesgo a caer en la romantización, sobre la sacralidad del puma en *todos* los pueblos indoamericanos. Al menos en los pueblos del actual estado de Sonora, antes de la llegada de los misioneros, no parecían tener esa sacralidad por el felino.³⁴⁸

Los pueblos indígenas del sur de la península creían en la inmortalidad del alma del felino, lo que resultaba en que el miedo a ese animal se proyectara más a allá de esta vida pues, como lo constató Miguel del Barco en su cohabitar con los cochimíes, estos temían que el puma regresara de la muerte para vengarse de quien lo había asesinado.³⁴⁹ Fue hasta que los europeos comenzaron a matar a los pumas, que comían las crías de los rebaños, que los pueblos indígenas se atrevieron a dar muerte al animal cuando su integridad corporal estaba en riesgo, lo que denota una progresiva desacralización del felino.³⁵⁰

Esa coincidencia, entonces, entre el puma americano y la comunidad viajera provocó que el paisaje dibujado por Serra estuviera cargado de elementos que denotaban precariedad e inseguridad: el himplar del felino, relinchadas de mulas, estampidas, miedos y esfuerzos para retornar las mulas que huían. Serra escribe con miedo, recordando quizá algunas de las numerosas citas bíblicas en las que el león se presenta como símbolo del enemigo que acecha

³⁴⁶ Nombre que da el pueblo de cuna -originario de Colombia, actualmente en Panamá- que se puede traducir como “tierra viva” y que es una alternativa al nombre América impuesto desde Europa.

³⁴⁷ Fernando Venegas Espinoza, Andrés Moreira-Muñoz, y Pablo Mansilla-Quiñones, “El giro multiespecies: representación geohistórica del puma desde una perspectiva interdisciplinaria (siglos XVI-XXI)”, *Diálogo andino*, núm. 67 (2022): 338.

³⁴⁸ Los misioneros en Sonora se sorprendían de la habilidad de los indios para cazar a los jaguares o pumas en la sierra únicamente con arco y flecha, Bernd Hausberger, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano”, *Estudios de historia novohispana* 17 (1997): 89.

³⁴⁹ Del Barco consideraba eso una superstición Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 217.

³⁵⁰ El cronista jesuita Miguel del Barco narra algunas anécdotas de cómo los indios cochimíes eran atacados por los pumas cuando ellos les arrebataban los venados que habían matado para comer, Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 17-18.

al creyente, como se expuso con el capítulo anterior. Dice, por ejemplo, el salmo 9 a propósito de los malvados: “Se aposta al acecho entre las cañas, acecha escondido como león en su guarida, acecha para atrapar al desdichado”. En el viaje de peregrinación del franciscano, el león era otro más de los obstáculos rumbo al destino final. Para los diarios de los viajeros del siglo XIX por Baja California el puma estará ausente -por ejemplo, en el diario del viajero William Gabb (1866)- probablemente por el miedo que infundían las armas de fuego en el felino californiano que evitaba los encuentros con humanos.

En la continuación de ese viaje, ya casi al final de este, entre lo que hoy son las ciudades de Ensenada y Tijuana, Serra escribió: “Dormimos bajo un muy copudo encino, y aquí nos faltó el privilegio de California de la exención de pulgas, porque nos llenamos de ellas, y algunas garrapatas”.³⁵¹ Efectivamente, no he podido leer algún testimonio de viajeros por California anteriores a Junípero que mencionen a cualquiera de estos artrópodos hematófagos -se alimentan de la sangre de otros animales- en sus relatos. Incluso el jesuita Miguel del Barco redactó en su Crónica que no se había encontrado “la molestia” de los insectos que perseguían a los “rationales y los brutos”, como pulgas, chinches, niguas y otros.³⁵² En realidad, estas líneas no son originales del misionero jesuita, sino una cita de un texto anterior del religioso capuchino Francisco Ajofrín sobre la California en 1764.³⁵³ Del Barco añadió a esa cita un comentario lleno de ironía acerca de que la ausencia de tales “insectos” era un “privilegio de la Divina Providencia” que no se les había concedido ni a las ciudades más pobladas de Europa y América.

Es probable que la ausencia de pulgas y garrapatas esté relacionada, más que con la Divina Providencia, con la ausencia de animales domesticados, como perros o gatos, entre los pueblos indígenas del sur de la península (pericúes, guaycuras, cochimíes). El misionero jesuita Ignacio María Nápoli escribió en su diario de viaje de 1721 sobre el miedo que sintieron los coras -un grupo indígena de los pericúes- al ver por primera vez a un perro:

³⁵¹ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 94.

³⁵² Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 23. El cronista jesuita agrupa en la especie de los insectos, conforme a la historia natural del siglo XVIII, a insectos, arácnidos -como las garrapatas-, gusanos, crustáceos, etc. De acuerdo con el *Diccionario de Autoridades* de 1732 (Tomo IV), “insecto era todo animalito pequeño, que algunos llaman imperfectos, y vulgarmente en Castellano suelen llamar sabandija”, incluyendo además a serpientes y algunos reptiles.

³⁵³ El monje nunca estuvo en la California, pero escribió su descripción con testimonios recabados por él. Menciona otros insectos como serpientes, escorpiones y tarántulas, Francisco de Ajofrín, “Breve descripción de las Californias según las últimas y más verídicas noticias hasta el presente año de 1764”, en *Noticias y Documentos acerca de las Californias 1764-1795* (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1959), 14.

“[Los coras] decían que querían enviar a llamar su gente, que estaba abajo, pero que escondiéramos antes las bestias, de las cuales mucho se espantaban, y especialmente de un perro del cual temblaban”.³⁵⁴ Después, el jesuita Fernando Consag relató cómo encontró el primer perro en California al norte de la Bahía de los Ángeles: “En esta ranchería se vio un perro, y es el primero que se vio entre los californios, antes de tener padres misioneros”.³⁵⁵ En cambio, para los pueblos indígenas del norte como los kimiai, en cuyo territorio encontró Serra pulgas y garrapatas, los perros sí eran conocidos.

Perros y pulgas van juntos, en una relación donde pulgas, garrapatas y chinches se benefician de los caninos. Donde llegan los perros, llegan las pulgas. Con la movilidad de misioneros y colonos, las pulgas tuvieron la posibilidad de mudar a otros mamíferos. La incomodidad de las pulgas y garrapatas en los humanos, aunada a las posibles enfermedades que transmiten, ha propiciado una representación negativa de esos insectos parasitarios. Desde los estudios etiológicos y biológicos, pulgas y garrapatas son dañinas para humanos, animales domésticos y otros animales no domésticos. Otros estudios han tratado de destacar la perspectiva de las garrapatas, que *eligen* a los animales a parasitar, como mamíferos, aves o reptiles, por el olor, el calor y la habilidad para detectar la piel entre los pelos que pueden hurgar.³⁵⁶

Con respecto al ensamblaje de pulgas y garrapatas en los biomas, desde la biología actual, ambas desempeñan un papel ecológico primordial. Por una parte, sirven como alimento para anfibios, reptiles y aves. Por ejemplo, zarigüeyas y tlacuaches se alimentan de las mismas garrapatas que habitan sus cuerpos. Al causar enfermedades, funcionan como mecanismos de selección natural en la sobrevivencia de los seres más adaptados al ambiente. De esa manera, pueden contribuir al equilibrio de los ecosistemas al controlar el aumento de poblaciones como ciervos, conejos, ratas y otras especies. Pero también, al ser introducidas

³⁵⁴ Ignacio María Nápoli y Esteban Rodríguez Lorenzo, “Entrada al final de la tierra”, en *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California*, ed. Carlos Lazcano Sahagún, Colección de Documentos sobre la Historia y Geografía del municipio de Ensenada 3 (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000), 133.

³⁵⁵ Fernando Consag, “Diario del viaje en el descubrimiento del golfo californiano del 9 de junio al 25 de julio de 1746”, en *Fernando Consag. Textos y testimonios*, ed. Carlos Lazcano Sahagún y Denis Pericic (Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2001), 178.

³⁵⁶ Sobre pasa a esta investigación el tipo de análisis posthumanista que hace Eduardo Kohn sobre la “percepción del iconismo” de la garrapata, Kohn, *Cómo piensan los bosques. Hacia una antropología más allá de lo humano*, 116-117. Sin embargo, en la “elección” de la garrapata por el mamífero con el que entablará una relación de ensamblaje se puede percibir algún grado de pensamiento.

en ecosistemas donde antes no existía presencia de ellas, podrían causar un desequilibrio en las interacciones de los seres que habitan en esos ambientes. Numerosos casos sobre la introducción de especies extrañas a nuevos ecosistemas ejemplifican el desequilibrio que puede suceder con consecuencias catastróficas.³⁵⁷ Incluso “se ha observado que las garrapatas también pueden ser indicadores sensibles del cambio climático”.³⁵⁸ Ellas aumentan su población en años más cálidos y la decrecen en años fríos. Serra y sus acompañantes viajeros tuvieron el encuentro con las pulgas y garrapatas un 24 de junio, recién comenzado el verano; debía ser un día caluroso en la costa del Pacífico. Los viajes de los siglos XVIII y XIX solían efectuarse durante el invierno o la primavera. Esto tenía la ventaja, además de un clima templado, la evasión de insectos que causan molestias al cuerpo y transmiten enfermedades a animales humanos y no-humanos.

Para resumir, Junípero Serra hizo comentarios dispersos y escuetos sobre algunos animales endémicos, señalando, por ejemplo, que aunque los soldados intentaron matar alguno, la rapidez de esos animales triunfó sobre los tiros de las armas: “Nuestros cazadores han estado desgraciados, porque berrendos, venados y liebres, todos han burlado sus tiros y se han quedado paseando, y nosotros, de carne fresca, con solo los deseos”.³⁵⁹ Además de los animales para alimento, estaban aquellos que eran observados como peligrosos para los humanos y los animales de carga, como el puma. Finalmente, Serra fue “atacado” por pulgas y garrapatas; junto al dolor de su llaga, la comezón de sus picaduras debió ser agobiante para su cuerpo, un cuerpo que en poco difería con el de las bestias, como veremos a continuación.

Los animales humanos: bestias, racionales y rastros

En el capítulo anterior, se resaltó el proyecto de cristiandad que Wenceslao Link proponía para incluir a los humanos indígenas en su estructura paisajística. Ahora, con el viajero Junípero Serra, se puede deducir un ideal que también es humanista, pero con una especificada marcada por su experiencia viajera: la catolicidad. A diferencia del fundador de los jesuitas que pugnó por una reunificación (Contrarreforma) de las iglesias cristianas en el

³⁵⁷ Esos desajustes en los ecosistemas con la introducción voluntaria o involuntario de uno de los tópicos principales desarrollados por Elizabeth Kolbert en su libro *Bajo un cielo blanco. Cómo los humanos estamos creando la naturaleza del futuro*, publicado en inglés en 2021.

³⁵⁸ Beatriz Meza, Carolina Galván, y Mario Rojas, “Península de Baja California: mamíferos y garrapatas”, *Therya ixmana* 3, núm. 1 (2024): 34.

³⁵⁹ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 80.

siglo XVI, el fundador de los seráficos, Francisco de Asís, emprendió un viaje de “cruzada” para convertir al Sultán y los musulmanes de Egipto a la iglesia católica en el siglo XIII. Serra, como discípulo de San Francisco, buscó la incorporación de los “infieles” a una iglesia católica y monárquica, como lo dejó asentado en las primeras líneas de dan comienzo a su diario: “Diario del viaje para los puertos de San Diego y Monterrey que, para mayor gloria de Dios y conversión de los infieles a nuestra santa fe católica, emprendí desde mi misión y real presidio de Loreto”.³⁶⁰ Dos son las grandes motivaciones que impulsaron el viaje de peregrinación de Serra: Dios y Monarquía. Con esas motivaciones, el franciscano buscó la incorporación de los indios gentiles al “gremio de la iglesia”, regida por el Papa y el rey. Esos indios gentiles, fueron observados, en primer lugar, en su corporeidad.

Hay dos episodios de la peregrinación de Junípero Serra y su comunidad viajera que ayudan a ejemplificar la naturaleza corporal compartida de animales humanos y no-humanos. El primero de ellos está referido en el relato que sobre el viaje hizo Francisco Palou. Estando en Velicatá, Serra sentía un dolor muy agudo en la pierna que le impedía seguir su caminata. Entonces pidió al arriero Juan Antonio Coronel que le proporcionara un remedio medicinal. En esa coyuntura escribió Palou este diálogo entre ellos: “Yo soy arriero y solo he curado las mataduras de las bestias. Pues hijo, haz cuenta que yo soy una bestia y que esta llaga es una matadura, de que ha resultado la hinchazón de la pierna y los dolores tan grandes que siento que no me dejan parar ni dormir; y hazme el mismo medicamento que aplicarías a una bestia”.³⁶¹ En cuanto al cuerpo, Serra consideraba que no había una distinción sustancial entre los humanos y los animales.

El segundo episodio, tomado del diario de viaje de Serra, es lo que él denomina como “burricidio”. Relata cómo un genovés, criado del gobernador que fungía como cocinero en el viaje, había dado muerte a una burra con la espada, solo porque se le ponía enfrente y retardaba su cabalgadura. Ante ese burricidio, se le realizó un juicio con comparecencia de testigos y confesión del reo. La sentencia fue que seguiría la expedición a pie y que pagaría

³⁶⁰ Serra, 49. Aunque el concepto de civilización ya era utilizado por algunos autores en el siglo XVIII, fue hasta el siguiente siglo que se divulgó y formó parte del lenguaje popular, incluyendo los viajeros, como veremos en los próximos dos capítulos.

³⁶¹ Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 155. El arriero y soldado Juan Antonio Coronel era un mulato de la provincia de Sinaloa, “Memorandum de Serra al Virrey Bucareli”, México, 13 de marzo de 1773, en Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, 194.

una multa de 40 pesos por la burra, cuatro veces más el precio de ella. Esa dignidad de la burra, cuyo burricidio mereció un juicio y una condena, probablemente radicaba, desde la experiencia de Serra, en la gran estima que ese animal solípedo tenía en la teología bíblica. Ya sea porque era el medio de transporte utilizado por los patriarcas del pueblo de Israel o porque a través de la burra de Balaán fue que Dios actuó a favor de su pueblo, los burros tenían un estatuto de protección legal en la legislación bíblica.³⁶²

Sin duda, la alegoría de Jesús de Nazaret entrando a la ciudad de Jerusalén montado en una burra era un potente aliciente para tratar con dignidad al cuerpo de la burra asesinada por el cocinero. A diferencia del cuerpo de una mula recién nacida que fue sacrificado para consumo humano, el cuerpo de la burra no fue comido. El historiador Jason Hribal ha recogido la anécdota de unos burros que fueron comprados en Irlanda por el colector de animales William Hornaday en 1880. Al comenzar a desollar a los burros, los campesinos católicos se abalanzaron contra Hornaday exclamando: ¿Acaso Jesucristo no montó una vez en burro? Después Hribal comenta sobre la relación íntima entre los campesinos y los burros: “Las burras tenían nombres. Tenían género (era él/ella y no “eso/cosa”). Tenían inteligencia y raciocinio. Tenían su personalidad individual y única. Tenían espíritu. Tenían sus propios derechos consuetudinarios reconocidos”.³⁶³

Ambos casos, el cuerpo humano tratado como mula y el cuerpo de la burra tratado como humano, denotan una condición que las corrientes postantropocéntricas han subrayado en los últimos decenios: la común animalidad de humanos y no-humanos. Para Serra, lo compartido por humanos y animales es su *naturaleza*, teniendo al cuerpo y la materialidad como parte de esa naturaleza compartida con la animalidad. Por el contrario, lo que distingue a los animales humanos de los no-humanos -desde una larga tradición humanista aristotélica-tomista y postcartesiana- es la razón.³⁶⁴ Así, el viajero distingue a los animales de los

³⁶² Además de que se debía pagar el valor de un burro asesinado, el israelita estaba obligado a prestar ayuda a un burro extraviado o caído con su carga, incluso cuando fuera el burro del enemigo (Éxodo 23,4-5). También se tenía el mandamiento de que el asno descansara de su trabajo un día a la semana (Éx 23,12).

³⁶³ Jason Hribal, *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos* (Madrid: Ochodoscuatro Ediciones, 2014), 64.

³⁶⁴ Aristóteles definía al ser humano (*anthropos*) como un animal racional (*logos*) que lo distinguía de la vida nutritiva compartida con las plantas y la vida instintiva compartida con otros animales. Tomás de Aquino, el teólogo más leído en los seminarios postridentinos, consideraba al ser humano superior a los animales por su capacidad de raciocinio, además de su dimensión espiritual. Para esta filosofía occidental, continuada en esencia por el pensamiento de René Descartes, en la Ilustración del siglo XVIII, la luz de la razón es la que posibilitaba “controlar los aspectos vulgares, bárbaros y animales de la conducta corporal heredada del medievo”, Álvaro

humanos con el dualismo conceptual irracionales-rationales: “El día 22 [de junio] estuvimos de descanso para que se hartasen bien los animales de comer y beber. Los *racionales* también pensaron tener su refresco con la pesca y con la caza...”.³⁶⁵ Junípero no duda en presentar la racionalidad como algo común a misioneros, soldados e indios; sin que eso -desde la perspectiva del viajero- excluya que algunos animales como los burros pudieran ser considerados parte de la comunidad, sujetos a protección jurídica.

De hecho, Serra tenía una imagen más positiva de los indios que algunos otros religiosos en esos mismos años. El texto del capuchino Francisco de Ajofrín de 1764, al que ya me he referido anteriormente, por ejemplo, tiene estas líneas que dudan de la racionalidad de los indios californios: “Son perezosos, estúpidos, inconstantes, pusilánimes; en extremo cobardes, sin ánimo ni balar, aunque todos obran sin objeto, sin reflexión, ni conocimiento, de suerte que con fundamento se dudó en los principios si eran o no *racionales*”.³⁶⁶ En contraste, la descripción que hace Serra en su diario es muy distinta: “Aquí mismo vive una numerosa ranchería de gentiles, con quienes hemos estado con sumo gusto. Su bello talle, deporte, afabilidad, alegría nos han enamorado a todos”.³⁶⁷

Desde la teología, la luz de la razón natural es uno de los atributos humanos por ser creados a imagen de Dios.³⁶⁸ Esta idea teológica se encuentra también en su alumno desde Mallorca, Francisco Palou, al alentar a sus compañeros misioneros en su labor evangelizadora: “Usar de la más perfecta caridad, que puede haber en estas criaturas del Señor, hechas a su imagen y criadas a su semejanza, con *alma racional* para conocerle”.³⁶⁹ Esta antropología teológica de la creación a imagen de Dios es la que está de fondo en la descripción “positiva” de Serra y Palou respecto a los indígenas de California.

Reyes Toxqui, “Razón, cuerpo y resistencia social (Un estudio sobre la corporeidad en tres momentos históricos de la razón)” 9, núm. 25 (2018 de 2017): 62.

³⁶⁵ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 92 [el énfasis es mío]. La misma distinción se encuentra en otro párrafo: “Lugar pastoso, pero sin agua que beber ni irracionales ni racionales” (p. 91).

³⁶⁶ de Ajofrín, “Breve descripción de las Californias según las últimas y más verídicas noticias hasta el presente año de 1764”, 13 [el énfasis es mío].

³⁶⁷ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 93.

³⁶⁸ Santo Tomás de Aquino, el teólogo católico más influyente de la escolástica, sostenía esta idea en su obra *In Ad Romanos*, c. 2, lección 3. Estudios más recientes de exégesis bíblica consideran que la creación a imagen y semejanza del Creador no solo es aplicable a los seres humanos, sino a todo ser viviente. La comparación lingüística del versículo sobre la creación de humano (*adam*) en Génesis 2,7 con el verso sobre la creación de los seres vivos (*jajah*) en Gn 2,19 parece sustentar esa postura.

³⁶⁹ Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 251 [el énfasis es mío].

Para Serra el cuerpo de los animales humanos y no-humanos constituye una sola *naturaleza*, pero humanos y no-humanos son distinguidos por la *racionalidad* del alma. Ambos, naturaleza y alma, fueron creados por Dios. Este dualismo es inversamente contrario a la perspectiva de los grupos originarios amazónicos, estudiados por Viveiros de Castro, para quienes lo común a animales humanos y no-humanos es su cultura, mientras que lo que los diferencia es su naturaleza. Desde este perspectivismo, la humanidad es algo común a distintos seres que *miran* a otros seres como no-humanos.³⁷⁰ En los planteamientos posthumanistas, esos dualismos naturaleza-racionalidad están siendo cuestionados al asumir resultados de estudios etológicos, biológicos y etnográficos que dotan a los animales de racionalidad, voluntad y pensamiento.

La consecuencia de considerar al cuerpo como naturaleza común a humanos y animales en dualismo con el alma racional creada por Dios es un desdén por todo lo relacionado a la corporeidad y la búsqueda de una salvación del alma. Dicho de otra forma, para salvar al alma inmortal, era necesario una subyugación del cuerpo mortal, lo cual incluía la mortificación del propio cuerpo (flagelaciones o silicios) y el castigo a los cuerpos de otros (latigazos o penitencias).³⁷¹ La “llaga” de Serra, con seguridad, habría sido interpretada como participación en las llagas de Cristo y de San Francisco de Asís. El hambre padecida por los viajeros de mar y tierra en esa peregrinación de la baja a la alta California fue ilustrada por Junípero como *mortificación* del cuerpo en favor del alma.³⁷²

Esos cuerpos de los indígenas, a lo largo del diario de Serra, son elusivos. Solo se dejan ver por los viajeros cuando ellos lo deciden, para intercambiar algo o para convivir. Lo único que Serra logra observar de los “gentiles” son sus *rastros* por el camino: “Por el camino vimos varios ranchitos de gentiles y recientes rastros de ellos; pero ninguno chico ni grande

³⁷⁰ El perspectivismo es una ontología de los grupos amerindios en la que el mundo es aprehendido desde diferentes puntos de vista por seres provistos de conciencia y cultura, Daniel Ruiz Serna y Carlos Del Cairo, “Los debates del giro ontológico en torno al naturalismo moderno”, *Revista de Estudios Sociales*, núm. 55 (2016): 199.

³⁷¹ Hasta el día de hoy, algunos promotores de la espiritualidad franciscana siguen sosteniendo que la penitencia y la mortificación son pilares para los seguidores de esa espiritualidad: “Cristo, pobre y despreciado, crucificado, que invita a los hombres a imitar, o más bien, a reproducir su vida, fue para Francisco el más poderoso incentivo para una vida de penitencia y mortificación”, Kajetan Esser OFM, “Hacia Dios por la penitencia”, en *Temas espirituales* (Oñate: Editorial Franciscana Aránzazu, 1980), 50.

³⁷² “Lo que primero digo es que gracias a Dios tengo salud, y que no me ha tocado a mí ni a ninguno de los padres compañeros el hambre que por esta tierra ha mortificado y mortifica a muchos pobres”, “Carta de Junípero Serra con algunas noticias y llegada de los barcos”, Monterey, 18 de agosto de 1772, en: Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 178.

se dejó ver”.³⁷³ Una y otra vez escribió Junípero sobre los *rastros* de los gentiles, aunque sin aclarar lo que entendía por ello. En una ocasión se refirió a las “casitas” y en otra a sus caminos, pero diferenciados de los rastros. Por todo el camino la comunidad viajera logra ver los rastros de los gentiles, pero a ninguno de ellos: “Rastros de gentiles todos los días, pero ellos no aparecen”.³⁷⁴

Es probable que los rastros a los que se refiere Serra en su diario sean objetos materiales y muestras de arte. Eso se infiere de una cita del religioso Francisco de Ajofrín sobre los indios californios: “No tenían oficios, artes, facultades: ni pintura, ni caracteres; y lo que es más, no religión alguna pues no se han encontrado ídolos, figuras, ni *rastro* alguno de gentilidad: entregados todos al ocio, a la pereza y brutaismo [sic]”.³⁷⁵ Así, tanto Serra como Crespí enfatizan que ellos, “con sus propios ojos”, habían visto los rastros de gentilidad que otros, como Ajofrín, negaban. Con esa reiteración de los viajeros en la observación de los rastros de los gentiles se pretendía, en mi interpretación, un objetivo: demostrar la presencia de los gentiles en esa región, aunque a sus cuerpos no los hubieran visto.³⁷⁶ Este objetivo de la presencia numerosa de gentiles justificaba la meta principal de establecer misiones en ambas Californias. Pero también es posible que los rastros puedan servir simplemente como indicios de una presencia corpórea de los indígenas en el espacio: huellas, plantas pisadas, residuos orgánicos. Los mismos rastros que Crespí describirá después respecto a otros animales no-humanos.³⁷⁷

Como ya se mencionó anteriormente, Serra llevaba consigo el diario de viaje de Wenceslao Link. En ese diario los cuerpos de las mujeres se mostraban -cuando ellas así lo decidían- desnudos en los encuentros con la comunidad viajera. Eso explica por qué Serra escribió en su relato su reticencia a encontrarse con mujeres indígenas gentiles: “Hasta aquí

³⁷³ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 36.

³⁷⁴ Serra, 69. También el diario de Crespí contiene varias expresiones sobre los rastros de los gentiles, aunque algunas se explican por la paráfrasis que hace del diario de Serra.

³⁷⁵ de Ajofrín, “Breve descripción de las Californias según las últimas y más verídicas noticias hasta el presente año de 1764”, 14 [el énfasis es mío].

³⁷⁶ Los viajeros de finales del siglo XVIII podían apelar a los rastros encontrados para presentar sus resultados en otros espacios donde la credibilidad del público era fundamental, Miguel Ángel Díaz Perera, “De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México: Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad” (Tesis doctoral, La Piedad, El Colegio de Michoacán - Centro de Estudios Históricos, 2008), 15.

³⁷⁷ Escribió el franciscano que vieron, en uno de sus viajes, rastros de osos y otros animales grandes, “Fray Juan Crespí al guardián Fray Juan Andrés”, San Diego, 8 de febrero de 1779, en: Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, 89-90.

no había mujer alguna entre ellos, ni yo las había visto de los gentiles, y deseaba por ahora no verlas [...] y cuando las vide tan honestamente cubiertas, que podíamos tomar a buen partido que no se viesen mayores desnudeces entre las cristianas de las misiones, no me pesó su llegada”.³⁷⁸ Serra, entonces, tuvo gran interés por hombres y mujeres gentiles, pero aquellas que se mostraban desnudas le causaban un predicamento para su experiencia de formación franciscana, como sucederá de manera análoga con las mujeres vestidas “indecorosamente” en la experiencia del cristiano James Bull.

Esos rastros, junto con los pocos gentiles que se dejaron ver, estaban siempre en los cerros, incluidas las mujeres. Los indios de la misión de Guadalupe habían sido despedidos a los montes para buscar su comida. Los gentiles, generalmente, seguían a los viajeros desde los cerros. Pocos de ellos decidieron acercarse por un momento, pero después huyeron hacia los montes. Desde lo alto del cerro otros grupos de gentiles armados los amedrentaban para que se regresaran. Sobre todo, los “gentiles” observaban a los viajeros desde lo alto de los montes: “Esta tarde asomaron desde un montecito que teníamos a la vista desde el sitio donde estábamos parados unos tres gentiles”.³⁷⁹ El diario de Crespí reitera la belicosidad de los indígenas en las cumbres de los montes: “Casi en toda la jornada siempre miraban un enjambre de gentiles bien armados, en las cumbres de los cerros que seguían el rumbo que los nuestros seguían”.³⁸⁰

La repetición de la presencia de los indígenas en los cerros puede tener algunas explicaciones plausibles. La altura de los cerros posibilita una visión panorámica del espacio “desde arriba”. Estratégicamente, una posición de altura puede ser intimidatoria para el enemigo, además de proporcionar ventajas en las batallas, como cuando se disparan las flechas de los arcos. Tampoco puede descartarse una estrategia de resistencia velada que consistía, como en otros casos de indígenas ante los colonizadores, en huir y esconderse de la presencia española.³⁸¹ Además, puesto que las montañas, para los kumiais, eran -y no solo

³⁷⁸ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 74. Más adelante, Serra confiesa haber visto algunas mujeres gentiles, pero él y sus acompañantes pasaron “haciéndose de la vista gorda” (p. 88).

³⁷⁹ Serra, 70.

³⁸⁰ Crespí, “Diario y descripción de los dilatados caminos que hicieron los reverendos padres predicadores apostólicos del Colegio de San Fernando”, 254.

³⁸¹ La resistencia indígena fue diversa, pero puede agruparse en tres: abierta, velada y negociada, Diana Roselly Pérez Gerardo, “Mito, guerra y utopía: formas de resistencia indígena en la América colonial”, *Novo Mundo Mundos Nuevos*, 2021, En línea.

representaban- sitios asociados a seres mitológicos relacionados a los rituales de ceremonias de iniciación chamánica, pudiera pensarse en una posición relacional donde las deidades prestaban ayuda en esa resistencia al encuentro con los viajeros del exterior.³⁸² Los cuerpos pintados, armados y gesticulando, desde lo alto de los cerros, parecen ser un indicio de la agencia indígena en su decisión de dónde y cuándo se dejarían ver y accederían al encuentro con los otros.

Solo cuando los indígenas decidían acercarse a los viajeros es que se tenían interacciones. La que más sorprendió a Serra fue el canto y baile, una de las manifestaciones del cuerpo que, por lo general, ha acompañado a los seres vivos a lo largo de su historia profunda. No es exclusiva de los humanos, pues otros seres como animales o plantas pueden realizar complejas danzas como parte de rituales o simplemente como acción lúdica.³⁸³ También los seres humanos de todas partes del planeta han desarrollado un repertorio de cantos y danzas tan diversos como distintas son las emociones y relaciones de los humanos. En el noroeste novohispano, los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos encontraron estas manifestaciones rituales entre los indígenas, como los rarámuris, los yaquis o los mohaves.

La primera mención que hace Junípero del canto y el baile en su diario fue cuando visitó la misión de La Purísima, apenas unos días de haber salido de Loreto. Ahí fueron recibidos “con baile de indios embijados, y con toda la solemnidad que cabe en tales lugares”.³⁸⁴ El cuerpo de esos indígenas *embijados* era un medio para comunicar. Movimientos de cuerpos pintados acompañados de música cadenciosa eran comunes a los grupos indígenas de las Californias. Juan Jacobo Baergert, el misionero jesuita que vivió entre los guaycuras por 16 años escribió lo siguiente desde el exilio:

Su canto solo consiste en cuchicheos y exclamaciones inarticuladas, sin sentido preciso, que cada quien entona como le da la gana, para expresar su alegría y contento,

³⁸² Everardo Garduño, “Cartografía simbólica sobre el territorio tradicional de los kumiai”, *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 55 (2017): 101.

³⁸³ Cabe mencionar, por ejemplo, la curiosa danza de los machos de las aves del paraíso para cortejar a las hembras de su especie o las danzas de algunas plantas, como las mimosas, que se estiran, doblan sus hojas y se mueven en círculos con diferentes ritmos. Puede consultarse al respecto el sitio web del biólogo de la Universidad de Indiana Roger P. Hangarter: <https://plantsinmotion.bio.indiana.edu>, principalmente en la sección “Plant Dance”.

³⁸⁴ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 53. La misma escena se repitió al llegar a la misión de Santa Gertrudis.

porque ni su idioma, ni su inteligencia, permiten una verdadera poesía rimada. Y la danza que siempre acompaña a estas canciones, no es más que un extraño y absurdo gesticular, brincar y marchar: un ridículo caminar hacia adelante, hacia atrás y en círculos. Sin embargo, este modo de divertirse les da tanta satisfacción, que pasan una media noche y hasta noches enteras bailando sin cansancio.³⁸⁵

Esas danzas y cantos de guaycuras y cochimíes eran realizadas igual por hombres que por mujeres y, en las crónicas de los misioneros, no parecían estar reservadas para algunos o algunas de entre ellos, sino que eran practicadas por todos y todas.³⁸⁶ Dichos bailes eran variados proporcionalmente a lo que se celebraba: amor, desamor, guerra, cosecha, luto... Así lo dejó escrito Miguel del Barco en su crónica: “Ellos se divierten y bailan por sus bodas, por la fortuna en sus pesquerías y cazas, por el nacimiento de sus hijos, por la alegría de sus cosechas, por las victorias sobre sus enemigos o por otras cualesquiera causas cuya gravedad no se detenían mucho en pensar y medir”.³⁸⁷

Entonces, si el baile y el canto era una práctica común a todos los grupos indígenas, incluidos los de la Sierra Gorda donde Serra había misionado antes que en California,³⁸⁸ ¿qué fue lo que impresionó al franciscano para que le dedicara varias referencias en su diario? Un episodio ocurrido el 10 de junio en un valle al norte de Velicatá, relata cómo se les acercó un “gentil” al que le ofrecieron algo de comer. La respuesta del indígena, registrada en el diario de Serra, fue la siguiente: “Ya en fin explicó diciendo que él era el bailaror de aquella tierra, y que nada podía comer sin bailar primero. Que si queríamos se lo pusiésemos en el suelo y que se lo dejásemos bailar y después comería”.³⁸⁹ El indígena, que probablemente ya no era cochimí sino kumiai, pues fueron necesarios intérpretes para conversar con él y estaban ya cerca de la actual ciudad de Ensenada, se ofreció a acompañarlos hasta San Diego. La única condición que objetó fue que le permitieran ir bailando por todo el camino. Al final, un

³⁸⁵ Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*, ed. Elizabeth Acosta Mendiá (La Paz: Archivo histórico Pablo L. Martínez, 2013), 122.

³⁸⁶ Miguel del Barco, por ejemplo, escribió sobre las mujeres cochimíes que bailaban y cantaban dando vueltas, Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 187.

³⁸⁷ Del Barco, 192.

³⁸⁸ La misión de San Francisco del Valle de Tilaco en la Sierra Gorda tiene en su fachada principal una escultura de San Francisco de Asís con su cuerpo bailando, rodeado de ángeles tocando música con sus instrumentos. Cerca de ahí, vestigios de un centro ceremonial de los indígenas pames era utilizado para performance de danzas relacionadas con la fertilidad, María Teresa Muñoz Espinosa y José Carlos Castañeda Reyes, “‘Los Bailes’, un santuario para el culto a la fertilidad en la Sierra Gorda de Querétaro, México”, *Arqueología*, 2009, 154–177.

³⁸⁹ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 82.

“malentendido” lo hizo escapar al cerro con solo el garrote y la sonaja con que se había acercado.

Lo que con probabilidad se puede inferir es que, a diferencia de los bailes rituales de los guaycuras y cochimíes, lo que asombraba a Serra y sus acompañantes era que los kumiai bailaban y cantaban por una motivación lúdica, no ritual. Esos cantos y danzas persistieron en las ritualidades del siglo XIX, como lo constató el viajero James Bull en un fandango de 1844. Así, al llegar Serra a lo que ahora es la ciudad de Ensenada, los indígenas les bailaron “a su moda”.³⁹⁰ Pero ¿cuál era esa moda? Me inclino por suponer que era la manera de pintar sus cuerpos al bailar. A los misioneros y soldados impresionó el colorido de los cuerpos desnudos pintados de los kumiai. Juan Crespi, el viajero de la primera expedición, escribió en su diario a propósito de los gentiles en el valle de San Antonio -hoy poblado de La Misión- que se les acercaron: “Todos venían muy embijados de colorado, blanco, amarillo y negro, y cuatro parecía traían una peluca muy blanca, de embijado de blanco en el pelo, que no parecía otra cosa que una peluca”.³⁹¹ La impresión fue tanta, que el marino José de Cañizares comparó a uno de esos indígenas con el diablo: “Sigue la honestidad de las indias y el gentil que quedó en nuestra compañía estaba tan embijado que parecía diablo”.³⁹²

En el diario de Serra no se da voz a los cantantes y danzantes indígenas, pero algunos trabajos etnográficos entre los kumiai en el siglo pasado pueden arrojar algunas pistas de interpretación. En general, se observó que los cantos y danzas, acompañados de sonajas, se insertaban en “un sistema simbólico asociado con seres míticos y animales de la ecología regional”.³⁹³ Además, a diferencia de los cochimíes, para quienes todos y todas eran cantantes, entre los kumiais, al parecer, existían los especialistas rituales que utilizaban a la música y al canto como herramienta en un contexto ritual con su parafernalia.³⁹⁴ Entonces, el encuentro de “Baylón” -así fue llamado este especialista en alusión al santo franciscano

³⁹⁰ Más al norte de San Diego, según el diario de Gaspar de Portolá, los bailes de placer continuaron por parte de los indígenas en la alta California: “Nos cortejaron en mucha música y bailes”, de Portolá, “Diario de viage que hace por tierra a los puertos de San Diego y Monterrey en las Californias”, 61.

³⁹¹ Crespi, “Diario y descripción de los dilatados caminos que hicieron los reverendos padres predicadores apostólicos del Colegio de San Fernando”, 285.

³⁹² Bernabéu Albert, “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”, 265.

³⁹³ Miguel Olmos Aguilera, “La música K’umiai de la tradición yumana de Baja California”, en *Pueblos Indígenas en Riesgo: Kumiais. Homenaje a Gloria Castañeda Silva, cantante kumiai*, ed. Xilonen Luna Ruiz (México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2008), 11.

³⁹⁴ Alejandro Alfredo González Villarruel y Natalia Gabayet González, “Cantantes Yumanos: mitos, sueños y tradición”, *Frontera Norte* 31, núm. 10 (2019): 7.

Pascual Baylón- con Serra fue visto con positiva curiosidad, calificando como “pérdida” que el bailar se haya retirado de su presencia. A diferencia de los religiosos misioneros de los siglos XVI-XVII que, de manera general, consideraban los bailes indígenas como demoniacos, en Serra y sus acompañantes no se encuentra tal valoración.³⁹⁵ Después de unos años del viaje de Junípero Serra, esos mismos bailes de los indígenas de la Alta California serían considerados vicios y delitos graves. Los cantos y bailes pasaron de ser una resistencia velada a una resistencia abierta.³⁹⁶

Otro tipo de resistencia, la negociada, fue practicada por los indios en el viaje de Serra. De acuerdo con el relato del misionero, los gentiles no aceptaban lo ofrecido por los viajeros, sino lo que resultaba de interés para ellos: “Cuando les doy algo de comer, me suelen decir con bien claras señas que aquello no, sino que les dé el santo hábito que me cogen de la manga”.³⁹⁷ En el capítulo anterior se expuso cómo la desnudez del cuerpo era una resistencia indígena cochimí -habitantes de tierras cálidas peninsulares- ante el intento de los misioneros para imponerles una vestimenta. Ahora, en el diario de Serra, los indígenas kumiais -habitantes de tierras costeras templadas- deciden rechazar el alimento y exigir ropa para cubrir sus cuerpos. La negociación es aprovechada por ambos bandos para beneficio mutuo.

³⁹⁵ Si bien los religiosos apreciaron la destreza, fuerza y bellas de los bailes indígenas, también los enjuiciaron como cosa del demonio, Mirjana Danilović, “Las danzas indígenas del centro de México según las fuentes coloniales”, *Trace*, núm. 78 (2020): 194. El misionero jesuita Francisco María Pícolo, en 1716, relacionaba los bailes con las maldades, pero no necesariamente con lo demoniaco como en los dos siglos anteriores, “Copia de carta de el P. Francisco María Pícolo, misionero en Californias, en que da razón de la última entrada y descubrimiento que hizo de aquellas tierras azia el norte por noviembre del año 1716”, en *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, ed. Ernest J. Burrus (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1962), 186.

³⁹⁶ La historiadora Diana Roselly Pérez recoge el testimonio de dos frailes de la misión de Santa Clara que, respondiendo a un interrogatorio del gobierno sobre los vicios más dominantes de los indios, contestaron que “primero la fornicación, el segundo el hurto y luego la danza o baile”, Pérez Gerardo, “Violencia y castigo corporal en las misiones franciscanas de la Alta California, siglos XVIII y XIX”, 158. Los “bailes gentílicos” eran considerados faltas graves junto con el adulterio, la hechicería, el robo y la desertión. Quizá, los bailes indígenas fueron relacionados con rituales de batallas, algunas de las cuales terminaron en la muerte de los misioneros. Francisco Palou narra el episodio del “martirio” del franciscano Luis Jaume en noviembre de 1775, cuando una sublevación de unos 600 indígenas quemaron la misión, asesinaron al misionero y lo celebraron “con un gran baile a su usanza bárbara”, Palou, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*, 192-194.

³⁹⁷ Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 96.

Epílogo: circulación y recepción del texto

Una vez llegado Serra al puerto de San Diego y habiendo fundado la misión en ese lugar, procedió a redactar algunas copias del diario de viaje. Esas copias fueron enviadas a los archivos del colegio de San Fernando de la Ciudad de México, a las autoridades virreinales -por conducto del visitador José de Gálvez- y al Consejo de Indias en España.³⁹⁸ Seguramente otra copia debió quedarse en posesión del propio Serra, que después compartió a Juan Crespí para que sirviera de complemento a su relato del viaje. Esa copia, u alguna otra, fue utilizada por Francisco Palou en la redacción de la hagiografía sobre su maestro. La multiplicación de manuscritos del diario objeta la tesis de que Junípero tenía la intención de un público limitado a tres personas: Juan Crespí, José de Gálvez y él mismo.³⁹⁹

Una de esas copias, probablemente la enviada al Virrey por medio de José de Gálvez, se conserva en el Archivo General de la Nación. Solo dos años después del diario, el franciscano Juan González Vizcaíno realizó otra copia que se conserva ahora en la Colección Edward Ayer de la Newberry Library en Chicago.⁴⁰⁰ Durante el siglo XIX el diario no fue citado -hasta donde he podido investigar- por autores, pues el interés estaba en la obra “civilizatoria” ya en California, no lo que le había antecedido.⁴⁰¹ Fue hasta el comienzo del

³⁹⁸ Según Salvador Bernabéu, los diarios de las cuatro expediciones -dos marítimas y dos terrestres- fueron enviados al virrey, quien a su vez remitió a España varias copias, mientras que otras versiones se resguardaron en el departamento de San Blas y en los archivos de la congregación de los franciscanos, Bernabéu Albert, “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”, 247. Desgraciadamente, el historiador no ofrece alguna referencia sobre la conservación de los ejemplares enviados al puerto de San Blas. En el Archivo General de Indias, se conservan actualmente dos cartas de Junípero Serra remitiendo al rey de España copias de diarios de expedición de franciscanos por la Alta California: “Carta de fray Junípero Serra remitiendo el diario de fray Tomás de la Peña”, 9 septiembre 1774, AGI, Estado, 43, n. 9; “Carta de Junípero Serra remitiendo el diario de fray Juan Crespí”, 7 de octubre 1774”, AGI, Estado, 43, no. 10. Estos ejemplos confirman la tesis del envío de copias de los diarios de viaje de misioneros franciscanos al virrey en la ciudad de México y al rey en España. El diario de la primera expedición, del franciscano Juan Crespí, se conserva en dos manuscritos autografiados por el misionero, con ligeras variaciones, una en el Archivo General de la Nación y la otra en el Archivo Franciscano de Roma. Un estudio textual de ambos manuscritos puede encontrarse en la obra: Juan Crespí, *A Description of Distant Roads. Original Journals of the First Expedition into California, 1769-1770*, ed. Alan Brown (San Diego: San Diego State University Press, 2001).

³⁹⁹ Rose Marie Beebe y Robert Senkewicz, “On the Road to San Diego: Junípero Serra’s Baja California Diary”, *The Journal of San Diego History* 59, núm. 4 (2013): 190.

⁴⁰⁰ Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, 17. Juan González Vizcaíno viajó en el paquebot San Antonio, que fue el primero en llegar al puerto de San Diego. Escribió su propio diario a bordo de la embarcación con algunas anotaciones etnográficas.

⁴⁰¹ Por ejemplo, una nota de prensa de 1891 señaló que “la real e ininterrumpida historia de California” había comenzado en julio de 1769, con la “sacrificada tarea de colonizar y cristianizar la Nueva California”, es decir, con el final del viaje desde Loreto, “A Glance Backward. To the Anti-Mission Days of California”, en *Morning Press* vol. XXIX, núm. 14, 28 de febrero 1891.

siglo XX que California vivió un “reavivamiento” del pasado español que coincidió con la invención del Camino Real, la restauración de las antiguas misiones y el “rescate” de los padres “fundadores” de California. Y justo en ese momento se tradujo al inglés y publicó en la revista *Out West* (vol. XVI-XVII) el diario de Junípero Serra en cinco entregas mensuales en 1902.⁴⁰²

En ese siglo XX se publicaron algunas otras ediciones traducidas al inglés, presentando al diario como un “prefacio” para la historia de las misiones de California, ya sea por la orden de los franciscanos (1936) o por la Academia Americana de Historia Franciscana (1955). Un estudio importante fue el análisis textual y traducción al francés del diario incluido en el libro *Evocation de Junipero Serra* (1946) del también integrante de la Academia Americana de Historia Franciscana. La primera publicación del diario en español fue preparada por el historiador español franciscano Lino Gómez Canedo en un libro que presenta el viaje y la obra de Serra como una “epopeya” (1969). Ya en el siglo XXI, el diario tuvo otras publicaciones en una revista histórica de San Diego (2013), en un texto sufragado por los franciscanos de Michoacán y comentado por Carlos Lazcano (2002), e incluido en el libro *Junípero Serra: Civilizador de las Californias* en la reedición preparada por la Universidad Autónoma de Baja California (2007).

De este breve recorrido se puede concluir que el texto del diario de Junípero Serra por la California, al igual que el personaje, ha sido utilizado en un doble sentido: a) como preámbulo para resaltar la labor “civilizatoria” del estado de California por los historiadores estadounidenses del siglo XX; y b) como testimonio de una vida abnegada y sacrificada de un santo católico por religiosos franciscanos de los siglos XX y XXI. Como es de esperar, los retractores de la obra de Serra en California no han prestado atención al diario de viajero, centrándose en la colonización y descenso poblacional de los indígenas en las misiones californianas. En todos los casos, el interés está en los humanos protagonistas o personajes secundarios, pero no en el paisaje con sus múltiples relaciones.

⁴⁰² La revista (*magazine*), editada por Charles F. Lummis del Instituto Arqueológico de Arizona no era académica, sino de divulgación. En cada número se incluía algún documento, traducido al inglés, relativo a la historia de los estados del Pacífico estadounidense.

Conclusiones del capítulo

La comprensión de la experiencia viajera del franciscano Junípero Serra en la isla de Mallorca, en el colegio de San Fernando de México y en las misiones de la Sierra Gorda ha sido fundamental para entender su construcción del paisaje observado en su diario de viaje por la baja California en 1769. Su relación con el ganado, mulas y caballos le brindaron una manera de entender los cuerpos humanos y no humanos con una común animalidad. Su admiración por el sabio Ramón Llull con su peregrinar en el Desierto entre los “infieltes”, y su devoción a la mística Sor María de Ágreda con su premonición de la predisposición de los gentiles para aceptar el evangelio en el norte de la Nueva España, le animaron para ofrecerse como voluntario y describir su viaje como una peregrinación por el Desierto en tierra de infidelidad.

En el colegio de Propaganda Fide de la ciudad de México, fundado junto con otros para reavivar el ímpetu misionero de los franciscanos en tierras de frontera, Serra prosiguió estudios teológicos y prácticas pastorales animadas por pensadores como Santo Tomás de Aquino o Juan Duns Escoto. De ellos aprendió a mirar el paisaje como una manifestación de la divina providencia que disponía todo para la llegada de los religiosos, como también lo había expuesto Wenceslao Link. En la Sierra Gorda, entre los pames, estuvo en relación con un paisaje frondoso y verde, donde habitaban indígenas con sus saberes sobre el espacio y manifestaciones corpóreas como la danza, el canto y la guerra. De la Sierra Gorda viajó con otros acompañantes: sus correligionarios, algunos animales y objetos para el uso cotidiano y para ayuda en la localización en los recorridos de los viajes.

Serra y sus compañeros, ya en California, se pusieron al servicio de los intereses del imperio español para planear la ocupación de puntos estratégicos de la alta California, como las bahías. El proyecto de la Corona, promovido por el Visitador José de Gálvez, tenía como motivación política el discurso sobre la defensa del territorio de la incursión de otros imperios como los rusos, ingleses, franceses o estadounidenses. Sin embargo, Serra tenía su propia razón para realizar una expedición al norte de la California: una peregrinación para llevar el evangelio a los gentiles. Siguió las indicaciones del diario de Wenceslao Link hasta la misión-frontera de Santa María y continuaron hasta Velicatá, expandiendo la frontera hasta la nueva misión de San Fernando. A partir de ahí, dejaron de seguir las notas del diario de

viaje de Link y continuaron una nueva ruta por la región no-peninsular para encontrar fuentes de agua y los pasos por los lugares más adecuados.

Desde la salida del viaje en la misión de Loreto hasta la misión-frontera de Santa María, el paisaje observado por Serra es repetitivo y con pocos detalles. En el texto, aunque la distancia de Loreto a Santa María es el doble que de Santa María a San Diego (espacio transitado), la descripción del paisaje (espacio narrado) ocupa la mayor parte del relato. Serra se detiene a dibujar los paisajes “frondosos” que iba visitando, con arboledas, agua y tierra cultivable, con contraste con las descripciones de los diarios de los soldados que resaltaban la esterilidad desértica del paisaje californiano. En continuidad con el paisaje observado por Wenceslao Link, Junípero menciona lo útil o inútil de plantas y animales, pero difiere con el jesuita en que, para Serra, es más relevante lo hermoso o penoso de los elementos que están imbricados en el paisaje. El siguiente viajero, James Bull, además de las apreciaciones estéticas como las de Serra, imprimirá emociones y sensaciones a su construcción paisajística.

Dentro de ese paisaje, los cuerpos de los “gentiles” son elusivos, se dejan ver en contadas ocasiones en el relato de Serra. Lo único que la comunidad viajera lograba observar eran los rastros que dejaban por el camino. Más bien, eran ellos, los indígenas, hombres y mujeres, quienes observaban a Serra y sus acompañantes viajeros. Y los observaban desde las cimas de los cerros, a veces con actitudes beligerantes y otras más con disposición para negociar comida o vestimenta. De las pocas ocasiones que los indígenas concertaron reunirse con los viajeros, lo hicieron con sus propios términos, disponiendo el tiempo y el espacio para el encuentro. Además, ellos, los indígenas -kumiais principalmente- expusieron sus condiciones para el encuentro, como la práctica de cantar y bailar los alimentos o las negociaciones.

En resumen, Serra viajó bajo el auspicio del imperio español, pero lo contingente del trayecto hizo que ese hecho fuera poco relevante. Eran cuestiones más ordinarias como las enfermedades, el dolor de una pierna, el cansancio de humanos y animales, la disponibilidad de fuentes de agua -bateques, agujas, tinajas- o la belicosidad de los indígenas lo que determinó la ruta y el ritmo del viaje. Más que poderosos emisarios del imperio reclamando territorio, la comunidad viajera de la expedición de Serra eran hombres y animales con dolores, miedos, dudas, pero también con un proyecto de futuro, una meta establecida para

el camino y un ímpetu religioso obstinado. El próximo viajero, un abogado estadounidense, será igualmente fiel observante de la religión, pero ya no católica. Esa experiencia será fundamental para su propia construcción del paisaje, con sus continuidades y rupturas.

INTERLUDIO: LOS VIAJES ENTRE EL SIGLO XVIII Y EL XIX

Después del viaje de peregrinación del franciscano Junípero Serra por la Baja o Antigua California, se abrió una oportunidad para otros viajeros ajenos al régimen monárquico español. Los misioneros jesuitas, incluyendo los de la península de California, fueron expulsados de los dominios del imperio español en 1767. Militares bajo el mando de la corona española como Gaspar de Portolá o José Cañizares emprendieron viajes por tierra a las nuevas fundaciones de la Alta California, pero eran acompañados por religiosos también españoles. Nuevas circunstancias posibilitaron que otros viajeros, generalmente hombres blancos europeos, recorrieran la región con finalidades distintas a la evangelización o la colonización novohispana.

Los viajes de exploración tomaron un nuevo matiz en la transición del siglo XVIII al XIX. Sin lugar a duda, como lo ha demostrado la historiografía reciente sobre literatura de viajeros, la publicación de los viajes de Alexander von Humboldt, egresado de la Academia de Minas de Freiberg, fue un indicativo importante en la forma de viajar alrededor del planeta. Ese viajero icónico, científico prusiano, viajó por el continente americano con un propósito que ya no era religioso. Además, su expedición fue una novedad global por su propia forma de viajar, como lo sostiene Sandra Rebok: “Lo innovador de la expedición fue su carácter privado y su independencia económica, lo cual le dio al sabio alemán una libertad absoluta en sus decisiones sobre la ruta, los objetivos y los contenidos de sus investigaciones”.⁴⁰³ Es necesario matizar la afirmación de la historiadora sobre la “libertad absoluta” de Humboldt, pues su posibilidad de viajar necesitó del permiso expreso de la monarquía española y se apoyó en los informes proporcionados por los científicos del continente -como es el caso de los catedráticos de la Universidad Pontificia en la ciudad de México- así como de los saberes prácticos de indígenas y arrieros sobre las rutas a seguir. Lo que resalta es, en cambio, el apoyo que se le otorgó siendo extranjero, y que fue un viaje de naturaleza científica, sin presupuesto de la Corona.

Fue por esta razón que Mary L. Pratt dedicó todo un capítulo al relato del viaje de Humboldt por América. Enmarcado en un contexto donde el individuo adquirió prevalencia sobre lo comunitario, “no escribió ni viajó como un humilde instrumento de los aparatos

⁴⁰³ Sandra Rebok, “La expedición americana de Alexander von Humboldt y su contribución a la ciencia del siglo XIX”, *Bulletin de l’Institut français d’études andines* 32, núm. 3 (2003): 442.

Europeos de construcción de conocimiento, sino como su creador”.⁴⁰⁴ Se podría decir que Humboldt adquirió la categoría de celebridad para un público lector, en Europa y América, que trascendía las élites científicas para conseguir una divulgación mucho más amplia que alcanzaba públicos sin conocimientos especializados, pero ávidos de una literatura que los hacía remontarse en la imaginación a las zonas que todavía eran consideradas de frontera. Humboldt sirvió de inspiración para otros científicos que conocieron su obra o a él personalmente. Por ejemplo, Charles Lyell, de quien hablaremos en el cuarto capítulo, se reunió con Humboldt en su viaje a París de 1823, compartiendo seguramente experiencias de sus viajes a la América.⁴⁰⁵ También para Charles Darwin la lectura del diario de los viajes de Humboldt fue un aliciente que lo motivó a comenzar su propio viaje por el continente americano en 1831.⁴⁰⁶

Para los viajeros americanos, la detonación de la literatura de viajeros impulsó una serie de expediciones hacia las partes “salvajes” de los estados-nación recién creados en el siglo XIX. El largo viaje de exploración hacia la costa del Pacífico por parte de Meriwether Lewis y William Clark (1804-1806) suscitó gran interés en el gobierno, en otros viajeros y en el público en general. El nuevo paradigma intelectual, ejemplificado por Humboldt, y basado en la cuantificación de la naturaleza y de la sociedad, fue importante para la forma en la que tanto viajeros extranjeros como locales vieron los paisajes por todos los continentes del planeta.⁴⁰⁷ En la República mexicana, el ensayo de Humboldt fue una inspiración innegable para muchos viajeros científicos y exploradores aventureros que, entre otros objetivos, buscaban potenciales yacimientos mineros para su explotación.⁴⁰⁸ En efecto, a pesar de los incipientes atisbos de posthumanismo que algunos han querido atribuir a

⁴⁰⁴ Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, 219.

⁴⁰⁵ Leandro Sequeiros, “Charles Lyell (1797-1875) y el conflicto entre la nueva geología y la religión”, *Proyección*, núm. 44 (1997): 131. Años después, en 1841, Lyell realizaría el primero de sus viajes a Norteamérica, probablemente motivado por las experiencias compartidas con el viajero alemán.

⁴⁰⁶ María Dolores Prieto Santana, “Razón y fe en la Geología del siglo XIX: en el segundo centenario de *Vinditiae Geologiae* (1820) de William Buckland”, *Razón y fe* 282, núm. 1446 (2020): 101.

⁴⁰⁷ Yujnovsky, “Viajeros a la sombra de Darwin en los confines del siglo XIX argentino”, 55.

⁴⁰⁸ Lucero Morelos Rodríguez, “Brief history of geological and mining exploration in nineteenth century Mexico”, *Geological Society Special Publication* 442, núm. 1 (2017): 304. Para la geógrafa de la UNAM, Luz Fernanda Azuela, dos intereses movían a los viajeros del siglo XIX por las naciones americanas: la obra de viajes de Humboldt y la nueva condición política de los países, “El territorio mexicano en los estudios de los viajeros del siglo XIX”, en *Naturaleza y territorio en la ciencia mexicana del siglo XIX*, ed. Luz Fernanda Azuela y Rodrigo Vega y Ortega (México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Geografía, 2012), 85.

Humboldt, se tiene que reconocer que el estilo de ciencia divulgado por él, ya sea como su creador o como uno de sus exponentes, inauguró la ciencia como herramienta de los imperios para conquistar con su visión antropocéntrica.⁴⁰⁹

En el caso del territorio que actualmente conforma México, la independencia consumada en 1821 permitió a viajeros anglosajones, de tradición religiosa protestante, recorrer territorios en los que antes les era mucho más difícil ingresar.⁴¹⁰ Esos viajeros anglosajones, como cualquiera, no llegaron libres de prejuicios, sino con algunas ideas preconcebidas sobre la población y el espacio mexicanos. Desde el siglo XVI, las representaciones inglesas sobre los aztecas y los grupos originarios del continente americano “quedaron inscritas, inevitablemente, en la historia de las pugnas, alianzas de conveniencia, diferencias, desconfianzas y rupturas entre Inglaterra y España”.⁴¹¹ A partir de entonces, los viajeros ingleses y, posteriormente estadounidenses, heredaron una visión fuertemente antiespañola y anticatólica, y consideraron a los religiosos españoles y sus misiones como violentos y destructores de las civilizaciones “nativas”. Fue en ese contexto de transición del antiguo régimen al moderno que el estadounidense James Hunter Bull hizo su viaje por la Baja California. Pero su experiencia de vida y su sensibilidad para con otros seres, como en el caso de los viajeros anteriores, será igual o más relevante que los cambios acaecidos en el mundo occidental del nuevo siglo XIX.

⁴⁰⁹ Una lectura bastante optimista de los “gérmenes” posthumanistas de Humboldt, como el considerar la ciencia como una importante forma de conocimiento entre muchos otros, puede encontrarse en: Stephen T. Jackson, “Humboldt for the Anthropocene. Humboldt’s fusion of science and humanism can address contemporary challenges”, *Science* 365, núm. 6458 (2019): 1074–1076. El autor acepta la paradoja de la obra de Humboldt como ensamblaje de saberes del sistema tierra y como ciencia al servicio de los imperios.

⁴¹⁰ Para el caso mexicano, la consumación de la independencia suscitó en muchos países europeos y en los Estados Unidos un interés especial por los que se hacía y lo que había en el país. Esos países con afanes imperialistas, con una economía de saqueo en expansión, buscaban otras posibilidades de un buen mercado, José María Muria y Angélica Peregrina, eds., *Viajeros anglosajones por Jalisco Siglo XIX*, Historia (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992), 5.

⁴¹¹ María Fernanda Valencia Suárez, *Los aztecas y la conquista de México en las ambiciones inglesas, 1519-1713*, La Historia (México: Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales - Miguel Ángel Porrúa, 2018), 30.

CAPÍTULO III: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE VIAJE DE JAMES H. BULL, 1843-1844

A diferencia de los estudios de tipo biográfico que se han realizado sobre el jesuita Wenceslao Link y, en mayor medida, sobre el franciscano Junípero Serra, las investigaciones sobre el abogado estadounidense James Bull son más bien escasas. Dos son las obras que constituyen la fuente para conocer algunos datos de su vida antes y después del viaje realizado en 1843-1844 por Baja California. La primera de ellas es una obra que, sin tener el carácter de histórica, recurre a la memoria y las genealogías familiares para ofrecer datos sobre las personas y parientes de la descendencia Bull en Pennsylvania. La segunda corresponde a unas cuantas cartas escritas por James Bull o que lo nombran y están contenidas en la introducción a su diario editado por Doyce Nunis y publicado en 1965. El libro de memorias -primera obra- fue escrita por el oficial de la marina James Henry Bull -de ahora en adelante Henry Bull, para no confundir con nuestro viajero James Hunter Bull- en San Francisco a comienzos del siglo XX. Al comodoro le interesaba resaltar ciertas “virtudes” de sus antepasados que se pueden agrupar en tres grandes ejes: la adhesión férrea a la iglesia episcopal, la tradición militar, y la participación en la actividad política local y nacional de los Estados Unidos.

De acuerdo con los registros recabados por Henry Bull, el padre de James Hunter Bull fue Levi Bull, quien había estudiado leyes en el Dickinson College.⁴¹² Después de una enfermedad grave que lo llevó a estar en peligro de muerte, se dedicó al ministerio ordenado en la iglesia Protestante Episcopal.⁴¹³ En 1805 fundó una iglesia episcopal, Santa María, en Chester County, Pennsylvania, una de las primeras iglesias fundadas por ministros estadounidenses después de la declaración de independencia de las colonias. Ese condado de Pennsylvania había tenido gran influencia de los *Quakers* desde el siglo XVII, con inmigrantes de origen sueco e inglés. Era una sociedad que prefería la vida rural, con una

⁴¹² El Dickinson College fue fundado en 1773 como escuela de gramática y en 1783 fue elevada a Colegio por el gobernador de Pennsylvania. Su facultad de leyes es famosa por egresados como Roger B. Taney, presidente de la Suprema Corte de Justicia (1836-1864) y James Buchanan, presidente de los Estados Unidos (1857-1861).

⁴¹³ James Henry Bull, *Records of the Descendants of John and Elizabeth Bull: Early Settlers in Pennsylvania, 1674 to 1919* (San Francisco: The Shannon-Conmy Company, 1919).

opción de predilección por la pequeña agricultura (*farming*).⁴¹⁴ De sus quince hijos, solo siete llegaron a la adultez; uno ellos, llamado James Hunter Bull.

La experiencia viajera del abogado estadounidense

Con los escuetos datos conocidos de la biografía de James Hunter Bull, se pueden destacar tres rasgos que conforman su experiencia viajera: la profesión cristiana-protestante, la tradición militar, y la práctica de abogacía. Bull, nacido en 1817, fue educado en la fe protestante y, como era común a inicios del siglo XIX en los Estados Unidos, con un sentimiento anticatólico.⁴¹⁵ Ese anticatolicismo, adquirido en el seno de una familia cristiana de tradición protestante, formó parte de la experiencia de vida de Bull que influyó en las impresiones que plasmó en su diario de viaje. La valoración que hace, por ejemplo, de la labor de los misioneros franciscanos es negativa: “La opresión de esos mismos sacerdotes [franciscanos] en los años posteriores destruyeron la raza, y ahora es una curiosidad ver a un indio existente de aquellos que fueron alguna vez señores (*lords*) de la tierra”.⁴¹⁶ En la Baja o Antigua California los franciscanos solo duraron cinco años, pero Bull los consideraba los causantes de la debacle -demográfica y de calidad de vida- de los pueblos nativos de la península.

Bull resalta la crueldad que los padres franciscanos practicaron sobre los indios y señala que fue como consecuencia de esa crueldad que la raza de los nativos se extinguió. En cambio, alaba el sacrificio y el emprendimiento (*enterprise*) de los padres jesuitas. Mi hipótesis de esa exaltación de la obra de los jesuitas y la denigración de los franciscanos - como destructores y agresores- radica en que los primeros eran originarios, mayormente, de los países germanos como Alemania, Croacia o República Checa, mientras que los segundos

⁴¹⁴ Carolyn Adams, “Chester County, Pennsylvania”, en *The Encyclopedia of Greater Philadelphia*, 2017, en línea.

⁴¹⁵ El anticatolicismo en los Estados Unidos tuvo su culmen en la segunda mitad del siglo XIX, cuando inmigrantes irlandeses católicos arribaron en mayor cantidad. Sin embargo, ya desde inicios del siglo iba creciendo un sentimiento anticatólico entre los cristianos de tradición protestante de Inglaterra y los Estados Unidos, como se ha estudiado para el caso de California: Joshua Paddison, *American Heathens. Religion, Race, and Reconstruction in California* (San Marino: University of California Press, 2012).

⁴¹⁶ James Hunter Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, ed. Doyce B. Nunis, Dawson’s Book Shop, Baja California Travels Series 1 (Los Angeles, 1965), 20 [traducción personal]. A partir de esta cita, todas las referencias textuales en el desarrollo del capítulo serán traducción personal, señalando las palabras en inglés que sean significativas para los argumentos a desarrollar.

eran todos provenientes de España. Ese discurso ensambla bien con el de los ingleses en los siglos anteriores sobre la extinción de los grupos originarios por los españoles-católicos.⁴¹⁷

Los viajeros estadounidenses del siglo XIX por los países europeos y americanos jugaron un rol muy importante en difundir prejuicios anticatólicos en los Estados Unidos. Por ejemplo, los clérigos y escritores de exitosos (*best-selling*) libros de viaje sobre Europa condenaban a la iglesia católica y la presentaban como defensora de la tiranía, una opresora del pueblo, y violadora de todos los principios religiosos verdaderos.⁴¹⁸ Para la década de 1840, los estadounidenses protestantes y republicanos consideraban que no todas las religiones eran iguales y que ciertos grupos religiosos, como los católicos y mormones, eran un peligro para el orden público y la virtud cívica. Con respecto a los católicos mexicanos, los viajeros estadounidenses los consideraban como lo antitético de lo que era Estados Unidos: libre, protestante, republicano y próspero. Esos católicos mexicanos no podían ser considerados cristianos, por el contrario, el México católico era “peligroso, incivilizado y foráneo”.⁴¹⁹

En James Bull el “anticatolicismo” tomó forma de crítica severa contra los miembros de la jerarquía y no contra la feligresía. Por ejemplo, haciendo una detracción sobre lo que él llama “romanismo” y la pretendida infabilidad de la iglesia católica, acusó a sus sacerdotes de vivir en la ignorancia, superstición, ociosidad y vicios. Ese tipo de críticas, dirigidas a los sacerdotes de la iglesia católica, coinciden en gran medida con las críticas que los liberales del siglo XIX hacían. Otro viajero estadounidense que también realizó su viaje por México exactamente en los mismos años que James Bull, escribió en sus memorias:

Resulta realmente desafortunado, se traduce en una ansiedad exagerada o en la debilidad del intelecto del clero de cualquier país, abusar así de la ingenua credulidad

⁴¹⁷ Para la literatura inglesa de los siglos XVI y XVII, los aztecas fueron “sometidos, humillados y cruelmente maltratados por los conquistadores”, Valencia Suárez, *Los aztecas y la conquista de México en las ambiciones inglesas, 1519-1713*, 90. Los sentimientos de miedo y rechazo hacia lo español alimentó esa retórica anticatólica, como la que esgrimió James Bull. Ese sentimiento era compartido por otros viajeros anglosajones como el militar inglés George Francis Lyon, quien en su diario de viaje de 1826 escribió: “Al presente, las provincias del norte de México se encuentran en un triste estado de degradación. Esto se debe en gran medida a la crueldad de los españoles, quienes les negaron la instrucción más elemental, dejándoles solo la necesaria para que continuasen en el estado de bárbara idolatría que les servía para remachar sus cadenas”, Muriá y Peregrina, *Viajeros anglosajones por Jalisco Siglo XIX*, 114.

⁴¹⁸ Bendixen y Hamera, *The Cambridge Companion to American Travel Writing*, 114.

⁴¹⁹ John C. Pinheiro, *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War* (New York: Oxford University Press, 2014), 3.

de un pueblo ignorante [...] digo que debe lamentarse el que una religión, originalmente pura, haya venido a pervertir por los que se dicen heraldos de Cristo, imponiéndola a un pueblo bondadoso.⁴²⁰

Para el viajero anglosajón, la religión cristiana predicada a los indios había sido “corrompida” por el clero romano y era necesaria su “purificación”. También los liberales mexicanos de ese siglo proponían una purificación de la iglesia católica que tenía en sus líderes a los responsables de la relajación moral del pueblo.⁴²¹ Es decir, lo que Bull y algunos liberales de mediados del siglo XIX defendían no era, propiamente, un anticatolicismo, sino un anticlericalismo. Esa idea permeará su mirada sobre el ensamblaje de religiosos e indígenas en el paisaje bajacaliforniano, como lo veremos más adelante.

La tradición militar de la familia Bull también se hace presente como parte de su experiencia. Las memorias de Henry Bull destacan la participación de varios de sus familiares en la “guerra revolucionaria” de independencia, así como en las guerras contra los indios. Así, Bull ironiza al llamar “teniente” a uno de los soldados que lo acompañó durante un tramo del viaje desde San Ignacio hasta San Fernando. Y considero que es una ironía por su apreciación mordaz de los mandos del ejército mexicano, a quienes consideraba miserables por vivir de la extorsión de los pobres (*helpless*) ciudadanos.⁴²²

Varios familiares de Bull, incluido su padre y un cuñado, estudiaron leyes y ejercieron algún tipo de servicio político. James H. Bull formó parte de la barra de abogados local. Como parte de su educación colegial, debió estudiar a los clásicos griegos y romanos, sobre todo en un periodo donde lo neoclásico permeaba las humanidades y las artes, algo que compartió con los dos viajeros de los capítulos anteriores. El abogado, en una ocasión, mencionó ser “Platonista” en su diario de viaje. En 1843 viajó a New Orleans, donde fue comisionado por el gobierno de los Estados Unidos para llevar documentación al Ministro americano para México.⁴²³ Entonces, James Bull, como abogado y político, cuidó las formas

⁴²⁰ Albert M. Gilliam, *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, trad. Pablo García Cisneros (México: Mirada viajera, 1996), 105.

⁴²¹ Como lo demuestra el estudio de Pablo Mijangos, la intención de los liberales mexicanos no era terminar con la religión, sino reformar al clero para una mejora de las costumbres morales del pueblo, Pablo Mijangos y González, “¿Secularización o reforma? Los orígenes religiosos del matrimonio civil en México”, *Hispania Sacra* 68, núm. 137 (2016): 105–17.

⁴²² Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 39.

⁴²³ Bull, *Records of the Descendants*, 40. En ese año el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario para México era Waddy Thompson, político de Carolina del Sur y quien entabló una amistad con el presidente

diplomáticas de su viaje, pues tramitó su pasaporte -actualmente en la biblioteca de Berkeley, California- y presentó cartas de recomendación para algunos anfitriones durante su viaje. Como parte de esa experiencia, Bull no escatimó en emitir sus juicios sobre el gobierno mexicano y sobre gobernantes californianos en concreto.⁴²⁴

Fuera de esos tres aspectos de la vida de James Bull anteriores a su viaje a la Baja California, es poco lo que se puede saber sobre este viajero. Su adhesión a la fe protestante, conocimiento militar y formalismo diplomático constituyeron parte de su experiencia viajera que lo hacía construir el paisaje de la Baja California de una manera distinta a la de los misioneros del siglo XVIII. Pero esa misma experiencia lo llevó a viajar de una forma diferente, de manera individual y con la mirada puesta no tanto en la descripción, sino en sus experiencias durante el viaje.

Esas experiencias del joven James Bull estaban impregnadas por emociones de admiración y curiosidad que le hacían buscar aventuras durante el viaje, sin prisa por la llegada al final -como fue el caso del adulto maduro Junípero Serra- de su recorrido. La escena de la cacería de nutrias, que abordaremos más adelante, le resultó sorprendente (*surprising*) y quedó encantado con las historias de los cazadores. Los bailes del fandango - ahondaremos en ello- le hicieron sentir una fascinación (*bewatching*) que lo dejó estupefacto. Ambas experiencias asimiladas formaron parte importante de la experiencia narrado de su texto. Además, conforme al influjo romántico, experimentó con todos sus sentidos los espacios por donde transitó, como cuando exultante de júbilo relató su llegada a la misión de San Ignacio: “Fue un espectáculo agradable *ver* las luces brillar en la distancia y *escuchar* el placentero sonido de la algarabía y el júbilo a medida que nos acercábamos a la misión; y fue aún más grato para mí *estrechar* la mano de un compatriota una vez más”.⁴²⁵ Ver, escuchar, gustar, tocar, oler... están presentes en la experiencia viajera del abogado estadounidense.

Antonio López de Santa Anna. Posteriormente se opondría a la guerra de Estados Unidos contra México en 1848.

⁴²⁴ Por ejemplo, Bull acusa al gobierno mexicano de ser el culpable por no implementar la educación de las masas y propiciar así la “situación despreciable” de los ciudadanos, Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 39.

⁴²⁵ Bull, 29. En un momento del trayecto, Bull escribió cómo “casi toda planta con la que te encuentras en esta árida y espinosa región tiene un olor de fragancia (*fragrant odor*) o una virtud medicinal que nuestros más hermosos bosques no tienen” (p. 36). Sobre el gusto del fruto de la pitaya hablaremos después.

El viaje de James Hunter Bull

Los preparativos del viaje

Ya sea desde New York (Nunis) o desde New Orleans (Henry Bull), James Hunter Bull se embarcó hacia Veracruz. La nave con motor de vapor hizo que el tiempo se acelerara en comparación a las navegaciones más lentas de los paquebotes que trasladaban a los misioneros del siglo XVIII. Después de estar algunos meses en la ciudad de México, Bull tomó la decisión -al menos eso expresó en su diario- de viajar rumbo a Oregon. No está claro si la decisión la había tomado desde que partió de Pennsylvania o lo determinó una vez cumplido su cometido en la ciudad de México. Lo cierto es que en el inicio de la década de los cuarenta se incrementó considerablemente la migración de colonos anglosajones a ese territorio que antes había sido posesión de España, Gran Bretaña y Rusia.

Desde algunos años atrás ya había habido una importante migración hacia Oregon, pero coincidentemente, en 1843, el gobierno estadounidense había promovido una campaña para prometer tierras gratuitas a los inmigrantes “pioneros” que se instalaran en Oregon,⁴²⁶ junto con el ofrecimiento de participación en una economía floreciente gracias al comercio de pieles y la caza de nutrias y ballenas. Esas caravanas migrantes estaban constituidas por personas de distintas edades, lenguas y denominaciones, como lo escribió en su diario de viaje el jesuita Nicolas Point desde 1840.⁴²⁷ De acuerdo con el misionero de origen belga, sus acompañantes de viaje eran “americanos” en búsqueda de fortuna en el muy cacareado (*much-vaunted*) territorio de California, aventureros, visitantes por placer y quienes huían de sus familias.⁴²⁸ Lo que mantenía unida a esa comunidad viajera plural, en palabras del viajero

⁴²⁶ Por ejemplo, el senador Lewis F. Linn, representante de Missouri, presentó varias iniciativas entre 1839 y 1843 para conceder tierras a cualquier hombre blanco mayor de 18 años que permaneciera en Oregon por un mínimo de cinco años, “In Senate”, *The Madisonian*, Washington City, 19 diciembre 1839, disponible en: Library of Congress (<https://www.loc.gov>).

⁴²⁷ En 1814, el Papa restauró la Compañía de Jesús. En ese siglo XIX, los miembros de la Compañía interpretaron su voto de obediencia al Papa como un llamado a proteger a la iglesia contra la modernidad. En los Estados Unidos fundaron escuelas y parroquias en las ciudades, atendiendo principalmente a los inmigrantes católicos. Al mismo tiempo, el superior general solicitó a voluntarios para que trabajaran en la evangelización y civilización de los “salvajes del oeste” (*western wilds*), Catherine O’Donnell, *Jesuits in the North American Colonies and the United States. Faith, Conflict, Adaptation* (Leiden - Boston: Brill, 2020), 52. Seguía siendo una mirada eurocéntrica de los grupos indígenas. La misión de Rocky Mountain, en la que participó Nicolas Point, pronto se extendió a los actuales estados de Oregon, Washington, Montana y Idaho. Él y sus compañeros imaginaron que podían recrear las reducciones del Paraguay, pero se encontraron con una intensa resistencia indígena y los hostilidad de los colonos estadounidenses protestantes, p. 54.

⁴²⁸ Joseph P. Donnelly, ed., *Wilderness Kingdom: Indian Life in the Rocky Mountains: 1840-1847. The Journals & Paintings of Nicolas Point, S. J.* (Chicago: Holt, Rinehart and Winston, 1967), 26.

jesuita, era su objetivo de mantenerse con vida. Ese escenario suponía también buenos augurios para los graduados en leyes, como James Bull. Con el comercio de pieles de nutria y de pescado entre Oregón y Gran Bretaña se formó una legislatura de un gobierno provisional que requería de abogados.

La posibilidad de trasladarse desde el este de los Estados Unidos hasta la costa del Pacífico por tierra era posible, pero largo y peligroso. Uno de esos viajeros que realizó el periplo por las planicies estadounidenses en el año de 1844 fue un hombre blanco de apellido Nichols. El joven originario de Missouri también había estudiado leyes como Bull y optó por hacer un viaje de alrededor de seis meses en carretas por planicies, desiertos y montañas; o como él lo nombró, por un “wide, wild country”.⁴²⁹ El recorrido de varios meses enfrentaba peligros de ataques de indígenas, embestidas de búfalos, nubes de polvo, hambre, clima extremo y, sobre todo, enfermedades. Varios hombres y mujeres, niños y adultos, perdieron la vida durante el viaje narrado por Nichols.

Justamente por las circunstancias adversas de ese viaje, realizado principalmente por familias, fue que otros individuos optaron por el viaje en barco a Veracruz, para después tomar otro barco de algún puerto del Pacífico Mexicano hacia California u Oregón, como fue el caso de James Bull. Las razones para optar por el viaje en barco de la costa del Atlántico al Pacífico eran varias, pero la más significativa es que se podía hacer en menor tiempo que por las planicies continentales, además se consideraba que la travesía por el territorio de México era menos costosa.⁴³⁰ Con la implementación de embarcaciones de vapor a comienzos del siglo XIX por todo el mundo, se estableció una ruta comercial, primero, y de pasajeros después, entre los puertos de Boston, New York y Luisiana, con el puerto de Veracruz. Distintos reportes dirigidos al Ministro mexicano para los Estados Unidos, Juan Nepomuceno Almonte, en el año de 1843 (año del inicio del viaje de Bull), dan cuenta de las mercancías que, mes con mes, partían del puerto de Boston hasta Veracruz.⁴³¹

Una vez en Veracruz, los viajeros con destino a California u Oregón, “encontraban por lo menos diez rutas a través de las cuales podían desplazarse del Atlántico al Pacífico,

⁴²⁹ B. F. Nichols, “Across the Plains in 1844: Reminiscences of Oregon”, *Laidlaw Chronicle*, 1906, The State Historical Society of Missouri.

⁴³⁰ Karina Busto Ibarra, *El Pacífico mexicano y sus transformaciones. Integración marítima y terrestre en la configuración de un espacio internacional, 1848-1927* (México: El Colegio de México, 2002), 86.

⁴³¹ “Viajeros en buques de Boston a California en 1843”, *Archivo Histórico Genaro Estrada* (AHGE), Ciudad de México [10-19B-1-1-Estabilizados 1-5]. Reportes enviados entre enero y mayo.

haciendo un uso complementario de caminos y puertos”.⁴³² Desde Veracruz, algunos viajeros como James Bull se trasladaban hasta la Ciudad de México, después de haber presentado sus pasaportes en la aduana veracruzana.⁴³³ Esa ruta de Veracruz a México puede ser trazada gracias al relato pormenorizado de Albert Gilliam en 1843, el mismo año que James Bull realizó ese recorrido.⁴³⁴

Ya en la ciudad de México, no debía ser raro encontrar viajeros anglosajones, pero ciertamente se miraba con recelo a los estadounidenses que en 1843 se dirigían a California. En ese año hubo un intento por parte del gobierno mexicano de expulsar a los estadounidenses blancos que habitaban las Californias, principalmente en la Alta California, como quedó asentado en diversos documentos de la Secretaría de Relaciones Exteriores.⁴³⁵ Por ejemplo, el Ministro de México en los Estados Unidos, Juan Nepomuceno Almonte, solicitó al gobernador de California, Manuel Micheltoarena, lo siguiente sobre la expulsión de los “naturales” de los Estados Unidos del Norte: “Que salgan de él en el término prudente que V. E. les fije al efecto, y que en lo sucesivo no se admita en el mismo Departamento a ningún individuo, perteneciente a los expresados Estados Unidos, debiendo entender esta prohibición aún para los limítrofes a ese de Californias”.⁴³⁶

La declaración de independencia de Texas (1836) y su posterior anexión a los Estados Unidos de América en 1845, dos años después del viaje de Bull, añadía, seguramente, la desconfianza en los viajeros blancos estadounidenses con destino en California, que también había tenido un intento de independencia en el año de 1836. James Bull expresó en el diario su intención de viajar a Oregon, pero solo se puede reconstruir su permanencia en California

⁴³² Busto Ibarra, *El Pacífico mexicano y sus transformaciones. Integración marítima y terrestre en la configuración de un espacio internacional, 1848-1927*, 86.

⁴³³ “Pasaportes concedidos a 32 norteamericanos con destino a México y que tienen el propósito de establecerse en California”, 1849, AHGE, [10-33B-1-3-22-10].

⁴³⁴ Gilliam, *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*. Otro de esos viajeros fue el diplomático estadounidense Mayer Brantz, quien pasó por las poblaciones de Veracruz, Jalapa, Perote, Puebla, Cholula, Texmelucan, y Ciudad de México. En cada ciudad escribió una carta narrando cuestiones generales de clima, habitantes, actividades económicas, política, costumbres y tradiciones de los mexicanos, en los años de 1841-1842, Mayer Brantz, *Mexico as it Was and it is* (New York: J. Winchester, New World Press, 1844).

⁴³⁵ En el Archivo Histórico Pablo L. Martínez, en la ciudad de La Paz, de igual manera, se puede consultar un expediente que contiene documentación sobre la expulsión de estadounidenses “perjudiciales” del país, no naturalizados, AHPLM, Exp. 97 (II/V-42Bis/C-2/2/E-97/L-7/7FF) de los años 1843-1844.

⁴³⁶ “Petición de expulsión de extranjeros de California”, 1 de julio, 1843, AHGE, [10-33B-1-3-21-10]. Un año más tarde, cuando Bull llegó a San Diego, California, continuaba la controversia por la “introducción fraudulenta de extranjeros por las fronteras del norte de la República”, 17 de septiembre, 1844, AHGE, [10-33B-1-3-21-10].

por un tiempo antes de regresar a Pennsylvania. Con los datos que se cuenta, no se puede aseverar si Bull viajó o no a Oregon. De acuerdo con Henry Bull, nuestro viajero trabajó por un tiempo en el rancho de un inglés con nacionalidad mexicana llamado Juan (John) Foster, cerca de San Juan Capistrano.⁴³⁷ Después habría servido como militar en las poblaciones de Los Ángeles, Santa Bárbara, Monterey, y Hierbabuena (San Francisco).⁴³⁸ Gracias a la información contenida en una carta enviada por John Black, cónsul de los Estados Unidos en Monterey, el 9 de octubre de 1845, se puede inferir que James Bull no habría ido a Oregon, sino que retornó a Pennsylvania, pasando por Texas, después de poco más de un año de residir en California.⁴³⁹ Lo contingente y la incertidumbre, como en los viajeros de los capítulos anteriores, modificaron las intenciones del viaje inicial del abogado.

Lo que es verificable es que Bull aprendió un poco de la lengua española en la ciudad de México y de ahí partió para Guaymas, Sonora, en espera de proseguir su viaje para Oregon, pasando por California, a donde pretendía llegar cruzando el río Colorado. Sin embargo, en 1843 la llamada “guerra de los pápagos” todavía persistía,⁴⁴⁰ por lo que esa situación contingente obligó a Bull a tomar otra ruta de viaje, cruzando el golfo de California para desembarcar en Mulegé, desde donde comenzó su viaje hasta el puerto de San Diego.⁴⁴¹

Uno de los cambios principales en la manera de viajar de James Bull con respecto a sus antecesores misioneros del siglo XVIII era la constitución de la comunidad viajera. Las comunidades viajeras de Link y Serra eran más numerosas, con algunos soldados, varios indígenas, un buen número de caballos, mulas y burros, además de provisiones y bastimentos en gran medida. Tenían que ir prevenidos para escasez de alimentos y para exposición a

⁴³⁷ El tío de Juan Foster era el capitán Santiago (James) Jonhson, quien residía en Guaymas. Es probable que ahí conociera James Bull sobre el rancho de Juan Foster y la oportunidad de trabajar en su rancho. Junto con dos españoles, era propietario de una compañía que transportaba mercancías entre Asia, Sonora, y las Californias, Dení Trejo Barajas, “Las Californias y Filipinas. Proyectos, realidades y deseos frustrados”, en *Nueva España y el Pacífico hispánico. Un homenaje a Carmen Yuste* (México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2023), 223-224.

⁴³⁸ Bull, *Records of the Descendants of John and Elizabeth Bull: Early Settlers in Pennsylvania, 1674 to 1919*, 40.

⁴³⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, X.

⁴⁴⁰ Los colonos españoles habían invadido las tierras más fértiles de los Pápagos, por lo que ellos respondieron con un fuerte levantamiento en 1840 que se prolongó hasta 1843, Gabriela Acosta, “Pápagos de Sonora (O’Odham)” (Perfiles Indígenas de México, 2001).

⁴⁴¹ Las memorias de Henry Bull omiten el viaje por Baja California, suponiendo -erróneamente- que James Hunter Bull había tomado una embarcación (*vessel*) desde Guaymas hasta San Juan Capistrano en la Alta California, Bull, *Records of the Descendants of John and Elizabeth Bull: Early Settlers in Pennsylvania, 1674 to 1919*, 40.

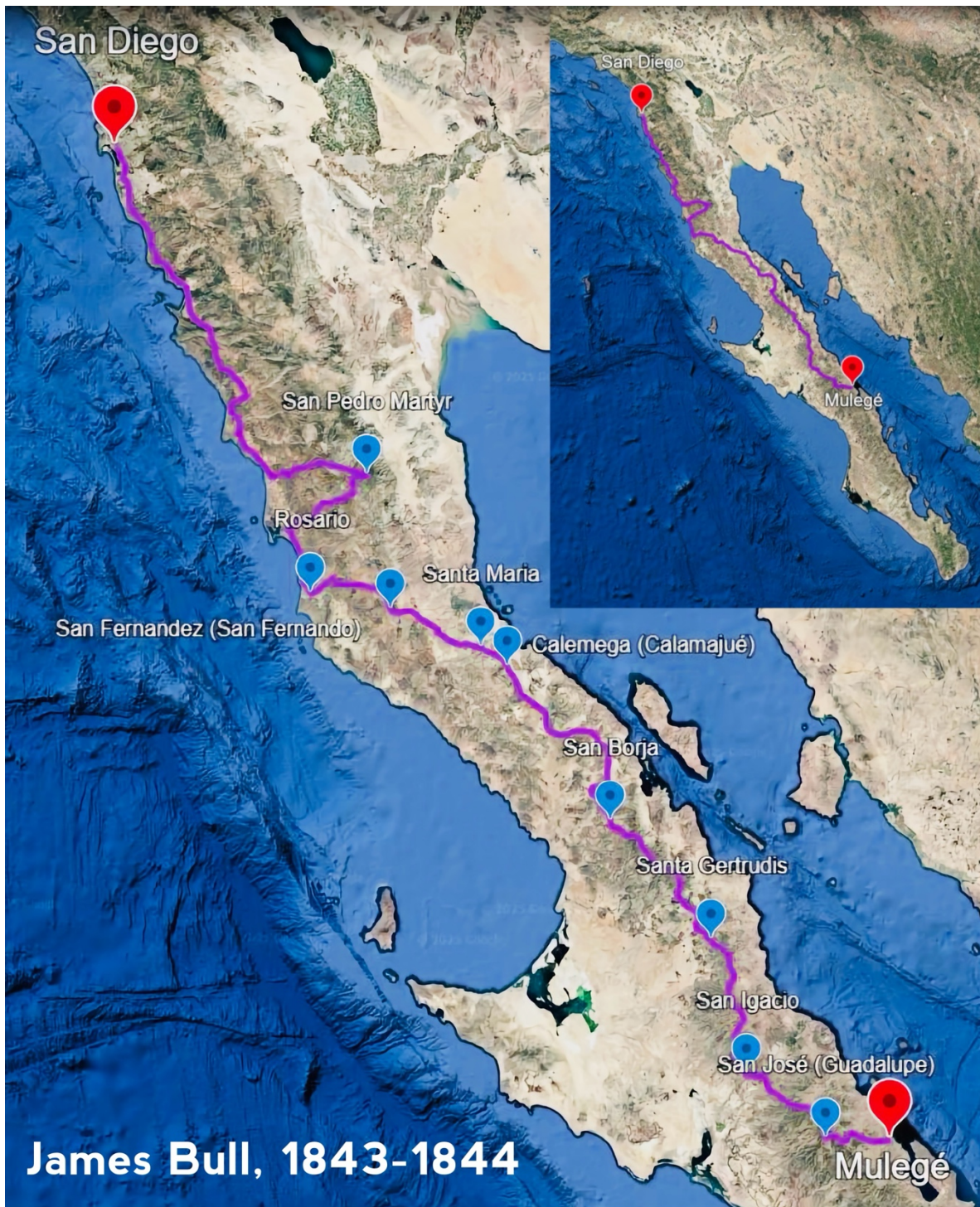
condiciones climatológicas por un espacio desconocido para ellos. En cambio, en el tiempo de Bull, las comunidades viajeras estaban integradas por pocos individuos y los guías “expertos” ofrecían sus servicios en algunos caminos más o menos trazados. Esos guías hombres -en las Californias no se han encontrado guías mujeres como en otras regiones- eran descendientes de los soldados de las misiones o de los indígenas conversos.⁴⁴²

Mención especial merecen las mulas que, al igual que los humanos, acumulaban experiencias en los caminos realizados en varias ocasiones, una continuidad que, en algunos casos, se mantiene hasta nuestros días. Cuando el camino era confuso y los humanos estaban vacilantes sobre por dónde transitar, las mulas solían mostrar la ruta correcta. En varias ocasiones, según escribió Bull, él y su acompañante humano se perdieron por completo, “sin embargo, nuestras mulas, generalmente encontraban el camino de regreso”.⁴⁴³ Por eso, Mr. Gilbert, el acompañante de Bull declaró: “esta mula nunca se pierde en un terreno (*country*) en el cual ya ha pasado anteriormente” (p. 47).⁴⁴⁴ Pero, al igual que sucedía en ocasiones con los guías humanos, las mulas podían tomar sus decisiones para aceptar la carga o un jinete o, por el contrario, negarse a ese intento de imposición, como lo experimentó Mr. Gilbert, quien fue arrojado a un cactus por una mula que se negó a ser montada por él. Así, la comunidad viajera compuesta por James Bull, Mr. Gilbert, un guía (*servant*) y dos mulas comenzaron su itinerario.

⁴⁴² Los guías, empleados desde el tiempo de las misiones, no se limitaban a la función de mostrar el camino y las fuentes de agua. También ejercían su agencia cuando, de manera silenciosa, usaban su dominio del espacio para vengarse por los malos tratos haciendo pasar a sus contratantes por los caminos más difíciles. Montoya López, “Viajeros y baqueanos en la colonización del Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII”. Los guías rancheros e indígenas actuaban como intermediadores culturales y traductores para los viajeros. El tema de las mujeres indígenas mediadoras lo está trabajando la historiadora Leila Gabriela Gómez, “Conferencia: Mujeres indígenas mediadoras en los relatos de viajes”, 12 septiembre de 2024, CEPHCIS-UNAM, youtube. Una de las mujeres indígenas guías más conocidas es Sacagawea, quien pertenecía al grupo de los Lemhi Shoshone y tuvo un papel fundamental en la expedición de Lewis y Clark (1804-1806).

⁴⁴³ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 47.

⁴⁴⁴ Según un reporte del político Manuel Clemente Rojo en 1872 (treinta años después del viaje de Bull), el servicio postal utilizado desde la época misional era proveído por un soldado y dos mulas desde Loreto hasta “la frontera”, Manuel Clemente Rojo, *Apuntes históricos de la frontera de la Baja California, 1872*, ed. Carlos Lazcano Sahagún y Arnulfo Estrada (Ensenada: Museo de Historia de Ensenada, 2000), 43. Esta información confirma la opinión de Bull y su compañero sobre la fiabilidad de las mulas en el conocimiento del camino.



Tiempo y espacio del viaje

Como casi todo viaje por la tierra de Baja California, la travesía de James Bull tuvo lugar en los meses de otoño-primavera, para evitar el arduo calor del verano y las potenciales tormentas que llegan de manera esporádica. Bull desembarcó en Mulegé el 3 de octubre de 1843 -era un joven de 26 años- y su viaje concluyó en San Diego a finales del mes de febrero

de 1844, es decir, aproximadamente cinco meses después. Pero Bull no escribió su diario durante el viaje, como lo hicieron Link y Serra, sino un tiempo después, ya que se encontraba de regreso en Pennsylvania, basado en su memoria y quizá en algunas anotaciones. Por esa razón el relato no es un recuento día por día, sino por estancias de varios días.

Un cambio importante con relación a los trayectos de Link y Serra es el interés que mostró Bull en las poblaciones que eran o habían sido fundaciones misionales, donde permaneció por varios días o semanas. Al comienzo hizo una estancia prolongada en el pueblo (*village*) de Mulegé, donde habitó por dos semanas preparando su viaje. Casi al final de su recorrido, pasó dos meses el pueblo de El Rosario, incluyendo dos semanas que se trasladó a la sierra de San Pedro Mártir para cazar venados. Todo el recorrido lo hizo prosiguiendo las fundaciones misionales de jesuitas, franciscanos y dominicos.

Para su recorrido, Bull se hizo acompañar por un *servant* desde Mulegé hasta San Ignacio. Ese *servant* era quien conocía el camino entre las misiones y se encargaba de prestar auxilio a las dos mulas que cargaban el equipaje y las provisiones. Seguramente también habría ejercido funciones propias como preparar los alimentos y, ocasionalmente, lavar las cobijas y la ropa.⁴⁴⁵ Tal como sucedió con los viajes de Link y Serra, encontrar agua era la premisa fundamental para la continuidad del viaje. Para el año de 1843 en que Bull realizó su travesía, los humanos -guías- se habían adecuado para recorrer largos tramos con solo una bota de agua y una pieza de pinole.⁴⁴⁶ Aun así, la percepción de la temporalidad del viaje estaba mediada por la disponibilidad de agua que tenían para beber. El tiempo parecía transcurrir aprisa cuando la bota contenía agua, pero se “eternizaba” cuando la bota se vaciaba y restaba distancia para el siguiente manantial. Por ejemplo, en el camino entre Santa Gertrudis y Santa María, los viajeros se quedaron sin agua y a Bull le parecía una eternidad hasta encontrar el siguiente pozo: “Nuestra agua se terminó y mi lengua se secó, mi rostro

⁴⁴⁵ En el siglo XIX, los *servants* estaban muy confinados a los servicios domésticos como limpieza, cocina o cuidado de niños. Frecuentemente eran vistos como inferiores y estaban sujetos a los caprichos de sus empleadores, Ma'mur Mansurovich Sharipov, “The Lives of Servants in the 19th Century”, *American Journal of Education and Learning* 3, núm. 3 (2025): 544–548.

⁴⁴⁶ El pinole es un alimento con origen prehispánico que se prepara de la molienda de los granos tostados de maíz. En la peregrinación de Junípero Serra, fue un insumo de mucha importancia, no solo para consumo de la comunidad viajera, sino también como elemento de intercambio con los indígenas que se dejaban encontrar en el camino. El viajero estadounidense William Smith, por ejemplo, quien realizó su viaje por Baja California en 1849, relató que en la misión de San Borja unas mujeres les prepararon una pequeña reserva de pinole para el trayecto, William C. S. Smith, “A Journey to California in 1849”, 403.

ardía como si estuviera en contacto con un fuego abrazador [...] parecía una eternidad (*an ere age*) hasta que llegáramos al pozo”.⁴⁴⁷

Sin embargo, a excepción de esos momentos “eternos” de falta de agua, la sabiduría del *servant* hizo que en el viaje de Bull la búsqueda de agua no fuera el factor determinante en el ritmo del avance, como en los viajeros de los capítulos anteriores. Más determinante fue el clima “caluroso” para un viajero proveniente de las montañas frescas de Chester, Pennsylvania. La hora ideal para comenzar la jornada de camino era el amanecer y así poder transitar los tramos más difíciles para la comunidad viajera antes del pico de calor a medio día.⁴⁴⁸ De esta manera, no solo el agua, sino también el clima, determinaba el ritmo del viaje de Bull. Debió ser a finales de octubre -no precisamente el periodo del año más caluroso- cuando dejaron Santa Gertrudis y el abogado describió el calor experimentado en su cuerpo de esta manera: “Ese fue uno de los días del viaje (*travel*) más severo que yo recuerde. El sol parecía haber concentrado todo el calor de cien días calientes en uno solo, y haberlo derramado en una llamarada (*blaze*) continua sobre nosotros”.⁴⁴⁹

Aunque Bull viajó seis años antes de uno de los mínimos de temperatura en la Pequeña Era de Hielo (1850), los registros en el hemisferio norte del planeta ofrecen evidencia de que los años 1843-1844, los del viaje de Bull, fueron uno de los más secos en varios años.⁴⁵⁰ Los inviernos de estos años fueron más leves que los de otros años. De nueva cuenta, el clima ejerció su influencia en la manera como la comunidad viajera experimentó el viaje. La sensación corporal del calor y la disminución de disponibilidad de agua para beber, sin duda, tuvieron su influencia en la construcción del paisaje que plasmó por escrito el viajero en su diario.

El diario de viaje como memoria de experiencias

No solo las circunstancias, la planeación y el modo de viajar habían cambiado desde Wenceslao Link y Junípero Serra. También la manera de estar presente en el paisaje y escribir

⁴⁴⁷ Bull, 41.

⁴⁴⁸ Por la madrugada, por ejemplo, se “tenía” que cruzar la cuesta y la colina de Santa Cruz, en el trayecto entre San José Comondú y San Ignacio, Bull, 28. Una jornada acamparon -sin agua- hasta las tres de la mañana para poder pasar una planicie arenosa hasta alcanzar agua hacia el mediodía.

⁴⁴⁹ Bull, 41.

⁴⁵⁰ De acuerdo a los registros de precipitación de Inglaterra y Gales (*England & Wales Precipitation Series*) que comenzaron desde 1766, los meses de abril y mayo de 1844 fueron los más secos de toda la serie, Martin Rowley, “Weather in History 1800 to 1849 AD”, en: weatherweb.net.

sobre ello se transformaron. Con el misionero jesuita el espacio era registrado, principalmente, desde la geografía habitada por especímenes aislados; lo importante era el registro comprobatorio, comparativo y clasificatorio. En cambio, con Junípero Serra comenzaba ya a interpretarse el paisaje que, si bien parte de los aspectos bióticos, después se pasaba a los aspectos visuales y estéticos.⁴⁵¹ Con los viajeros del siglo XIX, sin embargo, el romanticismo cambió de manera radical no solo la forma de viajar, sino también la manera de percibir el espacio biótico. En palabras de la historiadora Daniela Alcaraz, el viaje a comienzos del siglo XIX “era una experiencia que pasó de una mera acción recopiladora de los espacios a una vivida y emotiva aprehensión del lugar”.⁴⁵²

La ciencia occidental fue influida por un romanticismo alemán desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Para esos científicos románticos, los viajes de exploración -solitarios y llenos de peligros- eran una metáfora central del Romanticismo. Con los ideales de la ciencia romántica se buscaba explicar, educar y comunicar los secretos de la naturaleza a un gran público y no solo a una sociedad elitista y especializada. Por eso, esos viajeros científicos, en lugar de emprender El Gran Tour de los hombres blancos europeos por las ruinas de las civilizaciones europeas, preferían trasladarse a zonas del planeta “desconocidas” para ellos.⁴⁵³ Como escribió el biógrafo inglés Richard Holmes, “existía la creencia generalizada en una naturaleza misteriosa, infinita, que esperaba a ser descubierta o seducida para revelar todos sus secretos”.⁴⁵⁴

Así construido el paisaje, suscitó sentimientos de belleza y espiritualidad en los viajeros influenciados por el romanticismo, de carácter individual, sensible e introspectivo. Un buen ejemplo de ello es el diario del viajero inglés Robert William Hale, que en su viaje por México en 1825 escribió a propósito: “El paisaje es lúgubre y sombrío, y en vez de producir una gran sensación, ocasiona tristeza, de la cual no me recuperé en varias horas”.⁴⁵⁵

⁴⁵¹ Rosa Imelda Rojas Caldelas, “Carácter del paisaje del Valle de Mexicali”, en *Arte, historia y cultura: Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje*, coord. Félix Alfonso Martínez Sánchez, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2017), 222.

⁴⁵² Daniela Alcaraz Herrera, “El viaje en el siglo XIX. La Grand Tour y el viaje pintoresco. Ideas sobre el paisaje”, *Fuentes Humanísticas* 31, núm. 58 (2019): 88.

⁴⁵³ Ese fue el caso de Joseph Banks, quien utilizó la herencia recibida de sus padres para embarcarse como botánico en los viajes del capitán James Cook por el Atlántico y el Pacífico, Richard Holmes, *La edad de los prodigios: Terror y belleza en la ciencia del Romanticismo*, trad. Miguel Martínez-Lage y Cristina Núñez Pereira (Madrid: Turner Publicaciones, 2012), 25.

⁴⁵⁴ Holmes, 14.

⁴⁵⁵ José María Muriá y Angélica Peregrina, eds., *Viajeros anglosajones por Jalisco Siglo XIX*, Historia (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992), 56.

El paisaje transitado por Bull también provocó en él sentimientos, por ejemplo, cuando describió el camino, en varias ocasiones, como triste y solitario.⁴⁵⁶ Esa nueva conciencia que se tenía sobre el paisaje es lo que Mary L. Pratt definió como “estética espiritualista” del romanticismo que pone el énfasis en las armonías y las fuerzas ocultas de la naturaleza.⁴⁵⁷ Ellas están presentes en las observaciones que hizo un viajero estadounidense por Baja California en 1849, solo cinco años después del viaje de Bull. El “fourty-niner” escribió, por ejemplo, acerca del suelo que estaba totalmente cubierto por plantas espinosas: “Ciertamente la región parece haber sido levantada sobre un espíritu de maldición (*a spirit of malediction*)”.⁴⁵⁸

En contraste al “espíritu romántico” de la época, las fuerzas ocultas no se encuentran en el diario de viaje de James Bull. De hecho, hay dos especificidades más de su texto respecto a sus viajeros contemporáneos. En primer lugar, Bull no enfoca su mirada en la naturaleza, como se podría esperar, sino en los poblados que surgieron de las antiguas misiones jesuitas. Como segunda especificidad, Bull dedica varios párrafos a sus conversaciones con acompañantes ocasionales del camino, adquiriendo su diario, por momentos, un carácter dialogal. El contexto de los viajeros románticos, pues, no explica del todo las características del género de relato del diario de James Bull.

El viajero estadounidense prefirió describir las antiguas misiones jesuíticas -las dominicas prácticamente las omite con excepción de El Rosario-⁴⁵⁹ y, conforme a la experiencia resaltada por el romanticismo, concede buena parte de la trama de su narración a vivencias que tuvo en esos poblados. Por ejemplo, en el poblado de San Ignacio, presencié una de las convivencias “parroquiales”: el baile del fandango. Era un ritual cultural que incluía distintas manifestaciones del cuerpo como música, danza, oralidad y dramatización, combinando influencias africanas, atlánticas, del Caribe y de América, con un estilo

⁴⁵⁶ “Once more started upon our dreary route”, Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 41. Y más adelante: “We were compelled to remain in this lonely and sad place for 3 days”, p. 45.

⁴⁵⁷ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), 235.

⁴⁵⁸ William C. S. Smith, “A Journey to California in 1849”, 488.

⁴⁵⁹ Aun con su anticatolicismo, viajeros anglosajones como Albert Gilliam, reconocían tanto su “ambiciosa persecución del poder” como también por fortificarse en todo lo que emprendían, Gilliam, *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, 74. Según esa interpretación, los jesuitas estarían en la misma sintonía que los protestantes de los países capitalistas.

coreográfico.⁴⁶⁰ El fandango se extendió desde comienzos del siglo XVIII por todo Iberoamérica, incluyendo toda la vertiente del Pacífico novohispano y sus territorios interiores.⁴⁶¹ Con sus coplas irreverentes y bailes provocativos por parte de las mujeres, juegos de azar y bebidas embriagantes, fue generalmente condenado por las autoridades civiles y eclesiásticas, excepto por algunos casos inusuales.

Uno de esos casos inusuales fue el del sacerdote con el que coincidió Bull en su estancia en San Ignacio. Al parecer, en esa población la ritualidad del fandango era algo arraigado, ya que cinco años después del testimonio de Bull, el también viajero estadounidense W. C. S. Smith, estando en San Ignacio, escribió en su diario que se encontraba solo en el campamento, pues sus acompañantes humanos habían ido al fandango.⁴⁶² Bull no se limitó a observar y describir, como lo haría un viajero naturalista, sino que tomó parte del evento que ofrecía el “Padre” a sus parroquianos. Pero, habiendo participado de esa convivencia parroquial, Bull no dudó en describir tal ritual comunitario como una “danza excesivamente lasciva”, un juicio de talante religioso-moral.⁴⁶³ La percepción de los paisajes para Bull, entonces, responde más a experiencias personales que a un romanticismo ideológico, aunque no necesariamente sean excluyentes.

Es sorprendente la simpatía que Bull demostró para con el misionero de la misión de San Ignacio, con quien coincidió en ese poblado, pero también en otros sitios misionales y en partes del camino. La experiencia compartida con el “Padre” lo llevó a probar el “buen vino” de San Ignacio, la danza del fandango e incluso el rito bautismal de un indio en la misión de Santa Gertrudis. Hay entonces una corporalidad compartida en experiencias de sensorialidad participada a través de una materialidad como el vino, el agua y el cuerpo en danza. Sin embargo, la aparente contradicción de la empatía del sacerdote católico y el anticlericalismo de Bull es explicado, desde la perspectiva del viajero, por la aclaración en el

⁴⁶⁰ Enrique Normando Cruz y Grit Kirstin Koeltzsch, “El fandango como performance de Antiguo Régimen (Jujuy, siglos XVIII-XIX)”, *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad* 41, núm. 163 (2020): 142-143. Los fandangos “mestizos” eran performados con movimientos de cadera, zapateados, coplas de enamoramiento y desafío, juego de pañuelos, y revoloteo de faldas y enaguas (p. 143).

⁴⁶¹ Jesús Jáuregui, “Un fandango en medio de la travesía hacia la Alta California: los colonos sonorenses-sinaloenses en 1775”, *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, núm. 97 (2014): 59.

⁴⁶² “The boys have gone to a fandango”, Smith, “A Journey to California in 1849”, 491.

⁴⁶³ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 31. El término “lascivious”, de origen latino, tiene una connotación sexual relacionada con un deseo de excitación. También algunos misioneros, como el jesuita en sonora, Pfefferkorn, usaron esa palabra en relación con el adulterio y “otros vicios”, Marina Martínez Andrade, “Visión de la naturaleza y sus habitantes en Descripción de la provincia de Sonora, del misionero jesuita alemán Ignaz Pfefferkorn”, *Signos Literarios* XI, núm. 21 (2015): 31.

diario de que el Padre había residido por seis meses en los Estados Unidos, donde vio y admiró su sistema (*the system in the U.S.*) que se preocupaba por alejar a sus ciudadanos de la ignorancia y la superstición.⁴⁶⁴

Así, el inicio del diario de James Bull promete ser un relato (*account*) de su viaje por Baja California. El *account* tenía la intención de brindar datos, pero, sobre todo, ofrecer un relato interesante para el lector.⁴⁶⁵ Ante un creciente público lector de relatos de viaje, los “incidentes” del trayecto cobraron una relevancia mayor para la trama del diario. Por eso puso poco interés en la “aburrida” (*dull*) monotonía del camino y mucha más atención en las historias (*tales*) “interesantes” sobre los abusos y la crueldad de los franciscanos sobre los “pobres” indígenas de la Baja California.⁴⁶⁶ Esa manera de redactar el diario de viaje difiere con la de Wenceslao Link y Junípero Serra, para quienes era más importante el camino geográfico. Para Bull, en cambio, lo atractivo eran las memorias de experiencias ocurridas durante el camino.

Percepción del viaje por la frontera

Ese interés en observar y narrar el paisaje y las experiencias de los antiguos pueblos de misión contrasta con lo poco relatado, comparativamente, de los caminos. Es también significativo que el diario termine prácticamente en el poblado de El Rosario, dejando solamente un renglón al trayecto entre El Rosario y San Diego, el partido de “Fronteras”.⁴⁶⁷ Para el tiempo

⁴⁶⁴ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 38. No extraña que Bull haya simpatizado con el misionero identificado como Ignacio Ramírez. De acuerdo con la investigación del historiador Pedro Espinoza, el dominico habría apoyado al bando estadounidense en la guerra de 1848 para después abandonar el catolicismo y formar parte de las primeras iglesias evangélicas de México, provenientes de los Estados Unidos, Pedro Espinoza Meléndez, “El comienzo de una larga transición. El gobierno eclesiástico de Gabriel González y el fin de las misiones dominicas en Baja California, 1840 – 1854”, *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, núm. 18 (2023): 61-62.

⁴⁶⁵ El viajero contemporáneo de Bull, B. F. Nichols, calificó de esta manera su diario: “It shall be my purpose to detail the incidents of that long journey in as interesting a manner as I can, and yet, be as accurate as possible in a historical way”, Nichols, “Across the Plains in 1844: Reminiscences of Oregon”.

⁴⁶⁶ “One withered and maimed character interested me much with his tales of the cruelty practiced upon these poor wild men of the hills”, Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 50.

⁴⁶⁷ El médico y naturalista español José Longinos, quien realizó un viaje de manera individual e independiente de los fines de la monarquía, estaba interesado en hacer un viaje de investigación botánica para, con eso, contribuir al acervo textual, pictórico y de ejemplares del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid. De acuerdo su diario, ya a finales del siglo XVIII se denominaba “Fronteras” a la parte de las Californias entre San Fernando Velicatá y San Diego, José Longinos, *Diario de las expediciones a las Californias, 1792*, ed. Salvador Bernabéu Albert (Madrid: Doce Calles, 1994), 131. La misma información es constatada por un reporte del militar Miguel Martínez en 1836. El “partido” de Fronteras, según escribió, era “la única parte donde todavía quedaban indios bárbaros gentiles” en la Antigua California, Miguel Martínez, “La Baja California en 1836”,

del viaje de Bull, la frontera ya no era la misión de avanzada como con los jesuitas o los franciscanos, sino una delimitación geográfica de administración política. En el diario de James Bull, en cambio, la frontera (*frontier*) coincidía con la noción de otros viajeros de principios del siglo XIX como espacios geográficos de conflictos asimétricos entre indígenas nativos y hombres blancos buscando colonizar esos espacios.⁴⁶⁸ Al respecto, escribió Bull: “Los pieles rojas [*red men*] de California no eran muy hábiles en la guerra y pudieron resistir la mano poderosa con la fortaleza que generalmente los distinguió en nuestras guerras de frontera [*frontier wars*]”.⁴⁶⁹ A diferencia de los viajeros misioneros que tenían su principal interés justamente en esa zona de “gentilidad”, Bull se interesó más por los espacios donde la “civilización” había llegado en el pasado, aun cuando esa civilización -española- haya traído destrucción para la “raza nativa”.

El paisaje observado: lúgubre Desierto

Vimos en los capítulos anteriores que el paisaje observado estaba directamente relacionado con las motivaciones y los fines de los viajeros. El jesuita bohemio, Wenceslao Link, enfocó su mirada en los parajes y la sierra peninsular, con sus altas palmeras, pinos y álamos, con fuentes de agua y pasto suficientes, con sus animales serranos como el león y las liebres. Por su parte, el franciscano catalán, Junípero Serra, enfocaba su mirada sobre la frondosidad y verdor, con agua y tierra predispuestos por la divina providencia para su llegada. Con el viajero James Bull, en cambio, el paisaje fue observado con una nueva lupa, la del Desierto estéril.⁴⁷⁰

en *Documentos para la historia de la Baja California*, ed. Jorge Flores (México, 1940), 16. La documentación oficial reitera esta denominación. Por ejemplo, una carta fechada el 26 de enero de 1843, el mismo año del viaje de Bull, está firmada por Estanislao Armenta, comandante Militar de *las Fronteras* de la Baja California, “Carta a Francisco Padilla, comandante Principal de la Baja California, sobre el caso de Francisco Castillo que solicita unas alhajas de su propiedad”, 1843, AHPLM, Justicia y Negocios Eclesiásticos, Exp. 20 (II/V-41/E-20/L-1/2ff).

⁴⁶⁸ Meriwether Lewis escribió en su diario, por ejemplo, que las panteras eran encontradas comunmente en “nuestras fronteras (*frontiers*) o partes no colonizadas (*unsettled*) del país (*country*)”, *Diario de viaje*, 27 febrero 1806, en: <https://lewisandclarkjournals.unl.edu>. Del lado mexicano, se consideraba que la guerra era el método adecuado para “defender” la frontera de las incursiones de las naciones indias “en pie de guerra” en la primera mitad del siglo XIX, Jorge Chávez Chávez, “Bárbaros del norte, los indios fronterizos del siglo XIX”, *Punto CUNORTE* 1, núm. 11 (2020): 17–48.

⁴⁶⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 52.

⁴⁷⁰ Aunque las rutas de Link, Serra y Bull fueron casi las mismas, el primero viajó en invierno, el segundo en primavera, y el tercero en otoño, por lo que clima pudo ser un factor importante en su experiencia del viaje. Pero quizá el evento climatológico más importante para la aridez o verdor puede ser la llegada de huracanes a la península. En el año 2023, por ejemplo, las lluvias del huracán Hilary mojaron gran parte del territorio de

Desde el primer párrafo de su diario se describe a lo que separa la Alta California del resto del territorio mexicano como un “Desierto lúgubre” (*dreary wilderness*). Nuevamente la experiencia religiosa del viajero influye en su descripción general del espacio bajacaliforniano. El adjetivo *dreary* tiene un dejo de emotividad, que remite a la nostalgia o la tristeza. En efecto, el sentimiento que invade a Bull en su paso por el Desierto es el de la tristeza: “Sentí que en mi corazón aumentaba la tristeza (*sadness*) mientras me despedía de esta pequeña aldea [Mulegé] para continuar mi largo trayecto de una región (*country*) inhabitada y estéril (*barren*)”.⁴⁷¹ El adjetivo *dreary* lo repite en dos ocasiones más en el diario, siempre con relación al camino (*road/route*). Esta manera de describir el paisaje es una de las especificidades del diario de Bull.

Lúgubre (*dreary*) era una descripción poco frecuente para los viajeros del siglo XIX. Otro ejemplo extraño fue la descripción del río Mississippi por un viajero inglés casi en los mismos años que James Bull, en sintagma con funeral.⁴⁷² Varios años después, el viajero de nuestro siguiente capítulo, el geólogo William Gabb, utilizará el mismo adjetivo, pero ya no para el territorio peninsular, sino para la costa noroeste del Pacífico: “De San Telmo [al norte de El Rosario] tuvimos una lúgubre (*dreary*), desagradable cabalgata de seis leguas en la lluvia hasta El Salado”.⁴⁷³ Y a finales del siglo XIX, otro viajero, un católico por el norte de México, escribió respecto a la Baja California: “Esto es Baija [sic], Cal. -Lower California- una salvaje (*wild*) y lúgubre (*dreary*) región, espinas por torrentes, barrancas y cañones, y en lugares, desfigurada por horribles heridas infringidas por lava volcánica o terremotos”.⁴⁷⁴

Según el testimonio de Bull y otros viajeros del siglo XIX, lo lúgubre no tiene un denominador común en un bioma determinado, pues puede describir a un río, un desierto, un matorral costero o una sierra escabrosa. Lo que, aparentemente, define lo lúgubre (*dreary*) es el sentimiento que causa la “monotonía” de un paisaje “desértico” (*wild*), como lo escribió el propio James Bull: “Pero me canso al recordar la aburrida (*dull*) monotonía de esta

Baja California, cambiando con eso, de manera importante, los biomas. Además de los huracanes en la parte sureña de la península, otras lluvias estacionales varían en las distintas ecorregiones, como se explicó en el primer capítulo (p. 64).

⁴⁷¹ Bull, 25.

⁴⁷² William Makepeace Thackeray describió al río de los Estados Unidos como “dreary & funereal” en una de sus cartas, Bendixen y Hamera, *The Cambridge Companion to American Travel Writing*, 68.

⁴⁷³ William More Gabb, “Exploration of Lower California”, en *Resources of the Pacific slope: a statistical and descriptive summary of the mines and minerals, climate, topography, agriculture, commerce*, ed. John Ross Browne (New York: Appleton and Company, 1869), 111 [traducción personal].

⁴⁷⁴ Oswald Grawford, *By Path and Trail* (Salt Lake: Intermountain Catholic Press Company, 1908), 67.

naturaleza salvaje (*wilderness*) y debo apresurarme en el resto de mi camino (*way*) a través de la Baja California”.⁴⁷⁵ Hay, entonces, una relación intrínseca entre lo lúgubre (*dreary*) y lo despoblado (*wild*), en un *country* que es monótono, aburrido, sin variaciones: “El *country*, por dos o tres días, poseía los mismos (*same*) y nada interesante (*uninteresting*) espacios desérticos (*wilds*), de aspecto abandonado (*forsaken*)”.⁴⁷⁶

Antes de comentar algo sobre el *wilderness*, es conveniente una breve digresión sobre el concepto *country* que Bull utiliza más de cuarenta veces en su diario. La polisemia del concepto en el diario no es propia del viajero, como puede leerse en los diccionarios de lengua inglesa del siglo XIX.⁴⁷⁷ La acepción más común en el diario podría ser un equivalente a una zona con características espaciales diferenciadas, por ejemplo, una zona (*country*) árida o una zona (*country*) volcánica.⁴⁷⁸ Otras ocasiones, el *country* coincide con la actual categoría analítica de región, como una demarcación económica, política y cultural que habita una sociedad, tal como cuando el viajero habla sobre el pueblo (*people*) de la región (*country*) que destila bebidas embriagantes (*spirits*) de la planta del aloe. Unas veces, se hace uso del *country* como coincidente con el estado nación, como se deduce de la conversación que Bull sostuvo con el dominico con relación al desgobierno (*misgovernment*) de su país (*country*). Finalmente, el abogado se refirió en algunas ocasiones a sus paisanos (*countryman*) estadounidense.⁴⁷⁹

La misma polisemia puede aplicarse a los conceptos de *wilderness* y *desert*, ambos como constructos culturales donde convergían tradiciones religiosas, realidades biofísicas y visiones sociales de la naturaleza. Para los anglosajones del este de los Estados Unidos, las planicies centrales eran comúnmente designadas como “El Gran Desierto” en la primera parte

⁴⁷⁵ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 42.

⁴⁷⁶ Bull, 34. Se refiere al tramo entre San Ignacio y Santa Gertrudis.

⁴⁷⁷ Como ejemplo, puede aducirse el diccionario *An American Dictionary of the English Language: Intended to Exhibit* de Noah Webster, publicado en New York en 1828, disponible en: <https://archive.org/>. La entrada “Country”, contiene nueve acepciones sobre el sustantivo y tres más para el adjetivo, p. 488.

⁴⁷⁸ “Después de pasar esta colina, llegamos a una zona (*country*) que evidentemente ha estado sujeta a fuerte actividad volcánica”, Bull, *Journey*, 28.

⁴⁷⁹ Este uso coincide con la cuarta acepción del diccionario que he citado antes: “The kingdom, state or territory in which one is born; the land of nativity”, p. 488. El significado de *country* que está ausente en el diario de Bull es el que, con influencia del pensamiento romántico, lo percibía como un espacio rural de inspiración artística o científica en oposición a lo urbano. Por ejemplo, el astrónomo Wilhelm Hershell se retiró al West Country de Inglaterra para poder desempeñar su labor con plena concentración, algo que difícilmente encontraría en la ciudad, Holmes, *La Edad de Los Prodigios*, 76.

del siglo XIX, aunque no de manera exclusiva.⁴⁸⁰ En las primeras décadas de ese siglo, viajeros y escritores tendían a comparar el Gran Desierto Americano con las regiones del desierto de Sahara, pero también con las tierras congeladas de Siberia.⁴⁸¹ En ambos casos, el Desierto (*desert*) refería a lo difícil que podían ser las condiciones para la vida sedentaria de los seres humanos y, por lo tanto, estaban “inhabitadas”, conforme a uno de los usos más comunes en los diccionarios de la época.⁴⁸² Bull utilizó al Desierto (*desert*) en dos ocasiones para resaltar las condiciones “hostiles” en que los jesuitas en la Baja California realizaron su labor civilizatoria y constructora. Ellos -en opinión del viajero- renunciaron a una vida lujosa en España y México para venir a este Desierto, en su doble acepción de lugar desolado (abandonado) y desprovisto de vegetación y agua.⁴⁸³

Al llegar a la misión de San Ignacio, escribió en su diario de memorias: “Llegamos alrededor de las 8 en punto de la tarde después de un duro viaje (*travel*) por la región (*country*) más desolada (*desolate*) que haya visto”.⁴⁸⁴ En este sentido, Bull compartía con muchos viajeros de la primera mitad del siglo XIX la idea de que, como lo investigó Eugene Hollon, la ausencia de árboles en las extensas planicies indicaba que el suelo era estéril e incapaz de sostener cultivos, incluso con agua suficiente. Para la segunda mitad de ese siglo, como también lo expuso Hollon, y se podrá constatar en el próximo capítulo del viajero William Gabb, el Gran Desierto ya no era más un misterio impenetrable, sino un lugar formidable para ser transitado y habitado; una tierra árida o semiárida para ser colonizada.⁴⁸⁵

⁴⁸⁰ En la década de 1840 la conceptualización del “Great Desert” era prevalente, John L. Allen, “The Garden-Desert Continuum. Competing Views of the Great Plains in the Nineteenth Century”, *Great Plains Quarterly* 5, núm. 4 (1985): 212. Fue hasta después de la Guerra civil que la designación imperante será la del jardín (*garden*) para las grandes planicies.

⁴⁸¹ W. Eugene Hollon, *The Great American Desert. Then and Now*, 2a ed. (Lincoln: University of Nebraska Press, 1975), 66.

⁴⁸² El Diccionario de Webster (1828), por ejemplo, consideraba distintos significados para *desert*. En primer lugar, podía referir al término de una relación o al abandono (*desertar* del ejército). Pero otra posible significación era un espacio abandonado, sin agricultura (*cultivation*), inproductivo o estéril (*barren*). Y en una tercera posible acepción, aludía a una región desprovista de humedad y vegetación, Webster, *An American Dictionary*, 360-361.

⁴⁸³ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 19. Unas líneas más adelante escribió que ellos levantaron esas estructuras de piedra en el Desierto, p. 20.

⁴⁸⁴ Bull, 29.

⁴⁸⁵ Es transición fue paulatina y fue posibilitada por varios factores, como la próspera colonización de los mormones que veían al desierto como un escape a la persecución, la gran demanda de carne en Estados Unidos de Europa, los inventos del arado y el alambre de púas, los ferrocarriles y la creciente población del Gran Desierto americano por exploradores, mineros ganaderos y, finalmente, granjeros, Hollon, *The Great American Desert. Then and Now*.

La otra designación utilizada por James Bull es la del *wilderness*. Entre sus diversos sentidos, estaba el religioso que, desde la Edad Media, se había usado para describir una región del dominio de los animales salvajes donde los humanos no tienen control. Los cristianos protestantes de la primera mitad del siglo XIX miraban el *wilderness* como un Desierto que debían poblar para llevar el evangelio y el republicanismo.⁴⁸⁶ Las caravanas de anglosajones que migraban al oeste de los Estados Unidos eran vistos, por sus correligionarios, como portadores de un encargo internándose en el *wilderness*. Incluso algunos misioneros católicos compartían la idea del *wilderness* como el símbolo de lo alejado de la civilización cristiana. Por ejemplo, el misionero jesuita Nicolas Point, contemporáneo de Bull, consideraba la tierra de los “Indios” como *the great wilderness*.⁴⁸⁷ En esa década de 1840, cuando Bull realizó su viaje por la Baja California, el México católico fue visto por los blancos protestantes como *wilderness* en la medida que negaba a su pueblo los frutos de un cristianismo puritano, es decir, un gobierno republicano, progreso económico y una vida moral alejada de la superstición y la ignorancia.⁴⁸⁸

Fuera del ámbito religioso, el *wilderness* podía referir a una “región no-cultivada e inhabitada por los seres humanos, ya sea bosque o planicie extensa, estéril (*barren*)”.⁴⁸⁹ Al igual que sucedía con *desert*, el *wildernes* no designada únicamente al bioma del desierto, pues podía también referir a bosques, selvas o tierras congeladas. La manera de ver el *wilderness* por parte de James Bull contrasta con la de otros viajeros contemporáneos europeos, que alternaban imágenes negativas con representaciones positivas, influencia de la corriente filosófica del Romanticismo. A diferencia del *wilderness* del siglo XVIII, los románticos no vieron un espacio de influencia del Satán, sino regiones predisuestas por la influencia de Dios. El Romanticismo implicaba un entusiasmo por lo extraño, remoto, solitario y sublime. Por eso los viajeros románticos preferían la naturaleza salvaje (*wild*) a lo

⁴⁸⁶ Enrique Rajchenberg y Catherine Héau Lambert, “¿Wilderness vs. desierto? Representaciones del septentrion mexicano en el siglo XIX”, *NORTEAMÉRICA* 4, núm. 2 (2009): 17-18. En la teología bíblica, coexisten dos sentidos del Desierto: como espacio de dominio de los demonios y del pecado, y de lugar donde se percibe con más claridad la presencia divina. Ambos sentidos pueden imbricarse, como la estancia de Jesús por cuarenta días en el Desierto siendo tentado por el Satán y respondiendo con oración, ayuno y citas de la Escritura.

⁴⁸⁷ “In the middle of a labyrinth of valleys formed by the *great wilderness*, is found the country of the Flatheads and Coeur d’Alenes”, Donnelly, *Wilderness Kingdom: Indian Life in the Rocky Mountains: 1840-1847. The Journals & Paintings of Nicolas Point, S. J.*, 14.

⁴⁸⁸ John C. Pinheiro, *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War* (New York: Oxford University Press, 2014), 140.

⁴⁸⁹ Webster, *An American Dictionary*, 1514.

civilizado de la ciudad.⁴⁹⁰ Junto con el Romanticismo, surgió el Primitivismo, que rechazaba la maldad “intrínseca” de la civilización y proponía un entusiasmo por los beneficios de la naturaleza salvaje y la vida primitiva.⁴⁹¹ Esas ideas acerca del *wilderness* como naturaleza salvaje -en sentido positivo- persistió en la literatura e historiografía del siglo XX.⁴⁹²

Esa romanización de la naturaleza salvaje (*wilderness*) y crítica a lo civilizado no está explícita en el diario de Bull, pero sí lo está en su consideración del “indio salvaje” (*wild Indian*), como veremos más adelante. En el diario de Bull la connotación religiosa sobre el Desierto, ya sea como *Desert* o como *wilderness*, no es tan evidente. Más bien, se refiere a un espacio de incertidumbre, alejado del control de los viajeros, distante de los pocos lugares de civilización. Por ejemplo, hablando acerca del pinole, la comida de los viajeros bajacalifornianos, aseguró que era una provisión tolerable para el *wilderness*, junto con leche (*milk*) y miel (*sugar*). Para un cristiano episcopal, la relación Desierto-leche-miel, sin duda, era una alusión al viaje que realizó el pueblo hebreo, al salir de Egipto, por un Desierto hacia una tierra prometida que manaba leche y miel.⁴⁹³ En ese *wilderness*, Bull tendría por delante su camino de espinas, peligros y sed, al igual que el pueblo hebreo. Ya sea como un Desierto “dominado” por la ingeniosidad de los jesuitas, o como un espacio de lejanía de lo civilizado/cristianizado, Bull impregnó su experiencia religiosa en el paisaje que observó y describió en su diario.

Geografía del paisaje: esterilidad y ruina

Para James Bull, el “Desierto” de Baja California era, sobre todo, esterilidad (*barren*). Apenas comenzando su narración, para hablar sobre el entorno geográfico de Mulegé, asentó en su diario: “Alrededor, en cualquier dirección, excepto por la bahía, hay montañas estériles

⁴⁹⁰ Roderick Nash, *Wilderness and the American Mind*, 3a ed. (New Haven - London: Yale University Press, 1982), 47.

⁴⁹¹ George H. Stankey, “Beyond the Campfire’s Light: Historical Roots of the Wilderness Concept”, *Natural Resources Journal* 29, núm. 1 (1989): 15-16.

⁴⁹² El novelista romántico y naturalista William H. Hudson -nacido en la Argentina- escribió sobre la Pampa como un *wilderness*, “que permite rearticular la dicotomía sarmientina entre civilización y barbarie, donde la naturaleza adquiere una valoración positiva en contraposición a la artificiosidad de la vida civilizada”, Carolina Maranguello, “La muerte más perfecta: Días de ocio en la Patagonia de William Henry Hudson”, *Iberoamericana* 23, núm. 83 (el 24 de julio de 2023): 114.

⁴⁹³ Distintos versos del antiguo testamento hacen referencia al camino por el Desierto hacia la tierra que manaba leche y miel, por ejemplo, Números 16,13; Josué 5,6; Ezequiel 2015. La traducción inglesa de la Biblia más leída en el siglo XIX, la versión King James, traduce el término hebreo *midbar* como *wilderness*, el lugar simbólico habitado por los demonios y de las tentaciones para el pueblo de Israel y para Jesús, el hijo de Dios.

(*barren*), desoladas y de aspecto sombrío, cuya única producción es la cholle [sic]”.⁴⁹⁴ Ya cuando comenzó el viaje, tomó su largo trayecto por una zona (*country*) inhabitada y estéril (*uninhabited and barren*).

Otro viajero, contemporáneo a Bull, que también hizo un viaje por la Baja California fue el general de la Marina de los Estados Unidos, Joseph Revere. En 1847, tres años después del viaje de Bull, realizó una incursión de invasión a la Baja California, que dos años después publicó en género de memorias. En su recuento, escribió sobre la Baja California: “Un acercamiento más cuidadoso pronto descubrirá su carácter estéril (*barren*)”.⁴⁹⁵ De igual manera, el viajero *fourty-niner* ya mencionado antes, William Smith, describió de esta forma el paisaje al llegar a la misión de Santa María de los Ángeles: “No podíamos imaginar por qué los Padres siquiera construyeron una iglesia en ese lugar inhabitado y estéril (*uninhabited and barren*). Tan estéril era que no había signos en muchas millas, en cualquier dirección, de cualquiera que haya vivido ahí”.⁴⁹⁶

Conceptos como *barren*, *sterile* y *arid* conformaban el campo semántico para indicar un Gran Desierto imaginado para las planicies de los Estados Unidos.⁴⁹⁷ Estos mismos conceptos fueron aplicados al paisaje bajacaliforniano por James Bull y otros viajeros contemporáneos, como se ha visto con los ejemplos anteriores. En ese Desierto estéril nada podía prosperar. El agua era escasa por todo el camino: “Por una distancia de al menos 100 millas, no hay sino una sola gota de agua”.⁴⁹⁸ El Desierto estéril es pues, relacionado con la falta de agua, de inapreciable valor en una “tierra sedienta”.⁴⁹⁹ Atrás habían quedado los relatos de Link y Serra en que el agua podía ser encontrada con facilidad, probablemente en meses de tormentas y chubascos. A Bull y su comunidad viajera les habría tocado un año de sequía, donde la única agua que podía salvar sus vidas era la que llevaban consigo en su bota de piel.

⁴⁹⁴ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 19.

⁴⁹⁵ Joseph Warren Revere, *A Tour of Duty in California; Including a Description of the Gold Region: and An Account of the Voyage Around Cape Horn; with Notices of Lower California, the Gulf and Pacific coasts, and the Principal Events Attending the Conquest of the Californians*, ed. Joseph N. Balestier (Boston: C. S. Francis & Co., 1849), 289 [traducción personal].

⁴⁹⁶ Smith, “A Journey to California in 1849”, 494.

⁴⁹⁷ Allen, “The Garden-Desert Continuum. Competing Views of the Great Plains in the Nineteenth Century”, 209.

⁴⁹⁸ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 43.

⁴⁹⁹ “It showed strongly the value of water in such a thirsty land”, Smith, “A Journey to California in 1849”, 494.

La idea del Desierto hostil (*The Great American Desert*) en las grandes planicies, en el imaginario de los blancos del este de los Estados Unidos a comienzos del siglo XIX, poco a poco se fue transformando para dar paso a una tierra árida, susceptible de ser transformada por la irrigación.⁵⁰⁰ Para Bull, solo unos pocos y pequeños lugares con suficiente agua para irrigación podían ser considerados excepciones a la esterilidad del paisaje; eran jardines-oasis en medio del Desierto. Con respecto a Mulegé escribió: “Las casas están asentadas junto a los lados de un pequeño arroyo (*stream*) el cual sirve para irrigar (*to water*) los jardines (*gardens*) de aquellos que viven en este oasis”.⁵⁰¹ En ese *garden* se podían encontrar árboles frutales como higos, olivos, vino, dátiles, naranjas y grandas “en abundancia”. Lo mismo repite para las misiones de San Ignacio, Santa Gertrudis y El Rosario, donde compara a los *gardens* con las huertas. Es de suponer que Bull estaba pensando en el mítico jardín (*garden*) del Edén en el relato bíblico creacional, que tenía “toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar” (Génesis 2,9) y un río (*stream*) que regaba ese jardín. Pero esos oasis eran solo tres en el Desierto; será con el viajero William Gabb que los jardines ocuparán un lugar preponderante en su relato.

Si la esterilidad era lo que acaparaba la geografía del paisaje del camino del viaje de James Bull, la “ruina” era lo que marcaba las poblaciones en las que decidió pasar algunos días, principalmente con respecto a los templos misionales. En Mulegé, el viajero miró, *sobre una colina*, las *ruinas* de la iglesia que los jesuitas habían fundado en el año de 1770. En Santa Gertrudis, llegaron a la misión *abandonada* que ahora estaba en posesión de una o dos familias de indios, “yendo rápidamente a la ruina”. En la visita de Calamajué, *a la distancia* divisaron las *ruinas* de un establecimiento construido por los Frailes Dominicos, una imprecisión histórica. Después pasaron por la misión *abandonada* de las *ruinas* del edificio de Santa María. En el diario existe, entonces, una reiteración de las ruinas (*ruins*) relacionadas con el abandono y el deterioro de una civilización española.

Las ruinas, para los viajeros románticos de finales del siglo XVIII y principios del XIX, remiten a un pasado lejano, materialidad de una nostalgia de un tiempo que es expulsado del presente. De hecho, el análisis de vestigios históricos de la antigüedad fue uno de los cambios en los viajeros. No fueron del interés de los ilustrados, sino de los

⁵⁰⁰ Samaniego López, *Cuencas internacionales y construcción del espacio fronterizo. Paradojas y significados futuros de una relación*, 34-35.

⁵⁰¹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 19.

románticos.⁵⁰² En palabras del antropólogo Marc Augé, las ruinas añaden a la naturaleza algo que ya no es historia pero que sigue siendo temporal.⁵⁰³ Sin embargo, a diferencia de los viajeros del romanticismo que miraban en ellas la melancolía de los vestigios de las grandes civilizaciones del pasado,⁵⁰⁴ Bull consideraba que esas ruinas eran residuos de una civilización española-católica que había provocado la miseria de los indios. Así, las ruinas de la iglesia de Mulegé simbolizaban el esfuerzo de los jesuitas por beneficiar a unos cuantos conversos dispersos y miserables (*scattered and miserable*).⁵⁰⁵ Las de Calamajué, que Bull atribuyó erróneamente a los dominicos, no tenía otra cosa que unas cuantas paredes de adobe que añadían un aspecto de penumbra (*gloom*) al lugar. Las ruinas de la misión de San Fernando le recordaban los bárbaros (*barbarity*) y crueles tratos que los franciscanos y soldados infligieron a los pobres indios, un cambio significativo con respecto al diario de Wenceslao Link, para quien los bárbaros eran los indios.

Las ruinas no provocaban el asombro ni la admiración de James Bull, sino un sentimiento de pesar. No obstante, sintió un poco de alivio cuando llegó a San Ignacio, después de haber viajado unos días por “la región (*country*) más desoladora (*desolate*) que jamás había visto”.⁵⁰⁶ Ruinas y esterilidad era lo que los viajeros estadounidenses observaron en la Baja California en la década de 1840. Por ejemplo, el viajero de 1849, William Smith, hizo un recuento de su recorrido para finalizar su diario, recordando que habían pasado por cinco o seis misiones en ruinas (*ruins*) y desiertas (*deserted*). Es decir, las ruinas eran la materialidad de un paisaje estéril y desolado, memoria de lo salvaje (*wild*) que casi había desaparecido.

La apreciación del paisaje como ruina y aridez, aparentemente, se aleja del binomio antropocéntrico utilidad/inutilidad de los dos viajeros anteriores, Link y Serra. Sin embargo, James Bull acude a un campo semántico propio del capitalismo para calificar lo que era provechoso (*profitable*) de lo que no lo era. En Mulegé, por ejemplo, consideraba que las

⁵⁰² Díaz Perera, “De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México: Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad”, 24.

⁵⁰³ Augé, *El tiempo en ruinas*, 46.

⁵⁰⁴ Alcaraz Herrera, “El viaje en el siglo XIX. La Grand Tour y el viaje pintoresco. Ideas sobre el paisaje”, 95. Una excepción a los viajeros de finales del siglo XVIII que hacían el Gran Tour por las antiguas civilizaciones griegas y romanas fue el viajero botánico Joseph Banks, que se embarcó por seis meses a las costas de Terranova y Labrador.

⁵⁰⁵ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 21.

⁵⁰⁶ Bull, 29.

ostras eran “el principal beneficio (*profit*)”, al comprar sus perlas a los indios buzos. De los jesuitas admiraba el beneficio (*benefit*) que pudieron obtener en el Desierto con unos cuantos y miserables conversos. Excepto por esos casos aislados de “utilidad” de los recursos naturales, Bull solo miró aridez y Desierto, un paisaje sombrío del que nada provechoso podía obtenerse.

Ese paisaje construido por Bull y otros viajeros contemporáneos contrasta con los biomas que conforman el espacio de Baja California, desde Mulegé hasta San Diego, uno de los estados más biodiversos de México, como hoy se resalta.⁵⁰⁷ En el paisaje estéril y desértico que plasmó Bull en su diario, desde Mulegé hasta El Rosario, algunos seres vivos no-humanos ocuparon renglones o párrafos completos. ¿Qué escribió sobre ellos el viajero estadounidense? ¿Ejercieron algún tipo de agencia en su viaje? ¿Podemos saber algo más de sus relaciones interespecies? Esas son preguntas que se intentarán responder en los siguientes apartados.

La vegetación de los paisajes: guerra y dulzor

En el Desierto estéril que James Bull construyó, junto con otros viajeros contemporáneos a él, parecería no haber cabida para la vida.⁵⁰⁸ Pero, aun así, en ese paisaje de muerte presentado por el viajero, dedicó varias líneas en su diario para diversas plantas que podríamos distinguir en ofensivas e inofensivas. Dentro de la familia de los cactus, la primera planta que describió fue la cholla [también escrita como choya]: “un vegetal sin hojas y con largas espinas afiladas apuntando (*shooting*) en toda dirección”.⁵⁰⁹ Las espinas que “disparan” son consideradas por Bull como un ataque hacia los humanos, que se tienen que “defender” de los ataques (*shooting*) de esa planta ofensiva (*offensive plant*) con chaparreras (*leggings*) confeccionadas con piel de venado.

Como se puede deducir del párrafo anterior, James Bull utiliza un campo semántico de su experiencia familiar en el campo de la milicia. Después de salir de San Ignacio con

⁵⁰⁷ El actual estado de Baja California tiene alrededor de 700 especies de plantas endémicas y 25 especies endémicas de fauna terrestre, Sergio Hiraes Lerec, “Baja California: Biodiversity Conservation and Sustainable Use in the north of Mexico, mayo 2016, en: postertool/mx-conabio-bajacalifornia-web.pdf.

⁵⁰⁸ Según Elizabeth Povinelli, el liberalismo tardío más reciente, en continuación con el del siglo XIX, ha implementado una serie de discursos, afectos y tácticas para mantener la relación actual de la distinción entre Vida y No-Vida, Povinelli, *Geontologies: A Requiem to Late Liberalism*, 4.

⁵⁰⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 19.

rumbo a Santa Gertrudis, escribió: “Entre los árboles de las colinas vimos la *cholle* [sic] con sus diez mil espinas”. Las espinas, para Bull, son la expresión “ofensiva” de la choya y otras cactáceas, lo que las convierte en unas plantas pavorosas (*dreadful plants*). En el diario recordó cómo su acompañante humano, Mr. Gilber, en una ocasión cayó de su mula hacia una choya que les causó heridas que, hasta el presente, podía sentir sus efectos dolorosos. La “agresividad” de las choyas es la perspectiva del viajero estadounidense, una visión que compartió con sus predecesores, los jesuitas Miguel del Barco y Wenceslao Link, que la calificaron de “inútil y dañosa”.⁵¹⁰ Estos viajeros, y otros humanos y no humanos, temieron a la choya y para evitar sus “ataques” modificaron sus rutas y adaptaron sus vestimentas, lo que denota la influencia de la planta en el agenciamiento de los viajes.

En la primera mitad del siglo XIX, Bull sostenía en su diario que las choyas y otros cactus “no tenían hojas”. En otra interpretación, desde el presente, y con las aportaciones de la ciencia biológica, la choya (*Cylindropuntia cholla*) es una cactácea cuyas espinas tienen una función defensiva. Las espinas tienen características que proporcionan sombra a la planta, “reflejan la adaptación de la planta a la luz solar intensa y a la depredación”.⁵¹¹ Ahora, desde la biología, se ve a las espinas como una evolución-adaptación de las hojas en las cactáceas para perder la mínima cantidad de agua posible. Esas hojas modificadas desempeñan funciones diversas: protección contra los herbívoros, resguardo contra la luz solar al evitar que la planta se caliente en exceso, que pierda clorofila y que el ADN sea dañado.⁵¹² Pero esas espinas que Bull consideró “ofensivas” también tienen sus interacciones con otros seres del ecosistema. Las hormigas y abejorros, por ejemplo, aprovechan una solución azucarada que segregan las espinas modificadas en nectarios extraflorales, y otros artrópodos beben de las gotas de agua que las espinas recolectan de la niebla. Los grupos originarios la península, con sus saberes sobre las choyas, utilizaban -ahora ya no- las espinas para usos medicinales y ceremoniales.

⁵¹⁰ Del Barco escribió en su apartado sobre los árboles de naturaleza irregular: “Esta totalmente inútil y dañosa cholla, se halla con frecuencia en todas partes”, Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 92.

⁵¹¹ “Choya de Baja California”, en *Enciclopedia de plantas* (<https://www.picturethisai.com/es/wiki/>).

⁵¹² Laura Yáñez Espinosa, Luz Elena Santiago Silverio, y Esmeralda Dimas Sánchez, “Características y funciones de las espinas de las cactáceas”, *Un acercamiento hacia la ecología de los desiertos mexicanos*, 2021, Sociedad Científica Mexicana de Ecología, disponible en: <https://scme.mx/category/ecoblog-mx/a2021-numvi-ecoblog-mx/>.

Además de la choya, Bull dedicó un párrafo a la biznaga, “que es incluso más espinosa que su compañera [la cholla]”. Después de dar las medidas sobre su altura y diámetro, aclara que no tiene ninguna hoja ni rama, pero que “en todas direcciones brotan (*shoot*) espinas largas y rígidas y ¡ay de aquel que se tope con una de estas *terribles plantas*”.⁵¹³ La perspectiva de este y otros viajeros respondía al imaginario de lo salvaje como peligroso y dañino. Ahora, otras aproximaciones de las Ciencias del Sistema Tierra dan cuenta la naturaleza de la planta en su rol dentro del ensamblaje del espacio de la Baja California. Existen 14 especies diferentes de biznagas en la península. Como lo ha señalado el investigador Alberto Tapia, “estos reservorios naturales resultan altamente atractivos como fuente de humedad y, convertidos en confitería, como energéticos”.⁵¹⁴ Para los indígenas y los rancheros de la Baja California, es una fortuna encontrarse con una de esas “terribles plantas”, que incluso han salvado la vida de animales humanos y no-humanos cuando el agua era difícil de encontrar.⁵¹⁵

Las únicas dos plantas que recibieron algún tipo de elogio del paisaje bajacaliforniano construido por James Bull fueron el árbol del mesquite y la pitaya. Cerca de Mulegé escribió: “En lugares puedes ver un pequeño árbol que permanece verde la mayor parte del año (llamado por los nativos mesquite [sic]). Las ramas de este árbol son la principal provisión (*provider*) de las mulas y el ganado de Baja California la mayor parte del año”.⁵¹⁶ Bull valora a los mezquites como plantas proveedoras de alimento para los integrantes de la comunidad viajera no humanos, como los caballos y las mulas. Aunque también tienen espinas, omite ese dato, pues puede provocar daños en la lengua y la boca de esos animales viajeros.

El mezquite de Baja California (*Neltuma articulata*), del género *Prosopis*, es un excelente agente que controla la erosión de la tierra y puede fijar nitrógeno, lo que ayuda a mejorar la fertilidad de los suelos.⁵¹⁷ Ese nitrógeno atmosférico fijado crea una simbiosis con

⁵¹³ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 35 [el énfasis es mío].

⁵¹⁴ Alberto Tapia, Landeros, “Ver, observar, interpretar. Guía para realizar una observación ambiental cualitativa”, en *Making Of. La práctica de la investigación sociocultural*, ed. Lilian Paola Ovalle Marroquín y Luis Arturo Ongay Flores (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2013), 223.

⁵¹⁵ Jorge Meza, habitante del ejido Nuevo Rosarito y propietario del Rancho El Cardonal, en el actual valle de los Cirios, me platicó en una conversación informal que las biznagas eran fuentes de agua para los caballos y mulas en cabalgatas de larga distancia.

⁵¹⁶ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 26. Y más adelante, al norte de la misión de San Borja: “La única pastura que podíamos encontrar aquí para nuestras pobres y fieles mulas eran las ramas y hojas de los árboles de mesquite y alguna hierba salina”, p. 45.

⁵¹⁷ Lino Gerardo Batista-Roche y José Ángel Huerta-Ocampo, “Mezquite: una planta alergénica de relevancia clínica en México”, *TIP Revista Especializada en Ciencias Químico-Biológicas* 24 (2021): 3.

bacterias en las raíces. Además, los mezquites son indicadores de la profundidad del manto freático, algo esencial en espacios de poca agua en superficie. Para animales no-humanos, los mezquites son tanto fuente de alimento como refugio del calor. Es común ver ganado y fauna silvestre recostados bajo la sombra de sus ramas a las horas más calurosas del día. Entonces, Bull tenía razón en apreciar como un proveedor alimenticio de sus mulas al mezquite, que también alimenta bacterias, animales y plantas que se resguardan bajo sus ramas y se alimentan de sus hojas y vainas. Los mezquites eran consumidos como alimento y usados como medicina desparasitante por los indígenas que formaban parte del ensamblaje de ese bioma por varios milenios.⁵¹⁸

James Bull comió varios frutos de la cactácea llamada pitaya y redactó al respecto: “nosotros frecuentemente paramos en el camino para coleccionar el fruto de la petalle [sic] dulce. Este fruto es el más delicioso que he probado en los trópicos”.⁵¹⁹ La pitaya agria (*Stenocereus gummosus*), que produce frutos dulces, es endémica de Baja California. Conuerdo con esa valoración del viajero, y también la comparten otros animales como hormigas, abejas y varias aves. De hecho, entre las aves y los frutos de la planta se crea una interacción de beneficio mutuo, ya que aves como el carpintero de Gila se deleitan con el sabor dulce del fruto y, a su vez, esparcen las semillas, pues solo consumen el contenido de los restos arilados que las cubren. En el proceso de digestión, cuando las semillas pasan por el tracto digestivo, se les proporciona escarificación a las semillas.⁵²⁰ Es decir, el cuerpo de James Bull interactuó con una cactácea que, a su vez, estaba inmersa en unas relaciones complejas y polifónicas con artrópodos, insectos, aves, roedores. Para que Bull probara ese dulce fruto, antes fue necesario unas imbricadas interacciones que incluyeron el paso de las semillas de la pitaya por el tracto digestivo de aves y el traslado de polen por abejas, en unas condiciones climáticas y características de la rizósfera, la zona propicia entre las raíces de las plantas y el

⁵¹⁸ Los indígenas de Sonora, por ejemplo, recolectaban en el verano la fruta del mezquite para secarla y convertirla en pinole y atole, Ignacio Pfefferkorn, *Descripción de la provincia de Sonora*, trad. Armando Hopkins Durazo, 3a ed. (Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora, 1983), 59. Actualmente, el mezquite es usado como desparasitante del ganado con mucha efectividad.

⁵¹⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 48. Es frecuente la confusión de la pitaya agria (*Stenocereus gummosus*) con la pitaya dulce (*Stenocereus thurberi*). Es paradójico, pero los frutos de la pitaya agria son más dulces que los de la pitaya dulce.

⁵²⁰ José Luis León de la Luz y Raymundo Domínguez Cadena, “Evaluación de la reproducción por semilla de la pitaya agria (*Stenocereus gummosus*) en Baja California Sur, México”, *Acta Botánica Mexicana* 14 (1991): 84. La escarificación es un proceso en que se raspa la semilla para obtener una mejor germinación. Aunque se puede hacer de manera artificial con herramientas o ácido, las aves lo hacen con su tracto digestivo.

suelo, con gran actividad microbiana. Aunque Bull no era consciente de ello, su presencia estaba siendo partícipe de ese ensamblaje paisajístico.

Los animales no humanos: labor y apego

En los viajes de Wenceslao Link y Junípero Serra los caballos y mulas eran parte de la comunidad viajera que, por primera vez, movilizaban sus cuerpos por la California, tanto en su parte peninsular como en su parte no peninsular. En cambio, con James Bull los caballos y las mulas se habían adaptado de tal manera al espacio geográfico que ya estaban adecuadas a los tipos de biomas, climas, terrenos y alimentos. Eran ya habitantes del espacio, aún con los desajustes en las relaciones que su presencia podía tener para los suelos, las plantas y otros animales. Como ya se dijo anteriormente, la comunidad viajera de Bull partió de Mulegé con dos mulas con la función de ser cargada de provisiones y equipaje.

En días inmediatos a la partida, cerca de la misión de San José de Comondú, Bull presenció el encuentro de esas mulas con los “lobos” o “chacales” que merodeaban a la comunidad en la oscuridad de la noche: “Esta noche dormimos con el cielo brillante como refugio, y solo ocasionalmente nos interrumpían los ladridos (*barking*) de los lobos (*wolves*) o chacales (*jackalls*). Nuestras mulas también se levantaban y resoplaban como si algún animal más formidable estuviera cerca”.⁵²¹ Los aullidos de los que seguramente eran coyotes pusieron en alerta a las mulas, y habrían resoplado para ahuyentarlos, lo que suscitó la redacción de todo un párrafo sobre las mulas de Baja California.

De acuerdo con Bull, nunca había conocido a ningún animal que pudiera realizar la misma cantidad de trabajo duro (*hard labour*) al que estaban sometidas esas útiles (*useful*) bestias en ese país (*country*), las cuales viven de las ramas de los árboles. Ellas -continúa el diario- realizarían (*perform*) más trabajo (*labour*) del que podrían hacer cualquiera de los corceles que estaban bien alimentados. Sus patas estaban endurecidas (*hardened*) por la tierra seca y eran capaces de viajar (*travel*) por donde un caballo bien herrado se lastimaría y probablemente no podría pasar. Bull añadió que esas mulas podían hacer un viaje (*journey*)

⁵²¹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 27. Ni lobos ni chacales habitaban en la península de Baja California en tiempos del viaje de Bull. Los chacales, inclusive, no son nativos del continente americano.

por tres días sin una sola gota de agua, excepto por la que recogían del ligero rocío que visita ese suelo árido (*arid country*).⁵²²

Para James Bull, las mulas formaban parte de la fuerza de trabajo con su dura labor de ser viajeras por un suelo difícil y con poca agua. En una percepción antropocéntrica, se valora la utilización de los animales en el trabajo como un triunfo de la “excepcionalidad” de los humanos: “La consignación de animales para actividades relacionadas con el trabajo habla de la especialización de los animales en alguna práctica en particular y se corresponde con la cultura de uso de los animales en el mundo”.⁵²³ La colaboración de animales como caballos, mulas y burros como proveedores de energía no era nuevo, pues estaba vinculada a distintas formas de domesticación.⁵²⁴ Pero fue en el siglo XIX, con la revolución industrial, que los caballos y mulas pasaron a formar parte de una fuerza de trabajo susceptible de mayor explotación por su labor en las fábricas y el transporte de mercancías, primero en Inglaterra y después en otros países del mundo.⁵²⁵

En el viaje de Bull, las mulas fueron empleadas como cargadoras. Esas mulas eran mercancías que se podían comprar, vender, intercambiar y desechar. Sin embargo, si se compara la relación de James Bull para con sus dos mulas, difiere mucho de la que sostuvo el viajero William Smith para con las mulas de su comunidad viajera en 1849. Bull, por ejemplo, en el trayecto entre San Borja y Santa María permaneció por tres días en ese “solitario y triste lugar” para poder dar descanso a las mulas y darles la oportunidad de reponerse (*recruit*) después de unos días severos.⁵²⁶ Al parecer, Bull ofrecía agua para beber a las mulas de su propia bota y les dejaba su tiempo para comer las ramas de los mezquites, “que las mulas hambrientas consumían con una voracidad que podría sorprender a cualquiera

⁵²² Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 28-29.

⁵²³ Artemio Cruz León, Tomás Martínez Saldaña, y Miguel Ángel Damián Huato, “Las mulas olvidadas por la historia agrícola colonial: una restitución”, *Agricultura, Sociedad y Desarrollo* 7, núm. 3 (2010): 228.

⁵²⁴ Si se incluye en la definición del trabajo actividades como la cacería, la domesticación del lobo y su devenir en perro doméstico, este ocurrió antes de la agricultura. La división del trabajo dentro y fuera de los espacios domésticos fue un aspecto relacionado a la domesticación animal. Así, “con la domesticación llegó la organización del trabajo en actividades especializadas dedicadas al cuidado y explotación de animales”, Blanca Irais Uribe Mendoza, “La domesticación animal: Apuntes sobre su origen e impacto en el orden social y biológico”, *Revista Latinoamericana de Estudios Animales* 1, núm. 8 (2021): 435.

⁵²⁵ En la edad media, los animales eran asistentes de los seres humanos. Pero a principios del siglo XIX, animales como caballos y mulas formaron parte de la fuerza de trabajo, hasta que la maquinaria fue expulsando a los caballos y mulas de las fábricas, a mediados de ese siglo, Hribal, *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos*, 122.

⁵²⁶ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 45.

que estuviera acostumbrado a ver la provisión que se hace para los caballos en nuestro país”.⁵²⁷ Se puede intuir, entonces, que la relación de Bull para con las mulas tenía componentes de afecto o, al menos, de interacción de ayuda mutua, como la relación que se tenía en las sociedades preindustriales.

En cambio, Smith compró, vendió y robó mulas y caballos en distintas poblaciones en su largo recorrido desde San José del Cabo hasta San Diego. Solo conservó a una mula “valiosa” (*valuable*) gran parte del viaje, incluso cuando se la quisieron comprar (*buy*) o intercambiar (*trade*), hasta que -según su relato- el villano asesino [el indio alcalde de San Ignacio] se la robó en las montañas y pedía un precio exorbitante por cualquier otra mula.⁵²⁸ En represalia, Smith y sus acompañantes “tomaron posesión” de la mejor mula del alcalde y escaparon. En la prosecución de su viaje, caballos y mulas murieron y fueron abandonados en el camino, por inanición y por sed. Es decir, para ambos viajeros las mulas eran consideradas seres susceptibles de ser aprovechados por sus capacidades, pero la relación de afecto de cada viajero para con esos animales no-humanos era visiblemente distinta.

En este aspecto conviene hacer una digresión para recordar el episodio del burricidio en el relato viajero de Junípero Serra. De acuerdo con el análisis del capítulo anterior, los animales de la comunidad viajera, como el asno, tenían un valor material y simbólico que los hacía acreedores de algunas protecciones, cuidados y privilegios. Para mediados del siglo XIX, en cambio, según el relato de Bull y otros viajeros contemporáneos, esos mismos animales habían transitado al estatus de mercancías que prestan su labor como trabajadores, pero que pueden ser comprados, vendidos e intercambiados por sus “propietarios” humanos y, en algunos casos, explotados y violentados en sus cuerpos.

Ningún otro animal capturó tanto el asombro del viajero como la nutria de mar (*Enhydra Iutris*). James Bull permaneció dos meses en la antigua misión dominica de Nuestra Señora del Rosario, donde habitó entre los “nutreros”. De acuerdo con él, en la costa cercana a esa población (*neighborhood*) es donde más se podía encontrar en grandes números; más que en ninguna otra parte de la costa.⁵²⁹ Esos nutreros eran compatriotas (*countrymen*) de Bull y todos extranjeros (*foreigners*), como lo había constatado unos años antes el viajero

⁵²⁷ Bull, 45.

⁵²⁸ Smith, “A Journey to California in 1849”, 491.

⁵²⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 53.

ruso F. P. Wrángel.⁵³⁰ Y ciertamente no eran los primeros en cazar nutrias y sacar algún provecho de sus pieles. En 1602, el navegante Sebastián Vizcaíno apuntó que los indígenas de la California utilizaban la piel de nutria marina para vestimentas, capas, ropa de cama y carcajes para las flechas. También los dos viajeros anteriores de esta investigación, Wenceslao Link y Junípero Serra, dieron noticia de este uso de la piel de nutria.⁵³¹ Sin embargo, ciertas investigaciones sugieren que la caza de algunas nutrias marinas por parte de los grupos originarios californios no respondía tanto a la utilización de su carne o de su piel, sino a una cuestión de competencia por los moluscos que tanto agradaban a los indígenas.⁵³²

Para finales del siglo XVIII, la cacería de nutria de mar en las costas de ambas Californias había aumentado de manera exponencial. En una sola temporada se podían obtener de 3,000 a 8,118 pieles para ser enviadas a Monterey para el comercio con Cantón, en China.⁵³³ Como vimos en el capítulo anterior, cazadores y comerciantes rusos, ingleses y estadounidenses comenzaron una cacería en aumento en un comercio global del Pacífico desde mediados de ese siglo. Pero las publicaciones de los diarios del capitán inglés James Cook con noticias del enorme valor que las pieles de nutrias adquirían en el mercado de China, aunado a los adelantos tecnológicos de las embarcaciones de vapor, generó una vorágine por la depredación de las nutrias en toda la costa de las Californias. El comercio global capitalista entorno a las pieles de nutria, desde finales del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XIX ha sido estudiado ya por algunos autores desde distintos enfoques de la historia.⁵³⁴

⁵³⁰ En sus memorias del viaje realizado en 1836, el diplomático ruso escribió sobre la caza de nutrias en las Californias: “Aventureros extranjeros navegan merodeando por las costas de California para cazar castores en estos mares, sin que ello reporte provecho alguno a la propia California”, Ferdinand P. Wrángel, *De Sitka a San Petersburgo a través de México* (México: Secretaría de Educación Pública, 1975), 110.

⁵³¹ En el recuento que hizo Miguel del Barco sobre la exploración de Wenceslao Link se dice= que este tuvo encuentros con mujeres indígenas que vestían con una piel de venado, berrendo o nutria colgada de la cintura, Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 342-343. Junípero Serra escribió en su diario que las mujeres traían en su cabeza un género de corona de piel de nutria, Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 93.

⁵³² Las nutrias marinas, como consumidores furtivos de la fauna bentónica, pueden causar mermas de esa población de moluscos y otros invertebrados en poco tiempo, Guía Ramírez, “Entre la extinción y el recuerdo: el papel de la nutria entre los antiguos californios”, 214.

⁵³³ Juan Pablo Gallo-Reynoso, “Perspectiva histórica de las Nutrias en México”, *Therya* 4, núm. 2 (2013): 196.

⁵³⁴ Solo por mencionar dos de los estudios más recientes, se ha analizado el auge del comercio de pieles de nutrias en el contexto de una circulación global de informaciones, verídicas y falsas, incluyendo diarios de viaje, en la coyuntura del surgimiento de estados nacionales en pugna, Pablo Ortega Del Cerro, “Informar, especular, comerciar: El proyecto de comercio de pieles de nutria entre América y Filipinas de Alejandro Malaspina”,

Conforme a los objetivos de esta tesis, sin embargo, cabe preguntarnos sobre el ensamblaje de las nutrias marinas en la ecorregión bajacaliforniana y, de ser el caso, su influencia o impacto en el paisaje narrado por James Bull. A diferencia de otros mamíferos, las nutrias marinas no cuentan con una capa de grasa que les ayude a mantenerse calientes en las heladas aguas del Pacífico. En lugar de ello, tienen el pelaje más denso de todos los mamíferos; es tan denso, que tienen alrededor de un millón de pelos por cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Su pelaje tiene dos capas, una interna y otra protectora más larga superior. Eso les permite atrapar el aire, evitando que el agua entre en contacto con la piel. Para lograr mantener el aire atrapado, su pelaje debe estar impecable, por lo que deben limpiarlo constantemente.⁵³⁵

El rango de la nutria marina se extendía desde Hokkaido (isla japonesa), el archipiélago Kuril (entre Japón y Rusia), la península rusa de Kamchatka, las islas aleutianas (Alaska), y la costa del Pacífico norteamericano hasta Baja California. Pero, en todo ese hábitat, eran tres especies de nutrias marinas las que tenían su presencia e interactuaban con el ecosistema. De las tres, la especie que habitaba la península bajacaliforniana era la que tenía el pelaje menos denso, pues era la que vivía en el agua menos helada. Por esa razón, sus pieles fueron menos cotizadas en el siglo XVIII que las de la especie que habitaba las islas aleutianas.⁵³⁶ Para el siglo XIX la disminución poblacional de nutrias de los archipiélagos rusos -Alaska perteneció a Rusia hasta 1867- impulsó la caza de la nutria en las costas bajacalifornianas.

Esas características tan peculiares de la piel de la nutria marina del Pacífico fueron, de manera paradójica, la causa de su declive y casi extinción por su caza indiscriminada en los siglos XIX y XX. Según escribió James Bull en su diario, una piel de nutria podía ser vendida en el mercado por 30 o 40 dólares, pues su “pelaje es muy fino (*very fine*) y largo”,

Temas Americanistas, núm. 51 (2023): 104–130. Desde la historia económica, también se ha analizado el frenesí (*rush*) de la piel de nutria (*soft gold*) en el creciente auge de una economía capitalista del Océano Pacífico, donde las interacciones entre China, Filipinas y las Californias iban en aumento, Arturo Giráldez y Analiese Richard, “‘Soft Gold’ Before the Gold Rush: Sea Otter Pelts in the ‘Competitive Expansion’ of Merchant Capitalism and the Creation of a Pacific Ocean Economy”, *Historia Crítica*, núm. 89 (2023): 183-207.

⁵³⁵ “Sea Otters Fur Facts”, en: *Catalina Island Marine Institute Blog*, 11 de mayo, 2024, disponible en: <https://cimi.org/blog/>

⁵³⁶ “La expansión económica, poblacional y territorial sin precedentes de China en el siglo XVIII significó que los mercados globales de productos con poca demanda en ese imperio, como la plata y las pieles, se expandieron rápida y drásticamente”, Giráldez y Richard, “‘Soft Gold’ Before the Gold Rush: Sea Otter Pelts in the ‘Competitive Expansion’ of Merchant Capitalism and the Creation of a Pacific Ocean Economy”, 188 [Traducción personal].

con un color marrón oscuro intenso.⁵³⁷ Como han evidenciado autores como Elizabeth Kolbert o Tom Van Dooren, los efectos que puede traer consigo la extinción de una especie en el ensamblaje de una región pueden ser dramáticos e irreversibles, sobre todo con la velocidad en la que se están efectuando.⁵³⁸ En ese sentido, aunque desconozco estudios sobre el impacto que ha tenido la casi extinción de las nutrias marinas en el Pacífico, se pueden aventurar algunas intuiciones al respecto.

James Bull escribió: “La nutria nunca está en tierra firme (*land*). Se alimenta exclusivamente de mariscos (*shell fish*) que recoge en los bosques de algas (*kelp*) o hierba marina (*seaweed*) que abundan en esta costa”.⁵³⁹ Las nutrias marinas juegan un rol fundamental, según la biología actual, en la cadena trófica en donde viven. Les gusta comer cangrejos, y a los cangrejos les gusta comer pasto marino (*seagrass*). Ellas controlan la abundancia de cangrejos y los cangrejos controlan la abundancia de pasto marino en el ecosistema oceánico.⁵⁴⁰ También se alimentan de erizos marinos y otros invertebrados que, a su vez, se alimentan de los bosques de algas. Al controlar la población de esos herbívoros, contribuyen al florecimiento de los bosques de algas. Puesto que los bosques de algas absorben dióxido de carbono de la atmósfera, 20 veces más que un bosque en tierra, su disminución conlleva una saturación del carbono en la atmósfera.⁵⁴¹ De acuerdo con esto, la extinción de la nutria marina por la caza del ser humano para el comercio de su piel tendría algunas consecuencias para el calentamiento global y, consecuentemente, para el peligro de extinción de otras especies.

James Bull describió la forma en que los extranjeros cazaban a las nutrias. Tres hombres abordaban una canoa (*small boat clinker*), donde uno fungía como remero, otro como timonel y uno más era el cazador. La cacería se realizaba por tres canoas trabajando en

⁵³⁷ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 55.

⁵³⁸ En el Antropoceno, el ser humano es la principal causa de extinción y desespeciación. La aceleración de extinción de especies comenzó en el siglo XIX, aunque fue en el XX que las tasas son cientos o miles de veces más rápidas que las llamadas tasas de extinción de fondo, propias de los tiempos geológicos, Elizabeth Kolbert, *Bajo un cielo blanco. Cómo los humanos estamos creando la naturaleza del futuro*, trad. Juan Lluís Riera (Barcelona: Crítica, 2021), 68. Con eso concuerda Tom Van Dooren, quien ha sostenido que vivimos en un periodo de “*mass extinction*”. Para el autor, la extinción de una sola especie, por sus relaciones con otras especies, presenta un peligro para la biodiversidad del futuro, Van Dooren, *Flight Ways*, 38.

⁵³⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 55.

⁵⁴⁰ Jessica Wingar, “Sea Otters: Their Role in Controlling the Abundance of Other Organisms”, 2 de enero 2014, *University of Miami-Shark Research*, en: shark.research.earth.miami.edu.

⁵⁴¹ “Sea Otters and Climate Change: The Unseen Connotation”, 27 noviembre 2023, Sea Otter Foundation & Trust, seaotterfoundationtrust.org.

conjunto. Cuando miraban una nutria, comenzaban a dispararle con rifles sin dejarla escapar, hasta que se cansaba. Les era complicado acertar un tiro desde una canoa en movimiento en el mar del Pacífico, pero al final lograba alguno dar un tiro en la cabeza del animal. Bull no declara si alguna vez participó en una de esas escenas donde se daba muerte a una nutria, o si solo presenció el asesinato desde la costa.

Se nota alguna pista de empatía para con la especie, ya que enseguida ofrece un detallado relato de los hábitos (*habits*) de la nutria que, según escribió, para ese año de 1844 sus números ya se habían reducido mucho, cuando alguna vez fue abundante en la costa de California. Sin embargo, la identificación de esos hábitos era necesaria para que los cazadores pudieran distinguirlos de las focas, cuyas pieles no eran apreciadas. En la descripción de Bull, “[La nutria] no puede nadar tan rápido ni permanecer tanto tiempo bajo el agua como la foca; quizás el tiempo máximo que puede permanecer bajo el agua sea de 3 o 4 minutos”.⁵⁴² Esa condición de nadar lento y no poder permanecer por más de cuatro minutos bajo el agua era lo que precisamente la hacía vulnerable ante el acoso y la violencia de los cazadores.

Enseguida Bull ofrece un recuento emotivo de la relación de las hembras para con sus crías: “La hembra es muy apegada a sus crías y rara vez las abandona a menos que estén heridas. Lleva a su cría en brazos como una mujer (*She carries her young in her arms like a woman*) y con frecuencia sale a la superficie para darles la oportunidad de respirar”.⁵⁴³ Es de resaltar que Bull utilice pronombres personales (*he/she*) para las nutrias, en lugar del genérico *it*. De acuerdo con esa información transmitida por el viajero, madres e hijos/hijas desarrollaban una relación íntima de apego (*The female is much attached to her young*). Podemos imaginar, entonces, la conmoción que debían sentir las crías al presenciar el asesinato de su madre, dejando un banco de nutrias con varios huérfanos, que de igual manera quedaban destinados a la muerte.⁵⁴⁴ La información ofrecida por Bull sobre la nutria como un ser de hábito comunitario (*gregarious*) pudiera indicar que el apego (*attachment*) no era

⁵⁴² Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 55.

⁵⁴³ Bull, 55. El viajero no aclara si había preferencia por la caza de machos -corporalmente más grandes o por las hembras. Tampoco se sabe si se prefería matar a los adultos sobre los jóvenes. Solo una frase de su diario sugiere que se buscaba con preferencia a las pieles de los adultos: “Los viejos tienen un buen pelo (*good hair*) alrededor de la cabeza”.

⁵⁴⁴ Los hijos/hijas de las nutrias marinas dependen por completo de sus madres de seis a ocho meses. El denso pelaje de las crías atrapa tanto aire que no pueden bucear y flotan como “corchos”. Por eso las madres dejan a sus crías acurrucadas entre las algas marinas cuando salen a buscar presas para alimentarlas, “A Brief natural History of Sea Otters”, 2024, en: *Sea Otter Savvy*, online.

solo para con su hijo (*young*), sino para con su comunidad (*shoal*). En ese sentido, no es descabellado suponer algún tipo de “duelo” por la pérdida de un ser de la comunidad.⁵⁴⁵

Pero lo que más sorprendió al estadounidense fue la anécdota que le contó uno de los cazadores: “Un cazador me contó un caso del apego de la nutria hembra a su cría que es digno de mención. Después de que él hubo matado a la cría, la madre se acercó al bote, fue herida por una bala, pero vio dónde estaba su cría, la tomó en sus brazos y, al bajar, él no vio más a ninguna de las dos”.⁵⁴⁶ Esa anécdota, para ser comunicada por Bull en sus memorias, debió impactar en su experiencia. Por supuesto, no tomó acciones para frenar o disminuir la cacería de nutrias marinas. Sin embargo, la intencionalidad de transmitir el apego de las madres a sus hijos/hijas quizá pretendía una sensibilidad del lector.

Las nutrias, continúa Bull, utilizaban una piedra que llevaban en su mano (*hand*) para, con ella, golpear al molusco contra otra roca y poder así abrirla y comerla. Esa habilidad de utilizar herramientas parece haber sorprendido a Bull. El viajero resolvió quedarse por dos meses en esa población de El Rosario, acompañando a los nutreros extranjeros, aunque es posible que también los indígenas y mexicanos participaran de esas cacerías de nutria.⁵⁴⁷

Los animales humanos: trabajo y fandango

El viajero Wenceslao Link había categorizado a los otros humanos principalmente como *gentiles*, y Junípero Serra los había definido genéricamente como *infieles*. En ambos casos, lo humanos ensamblado al paisaje eran indígenas originarios de la California. Con James Bull los otros humanos se diversificaron. Los indios (*Indians*) ya no podían ser divididos en cristianos y no-cristianos, como en los dos viajeros mencionados, sino que ahora eran puestos bajo el dualismo ciudadanos/salvajes (*wild-men*). Bull utilizó, en una ocasión, el concepto *civilización* para designar al ideal humanista que habían impuesto los franciscanos: “Sus ojos

⁵⁴⁵ Van Dooren ha estudiado, por ejemplo, cómo los cuervos de Hawai desarrollan sentimientos y ritos de duelo (*mourning*) ante la pérdida de uno de los suyos, Van Dooren, *Flight Ways*, 125-144. Históricamente, se sabe que otros animales sin domesticar (*wild*) expresan su duelo emitiendo aullidos, deambulando sin rumbo o reorganizando su comunidad (manada, banco, parvada), Karissa Bennet, “How Animals Grieve”, 2 de agosto 2020, *Animal Health Articles*, en: Colorado State University, online.

⁵⁴⁶ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 56.

⁵⁴⁷ Solo una década después del viaje de Bull, el militar Francisco Castillo vistió las poblaciones de la Baja California y esto escribió sobre El Rosario: “Los habitantes de esta misión se dedican además de sus labores, a la pesca de nutria que abunda en la costa como también el elefante marino cuyo aceite es bueno para alumbrar”, Francisco Castillo Negrete, “Geografía y estadística de la Baja California, 1853”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* 7 (1859): 349.

[del sacerdote Ignacio Ramírez] se llenaron de lágrimas cuando me dijo que la mano de la civilización (*the hand of civilization*) trajo destrucción a la raza [de los indios]”.⁵⁴⁸ En el siglo XVIII, lo civilizado denominaba a lo culto, cortés, afable o refinado -opuesto a lo rústico del campesino-, pero a principios del XIX la civilización fue entendida como progreso, en el doble sentido moral y material.⁵⁴⁹ La existencia de ciudades es lo que designaba a las sociedades como civilizaciones, y sus humanos civilizados eran llamados ciudadanos, identificados con sus naciones (mexicanos o estadounidenses). Eran ciudadanos que, al igual que el diario de Serra, compartían la naturaleza corpórea con otros animales.

James Bull habló de “animales” con respecto a las mulas y a las nutrias. Pero una frase de su diario relativa al agua sulfurosa que encontraron en las inmediaciones de Calamajué, un lugar “remarcable por su riqueza de minerales” -tema que William Gabb desarrollará en su diario- sugiere la corporeidad común de animales humanos y no-humanos: “Se ha dicho que los hombres (*men*) han muerto por beberla [aguas impregnadas con nitrato de sal], y no tengo dudas de su mortalidad, que evidentemente ha producido en *otros* animales”.⁵⁵⁰ Entonces, tanto humanos como animales tienen las mismas necesidades orgánicas de comida y bebida. Como se propuso en los apartados anteriores, los animales son trabajadores (*labour*) y sensibles; las plantas pueden ser ofensivas y salvajes (*wild*).

Pues bien, lo mismo puede ser percibido en el diario respecto a los humanos. Los habitantes originarios del Desierto estéril eran los “indios”. Si la característica del Desierto era su desolación, el espacio donde “no hay nada” -a pesar de siempre estar observando plantas y animales-, entonces la consecuencia lógica, en la perspectiva de Bull, era la extinción de los indios nativos. Una y otra vez Bull repite que ya no “se ven” los indios de la Baja California, como cuando hablaba de la labor (*labour*) de los sacerdotes católicos en las misiones: “Cada pequeño trozo de tierra al que se pudiera llevar agua produce su rica cosecha, pero el indio en cuyo beneficio se dice que trabajaban estos sacerdotes ya no se ve en su tierra natal”.⁵⁵¹ La civilización traída por esos sacerdotes “destruyó” su raza.

⁵⁴⁸ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 32-33.

⁵⁴⁹ André Nunes de Azevedo, “La génesis y el desarrollo de la idea de civilización en Europa”, *Estudios Históricos* 8, núm. 17 (2016): 1–18. El autor destaca que, en la idea de civilización del siglo XIX, además de los valores morales e intelectuales, estaba imbricada la idea de desarrollo material. Las connotaciones de desarrollo o progreso implican, necesariamente, un sesgo de superioridad ante un mundo que se domina.

⁵⁵⁰ Bull, 44 [el énfasis es mío].

⁵⁵¹ Bull, 20.

Sin embargo, los “indios” siempre están ahí, formando parte de la narrativa del diario de Bull, como personajes secundarios. De acuerdo con las descripciones de su diario, los indios se habían adaptado a las nuevas circunstancias históricas de Baja California. Cerca de Mulegé, en el Golfo de California, por ejemplo, los indios trabajaban en la pesca de perlas. La experiencia de los indios californios como buzos fue aprovechada por comerciantes extranjeros que se habían hecho del negocio de la pesca y comercialización de las perlas en costas del Golfo.⁵⁵² El buceo profundo de los indígenas, como parte de su trabajo (*labour*), implicaba un gran peligro para sus cuerpos, con riesgos serios para su salud y posibilidades reales de perder la vida, como lo constató el viajero Albert Gilliam: “La perla se obtiene con gran riesgo para la vida de los indios, que se sumergen a profundidades sorprendentes en busca de ella”.⁵⁵³ La novedad no esa actividad no estaba en el buceo en sí; la adaptación estaba en la inclusión de esa labor en la economía de mercado del siglo XIX.

Cuando James Bull llegó a la misión de Santa Gertrudis, encontró dos familias de “indios”. Ellos continuaban el trabajo (*labour*) de los sacerdotes que habían fundado la misión al cultivar la tierra e, incluso, preparar un muy buen vino.⁵⁵⁴ Pero la intención de Bull no era describir la participación de esos indígenas en sus labores. Su intención era destacar la crueldad de los sacerdotes franciscanos -aun cuando fueron los jesuitas los fundadores de la misión- y los “cruelles” soldados españoles, como lo escribió a propósito de la vida en el pasado de la misión Santa María:

[Los indios] fueron obligados a trabajos forzados (*work hard*) desde el amanecer hasta el anochecer (*dark*), con un escaso suministro de gachas de harina de maíz (*cornmeal gruel*), y si alguno de ellos se hundía bajo el peso de sus trabajos (*labours*) y aflicciones, a veces se les permitía el descanso de un día o dos. Si no se recuperaban en ese tiempo, se les ordenaba que trabajaran (*work*) de nuevo y en muchos casos morían por el látigo. Así fue disminuyendo la raza y desapareciendo hasta que solo quedaron unos poco mutilados, cojos y ciegos para contar la historia de sus desgracias.⁵⁵⁵

⁵⁵² Desde mediados del siglo XVIII, los cochimíes eran abusados por los yaquis para extraer perlas del Golfo, Morales Sarabia, “La expedición por la costa oriental de la Antigua California de Fernando Consag (1746). Una mirada etnográfica a sus prácticas cartográficas”, 187. En el diario de Junípero Serra, este narró cómo un indio se tiró a una poza profunda, cerca de la actual población de San Telmo: “Delante de mí un indio buzo se tiró de cabeza en la mera orilla, y después de haber estado largo rato bajo el agua, salió allá mismo y dijo no haber podido llegar a lo más profundo”, Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*. 80.

⁵⁵³ Gilliam, *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, 382.

⁵⁵⁴ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 36-37.

⁵⁵⁵ Bull, 51.

En otras palabras, James Bull construye un paisaje donde los indígenas no son vistos. Acude a la retórica de la desaparición de la raza con la finalidad de dramatizar la “crueldad” de misioneros y soldados españoles que les impusieron trabajos tan pesados que los mermaron y, prácticamente, los extinguieron. Sin embargo, los “pobres” indígenas están ahí a lo largo de su viaje, algunos solamente como puntos en el paisaje, otros interactuando con él. Por ejemplo, en la misión de San Fernando, se interesó por un “personaje marchito y mutilado” que le compartió sus memorias (*tales*) de crueldad ejercida por sacerdotes y soldados para con los hombres salvajes (*wild men*) de las montañas. Desde esta postura, discrepo sobre las hipótesis que ubican los discursos esencialistas de la extinción de los indígenas cochimíes hasta principios del siglo XX.⁵⁵⁶ El discurso de extinción de los *wild indians* estaba presente en el diario de James Bull, aunque esa parece ser una especificidad del viajero estadounidense y no lo común en los viajeros de mediados del siglo XIX.⁵⁵⁷

Sobresale, en el diario de Bull, el silencio que guarda sobre el trayecto de viaje de El Rosario hasta San Diego, la jurisdicción política denominada “Las Fronteras”. De acuerdo con varios informes y testimonios de viajeros de mediados del siglo XIX, era justamente en esa jurisdicción -omitida en la narración de Bull- donde la población indígena era más numerosa.⁵⁵⁸ No obstante, esos indios a lo que Bulls decidió “no ver” tenían algo de admirable para él; poseían conocimientos únicos sobre el espacio que habitaban, como las

⁵⁵⁶ Blanca Alejandra Velasco Pegueros, “¡Aquí estamos! Identidad, memoria y territorio del pueblo cochimí de Baja California” (Universidad Autónoma Metropolitana, 2017), 43.

⁵⁵⁷ Según Albert Gilliam, se calculaba la población de Baja California en cuatro o cinco mil habitantes. La población principal eran indígenas, nativos del territorio, Gilliam, *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, 383.

⁵⁵⁸ De acuerdo con el mapa de José María Narváez de 1823, había 75 indios en El Rosario, 163 en Santo Domingo, 183 en San Vicente, 253 en Santo Tomás y 284 en San Miguel, y 398 en Santa Catalina, José M. Narváez, “Carta esférica de los territorios de la Alta y Baja Californias”, Library of Congress Geography and Map Division, Washington, D.C., disponible en: <https://www.loc.gov/item/99446199/>. El informe de 1836 del militar Miguel Martínez sostuvo, por ejemplo, respecto a la misión norteña de Santa Catalina: “Está circundada de mucha gentilidad, cuyo número puede llegar a dos mil gentiles bárbaros y salvajes”, Martínez, “La Baja California en 1836”, 27. Aproximadamente una década después del viaje de Bull, el político Urbano Lassepas escribió: “La raza primitiva ha desaparecido, a excepción de unos cuantos individuos que se encuentran todavía en las regiones meridionales, y cerca de 2500 indios gentiles nómadas, esparcidos hacia el noreste entre la cordillera y Río Colorado”, Ulises Urbano Lassépas, *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, ed. David Piñera Ramírez (Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 1995), 111. El historiador Mario Alberto Magaña ha estimado que la población indígena aumentó un 41% en La Frontera entre 1820 y 1861, Mario Alberto Magaña Mancillas, “El poblamiento de Baja California durante el siglo XIX: reflexión desde la Historia demográfica”, *Estudios Fronterizos* 5, núm. 10 (2004): 124.

aguas sulfurosas que los indios estimaban altamente por sus “virtudes medicinales”. Pero, sobre todo, eran guerreros valientes que se distinguían, al igual que los indios de la Alta California, por su noble fortaleza (*noble fortitude*) en las guerras de frontera (*frontier wars*). Esos hombres valientes (*brave men*) alguna vez cazaron orgullosamente o pelearon valientemente. La única razón por la que, entonces, estaban tan disminuidos (*dwindled*) era por la superioridad numerosa y de armas de los hombres blancos.⁵⁵⁹

Bull no estaba aislado al resaltar la nobleza guerrera de los indios californios. Después de la Revolución Francesa comenzó a cambiar el discurso sobre los indígenas de Norteamérica y El Pacífico. Viajeros influidos por el Romanticismo, en la primera mitad del siglo XIX, como Alexis de Tocqueville (1835) o Adelbert von Chamisso (1836), compartieron la fascinación por conocer y dar a conocer pueblos, lugares e individuos excepcionales (*aliens*). Ambos viajeros hablaron sobre los “nobles guerreros” que fueron destruidos por una civilización que era imparabla, lo que les producía una nostalgia por ese mundo desaparecido (*vanishing*).⁵⁶⁰ Por supuesto, esa imagen del “buen salvaje”, del hombre guerrero, generalmente estaba reservada para los indios del pasado. Para Bull, en algún tiempo (*at one time*) fueron un pueblo numeroso, ahora están casi extinguidos. En ese tiempo lejano (*the whipping time past*) habitaban esos guerreros valientes, los “Lords” de la tierra; ahora solo quedan los indios disminuidos, mutilados, ignorantes y salvajes (*poor wild men of the hills*).⁵⁶¹

Pero los indios del pasado, algunos de ellos al menos, se habían escapado al presente, para preservarse incómodamente. En el diario de Bull, los indios están presentes en el paisaje, interactuando con el mar en la pesca de perlas; sembrando y cultivando árboles frutales,

⁵⁵⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 52-53.

⁵⁶⁰ Harry Liebersohn, “Discovering Indigenous Nobility: Tocqueville, Chamisso, and Romantic Travel Writing”, *The American Historical Review* 99, núm. 3 (1994): 746-766. En varios de esos escritos los *Wild Man* eran descritos como caballeros (*knight*) y no como personas ordinarias. Se pensaba que el contacto de ellos con lo salvaje (*wild*) les dotaba de una fuerza y ferocidad excepcionales, combinado con inocencia y nobleza innata, Nash, *Wilderness and the American Mind*, 47-48.

⁵⁶¹ La expulsión de comunidades y sociedades a otras temporalidades, como el pasado lejano, es usada como medida de exclusión política y negación de la coetaneidad, Moira Pérez, “Caught between past and future: On the uses of temporal figurations for political exclusion”, en *Historical Understanding. Past, Present, and Future*, ed. Zoltán Boldizsár Simon y Lars Deile (London - New York: Bloomsbury Academic, 2022), 35-43. También en Brasil, en el siglo XIX, los indios fueron relegados al pasado y al Desierto, identificado con imágenes negativas como la barbarie, el desorden, lo salvaje, el retraso y la ausencia de gobierno, Maria Elisa Noronha de Sá, “Los conceptos de sertão/litoral. Experiencias temporales y representaciones espaciales de la nación en Brasil (1830-1860)”, 351-352.

hortalizas y leguminosas en las huertas misionales; haciendo vino; persistiendo con sus cantos y danzas que influenciaron los fandangos; y transmitiendo sus saberes sobre los métodos para cazar las nutrias.⁵⁶² Es decir, Bull dibujó a los indígenas como nobles guerreros del pasado, y también pobres indios salvajes del presente, predestinados a su inminente extinción en el futuro. Sin embargo, desde la perspectiva de los indígenas, ellos habían sabido adaptarse a nuevas circunstancias, se habían incorporado a la fuerza de trabajo, habían sembrado frutos y preparado bebidas que un siglo antes no conocían, estaban participando en festividades y actividades donde dejaban su influencia.

Bull no interactuó con esos indios, salvo casos muy puntuales. En cambio, durante su viaje su principal relación fue con “compatriotas” estadounidenses, como Mr. Gilber, su acompañante de viaje; el “Padre Ramirez” con quien sostuvo largas conversaciones sobre política y religión; o los nutreros extranjeros con quienes vivió por dos meses en El Rosario, incluyendo las dos semanas que pasaron en la sierra de San Pedro Mártir para cazar venados. Según él, después de dejar Mulegé, la misión en la cual inició su viaje, le quedaban 600 millas con solo una misión habitada por “gente de razón, el nombre con el cual el pueblo (*the people*) se distingue a sí mismo de los indios”.⁵⁶³ No identifica cuál es esa única misión. Por la narración de su texto, se podría suponer que es la misión de San Ignacio, donde Bull participó en un fandango y encontró a Mr. Luther Gilbert, su compatriota, al sacerdote Ramírez y un joven teniente.

En ese pueblo-misión, Bull escribió las únicas líneas dedicadas a las mujeres bajacalifornianas. En el contexto de la ritualidad del fandango -comentó Bull- las mujeres participaban en los bailes más impertinentes (*indelicate*) representando (*perform*) sus partes (*parts*) sin ruborizarse (*blush*). Esas mujeres que participaban de las “danzas lascivas” estaban vestidas de tal manera que les permitía moverse con facilidad y gracia. Desde el siglo XVIII en que el fandango se extendió por todo Iberoamérica, las autoridades civiles-religiosas trataron de reprimir el disfrute femenino al bailar. Sin embargo, esos intentos fueron en vano, pues durante todo el siglo XIX se seguían llevando a cabo esas diversiones.

⁵⁶² Al hablar sobre el fandango en San Ignacio, Bull escribió que “muchas de las danzas son derivadas de los Indios, como la del *Venado y el Coyote*, la del *Burro*, y muchas otras, Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 31. Sobre la forma de cazar nutrias, el viajero también escribió que la forma de usar las canoas es la misma que usaban los indios (p. 54).

⁵⁶³ Bull, 25.

Según los viajeros cronistas, no era el hombre quien invitaba a la mujer a bailar, sino que ambos sexos tenían la misma libertad para bailar.⁵⁶⁴

En esos fandangos los cuerpos de las mujeres se libraban por un tiempo del poder ejercido sobre ellas en sociedades desiguales. En esa ritualidad, eran ellas quienes decidían con quién bailar y por cuánto tiempo hacerlo. Con el movimiento de sus cuerpos y la vestimenta relajada, las mujeres participaban de un “juego de seducciones” donde ellas podían tomarse ciertas libertades de las que no gozaban en la cotidianeidad del hogar.⁵⁶⁵ Bull escribió que los versos eran humorísticamente provocadores (*bawdy*)⁵⁶⁶ y los cuerpos de las mujeres no estaban sujetos con corsés, sino que sus extremidades (*limbs*) eran libres de movimiento.⁵⁶⁷ Textos de algunos viajeros por la Baja California insinúan que esa forma atrevida y subversiva de vestir de las mujeres no era ocasional, sino habitual.⁵⁶⁸ A pesar de que el viajero calificó como lascivo ese baile, participó de él por varias horas, y terminó por describirlo como “escena de diversión” (*scene of amusement*),⁵⁶⁹ en una experiencia que le cautivó y, como experiencia asimilada, la plasmó en su texto.

Sobresale que las dos coplas que cantaron y bailaron en el fandango al que asistió Bull tengan, ambas, temática de animales: *El venado y el coyote* y *El Burro*. La primera copla alude a dos animales endémicos de Baja California, mientras que la segunda refiere a un

⁵⁶⁴ Alejandro Martínez de la Rosa, “Las mujeres bravas del fandango. Tentaciones del infierno”, *Relaciones*, núm. 133 (2013): 129. El autor analiza diversos testimonios de cronistas en estados como Guerrero, Oaxaca y Colima.

⁵⁶⁵ Hombres y mujeres estaban “disfrazados” en conjunto con la música, la comida y el alcohol, para participar de diálogos y coplas que respondían a seducciones pícaras tanto de mujeres como de hombres, Cruz y Koeltzsch, “El fandango como performance de Antiguo Régimen (Jujuy, siglos XVIII-XIX)”, 144. Como una “mujer sinaloense” que cantó coplas “impropias” en la expedición de Juan Bautista Anza, Jáuregui, “Un fandango en medio de la travesía hacia la Alta California: los colonos sonorenses-sinaloenses en 1775”, 62.

⁵⁶⁶ El lenguaje del *bawdy* pertenecía al léxico público en una era de restricciones sobre lo sexual. El humor que conllevaba lo *bawdy* permitía zanjar los temas escabrosos -para las autoridades- de la sexualidad, Melissa Hayes, “Sex in the Witness Stand: Erotic Sensationalism, Voyeurism, Sexual Boasting, and Bawdy Humor in Nineteenth-Century Illinois Courts”, *Law and History Review* 32, núm. 1 (2014): 149–202.

⁵⁶⁷ El corse ha sido estudiado como un elemento opresor de la mujer y un elemento de fomento la desigualdad entre sexos, Velasco Molpeceres, “La esclavitud de la belleza. Mujeres a la moda: corsé, crinolina y pantalón”, en *Fronteras Contemporáneas: Identidades, pueblos, mujeres y poder*, ed. Cristian Ferrer González y Sans Molas Joel (Barcelona: Departament d’Història Moderna i Contemporània de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2017), 551–566. En ese sentido, la liberación del corsé habría sido interpretada por Bull como una expresión de liberación femenina en una ritualidad de teatralidad humorística.

⁵⁶⁸ Por ejemplo, un viajero estadounidense escribió que la forma de vestir de las mujeres bajacalifornianas era contraria a la “modestia femenina”: “Their dress is usually a skirt, merely reaching to the waist, while above this, is a white bodice which does not reach quite so high in the neck as is required by the strict rules of feminine modesty”, E. Gould Buffum, *Six months in the gold mines: from a journal of three years’ residence in Upper and Lower California. 1847-8-9* (Philadelphia: Lea and Blanchard, 1850), 163.

⁵⁶⁹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 32.

animal introducido por los misioneros. Tiene sustento, entonces, la aseveración de Bull sobre la influencia indígena en las letras de las coplas del fandango. Pero también sugiere la relación de las danzas humanas con posturas, movimientos y estrategias de algunos animales no-humanos.⁵⁷⁰

Así, Bull interactuó en el fandango y experimentó las seducciones de mujeres: “No soy lo suficientemente platónico como para negar que a menudo me parecieron fascinantes cuando [las mujeres] giraban entre algunas de las intrincadas figuras de *Iota* o pasaban junto a mí en el menos interesante pero no menos elegante *Jarave*”.⁵⁷¹ Es difícil saber si entre esas mujeres había indígenas o solo “gente de razón”, pero lo más plausible es que participaran tanto indígenas como mexicanas, al menos por los testimonios más próximos con los que contamos.⁵⁷² Los indígenas a los que observó James Bull y con los que interactuó no estaban extintos. A lo largo del viaje se hacen presentes con relaciones nuevas que se fueron adaptando a las cualidades siempre cambiantes del paisaje.

Epílogo: circulación y recepción del texto

La historia de la circulación del texto de James Bull ha tenido un recorrido menos movido que los dos textos anteriores. Al regresar al su natal Pennsylvania, el viajero escribió sus memorias, según él, a petición de alguien a quien no nombra. Sin embargo, el historiador californiano Doyce Nunis asegura, en su introducción a la obra, que el manuscrito de Bull estuvo por varios años en posesión de Abel Stearns.⁵⁷³ Este comerciante estadounidense había migrado a México por tres años, donde adquirió la nacionalidad mexicana (1826-1829) y después a Monterey, California, para habitar a partir de 1833 en Los Ángeles,⁵⁷⁴ donde seguramente convivió con James Bull después del viaje. Puesto que ambos habían realizado el mismo recorrido de la costa este a la costa oeste de los Estados Unidos, pasando por

⁵⁷⁰ Una mujer de Valladolid [Morelia] inventó un son para un fandango llamado *Los panaderos*, “en los que se remedaban varios animales”, Martínez de la Rosa, “Las mujeres bravas del fandango. Tentaciones del infierno”, 122.

⁵⁷¹ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 31.

⁵⁷² En el informe de 1836 se dice que “los indígenas” salieron de la tutela de la Misión y ahí se les distribuyeron tierras, Martínez, “La Baja California en 1836”, 24. En 1849, el viajero Smith escribió que el Alcalde de San Ignacio era un “Indian”, Smith, “A Journey to California in 1849”, 491.

⁵⁷³ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, XIV.

⁵⁷⁴ H. D. Barrows, “Abel Stearns”, *Historical Society of Southern California* 4, núm. 3 (1899): 197.

territorio mexicano, la curiosidad de Stearns debía ser mucha como para solicitar a Bull que redactara su relato del viaje, o al menos parte de él.

El diario de Bull, entonces, no tenía la intención de ser publicado para un gran público. El propósito de su escritura era compartir las memorias de sus experiencias en el viaje para deleite de un amigo. Posteriormente, el manuscrito fue donado a Frances H. Bull, nieta de James Bull y esposa de James Henry Bull, a quien he citado anteriormente. Frances donó el texto a la Sociedad Histórica de Pennsylvania en 1927, donde permanece hasta el día de hoy. Esta Sociedad de Historia donó una copia del manuscrito a la Bancroft Library y otra a la Sociedad de Pioneros de California, quienes publicaron una versión del relato, editada por Helen S. Giffen en 1954. Finalmente, el diario fue publicado y comentado en 1965 como el primer libro de la colección *Baja California Travel Series* del editorial *Dawson's Book Shop*. Es así como un ego-documento transitó a una obra de alcance público estadounidense, y más específicamente californiana, en una editorial que lo consideró un buen prospecto para abrir una colección “rara” -según su descripción- dedicada a los viajes por Baja California.

Conclusiones del capítulo

El viajero James Hunter Bull, originario de un pequeño pueblo rural de Pennsylvania en los Estados Unidos, creció en una familia tradicional de fe protestante episcopal, ancestros con participación en la milicia y las guerras de frontera, y cercana a la práctica de la abogacía y la administración pública. Todo eso formó parte de la experiencia viajera que influyó en su manera de relacionarse en el viaje que hizo por Baja California, desde Mulegé hasta San Diego, pero narrando su experiencia en la región de Loreto a El Rosario, al contrario de su antecesor Junípero Serra. La construcción que hizo del paisaje en su diario está profundamente impregnada de esa experiencia viajera, como cuando describió parte del camino entre San Ignacio y Santa Gertrudis: “El primero de estos lugares era llamado “La tumba”, otro *Los Infiernos*, un nombre que no debe ser mencionado a los oídos educados (*ears polite*), otro, *Purgatorio*, y otro más, *La Purificación*. Yo supongo porque era necesario purificarse uno mismo después de pasar a través de todas estas regiones de azufre”.⁵⁷⁵

Su viaje tuvo lugar en el contexto de las grandes migraciones de personas blancas a la costa del Pacífico, tanto en California como en Oregon. La industria y comercialización

⁵⁷⁵ Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 35.

de pieles de nutria y ballena en un mercado global y capitalista contextualizaron el viaje de Bull desde Pennsylvania hasta -probablemente- Oregon, en medio de las tensiones de dos naciones. Mientras que los Estados Unidos tenían un proyecto expansionista hacia el oeste, el gobierno mexicano intentaba -sin éxito- expulsar a los estadounidenses de sus territorios del norte, como las Californias. Un suceso contingente como la revuelta de los “pápagos” propició que Bull cruzara en barco el Golfo de California para llegar a Mulegé, donde se constituyó la comunidad viajera con un guía humano y dos mulas, además de provisiones como agua y pinole.

Las características de la literatura de viajes a comienzos del siglo XIX, influenciada por el Romanticismo y por la difusión de los viajes de Alexander von Humboldt, tuvo un influjo en el viajero para que diera gran peso a sus experiencias, reflexiones y conversaciones que tuvo durante el viaje. Además, su mirada sobre el paisaje estaba enfocada, principalmente, a las poblaciones que habían sido fundaciones misionales, “oasis” de civilización en medio de un espacio salvaje (*wild*). En esas poblaciones Bull interactuó con el paisaje que miraba y se hizo presente en ritualidades como fandangos y bautismo de indios, además de participar en cacería de nutrias y venados. Fuera de esas poblaciones, la geografía que describe el viajero era de Desierto y esterilidad que provocaban sentimientos de soledad, tristeza y nostalgia.

En ese paisaje ensamblado de *wilderness* y *barren*, las plantas le parecían ofensivas con sus miles de espinas y solo mezquites y pitayas ofrecían algo de alivio en medio de tanta “desolación”. Los animales no humanos también participaban de lo salvaje, pero se permite elogiar a las mulas -ya adaptadas al terreno bajacaliforniano- como fuerza de trabajo (*labour*) en su tarea de ser guías de viaje y cargueras. Las nutrias, por su parte, son consideradas mercancías en la medida que son valiosas (*valuable*) por las características de sus pieles. Al mismo tiempo, su interacción con ellas le hizo valorar sus sentimientos de amor y maternidad. Los “indios”, para la narrativa de Bull, estaban “desaparecidos” como consecuencia de la crueldad de los misioneros españoles católicos. Y, sin embargo, no pudo ocultar su presencia a lo largo de su viaje, ya sea como buzos en el mar, agricultores en las huertas (*gardens*) o guías de viaje. Las mujeres, indígenas y mexicanas, tienen también su presencia en el viaje en la ritualidad del fandango, donde se permitían ciertas libertades que les eran negadas en la vida cotidiana. Así, Bull pasmó en su diario un paisaje desértico y

salvaje, pero su presencia se relacionó con ensamblajes de clima, cuevas, animales, plantas y humanos que tenían su interacción en los distintos biomas de Baja California.

CAPÍTULO IV: EL PAISAJE EN EL DIARIO DE EXPEDICIÓN DE WILLIAM MORE GABB, 1866-1867

Dos años después del viaje de James Bull por la península bajacaliforniana, de Mulegé a San Diego, comenzó la guerra de los Estados Unidos contra México. El tratado Guadalupe-Hidalgo estableció una línea fronteriza entre dos estados-nación que, al menos en la parte entre el río Colorado y la costa de Pacífico, quedaba poco clara, tanto por su redacción como por el mapa al que hace referencia.⁵⁷⁶ Con ello, varios territorios mexicanos, entre ellos la Alta California, fueron anexados a los Estados Unidos, consolidando así un proceso expansivo que había iniciado décadas antes. Aunado a la conformación de una línea divisoria entre dos naciones, la explotación de recursos minerales, principalmente oro, en la región de San Francisco, propició un aumento en el tránsito de migrantes de la costa este de los Estados Unidos hacia California, teniendo sus máximos a partir de 1849.

Un residente de Santo Tomás, de nombre Agustín Mancilla, escribió una carta a su hermano, fray Tomás Mancilla que habitaba en San Diego, el 10 de junio de 1849, para expresarle su preocupación por el creciente flujo de personas en camino a las minas de oro recién abiertas en California.⁵⁷⁷ Si bien las Californias siempre habían sido un espacio transitado, los años cincuenta del siglo XIX vieron incrementado el número de los viajantes. Este flujo creciente de personas a través de la región en los años cincuenta suscitó suspicacias en un gobierno mexicano preocupado principalmente por la continuidad gubernamental. Desde la misión fronteriza de Santo Tomás, en mayo de 1853, el militar Francisco Castillo Negrete realizó un viaje de inspección a las antiguas misiones de la península. La creciente afluencia de migrantes se deduce que su aseveración de que en los arroyos arenosos, “se han perdido y muerto algunos pasajeros de las caravanas que suben a la Alta California”.⁵⁷⁸

⁵⁷⁶ “[La frontera] continuará después por mitad de este brazo y del río Gila hasta la confluencia con el Río Colorado; y desde la confluencia de ambos ríos la línea divisoria, cortando el Colorado, seguirá el límite que separa la Alta de la Baja California hasta el Mar Pacífico”, José Luis Soberanes Fernández y Juan Manuel Vega Gómez, “El Tratado de Guadalupe Hidalgo en su sesquicentenario”, *Cuadernos constitucionales México-Centroamérica*, núm. 28 (1998): 35. El Tratado supone, entonces, que ambos ríos tienen un caudal sin variaciones. De acuerdo con el mapa de los Estados Unidos de Mejico realizado por John Disturnell en 1847, la frontera estaría un poco al norte de San Miguel, por lo que Tijuana -en ese entonces inexistente- sería parte de los Estados Unidos de América.

⁵⁷⁷ Peveril Meigs, *La frontera misional dominica en Baja California* (Tijuana: Secretaría de Educación Pública - Universidad Autónoma de Baja California, 1994), 268. Agustín Mancilla era subprefecto del Partido de las Fronteras con sede en la exmisión de Santo Tomás, “Comunicado de Rafael Espinosa a Agustín Mancillas”, 6 de marzo 1849, La Paz, AHPLM, Exp. S/N (II/4-45C-1/2/E-S/N/L-3/2FF).

⁵⁷⁸ Castillo Negrete, “Geografía y estadística de la Baja California, 1853”, 342.

Las caravanas de viajeros migrantes en busca de los placeres del oro no cesaron en la década de los sesenta. Sin embargo, a los viajeros migrantes rumbo a California se añadieron otros viajeros científicos que realizaban expediciones para recabar conocimientos sobre una tierra que percibían como frontera del mundo civilizado. Los Estados Unidos, por ejemplo, reclutaron algunos científicos para obtener información y ejemplares, auspiciados principalmente por el Instituto Smithsonian. Uno de ellos, el húngaro János Xántus, quien usaba el pseudónimo de Lajos Vésey, viajó a Cabo San Lucas, en el extremo sur de la península bajacaliforniana, para mandar a ese instituto la colección más grande para su época de conchas y caracoles del Océano Pacífico.⁵⁷⁹

En ese contexto realizó su viaje el científico estadounidense William More Gabb a la Baja California. Su viaje lo comenzó en Cabo San Lucas y lo concluyó en San Diego, desde el 26 de diciembre de 1866 hasta el 18 de abril de 1867. En una primera parte del viaje, desde San José del Cabo hasta Bahía Magdalena, estuvo acompañado por el viajero y diplomático irlandés John Ross Brown, que fue quien contrató los servicios de Gabb. Aunque en la mayor parte del trayecto siguió la ruta de los viajeros que le precedieron, es decir, el camino que conectaba las antiguas misiones, con Gabb la ruta tiene ya nuevos puntos de conexión, que se explican por la apertura de placeres mineros a lo largo de la ruta.

Experiencia viajera de Gabb

Treinta años después de la muerte de William Gabb, en 1909, el naturalista y explorador estadounidense William Healey Dall recopiló distintos materiales para publicar una breve biografía sobre él. Hasta ahora, sigue siendo el mejor testimonio sobre datos biográficos con que disponemos. Gabb ha sido recordado en la historia de la ciencia como un geólogo y paleontólogo nacido en el este de los Estados Unidos. Nació en 1839, en Pennsylvania -al igual que el viajero James Bull- pero en la ciudad de Filadelfia. Era hijo de un comerciante y de una trabajadora del hogar que después se hizo cargo de un molino. Aunque Gabb no parecía ser un hombre practicante de la religión, la sociedad de Filadelfia de la década de los cuarenta vivía con celo su fe protestante, como lo demuestran los motines anticatólicos de

⁵⁷⁹ Venkovits Balázs, “viajeros, migraciones e identidad: la imagen de América latina y la literatura de viajes en Hungría en el siglo XIX”, en *Aventureros, autopistas, emigrantes del imperio Habsburgo en las Américas*, ed. Úrsula Prutsch, João Fábio Bertonha, y Mónica Szente-Varga (Madrid: Iberoamericana, 2017), 34–57.

1844.⁵⁸⁰ En esa misma ciudad cursó los estudios escolares hasta obtener un posgrado en geología, pero siempre mostrando interés en la historia natural, la conchología -actualmente se llama conchiliología al estudio de las conchas de los moluscos- y la mineralogía. En la formación científica de Gabb, los fósiles de conchas eran evidencias de distintas eras geológicas, a diferencia de los pensadores del siglo XVIII, que interpretaban esos mismos fósiles como demostraciones del tiempo diluviano.⁵⁸¹

Después de Filadelfia, en 1857, Gabb se trasladó a New York para servir como ayudante del profesor James Hall, en la especialidad de geología y mineralogía. El científico James Hall fue uno de los pioneros en la investigación sobre la clasificación de la geografía física, la topografía, el clima, las rocas y los ríos.⁵⁸² Conforme a la ciencia positivista del siglo XIX, se estudiaban las cosas muertas (geo) como un estudio separado de los seres vivos (bio).⁵⁸³ La ciencia occidental en la que Gabb se educó mantenía una separación entre lo geológico y lo biológico, que al sistema capitalista le era bastante ventajoso. Todo lo referente a lo geológico, incluidos sus minerales, estaban en el mundo de la no-vida, por lo que se justificaba su explotación y comercialización. La geología y la minerología caminaban de la mano.

Luego de su breve estancia en New York, viajó a Washington D.C. para integrarse al *Smithsonian Institution* como parte de un grupo de jóvenes estudiantes científicos. Justamente en ese instituto fue que se comenzó a estudiar las lenguas indígenas de las

⁵⁸⁰ Estas revueltas de cristianos protestantes nativistas estaban dirigidas contra la clase trabajadora irlandesa de un suburbio de Filadelfia. Incluyeron la quema de Iglesias católicas, conventos y propiedades. Los motines terminaron con más de 20 muertos en la primavera y verano de ese 1844, Ted Hinckley, “Anti-Catholicism during the Mexican War”, *Pacific Historical Review* 31, núm. 2 (1962): 121–137.

⁵⁸¹ En la antigua California, por ejemplo, el misionero jesuita Juan Jacobo Baegert escribió en medio de la polémica con los negacionistas del diluvio: “La pobre California, igual que otros continentes, arremete, con su ejército de pruebas fehacientes, contra los ilusos de hoy día que quieren que se considere la maravillosa historia del Diluvio, que nos da la Sagrada Escritura, como un simple cuento [...] ¿Pues, de dónde podrían venir, de otra manera, estas conchas marinas, si no de una inundación universal?” Baegert, *Noticias de la península americana de California*, 35.

⁵⁸² Gerald D. Nash, “The Conflict between Pure and Applied Science in Nineteenth-Century Public Policy: The California State Geological Survey, 1860-1874”, *Isis* 54, núm. 2 (1963): 221. Haciendo investigación para el estado de Iowa, conoció al joven Josiah Whitney, quien a la postre sería el primer presidente de la *California State Geological Survey*, auspiciador de Gabb en su viaje por Baja California.

⁵⁸³ El positivismo científico considera que no es pausable otro conocimiento que el que proviene de hechos reales verificables por la experiencia empírica, negando cualquier posibilidad de conocimientos a otras teorías, saberes u ontologías, Klever Anibal Guamán Chacha, “El positivismo y el positivismo jurídico”, *Revista Universidad y Sociedad* 12, núm. 4 (2020): 265. La distinción entre vida y no-vida es fundamental para la separación de las geociencias de las biociencias, Elizabeth Povinelli, *Geontologies: A Requiem to Late Liberalism* (Durham: Duke University Press, 2016), 38.

distintas regiones de los Estados Unidos. El esfuerzo intelectual por preservar las variantes lingüísticas -ante su “inevitable” extinción- comenzó con el apoyo de Joseph Henry, secretario del Instituto Smithsonian desde 1849⁵⁸⁴ y, seguramente, fue una causa por la que Gabb recolectaría años después algunos vocabularios y colecciones de los grupos originarios, mismos que envió a ese instituto.⁵⁸⁵

También en ese instituto del este de los Estados Unidos fue que Gabb comenzó a realizar los “viajes de exploración” con fines científicos, permitiéndole una nueva especialización en paleontología. El término *exploración* tiene una carga semántica imperialista y colonizadora, pues recuerda al sujeto estadounidense hegemónico que examina el paisaje y sueña con transformarlo y explotarlo.⁵⁸⁶ Esos conocimientos científicos de geología y disciplinas afines solo fueron posibles en el siglo XIX gracias a un largo desarrollo de secularización y globalización.

La geología y mineralogía como conocimiento mundial

El siglo XIX fue el escenario donde el conocimiento producido por las ciencias alcanzó una dimensión global, en parte, gracias a un modelo difusionista que se propagó de las universidades europeas al resto de los continentes. Las ciencias “aplicadas” como la geología, química, cartografía o paleontología, además, estaban íntimamente relacionadas con la ubicación de vetas minerales, así como los métodos de extracción, procesos y comercialización. La minería, como actividad social y económica, se nutrió de la circulación de los conocimientos científicos producidos en Europa y los Estados Unidos, a veces incorporando saberes locales, y otras ocasiones imponiendo el afán imperialista de conquista y extracción sin admitir otros saberes.

En relación con el conocimiento científico relacionado con la mineralogía, la Academia de Minas Freiberg, en Alemania, se constituyó como un modelo a imitar en todas

⁵⁸⁴ D. Leedom Shaul, “John Wesley Powell and the Classification of American Languages”, *Journal of the Southwest* 41, núm. 3 (1999): 297.

⁵⁸⁵ En la misión de San Borja recabó un vocabulario cochimí-inglés. El manuscrito de Gabb continúa de forma inédita en el Instituto Smithsonian. Una traducción al alemán fue publicada en 1877 por A. S. Gatschet en su libro *Yuma Sprachstamm in Zeitschrift für Ethnologie*. Unos años después, Gabb presentó un detallado informe etnológico de los indígenas de Costa Rica, incluyendo un estudio comparativo de sus idiomas, William More Gabb, “On the Indian Tribes and Languages of Costa Rica”, *Proceedings of the American Philological Society* 14, núm. 95 (1875): 483–602.

⁵⁸⁶ Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, 201.

las escuelas que le siguieron, desde el siglo XVIII y hasta bien entrado el siglo XIX. Las cátedras que se impartían en esta Academia eran “la metalurgia, apoyada con la química; la orictognosia o mineralogía; la geognosia o geología y la explotación de minas, basada en la mecánica. Los conocimientos generales de matemáticas, física, geografía y legislación complementaban la formación de este nuevo actor académico”.⁵⁸⁷ En toda Europa, durante la primera mitad del siglo XIX, la enseñanza minera tuvo como característica principal la apertura de escuelas teórico-prácticas de rango inferior a la Academia de Minas. Esa escuela especializada en temas de minería no solo fue un modelo educativo, sino que también sirvió para esparcir los conocimientos a otros centros de educación geológica.

Otro hito importante en la circulación de conocimiento geológico, del que Gabb era parte, fue la secularización de la ciencia geológica, que tuvo como escenario principal a Inglaterra a principios del siglo XIX. Durante los primeros años del siglo, los estudios geológicos no estaban relacionados con su aplicación a la actividad minera. A su vez, los estudios sobre minería solo contemplaban uno o dos años de materias enfocadas al conocimiento técnico basado en el entrenamiento práctico de técnicos con suficiente formación académica.⁵⁸⁸ La geología, considerada como ciencia en el transcurso del siglo XVIII, era una de las disciplinas auxiliares de la teología natural. Como precisa la antropóloga Dolores Prieto, los datos científicos aportados por la geología en esa temporalidad solo servían como sustento y ratificación de las ideas teológicas, principalmente la idea diluviana contenida en el Génesis.⁵⁸⁹

En ese contexto de secularización generalizada, las ciencias, como la geología, comenzaron su propio proceso de independencia de la teología y de la autoridad de los jerarcas eclesiásticos. En la Universidad de Oxford, que en el siglo XIX estaba bajo la administración eclesiástica de la iglesia anglicana, Charles Lyell se escindió de la autoridad teológica para proponer la teoría del *uniformitarismo*, en una visión “inacabada” del mundo que contradecía la idea de la creación perfecta bíblica, entrando en conflicto con las autoridades eclesiásticas de la universidad. Su libro *Principles of Geology* se convirtió en

⁵⁸⁷ Lucero Morelos Rodríguez y Francisco Omar Escamilla González, “La Escuela de Minas de Guanajuato (1864-1866)”, en *Perspectivas Recientes de la Historia de la Minería Latinoamericana*, ed. José Alfredo Uribe Salas et al. (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018), 136.

⁵⁸⁸ Morelos Rodríguez y Escamilla González, “La Escuela de Minas de Guanajuato (1864-1866)”, 137.

⁵⁸⁹ Prieto Santana, “Razón y fe en la Geología del siglo XIX: en el segundo centenario de *Vinditiae Geologiae* (1820) de William Buckland”: 94.

muy poco tiempo en el nuevo y mundial paradigma de la geología moderna.⁵⁹⁰ Ya como ciencia secular y con los principios metodológicos proporcionados por Lyell, la enseñanza geológica, aunada a la mineralogía, se esparció por todo el mundo occidental, propiciando la constitución de sociedades geológicas nacionales y motivando los viajes de exploración.

Sin duda la experiencia de Gabb como estudiante y científico de la geología fue crucial en su mirada del paisaje bajacaliforniano. La temporalidad del paisaje, por ejemplo, fue medida por el viajero en eras geológicas. Cerca de la población de Santiago, observó una piedra que parecía ser de la era terciaria (*tertiary age*). En su trayecto, varias veces dice haberse encontrado con fósiles de otras eras geológicas.⁵⁹¹ En su interacción con el espacio bajacaliforniano, Gabb aseguró haber pasado días “examinando las características geológicas” de ciertos lugares, como en los alrededores (*neighborhood*) de Loreto. Es decir, su formación como geólogo actuó en la construcción que sobre el paisaje hizo Gabb y en su manera de transitar el espacio durante su viaje.

La California Geological Survey y las sociedades geológicas

En 1862, ya como geólogo, Gabb se mudó a la costa oeste de los Estados Unidos, trabajando en la *California State Geological Survey*. Gracias a los adelantos en los barcos de vapor, pudo realizar este viaje por mar. Ya en California, se dedicó a la paleontología, buscando y recopilando fósiles del oeste de los Estados Unidos.⁵⁹² En sus viajes en búsqueda de vestigios paleontológicos, pasó por varias reservaciones de indios recién creadas. Pero la investigación principal en California giró en torno a la geología, una ciencia que, como se señaló antes, para esos días se había desligado de la teología y se relacionaba con intereses políticos y económicos.

Parte de los principios fundamentales de Charles Lyell era el viaje de exploración como medio de investigación para la comprobación de teorías. De hecho, el mismo geólogo inglés había emprendido distintos viajes por países europeos y Estados Unidos para dar

⁵⁹⁰ Prieto Santana, “Razón y fe en la Geología del siglo XIX: en el segundo centenario de *Vinditiae Geologiae* (1820) de William Buckland”, 97. El primero de los tres tomos de su obra fue publicado en 1830, y para la muerte de su autor en 1875, ya se habían publicado doce ediciones de su obra. Además, su libro fue traducido a varios idiomas y vendido en países de distintos continentes.

⁵⁹¹ Por ejemplo, cerca de Loreto, pudo observar varias colinas “enteramente inalteradas de areniscas abundantes en fósiles del post-plioceno”, Gabb, “Exploration of Lower California”, 95-96.

⁵⁹² William H. Dall, “Biographical Memoir of William More Gabb (1839-1878)”, *National Academy of Sciences* VI (1909): 350.

validez a sus teorías uniformistas. Fue así como viajeros con ideas uniformistas, fueran o no geólogos, recorrieron el mundo en busca de explicaciones científicas sobre el origen del ser humano y del planeta. La observación detallada de los procesos geológicos actuales y su explicación se enunciaba en términos de teorías científicas aceptadas,⁵⁹³ sin recurrir a las explicaciones que postulaban a las intervenciones divinas.

Con esos presupuestos del conocimiento científico se fundaron, a mediados del siglo XIX, las distintas Sociedades Geológicas de los Estados Unidos. A diferencia de los estados nacionales europeos y latinoamericanos, en los Estados Unidos el sistema federativo que confiere gran autonomía a las entidades, explica en gran medida que las Sociedades Geológicas de los estados, como California, antecederan a la creación de una Sociedad Geológica nacional. La Sociedad Geológica de California (*California State Geological Survey*), en su primera etapa, fue fundada en 1860 bajo el liderazgo de Josiah Whitney, quien después sería contratado como profesor de geología en Harvard.⁵⁹⁴

La *California Geological Survey* comenzó una serie de exploraciones por los distintos biomas del estado de California, haciendo anotaciones sobre el paisaje desde la geología, geografía, botánica, zoología y paleontología. Solo dos años después, nuestro viajero William More Gabb se incorporó a la Sociedad Geológica. Ya siendo parte del equipo de científicos de la *Survey*, realizó varias exploraciones en las montañas del valle de California, pero también exploró regiones del desierto de Mojave, Fort Tejon, Oregon, Sierra Nevada, la sierra de la Costa, y la Montaña Blanca.⁵⁹⁵

Desde la fundación de la *California Geological Survey*, existió un conflicto entre las autoridades políticas de California y la Sociedad científica. Los políticos californianos, quienes decidían los montos económicos para el sostenimiento y la investigación de la Sociedad, fomentaron su fundación con un interés meramente económico. De acuerdo con los resultados de la investigación de Óscar Torres, “dicha institución había sido creada para detectar los recursos minerales de California, en un momento en que el oro de placer se había agotado, y sugerir métodos de extracción minera eficientes, además de ubicar tierras

⁵⁹³ Luz Fernanda Azuela, “La geología en México en el siglo XIX: Entre las aplicaciones prácticas y la investigación básica”, *Revista Geológica de América Central* 41 (2009): 100.

⁵⁹⁴ Nash, “The Conflict between Pure and Applied Science in Nineteenth-Century Public Policy: The California State Geological Survey, 1860-1874”, 218.

⁵⁹⁵ Percy Denyer y Oscar H. Lücke, “Comentario sobre William M. Gabb: legado y contribuciones inéditas y olvidadas”, *Revista Geológica de América Central*, núm. 37 (2007): 99.

adecuadas para la agricultura”.⁵⁹⁶ En cambio, los integrantes de esta Sociedad concebían su objetivo desde la ciencia especulativa: configuración de mapas y diagramas, descripciones científicas de las rocas, minerales y fósiles, y organización de viajes de exploración científica.⁵⁹⁷

Este interés de los políticos californianos por utilizar a las ciencias, como la geología, para obtener beneficios inmediatos en yacimientos petrolíferos, agricultura y minería, promoviendo la explotación más eficaz de recursos no era exclusiva de ellos. El afán extractivista podría rastrearse en gran parte de los gobiernos nacionales del globo en la segunda mitad del siglo XIX. En México, por ejemplo, los intereses mineros eran considerados prioritarios para la Comisión científica francesa que llegó con la invasión, dando particular atención a los estudios geológicos y mineralógicos.⁵⁹⁸ Pero una vez restablecida la República, las cartas geológicas de las Comisiones de Sonora y Baja California, a cargo de Joaquín M. Ramos, resaltaban la “importancia industrial de los placeres auríferos”.⁵⁹⁹

En el diario de viaje de William Gabb por Baja California, la indagación acerca de las minas ya establecidas o de los lugares susceptibles de ser explotados para extracción de recursos mineros es frecuente. En la parte sur de la península, cerca de la población minera de El Triunfo, Gabb escribió que pasó varios días investigando las minas, a pesar de “la manera miserable en la que el trabajo había sido realizado”.⁶⁰⁰ En la parte central de la península, en los alrededores de la misión San Borja, también pasaron un tiempo viendo algunas minas, “en las cuales teníamos una enorme fortuna en prospectiva” (p. 106). Y en la parte norte de la Baja California, pasaron otros días conociendo el funcionamiento y las posibilidades de otras minas como La Delfina y las de San Antonio, cerca del Valle de Guadalupe.

⁵⁹⁶ Óscar Torres Montúfar, “El viaje de William More Gabb a Baja California en 1867”, en *Naturaleza y territorio en la ciencia mexicana del siglo XIX*, ed. Luz Fernanda Azuela y Rodrigo Vega y Ortega (México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Geografía, 2012), 112.

⁵⁹⁷ Nash, “The Conflict between Pure and Applied Science in Nineteenth-Century Public Policy: The California State Geological Survey, 1860-1874”, 221.

⁵⁹⁸ Azuela, “La geología en México en el siglo XIX: Entre las aplicaciones prácticas y la investigación básica”, 105.

⁵⁹⁹ Azuela, 107.

⁶⁰⁰ Gabb, “Exploration of Lower California”, 87.

El viaje de William More Gabb

Los preparativos del viaje

Tres hombres -un irlandés, un alemán y un estadounidense- partieron del puerto de San Francisco el 26 de diciembre de 1866. Los tres tenían conexiones con los conocimientos de la geología occidental, la *California Geological Survey* y la literatura divulgativa de viajeros. El líder era John Ross Browne, nacido en Irlanda en 1821, quien en 1833 había migrado con su familia a los Estados Unidos. Sus aventuras a bordo de un barco ballenero le dieron material para publicar uno de sus primeros libros que le trajo reconocimiento como artista y escritor. La fiebre del oro en California lo convenció de mudarse a San Francisco, donde tuvo varios trabajos como funcionario, agente del Departamento del Tesoro, auditor, investigador de asuntos indígenas, periodista y algunos otros.

Por todo el planeta, se multiplicaron los viajes llamados de exploración y, simultáneamente, proliferaron en las ciudades los círculos de lectura de viajeros. En Nueva York, por ejemplo, hombres y mujeres se reunían para leer las entregas de los viajeros que habían estado por cualquiera de los continentes planetarios.⁶⁰¹ También en California, clubs de lectura de viajeros se establecieron en diversas ciudades. Los relatos de viajeros ya no solo llegaban en libros, sino también en entregas de revistas y en prensa, lo que hacía su recepción más accesible al público y creaba expectativa para las siguientes entregas. En esta coyuntura, viajeros ascendieron al estatus de celebridades, como fue el caso de John Ross Browne. El mismo Gabb era consumidor de la literatura de viajes, a la que alude en algunas ocasiones en su diario.⁶⁰²

En California, el viajero-científico Browne continuó sus viajes de aventura por el suroeste de los Estados Unidos. Fue contratado por la *California State Geological Survey* para organizar un viaje que investigara la viabilidad de una colonia estadounidense en la península, bajo el amparo legal de la llamada “concesión Leese”, estudiada por algunos historiadores.⁶⁰³ A su vez, la *California Geological Survey* fue contratada por la empresa

⁶⁰¹ Un diario californiano recoge la siguiente nota: “Stephen C. Massett (“Jeems Pipes”) has delivered his “Sixty Minutes in China and Japan” before the Traveller’s Club of New York, to the satisfaction of his listeners”, en *Daily Alta California* 21, núm. 6876, 15 enero 1869.

⁶⁰² Por ejemplo, la referencia que hace al viaje de naufragio de Robison Crusoe en la biografía ficticia de Daniel Defoe, Gabb, “Exploration of Lower California”, 106.

⁶⁰³ Este contrato celebrado por el gobierno mexicano y los empresarios Santiago Viosca y Jacobo Leese en 1863 otorgaba una concesión territorial entre el paralelo 31 y el 24 de la península bajacaliforniana para explotar y colonizar los territorios baldíos disponibles, Óscar Torres Montúfar, *Ciencia y especulación. El viaje de William*

estadunidense *Lower California Company* para llevar a cabo el viaje de exploración por la península. Para ese viaje, Browne contrató los servicios de distintos hombres que conformaron la comunidad viajera que acompañó a William Gabb en su exploración por Baja California.

Además del geólogo William Gabb, contrató los servicios del topógrafo alemán Frederik von Lohr, egresado de la Academia de Minas de Freiberg, donde también había estudiado y enseñado Alexander von Humboldt. Al parecer los topógrafos alemanes tenían una buena reputación en los ambientes científicos de los Estados Unidos, incluyendo a la Sociedad Geológica de California, quien se hizo de los servicios del topógrafo Charles Hoffmann, originario de Frankfurt, Alemania, y a quien se considera uno de los primeros en realizar trabajos de cartografía y topografía en los Estados Unidos. La comunidad viajera lo completaban el cocinero “yankee” Cornelius Ironmonger, el guía Jesús “one of Nature’s noblemen”, y el vaquero Domingo, además del médico alemán Wiss, que los acompañó hasta el Valle de Magdalena.⁶⁰⁴ Aparte de los hombres contratados para el viaje, Browne contrató los servicios de Alexander S. Taylor para que escribiera una historia de Baja California, a John A. Veatch para que realizara un reporte de la Isla de Cedros, y a A. G. Randall como secretario y traductor de documentos.⁶⁰⁵ Como acompañantes no-humanos de la comunidad viajera, se incorporaron, al igual que con los viajeros anteriores, caballos y mulas: “Habiendo procurado suficientes caballos de monta (*saddle-horses*) y mulas para nuestra comunidad (*party*), partimos alrededor de mediodía para San José del Cabo”.⁶⁰⁶

More Gabb a Baja California en 1867 (México: Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A.C., 2017), 48-49. Ante la imposibilidad de que Leese y sus socios cumplieran las condiciones del contrato, la concesión fue traspasado a la *Lower California Company*, fundada en 1866 en Nueva York, Lawrence Douglas Taylor Hansen, “El viaje de exploración de John Ross Browne a Baja California en 1867”, *Secuencia* 53, núm. 2 (2002): 57.

⁶⁰⁴ William More Gabb, “Exploration of Lower California”, 92.

⁶⁰⁵ David Michael Goodman, *A Western Panorama 1849-1875: the travels, writings and influence of J. Ross Browne on the Pacific Coast, and Texas, Nevada, Arizona and Baja California, as the first Mining Commissioner, and Minister to China*, ed. The Arthur H. Clark Company (Glendale, 1966), 225-226.

⁶⁰⁶ Gabb, “Exploration of Lower California”, 82.



Tiempo y espacio del viaje

El viaje de Gabb, al igual que el de los tres viajeros anteriores, fue planeado y ejecutado en invierno (26 diciembre 1866 – 18 abril 1867), con mucha seguridad en un año de abundantes lluvias. A lo largo de todo el camino la lluvia se hizo presente en el viaje, teniendo una agencia en relación con la comunidad viajera. Cerca de Loreto, en la parte sur de la península, presenciaron un lago (*lake*), resultado de las lluvias del invierno. Así pudieron beber humanos y animales y montar un campamento. Más adelante, entre San Ignacio y Santa Gertrudis - parte media de la península- Gabb escribió: “En algunos lugares era casi imposible cabalgar (*ride*) entre los barrancos erosionados (*worn*) por las lluvias de mediados del siglo”.⁶⁰⁷ Después de Santa Gertrudis la lluvia los detuvo por dos días y lo mismo sucedió en varias ocasiones hasta llegar a San Diego. El clima, en este caso la lluvia, fue otro de los elementos ensamblados que influyó en el desarrollo del viaje y, sin duda, repercutió en la manera de plasmar el paisaje en el diario.

El geólogo Gabb y parte de la comunidad viajera, al servicio de la iniciativa privada, comenzó su viaje en San Lucas, después de arribar en barco desde San Francisco, California; tenía en ese tiempo 26 años. Culminó su relato de viaje con la llegada a San Diego, aproximadamente 1,500 kilómetros cabalgando, lo que lo hace el viaje más largo de los cuatro analizados. A través del diario de Gabb se puede observar la inexistencia de un camino único, sino una ramificación de caminos recorridos y/o mencionados por Gabb en su diario de viaje. La primera intención de la comunidad viajera era llegar al valle de Magdalena, pues se especulaba como espacio para la posible fundación de un complejo poblacional, cerca de la antigua visita misional de San José de Magdalena.⁶⁰⁸ Una vez alcanzado este primer objetivo, John Ross Browne y el médico Wiss -residente permanente en Baja California- retornaron a San Lucas, mientras que el resto de la comunidad viajera continuó hasta San Diego.

⁶⁰⁷ Gabb, 102. La cabalgata era sobre los caballos (*saddle horse*), mientras que las mulas colaboraban con la carga de alimentos y objetos para el viaje.

⁶⁰⁸ Torres Montúfar, *Ciencia y especulación. El viaje de William More Gabb a Baja California en 1867*, 46. Esta era una vista de la misión de Santa Rosalía de Mulegé, que fue fundada por los dominicos en 1774. Después de que Gabb reseñara la inviabilidad de este territorio para el asentamiento poblacional por falta de agua y tierra fértil, se optó por la bahía La Ventana, en el extremo sur de la península, cerca de la Paz. Como muchos de estos proyectos que intentaban la colonización extranjera -blanca de preferencia- no prosperó.

Otro aspecto que el diario ayuda a resaltar es el interés de los expedicionarios por las bahías de ambas costas de la península, lo que confirma el interés de la *Lower California Company* por acceder a la región sonoreense, con sus yacimientos de cobre. Detrás de la intención expresa por poblar la Baja California, estaba el implícito deseo comercial de tener transportación por barco y por tren del material extraído de las minas. También se puede observar que las antiguas misiones seguían siendo puntos estratégicos en los caminos -por el agua y el alimento- pero entonces los pueblos mineros como El Triunfo habían modificado el espacio transitado con nuevas rutas.

En esos caminos las mulas seguían siendo las mejores acompañantes. En San José de Cabo adquirieron las mulas de montar y mulas de carga que los acompañaron hasta la misión de San Ignacio, para ahí cambiar a las más agotadas. Al igual que sucedió en el viaje de James Bull, las mulas podían ser compradas o intercambiadas como mercancías.⁶⁰⁹ Como en los viajes analizados en los capítulos anteriores, las mulas ejercieron su agenciamiento en la marcha. Mucho del trazado estaba determinado por la disponibilidad de agua y pasto para ellas. En algunas ocasiones, fueron las mulas, y no los humanos, quienes decidieron el rumbo del camino a seguir, como en una ocasión que cabalgaban en la oscuridad por una ladera peligrosa: “Cruzando el arroyo justo encima de la cascada, ascendimos la ladera de la colina en una oscuridad que casi se podía sentir y, confiando enteramente en el instinto de nuestros caballos, les permitimos que eligieran su camino a lo largo del estrecho sendero donde un paso en falso habría sido una muerte casi segura”.⁶¹⁰

Incluso aceptando cierta exageración con vistas a imprimir dramatismo al relato, Gabb es consciente de la importante contribución de las mulas para la consecución de los fines de los viajeros. No solamente las mulas ejercieron su agencia en la ruta del viaje, sino también en el ritmo. En Loreto, la comunidad debió hacer una pausa para poder cambiar las herraduras de las mulas. Además de conseguirles buena agua y pasto -cuando se podía conseguir pasto, pues de otra manera debían contentarse con ramas de mezquite o acacia-

⁶⁰⁹ Incluso las mulas, tratadas como objetos de mercado, podían formar parte del “regateo” característico de los mexicanos: “Mr. Browne was immersed in the pleasant occupation of buying mules, and trying to avoid being cheated by the Mexicans”, Gabb, “Exploration of Lower California”, 89.

⁶¹⁰ Gabb, 84. Para la segunda mitad del siglo XIX, los caballos traídos por los españoles a las Californias se habían adaptado a las condiciones de los caminos. A su vez, los indígenas habían adoptado a esos caballos como compañeros de viajes y trabajos, Alberto Tapia, Landeros, “El caballo en Baja California”, *Revista Universitaria*, núm. 52 (2005): 48-55.

también había que procurarles un buen descanso. Entre Santa Gertrudis y San Borja, por ejemplo, las mulas estaban tan cansadas, que tuvieron que descargarlas y dejarlas libres por tres días para que pudieran descansar y alimentarse.

Aunque las mulas de la comunidad viajera tenían fama de ser dóciles e incluso en ocasiones tontas (*foolish*), un episodio narrado en el diario de Gabb reafirma la postura, antes expuesta, sobre la participación voluntaria de ellas en los trabajos asignados, ¡hasta que deciden no hacerlo! El cocinero Ironmonger presumía de la docilidad de su mula Little Johnny. Hasta que un día, en una cuesta pedregosa llamada El Infierno -en clara alusión a la dificultad de su paso- la mula decidió no colaborar más. El cocinero despellejó sus nudillos y “fue necesaria la ayuda de todo el grupo para convencer a Johnny de que pasara por un lugar estrecho entre las rocas”.⁶¹¹ Las acciones de las mulas, como en este ejemplo, tuvieron repercusiones en los cuerpos y en el temperamento (*temper*) de la comunidad viajera.

El diario de viaje como registro científico

Con su formación geológica, William Gabb llevaba un registro detallado del tipo de tierra, rocas, minerales, cerros, mesetas, valles... por los que se presentaba. En su diario escribió al respecto: “Encontré un memorándum en el margen de mi libreta (*note-book*) sobre este punto, ‘Ningún cactus a la vista’, seguido por un signo de exclamación grande y enfático”.⁶¹² De acuerdo con la teoría del género literario, se puede decir con Carolina Depetris, que el diario de Gabb estaría dentro de los “diarios científicamente correctos”.⁶¹³ Justamente después de esa anotación de Gabb, añadió: “That was not strictly correct”. Hay una preocupación en Gabb por describir de manera “verdadera” lo que miraban sus ojos.

Con su experiencia en la geología, Gabb fue preciso en describir el tipo de rocas que conformaban el paisaje bajacaliforniano: “La geología de esta porción baja de la península es muy simple. Las rocas varían en estructura de un granito verdadero (*true*) a una sienita verdadera (*true*)”.⁶¹⁴ La veracidad del relato del diario de Gabb estaba sustentada en las

⁶¹¹ Gabb, 102.

⁶¹² Gabb, 109.

⁶¹³ “Los diarios de expedición describen ‘correctamente’ una geografía cuando, a través de su representación, el receptor alcanza certeza de la geografía representada y tiene conocimiento de ella estando lejos”, Depetris, *La escritura de los viajes*, 32.

⁶¹⁴ Gabb, “Exploration of Lower California”, 113. Más adelante puntualizó que solo el volcán de Las Tres Vírgenes era un “verdadero” (*true*) volcán en Baja California (p. 116), y aseguró que después de El Rosario se podía observar un gran cambio en verdad (*of a truth*) (p. 109).

“pruebas” de su observación científica. Para ello utilizaba instrumentos de medición como termómetros o brújulas.⁶¹⁵ Las medidas en millas son algo constante en todo el relato del diario, así como orientaciones a los puntos cardinales. En el diario de Gabb, en la segunda mitad del siglo XIX, la corrección científica -como en la descripción del cirio- es la nota más característica.⁶¹⁶

Percepción del viaje hacia la frontera

El viaje de William Gabb y sus acompañantes fue tanto *por* la frontera (*frontier*) como *hacia* la frontera (*border*), ambos conceptos usados en el diario. En los Estados Unidos, el concepto *frontier*, antes de Turner, “refiere al límite (*boundary*) a veces fluctuante (frecuentemente llamado “border” también) entre las tribus indias y las entidades políticas europeas”.⁶¹⁷ Para la segunda mitad del siglo XIX, *frontier* no solo hacía referencia a límites físicos territoriales, sino sobre todo a hostilidades ambiguas (*vague struggles*) con lo desconocido, como “fronteras del conocimiento”.⁶¹⁸ Gabb no utilizó la tesis del *frontier* -en el sentido que postuló Frederick Jackson Turner- como un rasgo esencial de la identidad estadounidense. Como Peter Novick lo ha demostrado, esa tesis turneriana solo fue consolidada en la historiografía del contexto nacionalista de la posguerra.⁶¹⁹

Este último sentido es el que William Gabb parece usar en su diario de viaje. Al inicio de su relato, Gabb va describiendo un “pequeño” paraíso cerca de san José, con palmas y un encino que vieron al aproximarse a las fronteras (*frontiers*), como si fuera un viejo y querido amigo.⁶²⁰ En esta alusión, Gabb está hablando de la aproximación a lo desconocido, no solo

⁶¹⁵ Por eso en Rosarito, en el actual Valle de los Cirios, escribió sobre unas aguas termales: “El agua es mucho más caliente que la atmósfera alrededor, estando a 78° Fahr. a las seis p.m., cuando el aire estaba a 57°, el día más frío que nos ha tocado hasta ahora”, Gabb, 102. También menciona el uso de la brújula.

⁶¹⁶ Sobre el cirio mencionó Gabb que pertenecía al género (*genus*) *Fouquiera* o *Bronnia*. Después de ofrecer una descripción detallada de su interior a modo de autopsia, menciona que, en opinión de su “learned friend” Dr. Behr, debía pertenecer a uno de esos dos géneros o al menos a la misma familia, Gabb, 103. Seguramente Gabb se refería al médico y botánico alemán Hans Hermann Behr, quien a partir de 1850 residió en San Francisco, California.

⁶¹⁷ Jack D. Forbes, “Frontiers in American History and the Role of the Frontier Historian”, *Ethnohistory* 15, núm. 2 (1968): 205–206 [traducción personal].

⁶¹⁸ Forbes, 206.

⁶¹⁹ Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana. Tomo I*, trad. Gertrudis Payás y Isabel Vericat (México: Instituto Mora, 1997), 217. La tesis de la frontera en expansión se expuso por primera vez en 1893, pero fue asumida y divulgada como explicación y legitimización del expansionismo “americano” después de la Primera Guerra Mundial.

⁶²⁰ Gabb, “Exploration of Lower California”, 83.

el territorio al norte, sino la flora, la fauna y la población humana que aún no había conocido. La segunda aparición del concepto es cuando Gabb fue tomado como un ilustre médico, reputación que lo antecedió en su camino a las fronteras (*frontiers*).⁶²¹ Estos dos usos del concepto en plural de *frontier* permite deducir que no es una región física, mucho menos una línea divisoria, sino una construcción cultural de contacto con lo desconocido, el ámbito preferido por los viajeros del siglo XIX.⁶²²

La tercera vez, también en plural, habla de los cuarteles en San Vicente del sub-gobernador de las fronteras (*frontiers*). Aquí Gabb está utilizando un sentido de designación territorial que estaba definido por el gobierno nacional. Este parece ser también el uso que hace de *frontera* cuando habla en su reporte de 1868 sobre una sola mina de cobre que se había abierto en la *frontera*.⁶²³ Así lo sostiene Carlos Lazcano en su introducción a un texto del profesor y político peruano, radicado en Baja California desde 1848, Manuel Clemente Rojo: “Con este nombre [frontera] se designó durante el final del siglo XVIII y casi todo el Siglo XIX al extremo norte de Baja California; desde la misión de San Fernando Velicatá hasta San Diego, Alta California”.⁶²⁴

En cambio, el concepto de *border* claramente designa a un límite físico en el territorio. En una playa cerca de la capital, ubica a Playitas cerca de los límites (*borders*) de las llanuras de La Paz. Pero si la anterior mención aludía a un límite dentro del territorio, la segunda vez designa a la línea divisoria entre dos países: “Del Valle de las Palmas nos fuimos a Tia Juana, cruzamos la frontera (*boundary*) y acampamos en el rancho de la Punta, una vez más bajo la protección del Tío Sam”.⁶²⁵ Hablando sobre esta frontera, Gabb menciona a la mojonera (*monument*) que marca la línea divisoria (*dividing line*) que pronto sería marcada. El viajero de Filadelfia, incluso, se da la libertad de sugerir un reajuste en esa línea divisoria por la selección de una línea de demarcación más natural, por ejemplo, el Golfo de California. Pero la sensación de quedar bajo el resguardo de la protección de los Estados Unidos era

⁶²¹ Gabb, 92.

⁶²² Los viajeros del siglo XIX fueron actores fundamentales en la construcción de la frontera al registrar, medir, clasificar y nombrar territorios desconocidos para la cultura del mundo occidental en sus exploraciones, Yujnovsky, “Viajeros a la sombra de Darwin en los confines del siglo XIX argentino”, 25.

⁶²³ William More Gabb, “Lower California”, en *Report on the Mineral Resources of the States and Territories West of the Rocky Mountains*, ed. John Ross Browne (Washington: U.S. Government Printing Office, 1968), 635.

⁶²⁴ Manuel Clemente Rojo, *Apuntes históricos de la frontera de la Baja California, 1872*, ed. Carlos Lazcano Sahagún y Arnulfo Estrada (Ensenada: Museo de Historia de Ensenada, 2000), 11.

⁶²⁵ Gabb, “Exploration of Lower California”, 112.

compartida por varios viajeros estadounidenses, como resultado de una frontera (*border*) del imaginario nacional más que una frontera material.

Un viajero que migró desde Nueva York hasta Veracruz, para después navegar de Guaymas a San José del Cabo, y de ahí cabalgar por tierra hasta San Diego, escribió en 1849, justo un año después de establecido el límite nacional y antes que existiera algún señalamiento material: “Una vez más en el dominio de las Barras y las Estrellas. Nunca sentí tanta emoción como cuando ayer, de repente, vimos ondear la bandera (*banner*) de las Barras y las Estrellas y supimos que ahora estábamos bajo la protección de la bandera (*flag*) de nuestro amado país”.⁶²⁶ La frontera, para estos viajeros, actúa y crea una emoción de seguridad y alivio, por lo que es un límite que se vivía desde la experiencia con un objeto -la bandera- de tela en una asta.

El paisaje observado: jardines de agua, pasto y madera

Gabb consideró a la “península” de Baja California una tierra incógnita: “No hay una parte de Norte América que sea una completa tierra incógnita para el mundo exterior que la península de Baja California”.⁶²⁷ Esta “península” es descrita como desolada (*desolate*) hasta el extremo. Este “Desierto,” para Gabb, se acentuó hacia el norte de la exmisión de Santa María de los Ángeles, actualmente el Valle de los Cirios, que decidió no explorar pues, según escribió, “se considera que es un Desierto árido, la mayor parte del cual se encuentra cubierto de arena [...] no valía la pena para tomar en cuenta” (p. 119). Sin embargo, el Desierto para Gabb ya no era el artificio literario de las crónicas misionales que leyó: una carga simbólica especial, la nada; una demarcación encabezada por el diablo.⁶²⁸ Gabb jamás menciona a Dios o al diablo en su mirada del paisaje; intenta utilizar un lenguaje científico, lo cual no implica la ausencia de sentimiento religioso. Pero el Desierto es descrito en términos antropocéntricos: es plausible o no su explotación industrial; esa era la disyuntiva decimonónica de Gabb y muchos viajeros científicos contemporáneos a él.⁶²⁹

⁶²⁶ William C. S. Smith, “A Journey to California in 1849”, 495 [traducción personal].

⁶²⁷ Gabb, “Exploration of Lower California”, 82.

⁶²⁸ Nylsa Martínez Morón, *La California de Baegert. Una aproximación sobre Noticias de la península americana de California de Juan Jacobo Baegert* (La Paz: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2018), 92.

⁶²⁹ La promesa de un futuro de progreso como idea esencial de la modernidad justificaba narrativas de explotación y beneficio de las tierras “subdesarrolladas”, Pratt, *Planetary Longings*, 42. En realidad, Pratt habla del “tercer mundo”, pero la expresión me parece anacrónica, ya que esta fue parte de un discurso de los países no alineados al capitalismo o al comunismo en el siglo XX.

Por eso no sorprende que la narrativa de Gabb, salvo los casos que he mencionado, no enfatice lo desértico del paisaje, como tampoco lo habían hecho Linck o Serra en su diario, pero por distintas razones. La mirada de Gabb estaba enfocada en las posibilidades extractivistas de la península. En medio de lo desértico, describe a los pequeños valles como paraísos (*paradise*) y jardines (*gardens*), que analizaré más adelante. Aun con su formación científicista secularizada, Gabb no pudo escapar a las estructuras del lenguaje, heredadas de una cultura judeo-cristiana, máxime en la sociedad de la Pennsylvania protestante donde la lectura de la Biblia, desde pequeños, era algo cotidiano. El libro bíblico del Génesis describe al jardín del Edén como un Paraíso donde había abundancia de agua, pasto y árboles. Pues bien, justo eso es lo que Gabb busca en esos *gardens*: agua, hierba y madera.

El agua (*water*) es la palabra más usada por Gabb en su diario, ¡119 veces!, solamente referidas al agua dulce, no la del mar. Esta es calificada, de acuerdo con valoraciones antropocéntricas, por su *disponibilidad*: mucha, poca, escasa, ausencia, limitada; pero también por su *calidad*: mala, buena, excelente, salada, fresca, placentera. Por haber realizado ese viaje en un invierno (1866-1867) de mucha lluvia,⁶³⁰ el agua podía ser encontrada con una variedad extensa de opciones, tanto en elementos geográficos (*spring, stream, flow, torrent, waterfall, lake*) como en confecciones humanas recientes (*hole, well, tinaja, ditch, aqueduct, boring*). En este aspecto del paisaje, el diario de Gabb concuerda con el de Wenceslao Link, pero contrasta con el de James Bull, en el que, como vimos, la escasez de agua era una constante.

Junto con el agua, la hierba (*grass*) era indispensable para poder alimentar a las mulas de la comunidad viajera. Nuevamente la lluvia había sido el elemento determinante para la presencia persistente de la hierba, que podía ser encontrada en distintas especies: grass -la más usada-, forest, valley, vegetation, plains, soil, pasturage. Como el agua, la hierba es clasificada por su cantidad y calidad, pero no de manera antropocéntrica, sino en relación con la disponibilidad para el consumo de los animales: pretty grass, very green grass, excellent grass, finest grass, abundance of grass, sufficiency of grass, good grass, marsh grass.

⁶³⁰ En norteamérica, los dos años después de 1865 la lluvia se incrementó y 1867 fue un año de mucha lluvia en las grandes planicies, Hollon, *The Great American Desert. Then and Now*, 144.

Por lo que respecta a la madera, definida como combustible (*fuel*), Gabb la considera indispensable para poder cocer los alimentos. Esta madera podía ser conseguida de mezquites, cardones o choyas. De esta manera, son numerosos los renglones que unen agua, hierba y madera para poder acampar. Solo como ejemplo, cito la siguiente frase: “Acampamos en un lugar con excelente agua (*water*), repleto de madera (*fuel*) y abundancia de hierba (*grass*)”.⁶³¹

Fuera de esos lugares de agua, hierba y madera, el paisaje parece dividirse en dos partes: la península y la costa del Pacífico. La primera parte, desde San Lucas hasta El Rosario, Gabb la describe como un paisaje rocoso y arenoso. Conforme a su experiencia de geólogo, abundan en su diario especificaciones a las rocas y las formaciones geográficas, como rocas volcánicas, llanuras de grava, colinas de granito, copos de selenita, formas basálticas, rocas fosilíferas, vetas de cuarzo, etc. Aun así, no fue ajeno a designaciones de cochimíes y mexicanos para ciertos tramos del camino, como la cuesta de El Infierno o el camino de Yubai, toponimia cochimí asentada cien años antes en el diario de Wenceslao Link.⁶³² Después de El Rosario, cabalgando hacia el norte por la costa del océano, el propio Gabb reconoció un cambio de bioma: “Las zonas rocosas desaparecieron y en su lugar había hermosos valles. En verdad hubo un gran cambio”.⁶³³

El paisaje observado por el geólogo William Gabb en su diario de viaje difiere en esto del paisaje en la mirada del jesuita Wenceslao Link. Para Link, el paisaje es útil o inútil en sí mismo. Humanos, plantas, animales, tierra, agua... son inútiles en cuanto no sirven para los fines de la misión evangelizadora, o son útiles para ese propósito. En cambio, para Gabb todo el paisaje, con sus minerales apreciados en el mercado capitalista, es útil, solo que no ha sido suficientemente apreciado (*worthless*). Pero puede ser explotado gracias a la energía de los humanos estadounidenses que, por un proceso de industrialización, harán producir los frutos necesarios.

La misma valoración puede ser encontrada en la mirada de Gabb sobre la tierra como elemento del paisaje ensamblado. La tierra es indolente si no es utilizable para la agricultura,

⁶³¹ Gabb, “Exploration of Lower California”, 96. He citado solo un ejemplo, pero son numerosas las referencias a estos tres elementos que eran buscados -no siempre encontrados- por los viajeros.

⁶³² Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 199. Se trata del camino por el lecho de un arroyo cerca de la actual población de Punta Prieta.

⁶³³ Gabb, “Exploration of Lower California”, 109.

pero es una tierra fértil si es propicia para el cultivo humano. La colonia extranjera en el valle de Magdalena fue desaconsejada por no haber en él agua corriente ni tierra cultivable. En cambio, el rancho del valle de Guadalupe es considerado, por Gabb, como una excelente tierra cultivable.⁶³⁴ A diferencia de las crónicas y diarios de misioneros que resaltaban la mala calidad de la tierra, Gabb narra que los viñedos de la península producen un vino de mucha mejor calidad que los de California, además de azúcar, frutas y legumbres. La tierra, entonces, es vista como un recurso más a disposición de la industria del capital. Unos años después, Gabb modificará su lenguaje sobre la tierra con una perspectiva completamente capitalista en Costa Rica: terreno, lote, manzana, plantación, propiedad.⁶³⁵

Así, el estudio científico (logos) de la tierra (geo), conforme a la geología del siglo XIX, remite a la tierra como una materia inerte, en oposición al “mundo” de los seres vivos. Desde la perspectiva posthumanista, en cambio, la postura de Elizabeth Povinelli, que incluyó la indigenización de los saberes en Australia, ha cuestionado esa distinción arbitraria con su propuesta de la geontología:

Al final, decidí conservar el término *geontología* y sus [términos] asociados, como geontopoder, porque quiero resaltar los componentes contrastantes de la no-vida (geos) y el ser (ontología) actualmente en juego en la gobernanza liberal tardía de la diferencia y los mercados. Así, la geontología pretende poner de relieve, por un lado, el recinto biontológico de la existencia (caracterizar a todos los existentes como dotados de las cualidades asociadas a la Vida).⁶³⁶

En cambio, para las ontologías de otros pueblos, como los originarios de Australia, las piedras y los minerales, es decir, la Tierra o Gaia, tienen vida e interactúan como seres vivos con otros seres vivos.

⁶³⁴ Gabb, “Exploration of Lower California”, 112.

⁶³⁵ William More Gabb, *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*, trad. Enrique Pittier (San José: Tip. Nacional, 1893), 24. Lo “terrenos” estaban relacionados a derechos de los humanos para explorar porciones de la tierra, considerando una propiedad las vetas metálicas, maderas, combustibles y alimentos cultivados, Percy Denyer y Gerardo Soto, “Análisis de los trabajos geológicos de William M. Gabb sobre Costa Rica, a la luz del paradigma geológico del siglo XIX”, *Revista Geológica de América Central*, núm. 23 (2000): 99.

⁶³⁶ Povinelli, *Geontologies: A Requiem to Late Liberalism*, 6 [traducción personal]. A esta conclusión llegó Povinelli después de una larga investigación etnográfica entre algunos grupos originarios de Australia. La investigadora sostiene que el contraste occidental entre la no-vida (geos) y el ser (ontología) es resultado del geontopoder del liberalismo tardío.

Geografía del paisaje: Aislamiento del mundo

Una de las características del humanismo es el dualismo civilización-naturaleza que, en opinión de José Rabasa, comenzó con la Ilustración y los viajes científicos:

Los aparatos científicos que informan los viajes a partir de la Ilustración no alcanzan un simple refinamiento epistemológico, sino que producen dos campos de observación que Daniel Defert caracteriza como Sigue: “Las identidades de los pueblos fueron divididas con referencia a la cuestión del estado; había pueblos que habitaban estados, y pueblos que habitaban la naturaleza. La oposición entre *naturaleza* y *cultura* no es un subterfugio que le permita a uno entender los orígenes de la sociedad; es una división histórica que el Occidente erigió entre él y los otros”.⁶³⁷

Ante la autocomprensión del Occidente en su discurso sobre la modernidad civilizatoria, esos *otros* han sido identificados como lo primitivo (sociedades tribales y nómadas), lo tradicional (sociedades campesinas y rurales), lo irracional (animales, no-Occidentales, y mujeres), y lo subdesarrollado o lo atrasado (el mundo colonial o excolonial), pero siempre ha permanecido la existencia de un *otro*.⁶³⁸

William Gabb se autopercibía como un hombre blanco, moderno y civilizado, recorriendo un país primitivo, salvaje y aislado. La siguiente frase de su diario de viaje condensa de manera evidente su creencia al respecto: “[...] especulando qué es lo que estaba sucediendo en el mundo exterior (*outside world*), del cual nosotros estábamos ahora tan completamente separados como si estuviéramos en alguna isla desierta (*desert isle*) en el enorme Pacífico”.⁶³⁹ El mundo (*world*), estaba allá fuera, lejos, en los Estados Unidos. La Baja California era una *isla* perdida en el Océano. Gabb realizó un mapa sobre la península y cruzó cabalgando la frontera terrestre; sabía perfectamente que era una península y no una isla, pero utiliza la concepción colonialista de la “isla” en relación con Estados Unidos.⁶⁴⁰

⁶³⁷ Rabasa, *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*, 59.

⁶³⁸ Pratt, *Planetary Longings*, 36-37.

⁶³⁹ Gabb, “Exploration of Lower California”, 93 [el énfasis es mío].

⁶⁴⁰ Las islas y penínsulas pueden ser consideradas en sus conexiones de distinta clase. El mismo Gabb había considerado todo el Caribe y la península de Yucatán como parte de un solo “horizonte” geológico, Gabb, *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*, 47. En cambio, los europeos comenzaron a considerar la isla como separación, en un afán colonialista: es lo demarcado, lo que puede ser controlado y explotado, Margaret Shrimptom, “Pensar la isla: Ínsulas, archipiélagos e islas-continenciales”, Seminario Permanente: Visiones, imaginarios y representaciones culturales, CEPHCIS-UNAM,

Unas líneas al final del su diario son un buen ejemplo del “aislamiento incivilizado” de la península contra la civilización del mundo exterior: “Después de tres o cuatro meses de exilio, sin la vista de una carta o diario, estábamos ansiosos por tener el primer vistazo (*glimpse*) posible de *civilización*, y averiguar qué ha pasado en el *mundo* (*world*)”.⁶⁴¹

Conforme a esto, los minerales, el agua, la tierra, las plantas, los animales y los humanos podían ser divididos en el mundo de la civilización o en el mundo de la incivilización; o bien, en algo intermedio que Gabb definió como lo semi-bárbaro. Pero ¿qué define la civilización para Gabb? Aunque el diario de su exploración por Baja California no es claro al respecto, un escrito posterior permite inferir qué era la civilización cristiana: “Es, pues, en beneficio únicamente del Gobierno de Costa Rica y de la *civilización cristiana* que hago las siguientes sugerencias [...]”.⁶⁴² No se sabe a qué confesión religiosa pertenecía Gabb, pero en su intención estaba la implementación de una civilización cristiana; algo nada extraño, por cierto, en los liberales del siglo XIX.⁶⁴³ Esta manera humanista de considerar el paisaje es ratificada, en el diario de Gabb, al describir a Loreto y otros pueblos cercanos como “centros de civilización”, que no habían sido completamente paganizados (*heathenized*) todavía. Es decir, la civilización es considerada en contraste con lo no-cristianizado, lo que denota su sentido religioso.

Los exploradores científicos del siglo XIX no eran ajenos a las ideas teológicas en las motivaciones de sus viajes. La expedición de geógrafos rusos a Siberia, por ejemplo, consideraban que Dios había pedido a Rusia la expansión hacia el oriente para llevar ahí la civilización.⁶⁴⁴ En la expedición de los científicos de la *California Geological Survey* -a la

8 mayo 2023, disponible en: Facebook Live. A diferencia de Gabb, su compañero de viaje Ross Browne miraba en la península una conectividad con el Océano Pacífico, muy conveniente a los intereses de los Estados Unidos. Por eso escribió en su diario: “No cabe duda que la punta final de la península sería una valiosa adquisición para los Estados Unidos. Está situada en el trayecto de San Francisco a Panamá, y a todos los puertos de México; es de fácil acceso, ofrece buen anclaje a las embarcaciones de gran capacidad, y los pasajeros tienen la ventaja de un buen clima que se desearía en un lugar de descanso para provisiones”, Ross Browne, *Explorations in Lower California, 1868*, 1 [traducción personal].

⁶⁴¹ Gabb, “Exploration of Lower California”, 119 [el énfasis es mío].

⁶⁴² Gabb, *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*, 80 [el énfasis es mío].

⁶⁴³ En su estudio sobre el matrimonio civil en el siglo XIX en México, Pablo Mijangos demuestra que la intención de los liberales no era construir un proyecto antirreligioso, sino una renovación de la civilización cristiana que se había corrompido por los malos jerarcas eclesiásticos, Mijangos y González, “¿Secularización o reforma? Los orígenes religiosos del matrimonio civil en México”, 105-117.

⁶⁴⁴ Bassin, “The Russian Geographical Society, the ‘Amur Epoch,’ and the Great Siberian Expedition 1855-1863”, 241.

que pertenecía William Gabb- por la Sierra Nevada, todos los domingos se leía la Biblia, y el geólogo Clarence King, uno de los exploradores, pronunciaba un sermón: “Tenemos un libro de sermones en el campamento, y hasta ahora hemos proclamado uno cada Domingo”.⁶⁴⁵

Dentro de este ámbito de civilización cristiana, según el informe de Gabb sobre la región costarricense de Talamanca, debía haber caminos realizados por la industria, gente con energía, agricultura y costumbres nuevas. Por eso Gabb no duda en reconocer, a pesar de su diferencia de credo, la labor “civilizatoria” de los misioneros jesuitas que construyeron iglesias, trazaron caminos y trabajaron huertas con celo y sacrificios.⁶⁴⁶ Así, la península, en el sentido que la entiende Gabb, podía ser dividida en los *gardens* como pequeños espacios demarcados con agricultura -rastros de civilización- y el *desert country*, como un paisaje donde lo salvaje -tierra, animales y plantas- se extendía. Al siguiente año de su viaje, antes de la publicación de su diario, Gabb publicó un reporte sobre los recursos naturales con posibilidad de extracción en un libro editado por Ross Browne y financiado por el gobierno de los Estados Unidos. En ese texto, Gabb presentaba a los *gardens* como puntos fértiles en medio del Desierto: “La región (*country*) se presenta como Desierto (*desert*) arenoso en su mayor parte, con algunas zonas (*spots*) fértiles”.⁶⁴⁷ Pero no es un determinismo, pues con la *energy* y la *industry* adecuadas, ese paisaje salvaje (*wild sight*) puede ser transformado en un *garden*: “No hay razón por la cual, con energía (*energy*) Americana, el tramo completo, desde Loreto hasta la Tinaja, no debería ser un jardín (*garden*) continuo”.⁶⁴⁸

⁶⁴⁵ Brewer, *Such a Landscape! A Narrative of the 1864 California Geological Survey Exploration of Yosemite, Sequoia & Kings Canyon from the Diary, Field Notes, Letters & Reports*, 657 [traducción personal]. Que la geología se hubiera secularizado, es decir, se hubiera vuelto autónoma de la teología, no significaba que los geólogos no fueran creyentes. No estamos ante el declive de la religión, sino ante el surgimiento de ámbitos de la vida social, la cultura y el saber, que no se encontraban subordinados a ella.

⁶⁴⁶ Gabb, “Exploration of Lower California”, 103.

⁶⁴⁷ Gabb, “Lower California”, 631.

⁶⁴⁸ Gabb, “Exploration of Lower California”, 94. La “civilización cristiana” que está en el intertexto de Gabb permite sugerir que su concepción del “jardín” está influida por la alegoría del jardín del Edén del texto bíblico del Génesis. De acuerdo con la traducción al inglés en la versión *King James* de la Biblia de 1769 -muy probablemente la Biblia leída por Gabb-, Dios plantó un *garden* al oriente del Edén (Gen 2,8) o *Paradise*. En la perspectiva bíblica, el jardín es un lugar delimitado (sentido del hebreo *gan*) dentro del paraíso. Al ser expulsados, Adán y Eva deben cultivar la tierra para poder recrear el jardín perdido. Entonces, el jardín (*garden*) es un lugar (*spot*) demarcado y trabajado por la agricultura, mientras que el paraíso (*paradise*) es un espacio apacible de tranquilidad, como el poblado de La Paz, “one of the prettiest towns in the world” que ni siquiera Italia, un país donde la pereza es un premio, le puede competir, p. 89.

Los jardines, con su carga semántica religiosa -analizado en el capítulo anterior- debían cumplir, según el relato de Gabb, con dos condiciones: el cultivo de la tierra y la irrigación del agua. Un párrafo del diario ilustra bien esta idea del viajero:

La mañana siguiente nos mostró un panorama hermoso y, al mismo tiempo, un tanto salvaje (*wild*). Media docena de pequeñas casas de adobe, encaramadas en las laderas de la empinada colina, constituían el pueblo (*village*); cada lugar disponible que no fuera demasiado empinado para el cultivo (*cultivation*) estaba cuidadosamente aterrizado y el agua llegaba hasta él mediante acequias (*ditches*) para su riego (*irrigation*). Vides, naranjas, plátanos y, en resumen, casi todas las frutas tropicales se cultivan aquí con éxito y, junto con las pocas vacas que pueden vivir entre los cactus, constituyen el único sustento de la gente.⁶⁴⁹

El pueblo de San Bartolo, al que Gabb alude, conserva hoy en día, en buena medida, el aspecto que relataba el viajero. El interés de Gabb, a diferencia de los viajeros misioneros Link y Serra, ya no estaba en una “naturaleza prístina” antes de la intervención humana. El paisaje que más conmovió a Gabb era el que tenía la huella de la actividad de los seres humanos. Esos paisajes de “pueblos pintorescos”, como denominó a otras poblaciones como San José del Cabo, estaban relacionados con lo salvaje: “Un suburbio disperso de chabolas destartaladas techadas con hojas de palmera, sirve para agregar belleza pintoresca (*pinturesque*) al lugar, en vez de dañarlo con su miseria”.⁶⁵⁰ Es decir, los *gardens* tienen ya la impronta de la civilización -cultivación e irrigación- pero no la suficiente como para comprarse con la *industry-energy* estadounidense, caracterizada por el monocultivo a gran escala. En los textos de Gabb, incluidos los posteriores de su viaje a Costa Rica, el monocultivo es uno de los mejores exponentes de la “industria” civilizatoria. Por el contrario, la filósofa Donna Haraway ha sugerido el neologismo “plantacionoceno” como un concepto más adecuado al Antropoceno, basándose en investigaciones de científicos y científicas que han estudiado la erosión del suelo por el monocultivo y sus impactos en la biodiversidad de los ecosistemas.⁶⁵¹

⁶⁴⁹ Gabb, 84.

⁶⁵⁰ Gabb, 82-83.

⁶⁵¹ En una discusión sobre varias alternativas para una manera adecuada de llamar a la reciente era geológica, Haraway define así al Plantacionoceno: “Prosigue con creciente ferocidad en la producción global de carne industrializada, en el agronegocio de la monocultura, y en la sustitución de bosques multiespecies, que sostienen tanto a los humanos como a los no humanos, por inmensas plantaciones”, Donna Haraway, “Antropoceno,

Esos jardines de la Baja California, pues, son un limbo entre lo salvaje y lo civilizado, un estado de semi-civilización que Gabb describió con estas palabras: “La iglesia [de Comondú] era sin duda un edificio superior de su clase. Pero ahora está absolutamente en ruinas, quedando solo una porción de sus paredes, aunque lo que permanece retiene trazos abundantes de una magnificencia ruda, semi-bárbara”.⁶⁵² El aislamiento y lo rústico del paisaje es lo que, a criterio de Gabb, confería una belleza “pintoresca” a los jardines de la Baja California.

La vegetación de los paisajes: salvajismo y civilidad

Gabb utilizó varios calificativos muy positivos para la flora del paisaje bajacaliforniano. Se ha visto que Gabb distinguía entre paisajes civilizados, semi-civilizados, y otros salvajes. La misma clasificación hizo con respecto a las plantas que formaban parte de los paisajes ensamblados que relata en su diario. Los higos, por ejemplo, podían ser encontrados de manera salvaje: “Menos abundante, pero encontrados ocasionalmente, están las higueras (*fig-trees*) silvestres (*wild*), y una o dos ofreciendo excelentes frutos”.⁶⁵³ Por otro lado, estaban los higos de los *gardens* que, junto con otras especies de árboles frutales, estaban en esos lugares (*spots*) incipientes de civilización.

En el ámbito de lo salvaje (*wild*), los seres vivos vegetales que más menciona a lo largo de su diario están los cactus, enunciados de forma genérica. Gabb mencionó que existía una docena de especies de la familia de las cactáceas. Actualmente, la biología sostiene que existen alrededor de 1900 especies en el mundo, siendo México el país más importante en su evolución y su diversificación.⁶⁵⁴ Esto no excluye que algunas de estas especies le causaran admiración, como cuando cruzaba el valle de San Bartolo y escribió en su diario: “Cruzando el valle, que sustenta un *magnífico* cultivo de casi todas las especies de cactus conocidas en

capitaloceno, plantacionoceno, chtuluceno”, *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales* 1, núm. 3 (2016): 18.

⁶⁵² Gabb, Gabb, “Exploration of Lower California”, 97.

⁶⁵³ Gabb, 88. La higuera endémica de Baja California (*Ficus petiolaris*) es la de mayor amplitud geográfica en México.

⁶⁵⁴ Claudia Ballesteros-Barrera et al., “Distribución geográfica y conservación de nueve especies del género *Ferocactus* (cactaceae) en México”, *Revista Fitotecnia Mexicana* 40, núm. 2 (2017): 131. Esta multiplicidad de especies de las cactáceas ha crecido exponencialmente gracias, en parte, al cambio en los criterios taxonómicos que han pasado de aspectos morfológicos a otros basados en lo genético, como ADN y constitución molecular, Monserrat Vázquez-Sánchez et al., “Molecular phylogeny, origin and taxonomic implications of the tribe Cactaeae (Cactaceae)”, *Systematics and Biodiversity* 11, núm. 1 (2013): 103–116.

la Baja California [...]”.⁶⁵⁵ La mayoría de las veces, solo se limita a mencionarlo sin ningún tipo de adjetivo o comentario y, en una ocasión, parece estar enfadado de la “interminable monotonía de los cactus”. Al parecer, de esta familia nada provechoso podía valorarse, salvo su utilización como leña -no muy buena, por cierto- para calentar la comida. Esta valoración, antropocéntrica, como era de esperar, no considera las interacciones que la familia de las cactáceas, hoy sabemos, sostiene con otros organismos como los hongos, los insectos y otros animales.⁶⁵⁶

Dentro de la familia de las cactáceas, Gabb prestó especial atención a algunas de ellas. El “cactus” cirio (*Fouquieria columnaris*) mereció veinte líneas de su texto cerca de la misión Santa Gertrudis, en contraste con Wenceslao Link quien, residiendo en la misión de San Borja, en el hoy Valle de los Cirios, no le valió una sola mención en su diario. Para Gabb, el cirio era una planta sobresaliente (*remarkable*), cuya forma parecía “anormal” a la vista. Después de intentar hacer una descripción detallada de su estructura interna, termina diciendo que “toda la apariencia de la planta es peculiar”⁶⁵⁷ y que solo se le ocurre compararla con un tallo alto de lúpulo (*hop pole*) cubierto con una vid rara.

Fue el jesuita Fernando Consag quien escribió, por primera vez, sobre el cirio, “árbol verdaderamente inútil, estéril, y señal de la infecundidad del terreno”.⁶⁵⁸ Después, Wenceslao Link, en su reporte de 1762, el primero siendo encargado de la misión de San Borja, escribió: “No se ve aquí otra cosa que cirios, los cuales por *dañosos* son tan *inútiles* para que ardan, que aun los indios, que tanto se abrigan del frío, antes aguantan todo el frío que se valgan de dichos cirios”.⁶⁵⁹ Puesto que el cirio no era útil para construir o para leña, fue merecedor de los calificativos de dañoso e inútil.

Sin embargo, los cirios -*milapá* en la lengua cochimí- son árboles que desempeñan una agencia fundamental en el ensamblaje de su bioma. Por una parte, son refugio y sirven de nido para algunas de las aves endémicas. Por otro lado, sus raíces actúan como hábitat y

⁶⁵⁵ Gabb, “Exploration of Lower California”, 84 [el énfasis es mío].

⁶⁵⁶ Actualmente, se está llevando a cabo una investigación titulada “Cactus Demography, Population Biology, and Plant-Animal Interactions in Long Term Monitoring, Experiments, Historical, Consumer Dynamics, por *The Sevilleta Long-Term Ecological Research* en Nuevo Mexico. Información puede consultarse en: <https://sevlter.unm.edu/cactus-population-biology/>.

⁶⁵⁷ Gabb, “Exploration of Lower California”, 103.

⁶⁵⁸ Consag, “Diario del viaje que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús en la California, desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”, 251.

⁶⁵⁹ Wenceslao Link, “Informe del estado de la Misión de San Borja de California, 1762”, en *Misión de la Baja California*, ed. Constantino Bayle (Madrid: La Editorial Católica, 1946), 233–235.

comida para numerosas bacterias, actinobacterias y hongos presentes en la rizosfera. A su vez, estos microorganismos generan numerosos beneficios para otras plantas, aportando mayor fertilidad a la tierra.⁶⁶⁰ Para la mirada antropocénica, los cirios pueden ser árboles inútiles y, por tanto, dignos del olvido. Para el ensamblaje del planeta, son seres esenciales en el equilibrio de la vida. Para el capitaloceno, son plantas de ornato que pueden ser adquiridas por 45 dólares en ebay, aun cuando es una especie cuya población está en declive.⁶⁶¹

El segundo lugar de importancia, de acuerdo con el espacio en el relato de Gabb, es la biznaga. En palabras de Gabb, “la Vusuaga [sic] o *Turk’s-head cactus*, es una de las más útiles (*useful*) plantas en la región (*country*)”.⁶⁶² Este cactus -continúa Gabb- puede ser encontrado desde Cabo San Lucas hasta San Diego y su utilidad (*useful*) radica en que puede ofrecer agua potable a los viajeros y además es comestible. Todavía en nuestros días, los vaqueros de las zonas rurales tienen, dentro de sus saberes, la consciencia de que una biznaga puede salvar la vida de ellos o de sus animales al ser prácticamente una cactácea cuya agua es potable para los mamíferos. Además de fungir como alimento, la biznaga es conocida por los biólogos como una “planta brújula”, ya que tiende a crecer hacia la intensa luz del suroeste, a fin de recudir el efecto dañino del sol durante el verano.⁶⁶³ Paradójicamente, al ser una de las pocas cactáceas comestibles, es considerada en la actualidad en peligro de extinción y protegida por las leyes correspondientes.⁶⁶⁴ Otras cactáceas mencionadas por Gabb, con menor atención, son: garambullo, palo de Adán y pitaya, consideradas también en virtud de su utilidad como alimento, y denostadas por su morfología llena de espinas.

Una y otra vez, Gabb se queja del camino entre espinas que, en varias ocasiones, lastimaron la piel de él o de uno de sus acompañantes. En esto, Gabb parece seguir las observaciones paisajísticas de los misioneros sobre las espinas, como la descrita por Baegert: “En cuanto a las espinas de California, su cantidad resulta asombrosa y hay muchas de

⁶⁶⁰ Oscar Gutiérrez-Ruacho et al., “Abundance of rhizospheric bacteria and fungi associated with *Fouquieria columnaris* at Punta Cirio, Sonora, Mexico”, *Revista Mexicana de Biodiversidad* 89, núm. 2 (2018): 541–552.

⁶⁶¹ Un pequeño cirio de apenas unos centímetros de crecimiento puede ser adquirido por la plataforma de ventas en línea en Tucson, Arizona: <https://www.ebay.com/itm/256281249313>.

⁶⁶² Gabb, “Exploration of Lower California”, 88.

⁶⁶³ Minch et al., *Camino de Baja California. Geología y biología para su viaje*, 117.

⁶⁶⁴ Una observación sobre el decrecimiento de la biznaga en el norte de Baja California y las repercusiones de su sobreexplotación puede encontrarse en: Tapia, Landeros, “Ver, observar, interpretar. Guía para realizar una observación ambiental cualitativa”, 224-226.

terrible aspecto... de modo que resulta, después de hacer la cuenta, que una sola mata tiene más de un millón de espinas”.⁶⁶⁵ Como se dijo en los capítulos anteriores, contrario a la creencia popular de que las espinas tienen la función de defender a la planta, su principal función es captar la humedad del poco rocío nocturno y así pueda ser absorbida por la planta. Además, las espinas pueden juntarse o separarse según las necesidades de más o menos sol de la cactácea.⁶⁶⁶

Los animales no-humanos: antilopes y reptiles

La misma consideración que tiene Gabb para con la observación del paisaje (civilización-salvajismo) es proyectada sobre los animales no-humanos. A diferencia de los animales “domesticados” como las mulas, vacas u ovejas en corrales, estaban los animales “salvajes”, como los caballos y mulas que los misioneros denominaban como “alzados”, esos mamíferos que deambulan en la frontera entre el corral y el monte buscando agua y comida en la zona “desolada”.⁶⁶⁷ En ese paisaje “salvaje”, solo los animales “salvajes” podían sobrevivir ante la esterilidad de la tierra. En las inmediaciones de la misión Santa María, por ejemplo, Gabb escribió que ninguna cabra montesa (*wild goats*) o sustituto podía ser encontrada, pues el terreno (*country*) era demasiado estéril (*barren*) para sostener alguna vida superior (*higher life*), excepto por serpientes y cuervos. Más adelante, en las inmediaciones de la laguna Ojo de Liebre, narró que solo coyotes y animales salvajes (*wild animals*) más pequeños frecuentaban sus aguas.

Esos animales que habitaban lo salvaje, podían -y debían en el caso de las serpientes- ser matados. Gabb no utiliza el término cazar (*hunt*), sino matar (*kill*) animales que a veces podían servir como alimento, pero otras veces era solo para probar su carne o para constatar alguna teoría. Se podría decir que la cacería era una actividad que no se cuestionaba, y donde grandes mamíferos podían ser matados solo por diversión (*game*).⁶⁶⁸ Esa es la terminología que Gabb acuñó en su diario al referir la caza de un berrendo: “Tuve éxito en asesinar (*kill*) una pequeña cierva antílope, la única presa (*game*) que habíamos visto desde que salimos del campamento.

⁶⁶⁵ Baegert, *Noticias de la península americana de California*, 40-41.

⁶⁶⁶ Alfred López, “Otro mito que cae”, 2 febrero 2017, disponible en línea: <https://www.lasexta.com/>

⁶⁶⁷ Así define Gabb el espacio (*country*) al inicio de su diario: “from the broad sandy beach back as far as the eye can reach, is desolate in the extreme”, Gabb, “Exploration of Lower California”, 82.

⁶⁶⁸ En la exploración de la *California Geological Survey* en la que Gabb participó en su comienzo por la Sierra Nevada, la caza de osos, venados y serpientes fue algo común y considerado “normal”, Brewer, *Such a Landscape! A Narrative of the 1864 California Geological Survey Exploration of Yosemite, Sequoia & Kings Canyon from the Diary, Field Notes, Letters & Reports*.

En esa zona la caza (*game*) es extremadamente escasa”.⁶⁶⁹ Como se expuso en el capítulo sobre Serra, los indígenas cochimíes también cazaban berrendos, pero solo en el invierno cuando estaban resguardados contra las rocas del viento helado. Las armas de fuego, en cambio, como extensiones tecnológicas de la habilidad humana, hicieron que la caza del berrendo, ya no con fines alimenticios sino lúdicos (*game*), aunado a la concepción de los animales como inanimados, llevó al borde de la extinción del antílope californiano a principios del siglo XX.⁶⁷⁰ Su casi extinción -su población se redujo a 170 seres- provocó una alteración en el ensamblaje ambiental del desierto central.⁶⁷¹

En el diario de viaje, Gabb da cuenta de un venado cola-negra que fue matado para regocijo del explorador: “Me encontraba de pie, exultante (*exultingly*), junto a un hermoso venado gordo que pataleaba en su agonía de muerte a trescientos metros del campamento”.⁶⁷² Parece una ironía que, en inglés, la misma palabra *game* pueda aludir a una acción lúdica y a la cacería, lo que explicaría el sentimiento de exultación de Gabb al ver morir al venado. El venado bura de Baja California, incluido el endémico de la Isla de Cedros (*Odocoileus hemionus cerrosensis*) también experimentó una reducción drástica de su población, debido a la cacería de humanos y, en el caso de la Isla de Cedros, de jaurías de perros ferales, además de competir por alimentos con otras especies introducidas como vacas, burros o chivas. La extinción de especies por acciones humanas no es nueva, puede remontarse tan lejos como el Paleolítico, pero en la era del Antropoceno se ha multiplicado exponencialmente.⁶⁷³ Desde un enfoque más-que-humano, la extinción o disminución de una especie es una fragmentación en el ensamblaje del bioma, con consecuencias para distintas especies animales y vegetales.

⁶⁶⁹ Gabb, “Exploration of Lower California”, 107.

⁶⁷⁰ Los grupos originarios también cazaban animales como venados o berrendos. Sin embargo, como observó Eduardo Kohn entre los Runa del Amazonas del Ecuador, solo se podían cazar cuando los chamanes robaban el alma de las presas, es decir, se les consideraba seres animados, Kohn, *Cómo piensan los bosques. Hacia una antropología más allá de lo humano*, 161. Además de la caza furtiva, otra causa de su casi extinción en el siglo XX fue el sobrepastoreo de especies domésticas como el ganado bovino.

⁶⁷¹ El berrendo (*Antilocapra americana peninsularis*) es un mamífero endémico de la península bajacaliforniana y uno de los pobladores más antiguos de nuestro continente. Su rol en las interacciones del ensamblaje del bioma del desierto central es irremplazable: “La función del berrendo peninsular es fundamental para el ecosistema del desierto ya que al ser el animal de mayor talla de las planicies, rompe con sus pezuñas la capa salina del suelo y con sus excretas va sembrando las semillas de las plantas que ha comido provocando el resurgimiento de nueva vegetación a su paso, que brinda humedad y refugio a otras especies”, “Berrendo peninsular”, en: endesu.org.mx. Otros mamíferos, como los bisontes de las planicies de América del norte, fueron llevados cerca de la extinción al ser cazados por simple diversión.

⁶⁷² Gabb, “Exploration of Lower California”, 90.

⁶⁷³ Los humanos, desde el Paleolítico, han llevado al borde de la extinción a mamuts, rinocerontes lanudos, mastodontes, gliptodontes y camellos americanos, Kolbert, *Bajo un cielo blanco. Cómo los humanos estamos creando la naturaleza del futuro*, 67.

Ya más al norte, al menos tres serpientes de cascabel fueron asesinadas, la primera para probar el sabor de su piel, las otras dos solo para mostrar racionalmente -parte del discurso de la modernidad- la creencia, conceptualizada como superstición por los modernos, de que la serpiente tenía un poder mortífero sobre quienes la comían; creencia compartida por Jesús y Domingo, los guías del viajero.⁶⁷⁴ Gabb e Ironmanger se hicieron de una fama de cazadores de serpientes, unos seres vivos que habitan el planeta mucho antes que los seres humanos -hace 65 millones de años, en comparación con la especie del *Homo* que, en su versión más antigua, el *homo habilis*, tiene solo 90,000 años en la Tierra- y son indispensables en el equilibrio del ensamblaje del bioma que habitan.⁶⁷⁵ Es interesante que tanto misioneros jesuitas del siglo XVIII como viajeros científicos del siglo XIX utilizaban la violencia interespecie -llamada eufemísticamente cacería- para mostrar un “desencantamiento del mundo” y la falsedad de las creencias nativas. Al despojar de ese contenido “mágico” a los animales, pretenden instaurar una nueva relación con la naturaleza y con la alteridad animal, del que el humano se percibe diferente.⁶⁷⁶

Gabb omitió por completo las nutrias y los nutreros a los que su antecesor, el viajero James Bull, dedicó varias páginas de su diario. La disminución de su población por la cacería a gran escala había amenazado su existencia. En cambio, los nutreros fueron, poco a poco, dando paso a los balleneros, como lo escribió al final de su diario: “Por toda la costa oeste, en casi toda bahía grande, los balleneros (*whalers*) tienen el hábito de pasar una temporada completa desde hace varios años”.⁶⁷⁷ Escribió que alrededor de doce barcos balleneros llegaban en invierno cada

⁶⁷⁴ Gabb, “Exploration of Lower California”, 110. Las serpientes han cautivado a distintas generaciones de humanos por todo el planeta por su relación con la muerte por su veneno letal, pero también con la vida por la regeneración de su piel. El relato del Génesis sobre la serpiente del paraíso que ofrece vida, pero trae muerte, contribuyó en Occidente a la mitologización de este reptil. Pero los pueblos originarios también tenían sus saberes y relatos sobre serpientes mitológicas, como la que recoge el propio Gabb entre los indígenas de Costa Rica, Gabb, *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*, 19. También Wenceslao Link da cuenta del uso del cuerpo de la serpiente entre los cochimíes para cuestiones espirituales: “Trajeron a sus ídolos [...] de los cuales uno tenía un tridente en la mano derecha; en la otra una culebra duplicada, a modo como se suele pintar a Mercurio”, Wenceslao Link, “Informe del estado de la Misión de San Borja de California, 1762”, 234.

⁶⁷⁵ Las serpientes de cascabel, “junto con otros depredadores, contribuyen a mantener su estabilidad y productividad [ecosistemas que habitan] al evitar que las poblaciones de roedores, ardillas y conejos, principalmente, crezcan de manera descontrolada y alcancen densidades con gran potencial destructor”, Héctor Ávila Villegas, *Serpiente de cascabel. Entre el peligro y la conservación* (México: Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, 2017), 89.

⁶⁷⁶ Según la crónica del jesuita Miguel del Barco, los indios californios no mataban a los pumas pues creían que ese animal, después de muerto, se vengaba de su asesino haciéndole morir. Otro jesuita, Juan de Ugarte, habría matado un puma y llevado su cuerpo a la misión con el fin de “desengañar” a los indios de esa creencia, Del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, 217-218.

⁶⁷⁷ Gabb, “Exploration of Lower California”, 121.

año a las bahías de Magdalena, San Ignacio y Ojo de Liebre, también conocida como Laguna Scammon. En la primera, Gabb convivió con dos balleneros, aunque no consideró importante ahondar en los detalles.

La industria ballenera despuntó en el siglo XIX en la coyuntura de una valoración del esperma de ballena o *espermaceti*, que se puede encontrar en los depósitos cerúleos de sus cabezas. Con ello se elaboraban “las velas finas jamás conocidas, pues emitían poco olor y nada de humo”.⁶⁷⁸ La iluminación de las ciudades en crecimiento del occidente exigía una cantidad cada vez mayor de aceite de ballena para las luminarias urbanas. En el comienzo de la industria ballenera, potencializada con la apertura del libre comercio en el Pacífico, se cazaban las ballenas con arpones manuales, por lo que únicamente se cazaban dos especies de ballenas, conocidas por su lentitud: la ballena franca y el cachalote; las demás clases de ballenas eran consideradas demasiado rápidas para los arpones manuales. Pero estas dos clases de ballenas prontamente fueron en declive y su casi extinción propició el invento del cañón arpón, aunque su peso hacía que no todas las embarcaciones pudieran utilizarlo.

En la costa norteamericana del Atlántico, la principal compañía ballenera, la New Bedford, contaba en el año de 1846 con una inversión de 21 millones de dólares solo en su flota, pero habría que añadir otros 70 millones más en fábricas de esperma, refinerías de aceite, establecimientos para equipamiento y otras instalaciones.⁶⁷⁹ Dos años después, en 1848, varios sucesos propiciaron la expansión de la industria ballenera en el Pacífico. En ese año de 1848, Lewis Temple creó el primer arpón de hierro que hizo más efectiva la caza de ballena.

Al mismo tiempo, Estados Unidos ganaba la guerra de invasión a México y se firmaban los tratados de Guadalupe-Hidalgo, a partir de los cuales el estado de California pasaba a formar parte de los Estados Unidos. Por esta razón, la New Bedford incursionó en los mares del Pacífico en busca de expandir su emporio comercial. Esos años de la industria de ballenas vio una creciente bonanza. Además de los adelantos tecnológicos en los barcos y los arpones, un nuevo descubrimiento cambiaría la suerte de los cetáceos en los litorales de la península de Baja California: el ballenero Charles Melville Scammon “descubrió” la Laguna Ojo de Liebre a mediados del siglo XIX. Esa polémica persona estimó que en 28

⁶⁷⁸ Pablo Francescutti, “Aceite de ballena, el combustible que revolucionó la iluminación”, *Estratos*, 2009, 65.

⁶⁷⁹ B. C. Brundage, “The Early American Whale Fishery”, *The Historian* 11, núm. 1 (1948): 70.

años de pesca en las costas bajacalifornianas se capturaron 10,800 ballenas, sin incluir ballenatos.⁶⁸⁰

Por su parte, para la ballena gris (*Eschrichtius robustus*), que ahora habita solamente en el norte del Océano Pacífico, la industria de aceite fue una desgracia. Viajeras migrantes, nadan desde los gélidos mares de Bering y Chukchi alrededor de 20,000 kilómetros hasta las costas de Baja California al inicio de invierno para dar a luz a sus ballenatos. Las aguas poco profundas de las bahías, principalmente Ojo de Liebre, mantienen a salvo a las crías de depredadores como tiburones. Al igual que las nutrias madres, las ballenas son reconocidas por defender con ferocidad a sus ballenatos de los depredadores, incluyendo orcas, tiburones y humanos. De ahí que los primeros balleneros les apodaran “pez diablo”. Pero esa ferocidad no pudo presentar resistencia ante los arpones de hierro que las llevaron cerca de la extinción. Paradójicamente, fue el empleo del petróleo en la iluminación urbana lo que frenó la caza de ballena y permitió una incipiente recuperación. La caza de animales -antílopes, ciervos, reptiles, roedores y cetáceos- con fines lúdicos o industriales es la forma en la que Gabb interactuó con esos seres. El antropocentrismo del viajero estadounidense no le permitió cuestionarse éticamente sobre esa actividad que llevó a varias especies endémicas cerca de la extinción.

Los animales humanos: Mexicanos perezosos, indios orgullosos y extranjeros industriales

La distinción civilización/semicivilización/barbarismo con la que Gabb observó los paisajes, con sus plantas y animales, prosigue en su mirada sobre los seres humanos a lo largo de su viaje. Como es de esperar, lo civilizado estaba en el mundo exterior, en lo blanco/estadounidense. Por ejemplo, al llegar a una casa en Agua Colorada, en la parte sur de la península, escribió que fue sorprendido por un saludo *civil* -expresión de Gabb- en excelente inglés: “Good-morning, gentlemen”. Esa idea compaginaba bien con la concepción del siglo XVIII sobre lo civilizado como afable, refinado o culto. Por otro lado, Gabb plasmó en su paisaje lo que llamó “centros de civilización”, cotos de cierto progreso intelectual y material.

⁶⁸⁰ Micheline Cariño y Jesús Zariñan, “Procesos de conservación a través de la protección y el manejo de especies prioritarias”, en *Del saqueo a la conservación: Historia ambiental contemporánea de Baja California Sur, 1940-2003*, ed. Micheline Cariño y Mario Monteforte (México: UABCS, 2008), 495.

Entre los humanos civilizados y los salvajes, estaban los mexicanos, una mezcla de los indígenas y los españoles. Sobre estos, los “Mexicans”, Gabb plasmó en su diario una convicción que se extiende sobre la tierra, los animales, y las plantas: la indolencia endémica que los hace inútiles. Cansado por una serie de demoras y caminos en mal estado, el viajero estadounidense exclama: “Después de un retraso de cuatro o cinco días, en parte invertidos (*spent*) en investigar las minas y en parte peleando contra el inevitable ‘poco tiempo’ [en español] procrastinación, que es la característica más marcada de toda la población Hispano-Americana [...]”.⁶⁸¹ Los mexicanos están caracterizados por esa procrastinación, pues -en su percepción- dejaban de hacer de manera deliberada los trabajos que podrían hacer más industriosa la tierra.

Junto con esa procrastinación, a Gabb le sorprende la pereza (*laziness*) de la población local. Es una característica que atribuye tanto a su guía mexicano, como a otros hombres mexicanos. Por ejemplo, al llegar a un rancho llamado Inocentes, encontró a un joven llamado Jesús, al que no dudó en considerar un joven ignorante, no-sofisticado y sobrecrecido bebé que nunca había dejado el lecho de su madre. “Lazy to a proverb”, era un joven *inútil* que solo servía para arrear las mulas.⁶⁸² Paradójicamente, ese joven “perezoso” fue contratado como uno de los dos guías para el resto del camino y acompañó a Gabb satisfactoriamente hasta su llegada al límite fronterizo.

Esa pereza, en opinión de Gabb, era “contagiosa”, pues incluso los extranjeros que llevaban tiempo residiendo en la península se habían vuelto flojos (*lazy*), inservibles (*worthless*) y frecuentemente deshonestos. Ellos se contentaban con vivir despreciados, incluso por los mexicanos degradados (*degraded*) que los rodeaban.⁶⁸³ En fin, abundan las referencias a la “proverbial” pereza de los mexicanos, como se puede resumir en una de las frases del explorador: “Nada sino la invencible pereza (*laziness*) de esta inútil raza mestiza (*worthless Mexican mongrel race*) ha impedido la ocupación de esta planicie”.⁶⁸⁴

⁶⁸¹ Gabb, 87.

⁶⁸² Gabb, 90.

⁶⁸³ Gabb, 95.

⁶⁸⁴ Gabb, 97. Esos prejuicios morales respecto a la población mexicana eran compartidas por otros viajeros estadounidenses, como James Ohio Pattie (1830), para quienes los mexicanos eran envidiosos, adictos al juego, cobardes y moralmente disolutos, Arturo Santamaría Gómez, “Viajeros y turistas de Estados Unidos en periódicos y revistas de México. De la visión imperial del siglo XIX a la paternalista del siglo XXI”, *Anais Brasileiros de Estudos Turísticos* 3, núm. 1 (2013): 30.

La *laziness* es una conceptualización del tiempo que pasa muy lento. Hasta el día de hoy, se considera a los habitantes de los pueblos de la península como “lentos” y “flojos” por gran parte de la población sudcaliforniana. Pero ¿de dónde proviene esa construcción? Mi hipótesis es que esa percepción de “hacer las cosas demasiado lento” solamente fue posible en contraposición a la apreciación de la aceleración del tiempo en la modernidad. François Hartog, retomando las conclusiones de Reinhart Koselleck acerca de la Revolución francesa, comenta que esta “fue vivida por muchos como una experiencia de aceleración del tiempo”.⁶⁸⁵ Por su pereza y su indolencia, los mexicanos son “inútiles”. Pero Gabb no usa el esperado *useless* -sin capacidad para poder ser usado- como era el caso en los diarios de Link y Serra. El viajero utiliza el término *worthless* -sin valor- para referir a aquello, humano y no-humano, que no puede ser aprovechado para obtener una ganancia. El lenguaje del capitalismo había sustituido al lenguaje del proselitismo religioso.

Las minas de la Baja California eran completamente inútiles (*utter worthlessness*) pues no producían los dividendos esperados por ser trabajadas por mexicanos. La bahía de Magdalena era inútil (*useless*) debido a que la zona (*country*) adyacente era tan perfectamente inútil (*perfectly worthless*). Incluso una mula que fue intercambiada (*trade*) a Domingo -uno de los guías mexicanos- estaba malherida de la espalda, de manera que resultó ser inútil (*worthless*). La utilidad/inutilidad con la que los otros tres viajeros evalúan los elementos del paisaje -desde una mirada antropocéntrica- sigue estando presente en el diario de Gabb, pero de una manera diferente.

La pereza/indolencia de los mexicanos, en el diario de Gabb por Baja California, es encontrada en otros escritos del mismo autor como nota característica que se amplía a los indígenas de Costa Rica. Hablando sobre las tribus indias de Costa Rica y su rápido decrecimiento demográfico, no duda en atribuir tal decrecimiento a su *extreme indolence*, pues teniendo un territorio (*country*) que produce todos los frutos del trópico, donde el maíz crece en abundancia y el ganado prospera aun sin labor de cuidado, ellos se contentan con hacer plantaciones solo para su subsistencia.⁶⁸⁶ La indolencia, en Costa Rica, es compartida,

⁶⁸⁵ Hartog, *Regímenes de Historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 105.

⁶⁸⁶ Gabb, “On the Indian Tribes and Languages of Costa Rica”, 492. Haciendo uso de la ironía, Gabb señala más adelante que los indios pueden hacer caminatas de dos días para recolectar un poco de cacao, pudiendo plantar 50 árboles cerca de su casa. En otro extenso y detallado reporte, Gabb sugiere que monocultivos de café, cacao y caña de azúcar es la respuesta de la población “inteligente y laboriosa” a la indolencia de toda esa rica comarca, Gabb, *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*, 73.

para Gabb, por negros e indios -estos últimos mucho más-, pues son indolentes, revoltosos; una población de ninguna manera deseable.⁶⁸⁷ Se trata de una indolencia “invencible”, por lo que no hay manera de revertirla.

Esa postura de Gabb sobre la indolencia no es privativa, sino compartida por otros viajeros de mediados del siglo XIX. Por ejemplo, Cumming Cherry, un viajero científico contratado por la *Cincinnati and Sonora Mining Association*, para el reconocimiento científico -eufemismo para la búsqueda de recursos naturales explotables- escribió lo siguiente: “[...] paz, empresa, capital, y *energía* de colonos estadounidenses para cultivar la tierra y trabajar las minas que la *indolencia* mexicana ha permitido caer en la ruina, con el indomeñable avance de los estadounidenses se puede convertir una vieja región en una nueva California”.⁶⁸⁸ También John R. Browne, quien contrató los servicios de Gabb para el viaje, escribió acerca de la indolencia de los californios: “Los nativos californianos son muy indolentes para cualquier clase de trabajo pesado y no hay signos de agricultura cerca de Cabo, excepto por un pequeño jardín (*garden*) que pertenece al capitán Ritchie, el único extranjero residente en el lugar”.⁶⁸⁹

También viajeros mexicanos compartían los mismos prejuicios. Como ejemplo se puede mencionar a Rafael Espinosa, jefe político de la Baja California, que en 1850 publicó su diario de viaje realizado desde el puerto de La Paz a los pueblos de Loreto y San Javier. En su diario, el político mexicano escribió: “[La agricultura] tampoco será favorecida por la industria fabril, por ser corta e *indolente* su población; y solo saldrá de la miseria en que se halla, cuando el genio del bien, rigiendo los destinos de la nación, disponga que se exploren científicamente aquellas montañas... para el que las esplota con inteligencia y capital”.⁶⁹⁰ Lo

Utilizo esta traducción realizada en 1893 para una lectura más agil del texto. Para conceptos claves del autor, remito al reporte original en inglés: “Report of the Talamanca Exploration, made during 1873 and 1874 by W.M. Gabb”, en *Documents annexed to the Argument of Costa Rica before the Arbitrator Hon. Edward Douglass White, Chief Justice of the United States*. Ed. W. M. Gabb, 97-142. Rosslyn, VA: The Commonwealth Co.

⁶⁸⁷ Gabb, *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*, 13.

⁶⁸⁸ Citado por: Torres Montúfar, *Ciencia y especulación. El viaje de William More Gabb a Baja California en 1867*, 112 [el énfasis es mío].

⁶⁸⁹ John Ross Browne, *Explorations in Lower California, 1868*, ed. Spencer Murray (Studio City: Vaquero Books, 1966) [Traducción personal], 2.

⁶⁹⁰ Rafael Espinosa, “Viage a Loreto y a San Javier en la Baja California”, en *La Ilustración Mexicana* de 1851, pp. 376-380, recorte de prensa consultado en: Fondo reservado de la Biblioteca Nacional de México, RLA 118. Esta publicación, editada por Ignacio Cumplido y dirigida por Francisco Zarco, se imprimió de 1851 a 1855. Estaba destinada principalmente a difundir la literatura como un saber importante para el adelanto social. El autor del diario de viaje fue nombrado jefe político de Baja California en 1849 y tomó posesión de su cargo

que distingue al planteamiento sobre los humanos en el diario de Baja California de Gabb es, entonces, que la indolencia/pereza solo es aplicada a los mexicanos y extranjeros que se han “mexicanizado”,⁶⁹¹ pero no a los indígenas, para quienes expresa, como veremos más adelante, admiración y alabanza.

En la esfera del salvajismo (*wild*) estaban los indios, quienes -según Gabb- vivían una “miserable subsistencia”.⁶⁹² Los criterios por los que un viajero considera a un humano como indio, negro o blanco -imposiciones raciales que revisten violencia epistémica- suelen cambiar dependiendo del contexto y la experiencia viajera de cada uno. Pueden ser criterios basados en el color de piel, en el idioma hablado, en los usos y costumbres o en la forma craneal.⁶⁹³ Pues bien, para William Gabb, los humanos del paisaje observado pueden ser clasificados racialmente según la sangre. Como siempre que el discurso clasificador de razas se ha basado en la sangre, la ideología de la pureza está presente.

En su relato de viaje, hay una admiración por la *pureza* de la sangre indígena. Dos ejemplos bastarán para ilustrar esta relación sangre-pureza racial. Cuando visitó el pueblo de la misión de San Francisco de Borja, Gabb conoció a Pedro Nunez, el hombre principal del poblado, un indio de sangre pura (*full-blooded*), más orgulloso de su sangre (*blood*) que sus conciudadanos.⁶⁹⁴ El segundo ejemplo nos lleva más al norte, en la antigua mina Delfina, cerca de Punta Colonet. Ahí conoció a Marto de la Cruz, apodado El Chino, quien decía ser

en julio de ese mismo año, “Toma de posesión de Rafael Espinoza de la jefatura política de la Baja California”, La Paz, julio de 1849, Archivo General de la Nación (AGN) - IIIH Exp. 76/4 (2.13). Conocía ciertos relatos de viajeros por la Baja California como el misionero jesuita Fernando Consag, del que publicó una reseña en el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y estadística de 1858, “Relación abreviada del reconocimiento de la costa oriental de la California, hecho por el padre Fernando Consag en el año de 1746”, AGN – IIIH 1.6. Un año antes, en el mismo Boletín, había publicado otra reseña del viaje de navegación de Sebastián Vizcaino, “Breve relación del viaje que hizo el capitán Sebastián Vizcaino en el año 1602, a reconocer la costa exterior y occidental de la California sobre la mar del Sur”, AGN – IIIH 1.5.

⁶⁹¹ “Esos hombres [extranjeros residentes en Loreto] son los más despreciables, perezosos y deshonestos que se puedan encontrar en la región [...] Pueden vivir despreciados, incluso, por los mexicanos degradados que los rodean”, Gabb, “Exploration of Lower California”, 95.

⁶⁹² Gabb, “Exploration of Lower California”, 93. Eso lo escribió sobre los indígenas que habitaban la misión de Santa Gertrudis. Ese tipo de observaciones no era exclusiva de Gabb, pues un informe de un viajero mexicano -militar- también describe de esta manera a los habitantes de la misión: “La habitan treinta indios semi-razonados entre hombres, mujeres y niños, Castillo Negrete, “Geografía y estadística de la Baja California, 1853”, 343.

⁶⁹³ Por ejemplo, para el historiador Jorge Cañizares, el color de piel -blanca, roja, negra- deja paso a la forma de los cráneos como identificación de la raza a comienzos del siglo XIX, en parte gracias a la obra de Alexander von Humboldt, “Alexander von Humboldt en la Nueva España. Diálogos España en América IV”, en Youtube, Asociación Pompaelo, 13 abril 2023.

⁶⁹⁴ Gabb, “Exploration of Lower California”, 105.

indio de sangre pura (*full-blooded*), generalísimo de todos los Yumas, Cucapás y varias tribus.⁶⁹⁵ Gabb tenía una inclinación a admirar estos personajes de “sangre pura”, así como valoraba estéticamente como bellos y pintorescos los paisajes “salvajes” (*wild*) de su trayecto. Esa admiración por lo pintoresco de los humanos indígenas provocaba al viajero una curiosidad científica, por lo que envió al Instituto Smithsonian un vocabulario cochimí, como hizo con animales disecados, objetos, informes y vocabularios de otras regiones.⁶⁹⁶

En su reporte sobre los indios de Costa Rica, Gabb siguió insistiendo en la pureza de la sangre como criterio de racialización. Respecto a los Bri-bris, exalta a los que, entre ellos, han podido “perpetuar la sangre”, consideración que no es tenida para quienes tienen una mezcla de sangre (*admixture of blood*).⁶⁹⁷ Al hablar de los Tiribis, Gabb comenta: “Parece poca o ninguna mezcla (*admixture*) de sangre extranjera entre ellos”.⁶⁹⁸ Y más adelante, refiriéndose a ellos mismos, admira el cuidado que tienen en los matrimonios para poner límites a la sangre. Para el científico estadounidense, devoto de los fósiles y las conchas como indicadores de las eras geológicas, esos indios “puros” serían el equivalente a indicadores del tiempo humano, “vestigios” de un pasado natural, en una negación de la coetaneidad que el antropólogo Johannes Fabian ha denunciado sobre el discurso antropológico.⁶⁹⁹

Como consecuencia de este discurso de pureza, la mezcla de sangre es advertida como una degradación racial. Al igual que los indígenas, los mestizos estaban excluidos de la coetaneidad, en un discurso colonialista surgido del corazón de la modernidad: “En el imaginario central de la modernidad, los pueblos indígenas y las masas mestizas existían

⁶⁹⁵ Gabb, 111. Este personaje peculiar se autotituló jefe de los indígenas de la frontera -kumiai, cucapá y yuma- y consiguió el reconocimiento oficial por parte de las autoridades mexicanas, como lo atestiguan varios documentos contenidos en el Archivo General de la Nación y en el Archivo Histórico Pablo L. Martínez. En cambio, para el jefe político de la región, Marto era un impostor que se había hecho del liderazgo usurpando la identidad étnica indígena, “Informe de Manuel Clemente Rojo, Subjefe político de La Frontera, sobre los antecedentes de Marto de la Cruz”, 1870, AGN, Fondo Miscelánea, IHH 3.23.

⁶⁹⁶ Los familiares de Pedro Nunez, el “indio de sangre pura” en San Borja, la parecieron a Gabb “más pintorescos que decorosos”. Según Gabb, las dos razones para enviar a Washington los informes, mapas y colecciones recabados en sus exploraciones eran: a) una mejor conservación, y b) un mejor acceso de los historiadores estadounidenses a estos materiales, Gabb, *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*, 11. Aunque Gabb no utiliza la metáfora del fósil para los indígenas, sí los relega a un nivel inferior y a un tiempo remoto, como lo escribió en su diario de viaje por Baja California: “Un puñado de miserables medio vestidos, apenas por encima de los brutos en inteligencia” (p. 111).

⁶⁹⁷ Gabb, “On the Indian Tribes and Languages of Costa Rica”, 484-487.

⁶⁹⁸ Gabb, 493.

⁶⁹⁹ Fabian, *El tiempo y el Otro. Cómo construye su objeto la antropología*. Esta “negación de la coetaneidad es una herramienta positiva del conocimiento científico”, p. 95.

fuera de la historia misma que las élites ilustradas estaban encargadas de hacer”.⁷⁰⁰ Retomemos el caso del Indio Pedro Nunez que, según Gabb, estaba orgulloso de su pureza de sangre indígena, en comparación a sus “mongrel fellow-citizens”.

Las evidencias sobre la postura de Pedro Nunez, el orgulloso indio y jefe político de San Borja son escasas. En cambio, la documentación sobre Marto de la Cruz es más abundante. Distintos informes confirman la habilidad de ese hombre políglota para negociar con estadounidenses, mexicanos, indígenas y otros extranjeros. El propio Gabb quedó embelesado por su encuentro con Marto, descrito de esta manera:

El “Chino” se representa a sí mismo como el generalísimo o jefe principal de todos los Yumas, Cucapá, y varias tribus vecinas. Él dice ser un indio puro (*full-blooded*), aunque ante todos los demás dice que es mexicano. Él ciertamente es de piel clara (*light-colored*) como para ser un indio, y habla español muy bien. También habla, además de inglés y algo de francés algunos dialectos indios.⁷⁰¹

Las fuentes consultadas son unánimes en afirmar que fueron los propios grupos indígenas habitantes o visitantes de la región del delta del río Colorado quienes nombraron a Marto de la Cruz como su líder que los representaría ante las instituciones gubernamentales. Él mismo señala que representa a 4000 o 5000 de estos indígenas y que fue en 1855 cuando lo nombraron jefe general y capitán,⁷⁰² cargo que fue aceptado por Marto y ratificado en varias ocasiones por las autoridades del gobierno del partido de Baja California con sede en La Paz.⁷⁰³ El viajero Gabb también constató la documentación que lo acreditaba como capitán general de esos indígenas: “Tiene un número grande de testimoniales de varios oficiales, agentes indígenas, etc., incluyendo un presuntuoso documento expedido por Navarrete, el predecesor del presente gobernador en Baja California”.⁷⁰⁴

Si con el viajero James Bull los indígenas estaban ya incorporados a labores y trabajos en las sociedades bajacalifornianas, el diario de Gabb añade que algunos indígenas -hombres

⁷⁰⁰ Pratt, *Planetary Longings*, 47.

⁷⁰¹ Gabb, “Exploration of Lower California”, 111.

⁷⁰² “Petición de Marto De la Cruz, capitán de las tribus yuma, dieguinas y cucapás, de protección y ayuda para los indígenas que pueblan las márgenes mexicanas del río Colorado”, 1870, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Fondo Gobernación, IHH Exp. 137 (3.12).

⁷⁰³ “Instrucciones de Pablo María Castro dirigidas al subprefecto de La Frontera”, 1870, AGN, Fondo Miscelánea, IHH 3.31.

⁷⁰⁴ Gabb, “Exploration of Lower California”, 111.

en ambos casos- se habían hecho de liderazgo de sus comunidades, como también sucedía en la exmisión de Santa Gertrudis por esos años con el indígena cochimí José María Iberri.⁷⁰⁵ Los “indios” estaban orgullosos de su sangre indígena, en un contexto que, en las décadas de 1860 y 1870, el positivismo consideraba a los indios como los eslabones más bajos del evolucionismo social.⁷⁰⁶ Ambos líderes indígenas, Pedro Nunez y Marto de la Cruz, decían estar orgullosos (*proud*) de su sangre y su lengua indígena.

Por el contrario, de acuerdo con el diario de Gabb, los mexicanos mestizos y, sobre todo, las mexicanas aspiraban a casarse con hombres blancos extranjeros. En un rancho cerca de la misión de La Purísima, escribió que la anfitriona, “como la mayoría de las mujeres de ese país”, tenía una opinión más favorable (*higher*) de los extranjeros, o mejor dicho, de los blancos.⁷⁰⁷ Enseguida Gabb expone su percepción: muchas de ellas están más orgullosas (*proud*) del “cabello y ojos sospechosamente claros” de sus hijos, que de sus niños “de descendencia morena (*swarthy*), aunque legítima”.⁷⁰⁸ En opinión de Gabb, los blancos, con su energía e industria, son la aspiración final de una población que se había mezclado.

En el relato del viajero de Gabb, esos extranjeros estaban por todas partes. En una sociedad que habitaba una península supuestamente “aislada” y “débilmente” poblada, William Gabb encontró una buena cantidad de extranjeros viviendo en ella. De hecho, desde la construcción del viaje del geólogo, la población nativa queda casi imperceptible ante la presencia de extranjeros. Sorprende, en un primer momento, la diversidad de nacionalidades presentes en la península: americanos -la mayoría-, ingleses, alemanes, franceses, chilenos,

⁷⁰⁵ José María Iberri fue contratado con sueldo del Territorio de Baja California como preceptor del pueblo de Santa Gertrudis, dependiente del Ayuntamiento de Mulegé, “Informe de José Ma. Medina sobre contratos de preceptores de San Ignacio y Santa Gertrudis”, 8 de noviembre de 1862, Archivo Pablo L. Martínez, La Paz, III/V-83/L-11/1FF. En respuesta, Iberri solicitó al Jefe Político la “legalidad” de sus tierras en el pueblo de Santa Gertrudis, por las cuales pagaba tributo, “José Ma. Medina, Presidente Municipal de Mulegé, remite al Gobernador de la B.C., la solicitud presentada por el indígena José Ma. Yberri, natural del pueblo de Santa Gertrudis”, 8 de noviembre de 1862, Archivo Pablo L. Martínez, La Paz, L-II/V-83/Doc.856Bis.

⁷⁰⁶ En México, por ejemplo, el filósofo positivista Justo Serra escribió: “Nos falta [...] atraer al inmigrante de sangre europea, que es el único con quien debemos procurar el cruzamiento de nuestros grupos indígenas, si no queremos pasar del medio de civilización, en que nuestra nacionalidad ha crecido, a otro medio inferior, lo que no sería una evolución, sino una regresión”, citado por: Alberto Luis López y Elvira López Rodríguez, “Positivismos en México. Un estudio sobre la obra México: su evolución social”, *Araucaria* 21, núm. 42 (2019): 102.

⁷⁰⁷ En el siglo XIX, era común que los viajeros anglosajones miraran a las mujeres mexicanas muy superiores a los hombres, tanto en belleza como en conductas sociales, Santamaría Gómez, “Viajeros y turistas de Estados Unidos en periódicos y revistas de México. De la visión imperial del siglo XIX a la paternalista del siglo XXI”, 31.

⁷⁰⁸ Gabb, “Exploration of Lower California”, 99.

chinos y hasta un australiano despistado.⁷⁰⁹ La presencia extranjera en la península, como zona de contacto, había modificado la cultura de los californios. En el desarrollo del diario de Gabb, se encuentran personas que les quieren comprar dólares, otros que buscan estafar a los transeúntes, muchos y muchas saben hablar inglés.

El principal atractivo de la península para los extranjeros era la industria minera, como en San Antonio, donde encontró una colonia de alemanes. Las principales compañías mineras eran de propiedad extranjera, como la mina de El Triunfo, la más próspera durante el viaje de Gabb. Esta presencia extranjera a cargo de las principales minas y la descripción de las misiones como prósperos centros de los clarividentes misioneros -todos extranjeros-, comparables a los acueductos de Egipto o Roma,⁷¹⁰ deja entrever un intertexto en su discurso: solo la presencia extranjera puede modernizar esta región “desértica”.

Esa presencia extranjera podía lograrse por dos medios: la anexión de la Baja California a los Estados Unidos o la fundación de colonias americanas en la península. Según los testimonios recogidos por Gabb, todos los extranjeros deseaban la anexión, la mitad de los nativos lo deseaban ver, la otra mitad decía que era inevitable y, cuando sucediera, se llegaría a una era de actividad y prosperidad.⁷¹¹ El mismo Gabb se encontró con que la mayoría de los extranjeros estaban desesperados por huir, de manera que la única forma de retenerlos era con la anexión de la península a los Estados Unidos, algo que hasta los viajeros de otros países, en busca del “sueño americano”, deseaban para la Baja California.⁷¹² Pero de

⁷⁰⁹ La supuesta poca población de mediados del siglo XIX ha sido rebatida por el estudio de: Dení Trejo Barajas, “Declinación y crecimiento demográfico en Baja California, siglos XVIII y XIX. Una perspectiva desde los censos y padrones locales”, *Historia Mexicana* 54, núm. 3 (2005): 761–831. Además de la población indígena nativa y migrante -yaquis principalmente- “individuos de diversas partes del macizo continental y del extranjero llegaban con la esperanza de hacer fortuna en la minería, la pesca de perla, el comercio o finalmente en la explotación de las tierras agrícolas y la ganadería” (p. 799).

⁷¹⁰ Gabb compartía con Leese y Browne la idea de concebir a las misiones como símbolos del coraje y la perseverancia de unos religiosos que habían superado las adversidades propias de un territorio inhóspito, desértico y remoto. En las publicaciones de la *Lower California Company* en los Estados Unidos, se exageraban los significados “empresariales” de los centros misionales, Torres Montúfar, *Ciencia y especulación. El viaje de William More Gabb a Baja California en 1867*, 76.

⁷¹¹ Gabb, “Exploration of Lower California”, 85.

⁷¹² Por ejemplo, el viajero revolucionario exiliado en México de origen húngaro, Károly Lázló, envió cartas a uno de los semanarios más populares de Hungría diciendo que México debía recibir influencia de Estados Unidos para su desarrollo: “Creemos que este país, hoy salvaje, se convertirá en la patria de la civilización y de la riqueza aún durante nuestras vidas”, Venkovits Balázs, “viajeros, migraciones e identidad: la imagen de América latina y la literatura de viajes en Hungría en el siglo XIX”, en *Aventureros, autopistas, emigrantes del imperio Habsburgo en las Américas*, ed. Úrsula Prutsch, João Fábio Bertonha, y Mónica Szenté-Varga (Madrid: Iberoamericana, 2017), 39. También consideró aceptable la conquista de México por los Estados Unidos: “No dudo que los industriales norteamericanos arribarán en masas. Removerán la tierra y sacarán a la luz del día la

no ser posible la anexión, lo deseable sería, para Gabb, la colonización “americana” de la Baja California. Los recursos naturales estaban siendo desaprovechados, por eso escribió: “En esta planicie es necesaria una colonia extranjera pues tiene suficiente tierra y agua” (p. 97).

La única forma, pues, de contrarrestar la indolencia mexicana era la *energy* de los extranjeros y, más concretamente, de los *americanos*. Como se desprende de algunas de las citas anteriores, en opinión de viajeros extranjeros y mexicanos, solo la energía (*energy*) traída desde fuera será capaz de infundir la *industria* necesaria para que la tierra produzca riqueza, negada hasta ahora por la indolencia de los habitantes locales. La *energía* repetida varias veces en el diario de Gabb es un concepto que fue prestado de la jerga científica, pero con rasgos espirituales. Según el historiador de la ciencia, Ricardo Guzmán, el concepto pasó a la literatura en el siglo XIX por influjo del romanticismo que miraba en la energía la base de la unidad de la naturaleza, pero también por influencia de las ciencias modernas como la física.⁷¹³ En relación con la *industria*, la energía era la forma de medir la fuerza necesaria para transformar cualquier cosa, ya sea por la máquina o por el esfuerzo humano y animal.

Epílogo: circulación y recepción del texto

En la coyuntura de viajeros como celebridades literarias, el diario de viaje por Baja California de John Ross Browne fue divulgado en tres entregas mensuales en una revista de amplia difusión en los Estados Unidos que persiste hasta la fecha, la *Harper's Magazine*. En esta revista, Browne era un escritor habitual que ya tenía cierta fama de periodista, escritor y dibujante publicando artículos sobre distintos viajes en el suroeste de los Estados Unidos. El ascendente frenesí de las clases medias y las élites por la literatura de viajes lo llevó a un gran viaje por Europa y el Medio Oriente, publicando sus diarios en libros y en distintas entregas en la revista mensual *Harper's Magazine*, establecida desde 1850, y que solo seis meses después tenía un tiraje de 50,000 copias.

La primera entrega apareció en el ejemplar de octubre de 1868, y las otras dos entregas en los meses consecutivos. Las tres partes de su diario fueron compiladas y

fertilidad de las praderas infértiles y de las montañas rocosas. Convertirá esta jungla inconsciente de su riqueza en un país rico, civilizado y diligente y tal vez lo anexiona a los Estados Unidos” (p. 41).

⁷¹³ Guzmán, “Ciencia, tecnología y sociedad en el siglo XIX: El concepto de energía, su historia y sus significados culturales”, 175.

publicadas como libro en 1952 por la editorial Arizona Silhouettes y, posteriormente, otra edición en 1966 -exactamente 100 años después del viaje- por Vaquero Books, con comentarios de Spencer Murray, un periodista californiano aficionado a los viajes en auto, incluyendo trayectos *off-road* por Baja California.

La intención de la edición del diario de Browne en la década de los sesenta no es histórica, sino turística. El libro, que incluye las ilustraciones originales de Browne y fotografías contemporáneas, intercala la narración del Browne con comentarios del editor sobre localización de hoteles y puntos de interés turístico. Como escribió Michael Mathes, el relato de Browne había sido escrito en un estilo “tongue-in-check”, con las dos características propias de los periodistas del siglo XIX: interesante y entretenido.⁷¹⁴

En cambio, el diario de William Gabb solo alcanzó la categoría de apéndice al final de un libro publicado en 1869 por John Ross Brown y que tenía la pretensión de ser una obra científica, con un tiraje limitado que aún hoy es difícil consultar. Ese mismo año, Paul Chaillu publicó su diario de viaje por África para jóvenes (1869), solo cuatro años después que el viajero francés Henri Duveyrier publicara su propio diario de exploración por el Sahara (1864) y solo un año después que, de forma póstuma, el diario de viaje por el sur de Asia, de otro francés, Henri Mouhot, fuera publicado (1868). Un año antes, Gabb publicó una versión más descriptiva y científica de su viaje por la Baja California, como era habitual en viajeros de la época.

El diario de viaje de Gabb, entonces, fue incluido como apéndice en el libro de Ross Browne sobre los recursos mineros potencialmente explotables al oeste de los Estados Unidos. La obra fue editada en Nueva York, sede económica de la *Lower California Company*, empleadora de Browne para la exploración de Baja California. Además, por la prensa se sabe que Browne entregó una copia del libro a cada uno de los senadores y congresistas en Washington,⁷¹⁵ ¿queriendo obtener algo a cambio? Es muy probable. Lo cierto es que el diario de Gabb quedó velado en un libro de cerca de 900 páginas que fue

⁷¹⁴ Michael Mathes, “Review: Explorations in Lower California, by J. Ross Browne and Spencer Murray”, *California Historical Society Quarterly* 47, núm. 1 (1968): 80.

⁷¹⁵ “New Publications”, en *Daily Alta California* 20, núm. 6699, 19 julio 1868. El libro fue promocionado en la prensa californiana como un “buen libro para agentes” interesados en las minas, minerales, clima, topografía, agricultura, manufactura y comercia de los territorios del Pacífico, incluyendo Baja California y Alaska, en *Times Gazette* XI, núm. 20, 7 agosto 1869; también en: *Marysville Daily Appeal* XIX, núm. 92, 20 abril 1869.

distribuido y promocionado como un reservorio de conocimientos científicos al servicio de los intereses políticos y económicos de un país, como también sucedía en otras naciones.⁷¹⁶

El viaje también recibió alguna atención y cobertura en la prensa de la sociedad californiana, aunque más en relación con Ross Browne que con More Gabb. Antes de la realización del viaje, tanto en la costa este como en la oeste el viaje fue anunciado como una empresa para reclamar los derechos obtenidos en la concesión Leese por parte del gobierno mexicano.⁷¹⁷ También se informó sobre el regreso del viaje de Browne a San Francisco⁷¹⁸ y unos meses después se publicó un resumen del viaje y de los resultados obtenidos en esa exploración.⁷¹⁹ En cambio, el viaje extendido de Gabb y sus acompañantes -solo los acompañantes humanos blancos fueron considerados en el siglo XIX- hasta San Diego solo fue cubierto por la prensa, según mi investigación, por una nota:

Durante el invierno de 1866-1867, Mr. Gabb fue contratado por la Sociedad [Geológica] y, acompañado por F. Von Lohr, realizó una investigación de la península de la Baja California para grupos privados. Los resultados geológicos científicos de esta expedición, que fueron de gran valor como primera pista sobre la estructura de una región extensa e importante, fueron comunicados y serán publicados por la Academia de Ciencias de California.⁷²⁰

La historiografía ha prestado todavía menos atención a la exploración de Gabb a Baja California y su diario de viaje. Las obras de estudio sobre Gabb son más numerosas en la historiografía costarricense, ya sea por sus estudios geológicos o, en menor medida, por sus

⁷¹⁶ En Chile, por ejemplo, los viajeros científicos miraban el territorio como un reservorio para la explotación de las riquezas naturales, ya sean recursos hídricos, minerales o agrícolas, Zenobio Saldívar, “La mirada de los viajeros y científicos decimonónicos sobre la movediza gea chilensis”, *Revista Logos, Ciencia & Tecnología* 5, núm. 2 (2019): 352.

⁷¹⁷ “It is positively assented that Ross Browne will head a surveying and exploring party into Lower California, for an American company, who purchased it from Juarez government”, “Oterland News Items”, en: *Marysville Daily Appeal* XV, núm. 19, 23 enero 1867. La noticia fue tomada de un diario de Washington sin especificar cuál. En otra nota más extensa, se especifica que Gabb sería el acompañante viajero de Browne: “He will be accompanied by W. M. Gabb, a geologist and mineralogist of high reputation, who has been connected with the State Geological Survey”, “An Exploration of Lower California”, en: *Daily Alta California* 18, núm. 7022, 16 diciembre 1866.

⁷¹⁸ “By telegraph to the Union”, en: *Sacramento Daily Union* 32, núm. 4968, 1 marzo 1867.

⁷¹⁹ “He has in his possession the most accurate and voluminous data relative to the topography, geology, and resources of Lower California ever before collected, and a final publication of the information now in his hands will be looked for with great interest”, “Exploration of Lower California”, en *Marin Journal* 7 núm. 16, 29 junio 1867.

⁷²⁰ *Sacramento Daily Union* 34 núm. 5213, 12 diciembre 1867 [traducción personal].

aportaciones etnográficas sobre los grupos originarios.⁷²¹ Sus observaciones paisajistas de Baja California están todavía ausentes en la historiografía mexicana y estadounidense. El investigador Lawrance Taylor se enfocó, en uno de sus artículos del 2002, en las implicaciones colonialistas del viaje de Browne, en relación con la concesión Leese.⁷²² Hasta ahora, el estudio más profundo del viaje de Gabb ha sido publicado por Óscar Torres Montúfar que, primero en un capítulo de libro y después en un libro completo, ha abordado el tema desde la historia de la ciencia, resaltando las conexiones científicas y comerciales del viaje. Es decir, su estudio con enfoque global ahonda poco en el diario como texto, para resaltar los elementos contextuales del viaje.

Conclusiones del capítulo

La primera mitad del siglo XIX fue el escenario para una circulación global de los conocimientos científicos, que se habían quitado la subordinación a la teología y a las autoridades eclesiásticas universitarias. Como ejemplo de ello, la geología se emancipó de la teología natural, buscó causas alejadas de las intervenciones divinas y consideró el tiempo en eras geológicas, apartándose de las explicaciones catastrofistas y diluvianas. Para estas ciencias empíricas decimonónicas, los viajes de exploración se conformaron como parte de la metodología para la adquisición de conocimiento y la comprobación de teorías. Estos viajes estaban al servicio, generalmente, de los incipientes estados nacionales que buscaban la explotación de sus recursos naturales, principalmente ligados a la minería.

Para la segunda mitad del siglo XIX, las sociedades geológicas se multiplicaron por el mundo occidental, de manera nacional en la mayoría de los países y de manera estatal en los Estados Unidos. Estas sociedades científicas se encontraron en la disyuntiva de hacer ciencia especulativa y una ciencia al servicio de intereses políticos y económicos. Fue así que la empresa de capital neoyorkino, *Lower California Company*, contrató los servicios de la

⁷²¹ Sobre las observaciones geológicas de Gabb en Costa Rica puede consultarse: Percy Denyer y Gerardo Soto-Bonilla, “Contribución pionera de William M. Gabb a la geología y cartografía de CR”, *Anuario de Estudios Centroamericanos, Universidad de Costa Rica* 25, núm. 2 (1999): 103–138; Denyer y Lücke, “Comentario sobre William M. Gabb: legado y contribuciones inéditas y olvidadas”; Denyer y Soto, “Análisis de los trabajos geológicos de William M. Gabb sobre Costa Rica, a la luz del paradigma geológico del siglo XIX”, 97-118. Su aportación etnográfica acerca de un grupo originario de Costa Rica, junto con otros viajeros científicos, ha sido abordada por: Mauricio Menjívar Ochoa, “Los indígenas bribris en la mirada antropológica de científicos-naturalistas: Costa Rica a fines del siglo XIX”, *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 40 (2014): 97–124.

⁷²² Taylor Hansen, “El viaje de exploración de John Ross Browne a Baja California en 1867”.

Sociedad Geológica de California, de la cual William Gabb era miembro. Bajo la organización de Ross Browne y en compañía de un topógrafo, un cocinero, un vaquero y un guía, cabalgó la península desde el extremo sur hasta San Diego, en California.

Sus observaciones sobre el paisaje consideraron un *country* desértico, pero con numerosas posibilidades por lugares con suficiente tierra, agua y madera. La única razón por la que esos lugares potenciales de civilización (*gardens*) no habían podido prosperar era por la indolencia de los mexicanos californianos. Su pereza y su temporalidad “lenta” era algo inherente a su “raza”, resultado de la mezcla de sangre. Como muchos otros viajeros contemporáneos, Gabb consideraba que solo la presencia de la energía y la industria extranjera, específicamente la estadounidense, podría lograr un futuro de progreso, una de las promesas más características de la modernidad.

Para lograr ese progreso, lo “otro” no-humano debía ser considerado un recurso explotable. Plantas y animales fueron divididas en uno de los dualismos principales del humanismo: lo civilizado y lo salvaje. Las plantas eran útiles en la medida que servían de alimento para los humanos. Los animales eran apreciados como ganado, animales de trabajo, o víctimas de la cacería. La tierra fue mirada como un contenedor de vetas minerales, materia prima de la minería manejada por intereses capitalistas. Y todo estaba ahí, como una isla en el océano, esperando ser aprovechada por la industria extranjera.

Al igual que en los capítulos anteriores, agua y pasto fueron las entidades del espacio que más aparecían en la construcción del paisaje para Gabb. Pero el viajero geólogo añadió una más: la madera (*fuel*) utilizada como combustible para la cocción de alimentos, pero también indispensable en la separación de minerales en la industria minera. Así, la valoración antropocéntrica del paisaje fue una constante en los cuatro viajeros analizados y en otros más con los que se compararon. La aportación del análisis en esta investigación recurrió a las ciencias para aportar otras perspectivas, como la del ensamblaje del cirio en su bioma, la de las serpientes en sus hábitats o la de los líderes indígenas en sus territorios.

CONCLUSIONES GENERALES

A través del análisis de los cuatro diarios de viaje en la temporalidad de una centuria, en la transición del siglo XVIII al XIX, se han podido identificar continuidades, contraposiciones y transformaciones. Esas formas similares o diversas en la manera de construir los paisajes bajacalifornianos no pueden ser explicadas, simplemente, por los contextos en los que los cuatro viajeros realizaron su recorrido. Si bien el contexto influyó en la manera de viajar y en los intereses que se perseguían, queda claro que no necesariamente determinó la forma como el viajero experimentó el espacio, su interacción con otros seres humanos y no-humanos, ni la forma que miró y narró los paisajes en sus diarios.

El contexto, en cada viajero, determinó los medios de transporte utilizados para llegar a la península, desde los paquebotes de velas en el siglo XVIII hasta los buques de vapor el siglo XIX. De igual manera, el contexto marcó las relaciones políticas y sociales presentes en cada viaje: el protagonismo de los jesuitas con cierta autonomía en su misión evangelizadora y soldados bajo su mando (Link); la subordinación de los franciscanos a los proyectos de colonización de la monarquía borbónica (Serra); la creciente y controversial infiltración de estadounidenses blancos a los territorios de California y Oregon (Bull); el interés anexionador de los Estados Unidos y la contratación de científicos por empresas capitalistas (Gabb). Otras circunstancias y vivencias personales también determinaron la forma en que cada viajero experimentó el espacio, se relacionó con seres humanos y no-humanos, y miró-narró los paisajes. Emociones y sensibilidades de cada personalidad, creencias religiosas, empatías o prejuicios, fueron determinantes en cada viajero analizado. La curiosidad y sentido de pertenencia del jesuita Link, el padecimiento y la forma de asumir el dolor por parte de Serra, la búsqueda de aventura y deseo de transmitir sus memorias de Bull, y la emoción de Gabb por conocer nuevas especies y otros minerales, diferenciaron a cada paisaje en los diarios escritos a lo largo de cien años.

Es interesante que los textos mismos de los diarios tuvieron una aceptación y circulación muy distinta. El diario de Link fue enviado a las autoridades eclesiales, superiores de congregación, con la intención de que apoyaran para la fundación de otras misiones. Solo después de que la Orden fue suprimida, su versión original y algunas copias pasaron a las autoridades monárquicas. El diario de Serra, en cambio, fue enviado desde un primer momento a las autoridades virreinales y de la Corona en España, buscando el patrocinio de

más misioneros y soldados, así como el envío de provisiones. El manuscrito de James Bull quedó resguardado por mucho tiempo en el archivo personal de la familia, en una competencia de un público que cada vez más tenía acceso a numerosos relatos de viajeros por todas partes del mundo. Finalmente, el diario de William Gabb fue publicado como apéndice en un libro de carácter científico y un público reducido, pues no pudo competir con otras narraciones de viajeros que literariamente eran más atractivas para el público lector, como el de su compañero John Ross Browne. Se puede constatar, entonces, que los diarios de viajeros pasaron de ser obras de referencia informativa para autoridades y otros viajeros en el siglo XVIII, a ser literatura de divulgación para un público amplio en el siglo XIX, aunque en ese proceso no todas las propuestas alcanzaron el estatus de obra publicada.

Respecto a los viajes aquí estudiados, no siempre se utilizaron objetos para la localización y medición. En su viaje de expedición, Link utilizó un astrolabio, artefacto surgido en el ambiente de la navegación marítima que posteriormente se incorporó a los viajes terrestres. Y cabe mencionar que, a pesar de ser un religioso misionero, sus anotaciones de índole científica (grados, longitudes) fueron mucho más frecuentes que las de lenguaje religioso. Junípero Serra, en cambio, desistió de las mediciones científicas para ofrecer calificaciones estéticas (belleza, hermosura), además de apreciaciones de tipo religioso, pues su viaje fue considerado, por él mismo, como una peregrinación. El viajero James Bull tampoco menciona haber utilizado objetos de orientación científica, por el contrario, las valoraciones religiosas son constantes a lo largo de todo su diario, convirtiendo su viaje en uno de memorias y aventuras. Por su parte, William Gabb utilizó la brújula y el termómetro como instrumentos de medición científica, con un lenguaje que no era predominantemente religioso, configurando un viaje de exploración científica. En su diario, se pudo constatar un cambio de paradigma en la interpretación de los fósiles -conchas principalmente- como indicativos del tiempo geológica, a diferencia del tiempo bíblico (antes y después del diluvio) de los escritores religiosos del siglo antecedente. Así pues, los cambios en la manera de mirar el paisaje no obedecen únicamente a contextos temporales distintos, ni a la formación religiosa, sino a experiencias viajeras diversas.

La principal continuidad, por ser la más obvia, analizada a lo largo de los cuatro capítulos, es el humanismo occidental con el que los viajeros, aquí analizado, construían sus paisajes narrados. El humanismo que hunde sus raíces a los primeros filósofos clásicos

griegos, que fue asimilado y adaptado al cristianismo por pensadores medievales, y que fue sistematizado y propagado por académicos y divulgadores de la Europa moderna, es palpable en los escritos de los siglos XVIII y, más evidentemente, del XIX. De acuerdo con los postulados principales de ese humanismo, el ser humano es considerado el centro del universo, con una excepcionalidad inherente. Como ser excepcional es esencialmente distinto a todo lo no-humano, en una diferenciación o, en ocasiones, contraposición de lo “humano” con la “naturaleza”.

Incluso en la categoría genérica de lo humano se pudieron encontrar discursividades que fueron específicas a cada uno de los viajeros. Para Wenceslao Link, los *gentiles* estaban llamados, según el plan de Dios, para ser bautizados y formar parte de la Cristiandad, una comunidad religiosa que, en la pasado, había dado cohesión a los pueblos europeos. Junípero Serra se percibía como un viajero en peregrinación en medio de *infieles* que estaban predestinados para convertirse y formar parte de la catolicidad, súbditos del rey de España. Por su parte, James Bull consideraba a los humanos del paisaje, principalmente, como ciudadanos (*citizens*) de un estado-nación radicalmente distintos: mexicanos y estadounidense, donde los primeros eran herederos de la *civilización* hispana. El también estadounidense William Gabb dividía a los seres humanos en *civilizados* y aquellos aislados del *mundo* civilizado (semibárbaros/paganos), con el doble sentido de refinamiento y de progreso moral-material.

Lo evangelizado/civilizado, en continuidad, fue asociado con lo cristianizado, lo sedentario, lo urbanizado y la cultura occidental. Se pudo constatar, pues, que todos -desde Wenceslao Link hasta William Gabb incluyendo a Junípero Serra y James Bull- valoraron la implementación de la comunidad/civilización cristiana -católica o protestante según cada viajero- como el ideal humanista a perseguir. En ese ideal humanista todos los seres humanos y más-que-humanos fueron valorados con dualismos como cristiano/gentil, civilización/barbarie, o doméstico/salvaje. Esos dualismos no eran considerados absolutos, al modo maniqueo de fuerzas opuestas irreconciliables. Tal como se postula el dinamismo aristotélico del acto y la potencia, los gentiles podían convertirse en cristianos, lo bárbaro en civilizado y lo salvaje en doméstico.

Los dualismos eran estipulados desde el antropocentrismo que ha caracterizado al humanismo en los últimos siglos. Por eso todo fue valorado en su utilidad o inutilidad. El

agua era considerada útil o inútil se podía ser utilizada o no para el consumo de los animales domésticos o para la agricultura. Las plantas eran útiles o inútiles en la medida que servían de alimento para los animales de la comunidad viajera. Los humanos indígenas o mexicanos fueron considerados útiles cuando sirvieron como guías para los propósitos del viaje, pero inútiles cuando se fugaron o actuaron de manera perezosa.

Las especificidades de los dualismos, no obstante, son perceptibles en cada uno de los diarios de los viajeros. Para Link, por ejemplo, la división fundamental estaba entre los cristianos y los gentiles, que podía ser fácilmente derogada por medio del sacramento del bautismo, lo que explica la constante narración de su experiencia bautizando indios gentiles.⁷²³ Fray Junípero Serra consideraba también que el bautismo era solo el primer paso para la catolicidad, pero antes debía ser precedida por una educación cristiana. Por esa razón, fueron solo dos casos individuales que concedió el bautismo, pues prefirió postergar el sacramento para grupos de gentiles hasta la instauración de misiones futuras.⁷²⁴ Por su parte, James Bull considera que la civilización cristiana iba más allá de lo religioso, ya que incluía el trabajo, la construcción de edificios y la vida social en pueblos o ciudades (progreso material). Los indios, para dejar de serlo, no solo debían ser cristianizados, sino además tenían que ser ciudadanos, algo que hicieron -según Bull- los españoles con la siembra de la tierra en las misiones franciscanas.⁷²⁵ Para William Gabb la civilización cristiana, además de lo planteado por Bull, tenía una clara relación con el “mundo” anglosajón. Debía ser una civilización blanca, capitalista y cristiana-protestante; su paso por Baja California había sido un “exilio” de esa civilización.⁷²⁶

Como seres orgánicos, necesitados de comida y bebida, las cuatro comunidades viajeras necesitaron de dos elementos imprescindibles para su travesía: agua y pasto. Ese

⁷²³ “En fin, se bautizaron el primero de marzo 28 párvulos; bauticé primero 18 y, corriendo la voz de que se hacían bautismos, trajeron otros diez, y creo no quedó por deseos de los luisianos el que no quedasen cristianos los 175 gentiles que allí encontré, Link, “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”, 203.

⁷²⁴ “Dios los haga a éstos y aquéllos en breve cristianos, y bien creo que así sería si acá se fundase en breve una misión, ya que el paraje convida a ello”, Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 75.

⁷²⁵ “They reared the church and some hundred dwellings that were attaches to the establishment. They planted the fig, the olive, the date, the wine... the hand of the civilization”, Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 32-33.

⁷²⁶ “After three or four months of exile, without the sight of a letter or newspaper, we were all anxious to catch the first possible glimpse of civilization, and find out what had been going on in the world”, Gabb, “Exploration of Lower California”, 119.

sintagma, que en el caso de cuarto viajero se convirtió de la triada agua-pasto-leña, está presente en todos los diarios analizados en esta investigación, pero también en otros diarios considerados en la intertextualidad. El agua variaba en su disponibilidad, dependiendo tanto del año y la estación en que se viajaba, como de las distintas regiones por las que se pasaba. Link encontró con facilidad agua a lo largo de todo su camino, excepto por la parte final del desierto norte del Golfo. Para Serra el agua no fue ningún problema, a pesar de que lo acompañó una comunidad viajera más numerosa. Bull tuvo algunos percances por falta de agua en parte central de la península y Gabb pareció encontrar agua suficiente a lo largo de todo su recorrido. Es decir, la nula, poca o mucha disposición de agua y pasto -crecido cerca de las fuentes de agua- no puede adjudicarse simplemente a una cuestión de construcciones diversas de paisajes. Responde, en muy buena parte, a las condiciones climáticas y geográficas de los espacios experimentados.

Aparte de la disponibilidad de agua, los cuatro viajeros consideraron la utilidad o inutilidad del agua en la construcción de sus paisajes, algo que se volvió reiterativo para otros elementos de esos paisajes como animales, plantas, tierra, minerales, etc. Con Link, el agua fue el elemento que con más frecuencia fue valorado en esa consideración antropocéntrica de utilidad/inutilidad para el ser humano. Serra también utilizó la categoría para juzgar al agua como recurso para planes de colonización cristiana, pero añadió la vegetación, árboles y pasto, como parte fundamental de esa “utilidad”.⁷²⁷ James Bull continuó con esa apreciación antropocéntrica, pero la relacionó con la ganancia (*profit*) que la utilidad de recursos y mercancías podían generar a los humanos, por ejemplo, con respecto a las perlas que se podían conseguir en las costas del Golfo de California.⁷²⁸ Gabb amplió el principio de valoración antropocéntrico para aplicarlo a otros seres humanos, en la medida que podían ser útiles o inútiles para los proyectos expansionistas de la civilización blanca cristiana.⁷²⁹

⁷²⁷ “Y entrando a poco rato al arroyo de que tengo hecha mención, lo vimos todo frondosísimo por las innumerables palmas, zacate y agua que en todo él contiene y que ofrece varias laderas a que se puede echar para riego el agua y poblar de árboles frutales y de alguna siembra, y que en fin puede dar mucho útil a la misión”, Serra, *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*, 61.

⁷²⁸ “The oyster are opened, those of the owner first. The principal profit made in this fishery is from purchasing the pearls from the Indian divers”, Bull, *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*, 23.

⁷²⁹ Por ejemplo, escribió respecto a uno de sus guías: “Lazy to a proverb, he was utterly useless, except when on the road he was placed behind the pack-mules to drive them”, Gabb, “Exploration of Lower California”, 90.

El pasto, relacionado invariablemente con el agua, era buscado para alimento de mulas y caballos, los animales no-humanos que siempre acompañaron a las comunidades de los cuatro viajeros. Las mulas, principalmente, tuvieron un papel indispensable en el desarrollo del viaje, pues marcaban el ritmo con sus descansos, sus días de recuperación, atrasos por sus resistencias a avanzar y, en el caso de Link, influenciaron la decisión de retornar. En el proceso de agenciamiento, caballos, burros y, sobre todo, mulas, ejercieron su agencia para la consecución de los fines en cada viaje. En la construcción de las estructuras paisajísticas de cada viajero, sin embargo, las mulas jugaron un papel cambiante, ya fuera como animales de colaboración con planes de expansión misional (Link), como sujetos de derechos en juicios (Serra), como buscadoras de las fuentes de agua (Bull) o como confiables guías de camino cuando los humanos estaban perdidos (Gabb).

Aparte de caballos y mulas, animales traídos a la Baja California por los misioneros y soldados apenas unos años atrás del viaje de Link, pocos animales aparecen en los cuatro diarios. El puma californiano tiene una intervención de agenciamiento al causar estampidas y miedos en los dos primeros textos, pero apenas tiene una mención anecdótica en el tercero y no es mencionado en el cuarto. Por el contrario, las nutrias, que no merecieron una mención importante en la estructura paisajística de los dos primeros viajeros, son las protagonistas de una buena parte del diario de Bull, para pasar desapercibidas después en la obra de Gabb. Ambos casos ejemplifican cómo la acción del ser humano, con mucho mayor peso en esta era del Antropoceno, puede alterar las relaciones imbricadas del planeta, ya sea atrayendo a los pumas a las comunidades viajeras con sus crías de animales -y en ese acercamiento encontraban su exterminio- o extinguiendo especies por la cacería y las destrucciones de ecosistemas.

Las plantas también jugaron un papel importante en los viajes de los cuatro autores de los diarios. Los pastos y las hojas de los mezquites fueron vitales para que la caballada pudiera proseguir su camino. Las espinas de las cactáceas y frutos como la pitaya formaron parte de la experiencia corporal de los humanos que las tocaban o comían. Mención especial merece el agave del mezcal, que es mencionado en los cuatro diarios. En los dos primeros se presenta como el “pan de cada día” de los indígenas, su alimento habitual y con el cual regalaban a los viajeros una ofrenda de paz y colaboración. Para los viajeros del siglo XIX, en cambio, el mezcal servía más como bebida embriagante comerciada, indispensable,

además, para los fandangos. Es este otro buen ejemplo de cómo los viajeros dan testimonio de la forma en que se puede estar ensamblado de distinto modo en la construcción paisajística. La consolidación del capitalismo en el siglo XIX convirtió a plantas, animales y otros seres en mercancías con valor monetario en el mercado global.

Con los humanos también se pudo constatar algunas continuidades y discontinuidades en los diarios analizados. De manera significativa, los indígenas californianos estaban presentes en todo el recorrido de texto de Link, ya sea como guías, como intérpretes o como curiosos habitantes que los recibían en sus espacios. En el documento de Serra, los indígenas se mantienen a distancia, expectantes y escépticos, por las cimas de los montes. Los encuentros con la comunidad viajera eran individuales y furtivos. En el caso del diario de Bull, los indígenas no conviven con los viajeros, solo forman parte, como conjunto difuso, de un pasado remoto entre nobleza y salvajismo. Con Gabb los indígenas son individuos orgullosos de su raza, pero solo unos cuantos ya destinados a la extinción para dar paso a la industriosisidad americana. Su lugar estaba siendo ocupado por los mexicanos y extranjeros, indolentes los primeros e industriosos los segundos.

En todo ese ensamblaje de los paisajes, la frontera, como concepto, tuvo un desarrollo que se pudo percibir en los diarios de viaje. Para los textos de los dos misioneros, la frontera era el lugar desde donde se partía para el viaje, un espacio de seguridad que se experimentaba como el límite de avanzada de la misión cristiana-católica. James Bull percibía una frontera como una zona de guerra (*frontier wars*) entre el avance colonizador de la civilización americana y las resistencias indígenas peleándose por sus tierras, sus tradiciones y su vida. En ese contexto, la demarcación territorial bajacaliforniana de más densidad poblacional indígena y creaturas no domesticadas (entre la misión de El Rosario y la de San Diego) era calificada como “Las Fronteras”. El diario de William Gabb distingue la frontera, por una parte, como espacios incivilizados (sin agricultura ni industria) definidos como *frontier* (habitada por “un mar de cactus” y animales silvestres); y, por otra parte, como la delimitación nacional entre México y los Estados Unidos, calificada como *border*. Una delimitación que no solo era geográfica, sino también performativa al generar imaginarios de seguridad y “desarrollo”.

En todo este estudio de los cuatro viajeros se aplicó un enfoque que pudiera ir más allá del humanista, para considerar otros elementos más-que-humanos, tanto en las

comunidades de los viajeros, como en los paisajes observados por ellos. Parte fundamental consistió en deconstruir los principios antropocéntricos con los que experimentaron y narraron sus travesías por la Baja California. Pero también hubo un esfuerzo para entrelazar otras perspectivas, esas de humanos, animales, plantas y otros seres que, con ayuda de las ciencias, ofrecen otra mirada de su ensamblaje en las relaciones con otros seres. De esa manera, los paisajes ensamblados en los cuatro viajeros están contruidos de presencias, experiencias, miradas y narraciones de un humano que viajó, observó y escribió un diario, pero también de un espacio real que influyó en su manera de viajar, observar y redactar. Un espacio que causaba calor y frío, que brindaba agua o sequía, que posibilitaba alimento o infundía miedo.

Todo eso conformaba el paisaje ensamblado, con sus continuidades y diferencias en cada viajero. Un paisaje en el cual ellos, los viajeros, estaban imbricados. Paisajes habitados por seres con los que los viajeros se relacionaron. Comieron de los mezcales que les regalaron, probaron la fruta de la pitaya, presenciaron atónitos las danzas de un indígena al tomar sus alimentos, persiguieron mulas espantadas por un puma, se sintieron aliviados cuando las mulas encontraron el camino correcto, bailaron con los hombres y mujeres en un fandango... En fin, el análisis paisajístico contribuyó positivamente al discernimiento de las continuidades y discontinuidades. Algunas pueden responder al contexto específico que realizaron el viaje, otras obedecen más al semblante personal de cada uno, y otras son mejor explicadas desde lo cambiante de los biomas y los climas en cada viaje. Justo esa complejidad es la que ha justificado un trabajo de investigación como el que ahora concluye y que abre nuevas posibilidades para continuar el estudio de documentos históricos, en particular de relatos y literatura de viaje, desde enfoques que incluyan a agentes invisibilizados y que busquen explicaciones menos antropocéntricas y más acordes a los tiempos del Antropoceno en que vivimos ensamblados.

REFERENCIAS

- A. De Williams, Ana. “Los Cucapá y su medio ambiente”. *Estudios Fronterizos* 5, núm. 14 (1987): 99–109.
- Acosta, Gabriela. “Pápagos de Sonora (O’Odham)”. *Perfiles Indígenas de México*, 2001.
- Ajofrín, Francisco de. “Breve descripción de las Californias según las últimas y más verídicas noticias hasta el presente año de 1764”. En *Noticias y Documentos acerca de las Californias 1764-1795*, 9–17. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1959.
- Ajofrín, Francisco de. *Diario del viaje que por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Pide hizo a la América Septentrional en el siglo XVIII*. Editado por Buenaventura de Carrocera. Archivo Documental Español, Tomo XIII. Madrid: Real Academia de la Historia, 1959.
- Alcaraz Herrera, Daniela. “El viaje en el siglo XIX. La Grand Tour y el viaje pintoresco. Ideas sobre el paisaje”. *Fuentes Humanísticas* 31, núm. 58 (2019): 87–101.
- Allen, John L. “The Garden-Desert Continuum. Competing Views of the Great Plains in the Nineteenth Century”. *Great Plains Quarterly* 5, núm. 4 (1985): 207–20.
- Alvarado León, Claudia, Nicolas Delsol, y Margarita Cossich Vielman. “El caballo en América: una breve crónica de su regreso”. *Archeobios* 1, núm. 18 (2023): 124–44.
- Ankersmit, Frank. “La experiencia histórica”. *Historia y Grafía*, núm. 10 (1998): 209–66.
- Araiza Díaz, Verónica. “Reinventar la naturaleza para hacernos cargo del Capitaloceno: la propuesta de Donna Haraway”. *Andamios* 18, núm. 46 (2021): 411–39.
- Aschmann, Homer. *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press, 1959.
- Augé, Marc. *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2003.
- Ávila Villegas, Héctor. *Serpiente de cascabel. Entre el peligro y la conservación*. México: Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, 2017.
- Azuela, Luz Fernanda. “La geología en México en el siglo XIX: Entre las aplicaciones prácticas y la investigación básica”. *Revista Geológica de América Central* 41 (2009): 99–110.
- Baegert, Juan Jacobo. *Noticias de la península americana de California*. Editado por Elizabeth Acosta Mendía. La Paz: Archivo histórico Pablo L. Martínez, 2013.
- Baena Reina, Fuensanta. “De ‘Tierra inhóspita’ a ‘Tierra de Misiones’: Baja California y la última frontera jesuítica (1683-1767)”. *Trashumante. Revista Americana de Historia social* 4 (2014): 88–110.
- Balázs, Venkovits. “viajeros, migraciones e identidad: la imagen de América latina y la literatura de viajes en Hungría en el siglo XIX”. En *Aventureros, autopistas, emigrantes del imperio Habsburgo en las Américas*, editado por Úrsula Prutsch, João Fábio Bertonha, y Mónica Szente-Varga, 34–57. Madrid: Iberoamericana, 2017.
- Ballesteros-Barrera, Claudia, Osiris Aguilar-Romero, Rocío Zarate-Hernández, y Lorenzo Ballesteros-Tapia. “Distribución geográfica y conservación de nueve especies del género *Ferocactus* (cactaceae) en México”. *Revista Fitotecnia Mexicana* 40, núm. 2 (2017): 131–40.
- Barrera Osorio, Antonio, y Mauricio Nieto Olarte. “Ciencia, tecnología, saberes locales e imperio en el mundo atlántico, siglos XV-XIX”. *Historia Crítica*, núm. 73 (2019): 3–20.
- Barrows, H. D. “Abel Stearns”. *Historical Society of Southern California* 4, núm. 3 (1899): 197–99.
- Bassin, Mark. “The Russian Geographical Society, the ‘Amur Epoch,’ and the Great Siberian Expedition 1855-1863”. *Annals of the Association of American Geographers* 73, núm. 2

(1983): 240–56.

Batista-Roche, Lino Gerardo, y José Ángel Huerta-Ocampo. “Mezquite: una planta alergénica de relevancia clínica en México”. *TIP Revista Especializada en Ciencias Químico-Biológicas* 24 (2021): 1–15.

Beebe, Rose Marie, y Robert Sankewicz. “Junípero Serra’s Approach to the Native Peoples of the Californians”. En *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, editado por Steven Hackel, 148–61. Oakland: University of California Press, 2018.

Beebe, Rose Marie, y Robert Senkewicz. “On the Road to San Diego: Junípero Serra’s Baja California Diary”. *The Journal of San Diego History* 59, núm. 4 (2013): 189–240.

Bendímez Patterson, Julia. “Wenceslaus Linck y la última frontera jesuita en Baja California”. *Meyibó* 2, núm. 6 (1985): 73–85.

Bendixen, Alfred, y Judith Hamera, eds. *The Cambridge Companion to American Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.

Bernabéu Albert, Salvador. “‘Por tierra nada conocida’. El diario inédito de José de Cañizares a la Alta California (1769)”. *Anuario de Estudios Americanos* 60, núm. 1 (2003): 235–76.

Binková, Simona. “El Padre Wenceslao Linck, Explorador del norte de la Antigua California (entre el P. Fernando Consag y Fray Junípero Serra)”. En *Homenaje a Fernando Consag, SJ. 1703-1759. Memoria de la I Reunión de Historiadores sobre los Fundadores de la Antigua California*, editado por Carlos Lazcano Sahagún, 139–68. Ensenada: Sociedad de la Antigua California, 2011.

———. “Mover las fronteras: los jesuitas bohemios en México que participaron en las expediciones a los ríos Gila y Colorado (Adán Gilg, Ignacio Xavier Keller y Wenceslao Link)”. En *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, editado por Karl Kohut y María Cristina Torales Pacheco, 443–79. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007.

———. “Wenceslao Link y su actividad en Baja California en 1763”. *Ibero-Americana Pragensia* XXIV (1990): 243–53.

Blancarte, Roberto. “Religión y sociología: cuatro décadas alrededor del concepto de secularización”. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México* 30, núm. extra (2012): 59–81.

Blumenberg, Hans. *La legibilidad del mundo*. Barcelona: Paidós, 2000.

Bolton, Herbert Eugene. *Los confines de la cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, S.J., misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta*. México: Universidad de Sonora - Universidad Autónoma de Baja California - Universidad de Colima - Universidad de Guadalajara, Colegio de Sinaloa - Editorial México Desconocido, 2001.

Borofsky, Robert. “Cook, Lono, Obeyesekere, and Sahlins”. *Current Anthropology* 38, núm. 2 (1997): 255–82.

Botero Páez, Sofía. “Elementos para leer un palimpsesto: indígenas, caminos, piedras, mulas y caballos en Colombia”. *Boletín de Antropología* 20, núm. 37 (2006): 265–87.

Brantz, Mayer. *Mexico as it Was and it is*. New York: J. Winchester, New World Press, s/f.

Brenscheidt Genannt Jost, Diana, y Aarón Grageda Bustamante. “Consideraciones culturales, etnohistóricas y geográficas de la península de California. Traducción de un texto impreso en 1811, escrito por Wenzel Link, S.J.” *Meyibó* 6, núm. 12 (2016): 145–60.

Brewer, William Henry. *Such a Landscape! A Narrative of the 1864 California Geological Survey Exploration of Yosemite, Sequoia & Kings Canyon from the Diary, Field Notes, Letters & Reports*. Editado por William Alsup. Yosemite Assn, 1999.

- Brundage, B. C. "The Early American Whale Fishery". *The Historian* 11, núm. 1 (1948): 54–72.
- Buffum, E. Gould. *Six months in the gold mines: from a journal of three years' residence in Upper and Lower California. 1847-8-9*. Philadelphia: Lea and Blanchard, 1850.
- Bull, James Henry. *Records of the Descendants of John and Elizabeth Bull: Early Settlers in Pennsylvania, 1674 to 1919*. San Francisco: The Shannon-Conmy Company, 1919.
- Bull, James Hunter. *Journey of James H. Bull: Baja California, October 1843 to January 1844*. Editado por Doyce B. Nunis. Dawson's Book Shop. Baja California Travels Series 1. Los Angeles, 1965.
- Burke, Peter. "Conclusion". En *Debating New Approaches to History*, editado por Marek Tamm y Peter Burke, 353–62. New York: Bloomsbury Academic, 2019.
- . "Los ego-documentos como fuentes históricas". En *El oficio del historiador. Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes*, editado por Yobenj Aucardo Chicangna-Bayona, María Cristina Pérez Pérez, y Ana María Rodríguez Sierra, 3–18. Medellín: Universidad de los Andes, Universidad del Rosario, Universidad Nacional de Colombia, 2019.
- . "Writing History in the 21st Century: Challenges and Responses". *Historia* 396 8, núm. 2 (2018): 11–26.
- Burrus, Ernest J. *Wenceslaus Linck's Reports & Letters 1762-1778*. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1967.
- . *Wenceslaus Linck's Diary of his 1766 Expedition to Northern Baja California*. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1966.
- Busto Ibarra, Karina. *El Pacífico mexicano y sus transformaciones. Integración marítima y terrestre en la configuración de un espacio internacional, 1848-1927*. México: El Colegio de México, 2002.
- Cajigas-Rotundo, Juan. "Ontoepistemologías indígenas". *Tabula Rasa*, núm. 26 (2017): 125–39.
- Camphora, Ana Lucia. *Animals and Society in Brazil: from the Sixteenth to Nineteenth Centuries*. Cambridgeshire: The White Horse Press, 2021.
- Campion Canelas, Minerva. "Las fronteras como espacios de poder y resistencia en el periodo colonial". *Revista Científica General José María Córdova* 16, núm. 22 (2018): 109–32.
- Capilé, Bruno, Ana Marcela França, y Gabriel Paes da Silva Sales. "La agencia compartida de plantas y humanos en la elaboración del mosaico paisajístico de Río de Janeiro del ochocientos. Una propuesta metodológica". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 26, núm. 2 (2021): 49–80.
- Cárdenas Ayala, Elisa. "El lenguaje de la secularización en los extremos de Hispanoamérica: Argentina y México (1770-1870). Un acercamiento". *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas* 5 (2016): 169–93.
- Cariño, Micheline, y Jesús Zariñan. "Procesos de conservación a través de la protección y el manejo de especies prioritarias". En *Del saqueo a la conservación: Historia ambiental contemporánea de Baja California Sur, 1940-2003*, editado por Micheline Cariño y Mario Monteforte, 475–524. México: UABCS, 2008.
- Castillo Murillo, David Benjamín. "La fabricación de un discurso histórico institucional: Los cronistas jesuitas de la Antigua California (siglo XVIII) y la representación retórica del espacio misional". *Meyibó* 6, núm. 12 (2016): 39–66.
- Castillo Negrete, Francisco. "Geografía y estadística de la Baja California, 1853". *Boletín de*

- la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* 7 (1859): 338–59.
- Cervera Jimenez, José Antonio. “El Modo soave y los Jesuitas en China”. *Revista de Humanidades*, núm. 22 (2007): 169–87.
- Chacha, Klever Aníbal Guamán. “El positivismo y el positivismo jurídico”. *Revista Universidad y Sociedad* 12, núm. 4 (2020): 265–69.
- Chakrabarty, Dipesh. “Clima e Historia: cuatro tesis”. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, núm. 31 (2009): 51–69.
- Chaves, Amalia. “Concepciones sobre la naturaleza de América: Algunos recorridos”. *Racial* 10, núm. 15 (2019): 1–11.
- Chávez Chávez, Jorge. “Bárbaros del norte, los indios fronterizos del siglo XIX”. *Punto CUNORTE* 1, núm. 11 (2020): 17–48.
- Clarence-Smith, William. “The Jesuits and mules in colonial Latin America: innovators or managers?” En *Cultural Worlds of the Jesuits in Colonial Latin America*, editado por Linda A. Newson, 209–27. London: University of London Press, 2020.
- Clemente Rojo, Manuel. *Apuntes históricos de la frontera de la Baja California, 1872*. Editado por Carlos Lazcano Sahagún y Arnulfo Estrada. Ensenada: Museo de Historia de Ensenada, 2000.
- Clifford, James. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Traducido por Carlos Reynoso. Barcelona: Gedisa, 1995.
- . *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Consag, Fernando. “Descripción compendiosa de lo descubierto y conocido de la California”. En *Fernando Consag. Textos y Testimonios*, editado por Carlos Lazcano Sahagún y Denis Pericic, 304–43. Colección de documentos sobre la historia y la geografía del municipio de Ensenada 4. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2001.
- . “Diario del viaje en el descubrimiento del golfo californiano del 9 de junio al 25 de julio de 1746”. En *Fernando Consag. Textos y testimonios*, editado por Carlos Lazcano Sahagún y Denis Pericic, 159–201. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2001.
- . “Diario del viaje que hizo el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús en la California, desde 27 grados y 2 tercios hacia el norte, entre la sierra madre y el océano”. En *La primera entrada. Descubrimiento del Interior de la Antigua California*, editado por Carlos Lazcano Sahagún, 155–85. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000.
- Coronado, Eligio Moisés. *Descripción e Inventarios de las Misiones de Baja California, 1773*. Palma de Mallorca: Institut D’estudis Balearics, 1987.
- Coyle, Jeanette, y Norman Roberts. *A Field Guide To The Common And Interesting Plants of Baja California*. 1a ed. La Jolla: Natural History Publishing Company, 1989.
- Crespí, Juan. *A Description of Distant Roads. Original Journals of the First Expedition into California, 1769-1770*. Editado por Alan Brown. San Diego: San Diego State University Press, 2001.
- . “Diario y descripción de los dilatados caminos que hicieron los reverendos padres predicadores apostólicos del Colegio de San Fernando”. En *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California*, editado por Carlos Lazcano Sahagún, 235–93. Colección de Documentos sobre la Historia y Geografía del municipio de Ensenada 3. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000.
- Cronin, Michael. *Eco-Travel: Journeying in the Age of the Anthropocene*. Cambridge: Cambridge University Press, 2022.

- Crosby, Alfred W. *El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*. Historia General 16. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- Cruz Cruz, Juan. “La predestinación como teleología trascendente: Molina y el primer molinismo”. *Conocimiento y Acción* 1, núm. 1 (2021): 37–74.
- Cruz, Enrique Normando, y Grit Kirstin Koeltzsch. “El fandango como performance de Antiguo Régimen (Jujuy, siglos XVIII-XIX)”. *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad* 41, núm. 163 (2020): 138–61.
- Cruz León, Artemio, Tomás Martínez Saldaña, y Miguel Ángel Damián Huato. “Las mulas olvidadas por la historia agrícola colonial: una restitución”. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo* 7, núm. 3 (2010): 221–28.
- Cruz Medina, Juan Pablo. “Lo sentido y lo narrado: el valor de la experiencia en la escritura de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo, 1535-1549”. *Historia Crítica*, núm. 94 (2024): 63–88.
- Dall, William H. “Biographical Memoir of William More Gabb (1839-1878)”. *National Academy of Sciences* VI (1909): XIX–XXVII.
- Danilović, Mirjana. “Las danzas indígenas del centro de México según las fuentes coloniales”. *Trace*, núm. 78 (2020): 179–203.
- Dávila, Beatriz, y Claudia Gotta. “El bárbaro, el desierto, la civilización. Representaciones de la alteridad en la literatura de frontera de la Patagonia y el Chaco durante el siglo XVIII”. En *Narrativas del desierto, geografías de la alteridad. Viajes de cronistas, misioneros y exploradores de la Patagonia y el Chaco (siglos XVIII y XIX)*, editado por Beatriz Dávila y Claudia Gotta, 25–40. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2000.
- Del Barco, Miguel. *Historia natural y crónica de la Antigua California*. Editado por Miguel León-Portilla. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Denyer, Percy, y Oscar H. Lücke. “Comentario sobre William M. Gabb: legado y contribuciones inéditas y olvidadas”. *Revista Geológica de América Central*, núm. 37 (2007): 91–102.
- Denyer, Percy, y Gerardo Soto. “Análisis de los trabajos geológicos de William M. Gabb sobre Costa Rica, a la luz del paradigma geológico del siglo XIX”. *Revista Geológica de América Central*, núm. 23 (2000): 97–118.
- Denyer, Percy, y Gerardo Soto-Bonilla. “Contribución pionera de William M. Gabb a la geología y cartografía de CR”. *Anuario de Estudios Centroamericanos, Universidad de Costa Rica* 25, núm. 2 (1999): 103–38.
- Depetris, Carolina. “Escribir la geografía: Dos diarios de expedición de siglo XVIII anotados en Nueva España”. *Península* 1, núm. 0 (2005): 113–27.
- . “Introducción”. En *Arte, ciencia y palabra. Escritos sobre viajes y viajeros*, editado por Carolina Depetris y Fernanda Valencia Suárez, 7–15. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- . *La escritura de los viajes: del diario cartográfico a la literatura*. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2007.
- Desmond, Lawrence G. “Photographing the Dream: Alice Dixon Le Plongeon in 19th Century Yucatán”. En *Arte, ciencia y palabra. Escritos sobre viajes y viajeros*, editado por Carolina Depetris y Fernanda Valencia Suárez, 19–53. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- Despret, Vinciane. “De agentes secretos a la interagencia”. Buenos Aires: Centro Cultural

- Kirchner - Ministerio de Cultura Argentina, 2021.
- Díaz, Marco. *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- Díaz Perera, Miguel Ángel. “De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México: Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad”. Tesis doctoral, El Colegio de Michoacán - Centro de Estudios Históricos, 2008.
- Domanska, Ewa. “Beyond Anthropocentrism in Historical Studies”. *Historien* 10 (2010): 118–30.
- . “Posthumanist History”. En *Debating New Approaches to History*, editado por Peter Burke y Marek Tamm, 327–52. London: Bloomsbury, 2019.
- Donnelly, Joseph P., ed. *Wilderness Kingdom: Indian Life in the Rocky Mountains: 1840-1847. The Journals & Paintings of Nicolas Point, S. J.* Chicago: Holt, Rinehart and Winston, 1967.
- Dunne, Peter Masten. *Black Robes in Lower California*. Los Angeles: University of California Press, 1968.
- Durán, María Ángeles. “Paisajes del cuerpo”. En *La construcción social del paisaje*, editado por Joan Nogué, 27–61. Paisaje y Teoría. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.
- Engelhardt, Zephyrin. *The Missions and Missionaries of California. Vol. I. Lower California*. San Francisco: The James H. Barry Company, 1908.
- Engert, Kornelia, y Christiane Schürkmann. “Introduction: Posthuman? Nature and Culture in Renegotiation”. *Nature and Culture* 16, núm. 1 (2021): 1–10.
- España Paredes, Romina A. “Entre lo íntimo y lo público. El diario de viaje de José Fernando Ramírez a Yucatán, 1865”. En *Arte, ciencia y palabra. Escritos sobre viajes y viajeros*, editado por Carolina Depetris y Fernanda Valencia Suárez, 73–91. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- Espinoza Meléndez, Pedro. “El comienzo de una larga transición. El gobierno eclesiástico de Gabriel González y el fin de las misiones dominicas en Baja California, 1840 – 1854”. *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, núm. 18 (2023): 49–71.
- . “Hagiografía, historiografías y memorias. Una propuesta de análisis sobre Junípero Serra y su santidad controvertida”. Ponencia presentado en 49 Simposio de Historia y Antropología, Hermosillo, el 16 de abril de 2024.
- Esser OFM, Kajetan. “Hacia Dios por la penitencia”. En *Temas espirituales*, 45–72. Oñate: Editorial Franciscana Aránzazu, 1980.
- Fabian, Johannes. *El tiempo y el Otro. Cómo construye su objeto la antropología*. Editado por Cristóbal Gnecco. Bogotá: Ediciones Uniandes - Editorial Universidad del Cauca, 2019.
- Fareld, Victoria. “Framing polychronic present”. En *Historical Understanding. Past, Present, and Future*, editado por Zoltán Boldizsár Simon y Lars Deile, 25–33. London - New York: Bloomsbury Academic, 2022.
- Felipe Giraldo, Omar. “Introducción: Conflictos ontológicos y ontología política”. En *Conflictos entre mundos. Negación de la alteridad, diferencia radical, ontología política.*, editado por Omar Felipe Giraldo, 11–28. Chetumal: ECOSUR - INAH - ENAH, 2022.
- Fernández Bravo, Álvaro. *Los relatos de viaje en América Latina*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, ciencia y tecnología - Presidencia de la Nación, 2007.
- Fernández-Christlieb, Federico. “El nacimiento del concepto de paisaje y su contraste en dos ámbitos culturales: el viejo y el nuevo mundo”. En *Perspectivas sobre el paisaje*, editado por Susana Barrera Lebaton y Nancy Aguirre, 55–79. Bogotá: Estepa/Universidad Nacional de

Colombia, 2014.

Figueroa Beltrán, Carlos. “La prehistoria en el noroeste del Pacífico: inferencias ambientales y etnoarqueológicas en la reconstrucción del pasado”. En *Antropología del desierto. Espacios culturales: el norte de México-Atacama*, editado por Rafael Pérez-Taylor, Axel Ramírez, y Alejandra Ruiz, 21–35. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

Folsom, Raphael B. “Philip Wayne Powell, the Cold War, and the Conquest of Northern Mexico”. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 31, núm. 2 (2015): 287–304.

Forbes, Jack D. “Frontiers in American History and the Role of the Frontier Historian”. *Ethnohistory* 15, núm. 2 (1968): 203–35.

Francescutti, Pablo. “Aceite de ballena, el combustible que revolucionó la iluminación”. *Estratos*, 2009.

Franklin, Adrian. “The Separation?” En *The Routledge International Handbook of More-than-Human Studies*, editado por Adrian Franklin, 1–28. London: Routledge, 2024.

Gabb, William More. “Exploration of Lower California”. En *Resources of the Pacific slope: a statistical and descriptive summary of the mines and minerals, climate, topography, agriculture, commerce*, editado por John Ross Browne, 82–122. New York: Appleton and Company, 1869.

———. *Informe sobre la exploración de Talamanca verificada durante los años de 1873 y 1874*. Editado por Enrique Pittier. San José: Tip. Nacional, 1893.

———. “Lower California”. En *Report on the Mineral Resources of the States and Territories West of the Rocky Mountains*, editado por John Ross Browne, 630–39. Washington: U.S. Government Printing Office, 1968.

———. “On the Indian Tribes and Languages of Costa Rica”. *Proceedings of the American Philological Society* 14, núm. 95 (1875): 483–602.

Galaviz Granados, Gloria Iralda. *Creyentes por experiencia. Religiosidad en el desierto bajacaliforniano*. México: El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de Michoacán, 2016.

Gallo-Reynoso, Juan Pablo. “Perspectiva histórica de las Nutrias en México”. *Therya* 4, núm. 2 (2013): 191–99.

García de Cortázar, José Ángel. “El hombre medieval como ‘Homo Viator’”. En *IV Semana de Estudios Medievales*, editado por José Ignacio de la Iglesia Duarte, 11–30. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1994.

García Pérez, Francisco José. “Ramón Llull y los franciscanos de Palma: La protección del culto público durante el siglo XVIII”. *Archivo Ibero-Americano* 76, núm. 282 (2016): 247–70.

Garcillán, Pedro, Brigitte Marazzi, y Benjamin Wilder. “Baja California Desert”. *Biomes* 2 (2013): 346–49.

Garduño, Everardo. “Cartografía simbólica sobre el territorio tradicional de los kumiai”. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 55 (2017): 90–109.

Gelabert, Bernadí. “La isla de mallorca dentro del contexto geológico del Mediterráneo occidental”. *Enseñanza de las Ciencias de la Tierra* 6, núm. 2 (1998): 102–14.

Gilliam, Albert M. *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*. Traducido por Pablo García Cisneros. México: Mirada viajera, 1996.

Ginzburg, Carlo. “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”. En *Tentativas*, editado por Trad. Ventura Aguirre, 93–155. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003.

Giráldez, Arturo, y Analiese Richard. “‘Soft Gold’ Before the Gold Rush: Sea Otter Pelts in

the ‘Competitive Expansion’ of Merchant Capitalism and the Creation of a Pacific Ocean Economy”. *Historia Crítica*, núm. 89 (2023): 183–207.

Gómez Canedo, Lino. *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*. México: JUS, 1969.

González, Horacio, ed. *Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2013.

González Martín, Juan Vicente. “Cuánta agua necesitan mis vacas”. *Revista Frisona Española*, 2014.

González Villarruel, Alejandro Alfredo, y Natalia Gabayet González. “Cantantes Yumanos: mitos, sueños y tradición”. *Frontera Norte* 31, núm. 10 (2019): 1–19.

González-Abraham, Charlotte E., Pedro P. Garcillán, Exequiel Ezcurra, y Grupo de Trabajo de Ecorregiones Trabajo de Ecorregiones. “Ecorregiones de la península de Baja California: Una síntesis”. *Botanical Sciences*, núm. 87 (2010): 69–82.

Goodman, David Michael. *A Western Panorama 1849-1875: the travels, writings and influence of J. Ross Browne on the Pacific Coast, and Texas, Nevada, Arizona and Baja California, as the first Mining Commissioner, and Minister to China*. Editado por The Arthur H. Clark Company. Glendale, 1966.

Gould, Philip. “Beginnings : the origins of American travel writing in the pre-revolutionary period”. En *The Cambridge Companion to American Travel Writing*, editado por Alfred Bendixen y Judith Hamera, 13–25. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.

Granados Mateo, José Luis. “Adiós al Antropoceno: la geología concluye que no habitamos en una época humana”. *The Conversation*, el 10 de marzo de 2024. <https://theconversation.com/adios-al-antropoceno-la-geologia-concluye-que-no-habitamos-en-una-epoca-humana-225247>.

Grawford, Oswald. *By Path and Trail*. Salt Lake: Intermountain Catholic Press Company, 1908.

Guía Ramírez, Andrea. “Entre la extinción y el recuerdo: el papel de la nutria entre los antiguos californios”. En *Memorias: Balances y perspectivas de la antropología e historia de Baja California*, 8: 210–216, 2007.

Guldi, Jo, y David Armitage. *Manifiesto por la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2016.

Gutiérrez-Ruacho, Oscar, Martha L. Coronado, Felipe Sánchez-Teyer, Alfonso Sánchez, Aldo Gutiérrez, y Martín Esqueda. “Abundance of rhizospheric bacteria and fungi associated with *Fouquieria columnaris* at Punta Cirio, Sonora, Mexico”. *Revista Mexicana de Biodiversidad* 89, núm. 2 (2018): 541–52.

Guzmán, Ricardo. “Ciencia, tecnología y sociedad en el siglo XIX: El concepto de energía, su historia y sus significados culturales”. *Revista de Humanidades*, núm. 36 (2017): 145–78.

Hackel, Steven. *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.

Haraway, Donna. “Antropoceno, capitaloceno, plantacionoceno, chtuluceno”. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales* 1, núm. 3 (2016): 15–26.

Hartog, Francois. *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2003.

———. *Regímenes de Historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.

Hausberger, Bernd. “El flujo de mercancías a las misiones jesuitas en el noroeste de la Nueva España”. *Studia Historica: Historia Moderna* 42, núm. 2 (2020): 145–65.

- . *Historia mínima de la globalización temprana*. México: El Colegio de México, 2018.
- . “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano”. *Estudios de historia novohispana* 17 (1997): 63–106.
- Heckel, Steven. “Introduction. Junípero Serra: New Contexts and Emerging Interpretations”. En *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, editado por Steven Heckel, 1–9. Oakland: University of California Press, 2018.
- Herrera Carrillo, Pablo. *Fray Junípero Serra: Civilizador de las Californias. Diarios de fray Junípero Serra y fray Juan Crespi*. Editado por Leticia Landín y Max Calvillo. Baja California: nuestra historia 20. Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Autónoma de Baja California - Universidad de las Américas Puebla, 2007.
- Hinckley, Ted. “Anti-Catholicism during the Mexican War”. *Pacific Historical Review* 31, núm. 2 (1962): 121–37.
- Hollon, W. Eugene. *The Great American Desert. Then and Now*. 2a ed. Lincoln: University of Nebraska Press, 1975.
- Holmes, Richard. *La edad de los prodigios: Terror y belleza en la ciencia del Romanticismo*. Traducido por Miguel Martínez-Lage y Cristina Núñez Pereira. Madrid: Turner Publicaciones, 2012.
- Hribal, Jason. *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos*. Madrid: Ochodoscuatro Ediciones, 2014.
- Ingold, Tim. “A Circumpolar Night’s Dream”. En *The Routledge International Handbook of More-than-Human Studies*, editado por Adrian Franklin, 79–102. London: Routledge, 2024.
- Jackson, Robert Howard. “Una frustrada evangelización: las limitaciones del cambio social, cultural y religioso en los ‘pueblos errantes’ de las misiones del desierto central de Baja California y la región de la costa del Golfo de Texas”. *Fronteras de la Historia*, núm. 6 (2001): 7–40.
- Jackson, Stephen T. “Humboldt for the Anthropocene. Humboldt’s fusion of science and humanism can address contemporary challenges”. *Science* 365, núm. 6458 (2019): 1074–76.
- Jáuregui, Jesús. “Un fandango en medio de la travesía hacia la Alta California: los colonos sonorenses-sinaloenses en 1775”. *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, núm. 97 (2014): 58–66.
- Jiménez Pablo, Esther, y José Martínez Millán. “Propaganda Fide frente a la hegemonía hispana: apoyos en las cortes de Madrid y de Bruselas a la creación de la congregación de cardenales”. *Philostrato. Revista de Historia y Arte*, núm. extraordinario (2018): 195–236.
- Kaspar, Oldrich. *Los jesuitas checos en la Nueva España, 1678-1767*. México: Universidad Iberoamericana, 1991.
- Kohn, Eduardo. *Cómo piensan los bosques. Hacia una antropología más allá de lo humano*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 2021.
- Kolbert, Elizabeth. *Bajo un cielo blanco. Cómo los humanos estamos creando la naturaleza del futuro*. Traducido por Juan Lluís Riera. Barcelona: Crítica, 2021.
- . *La sexta extinción. Una historia nada natural*. Barcelona: Crítica, 2014.
- LaCapra, Dominick. *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Langue, Frédérique. “Memoria y emociones en un tiempo presente latinoamericano”. En *En la cresta de la ola. Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente*, editado por Eugenia Allier Montaño, César Iván Vilchis Ortega, y Camilo Vicente Ovalle, 143–63. México: Instituto de Investigaciones Sociales - Bonilla Artigas Editores, 2020.

- Larrucea Garritz, Amaya. “La significación del paisaje: desde los volcanes”. En *Arte, Historia y Cultura. Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje*, editado por Félix Alfonso Martínez Sánchez, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete, 27–43. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2017.
- Lassépas, Ulises Urbano. *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*. Editado por David Piñera Ramírez. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 1995.
- Lazcano Sahagún, Carlos. *Fernando Consag. Fundador del estado de Baja California*. Ensenada: Sociedad de la Antigua California, 2022.
- . *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California*. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000.
- Lazcano Sahagún, Carlos, y Denis Pericic. *Fernando Consag: textos y testimonios*. Ensenada: Fundación Barca, 2001.
- León de la Luz, José Luis, y Raymundo Domínguez Cadena. “Evaluación de la reproducción por semilla de la pitaya agria (*Stenocereus gummosus*) en Baja California Sur, México”. *Acta Botánica Mexicana* 14 (1991): 75–87.
- León-Portilla, Miguel. *Cartografía y Crónicas de la Antigua California*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- . “Ejemplos de lengua californica, cochimí - reunidos por Franz B. Ducruet (1778-1779)”. *Tlalocan*, núm. 10 (1985): 363–74.
- . “El periodo de los franciscanos 1768-1771”. En *La California mexicana: ensayos acerca de su historia*, 211–23. Serie Historia novohispana 58. México - Mexicali: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas; Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000.
- . “Fray Francisco Palou, primer biógrafo de Junípero Serra”. En *Obras de Miguel León-Portilla. Tomo IV. Biografías*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / El Colegio Nacional, 2009.
- Liebersohn, Harry. “Discovering Indigenous Nobility: Tocqueville, Chamisso, and Romantic Travel Writing”. *The American Historical Review* 99, núm. 3 (1994): 746–66.
- Link, Wenceslao. “Diario del viage que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766”. En *La primera entrada. Descubrimiento del Interior de la Antigua California*, editado por Carlos Lazcano Sahagún, 199–222. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000.
- . “Informe del estado de la Misión de San Borja de California, 1762”. En *Misión de la Baja California*, editado por Constantino Bayle, 233–35. Madrid: La Editorial Católica, 1946.
- Lo Feudo, Y. M. “Mundos y agencias posthumanos”. *Cuadernos Filosóficos*, núm. 19 (2022): 1–17.
- Longinos, José. *Diario de las expediciones a las Californias, 1792*. Editado por Salvador Bernabéu Albert. Madrid: Doce Calles, 1994.
- López, Alberto Luis, y Elvira López Rodríguez. “Positivismos en México. Un estudio sobre la obra México: su evolución social”. *Araucaria* 21, núm. 42 (2019): 85–107.
- Magaña Mancillas, Mario Alberto. “El poblamiento de Baja California durante el siglo XIX: reflexión desde la Historia demográfica”. *Estudios Fronterizos* 5, núm. 10 (2004): 117–34.
- . “Gentiles, neófitos e indios. Formas de definición de la Otridad en el norte de la Baja California, 1769-1870”. En *Racismo, exclusión, xenofobia y diversidad cultural en la frontera México-Estados Unidos*, editado por Alejandra Navarro Smith y Carlos Vélez

- Ibáñez, 63–86. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, Centro de Investigaciones Culturales-Museo - Arizona State University, 2010.
- . “La transición franciscana en la Antigua California”. *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 35 (2021): 1–17.
- Magaña Mancillas, Mario Alberto, y José Alejandro Aguayo Monay. *La división de las misiones de la California de 1772*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California - Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, 2020.
- Mansurovich Sharipov, Ma'mur. “The Lives of Servants in the 19th Century”. *American Journal of Education and Learning* 3, núm. 3 (2025): 544–48.
- Maranguello, Carolina. “La muerte más perfecta: Días de ocio en la Patagonia de William Henry Hudson”. *Iberoamericana* 23, núm. 83 (el 24 de julio de 2023): 107–27.
- Martínez Andrade, Marina. “Visión de la naturaleza y sus habitantes en Descripción de la provincia de Sonora, del misionero jesuita alemán Ignaz Pfefferkorn”. *Signos Literarios* XI, núm. 21 (2015): 10–37.
- Martínez de la Rosa, Alejandro. “Las mujeres bravas del fandango. Tentaciones del infierno”. *Relaciones*, núm. 133 (2013): 117–39.
- Martínez Gutiérrez, Genaro, y Larry Mayer. “Huracanes en Baja California, México, y sus implicaciones en la sedimentación en el Golfo de California”. *GEOS* 24, núm. 1 (2004): 57–64.
- Martínez, Miguel. “La Baja California en 1836”. En *Documentos para la historia de la Baja California*, editado por Jorge Flores. México, 1940.
- Martínez Morón, Nylsa. *La California de Baegert. Una aproximación sobre Noticias de la península americana de California de Juan Jacobo Baegert*. La Paz: Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2018.
- Martínez Sánchez, Félix Alfonso, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete. “Introducción”. En *Arte, Historia y Cultura. Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje*, editado por Félix Alfonso Martínez Sánchez, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete, 5–11. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2017.
- Mathes, Michael. “Hacia el último rincón del mundo. Jesuitas germanos en Baja California, 1683-1768”. En *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, editado por Karl Kohut y María Cristina Torales Pacheco, 123–36. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007.
- . “La escasa crónica franciscana y dominica de Baja California”. *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California*, núm. 6 (2005): 233–42.
- . “Review: Explorations in Lower California, by J. Ross Browne and Spencer Murray”. *California Historical Society Quarterly* 47, núm. 1 (1968): 80–81.
- Maximin Piette, Charles. “The Diarios of Early California, 1769-1784”. *The Americas* 2, núm. 4 (1946): 409–22.
- Meigs, Peveril. *La frontera misional dominica en Baja California*. Tijuana: Secretaría de Educación Pública - Universidad Autónoma de Baja California, 1994.
- Menjívar Ochoa, Mauricio. “Los indígenas bribris en la mirada antropológica de científicos-naturalistas: Costa Rica a fines del siglo XIX”. *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 40 (2014): 97–124.
- Meza, Beatriz, Carolina Galván, y Mario Rojas. “Península de Baja California: mamíferos y garrapatas”. *Therya ixmana* 3, núm. 1 (2024): 33–35.
- Mijangos y González, Pablo. “¿Secularización o reforma? Los orígenes religiosos del

- matrimonio civil en México”. *Hispania Sacra* 68, núm. 137 (2016): 105–17.
- Minch, John, Edwin Minch, Jason Minch, y Jorge Ledesma Vázquez. *Caminos de Baja California. Geología y biología para su viaje*. Mission Viejo: John Minch and Associates, 2003.
- Molina García, Juan Alberto. “El saber climatológico de los jesuitas en la América española. Siglo XVIII”. *Revista de Indias* 74, núm. 262 (2014): 723–50.
- Montoya López, Fredy A. “Viajeros y baqueanos en la colonización del Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 47, núm. 1 (2020): 57–86.
- Morales Sarabia, Angélica. “La expedición por la costa oriental de la Antigua California de Fernando Consag (1746). Una mirada etnográfica a sus prácticas cartográficas”. En *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, editado por Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo, 160–201. México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- Morales Sarabia, Angélica, Jaime Marroquín Arredondo, y Cynthia Radding. “Introducción”. En *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, editado por Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo, 7–26. México: Siglo Veintiuno Editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- Morelos Rodríguez, Lucero. “Brief history of geological and mining exploration in nineteenth century Mexico”. *Geological Society Special Publication* 442, núm. 1 (2017): 303–13.
- Morelos Rodríguez, Lucero, y Francisco Omar Escamilla González. “La Escuela de Minas de Guanajuato (1864-1866)”. En *Perspectivas Recientes de la Historia de la Minería Latinoamericana*, editado por José Alfredo Uribe Salas, Inés Herrera Canales, Alma Parra Campos, Lucero Morelos Rodríguez, y Francisco Omar Escamilla González, 135–44. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.
- Muñoz Espinosa, María Teresa, y José Carlos Castañeda Reyes. “‘Los Bailes’, un santuario para el culto a la fertilidad en la Sierra Gorda de Querétaro, México”. *Arqueología*, 2009, 154–77.
- Muñoz González, María del Mar. “«Terra deserta, et invia, et anaquosa...»: La Baja California imaginada en las fuentes escritas del Período misional jesuítico (1697-1768)”. En *Espacios de tránsito. Procesos culturales entre el Atlántico y el Pacífico*, editado por María Isabel Montoya Ramírez y Miguel Ángel Sorroche Cuerva, 25–42. Granada: Editorial Universitaria, 2014.
- Muriá, José María, y Angélica Peregrina, eds. *Viajeros anglosajones por Jalisco Siglo XIX*. Historia. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992.
- Nápoli, Ignacio María, y Esteban Rodríguez Lorenzo. “Entrada al final de la tierra”. En *La Primera Entrada. Descubrimiento del interior de la Antigua California*, editado por Carlos Lazcano Sahagún, 121–44. Colección de Documentos sobre la Historia y Geografía del municipio de Ensenada 3. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2000.
- Nash, Gerald D. “The Conflict between Pure and Applied Science in Nineteenth-Century Public Policy: The California State Geological Survey, 1860-1874”. *Isis* 54, núm. 2 (1963): 217–28.
- Nash, Roderick. *Wilderness and the American Mind*. 3a ed. New Haven - London: Yale University Press, 1982.
- Nichols, B. F. “Across the Plains in 1844: Reminiscences of Oregon”. *Laidlaw Chronicle*,

1906. The State Historical Society of Missouri.
- Nogar, Anna M. “Junípero Serra’s Mission Muse. Sor María de Jesús de Ágrede and Her Writings”. En *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, editado por Steven Hackel, 69–86. Oakland: University of California Press, 2018.
- Nogué, Joan. “El paisaje como constructo social”. En *La construcción social del paisaje*, editado por Joan Nogué, 11–24. Paisaje y Teoría. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.
- Nordman, Daniel. “La frontera: nociones y problemas en Francia, siglos XVI-XVIII”. *Historia Crítica*, núm. 32 (2006): 154–71.
- Noronha de Sá, Maria Elisa. “Los conceptos de sertão/litoral. Experiencias temporales y representaciones espaciales de la nación en Brasil (1830-1860)”. En *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*, editado por Fabio Wasserman, 349–66. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2020.
- Novick, Peter. *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana. Tomo I*. Traducido por Gertrudis Payás y Isabel Vericat. México: Instituto Mora, 1997.
- Nunes de Azevedo, André. “La génesis y el desarrollo de la idea de civilización en Europa”. *Estudios Históricos* 8, núm. 17 (2016): 1–18.
- Obrador, Bartolomé Font. “Fray Junípero Serra: De doctor de gentes a doctor de gentiles”. *Bolletí de la Societat Arqueològica Lulliana: Revista d’Estudis Històrics*, núm. 54 (1998): 231–42.
- O’Donnell, Catherine. *Jesuits in the North American Colonies and the United States. Faith, Conflict, Adaptation*. Leiden - Boston: Brill, 2020.
- Olmos Aguilera, Miguel. “La música K’umiai de la tradición yumana de Baja California”. En *Pueblos Indígenas en Riesgo: Kumiais. Homenaje a Gloria Castañeda Silva, cantante kumiai*, editado por Xilonen Luna Ruiz. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2008.
- Opatrny, Josef. “Los temas de la iberoamericanística checa: Pasado y perspectivas”. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 72 (2002): 127–38.
- Ortega Del Cerro, Pablo. “Informar, especular, comerciar: El proyecto de comercio de pieles de nutria entre América y Filipinas de Alejandro Malaspina”. *Temas Americanistas*, núm. 51 (2023): 104–30.
- Ortega Soto, Martha. *Alta California: una frontera olvidada del noroeste de México, 1769-1846*. México: Plaza y Valdés - Universidad Autónoma Metropolitana, 2001.
- . “Colonización de alta California: primeros asentamientos españoles”. *Signos Históricos* 1, núm. 1 (1999): 85–103.
- . “Una Propuesta para analizar la colonización de América Rusa”. *Historia y Grafía*, núm. 61 (2023): 21–59.
- Paddison, Joshua. *American Heathens. Religion, Race, and Reconstruction in California*. San Marino: University of California Press, 2012.
- Palou, Francisco. *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra, 1853*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2018. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0923705>.
- Palti, Elías José. “Ensayo bibliográfico: La frágil arquitectura del pensamiento moderno. Tiempo y secularización en la historiografía conceptual”. *Revista de Estudios Políticos*, núm. 134 (2006): 241–57.
- Pearson, Chris. “Beyond ‘Resistance’: Rethinking Nonhuman Agency for a ‘More-than-Human’ World”. *European Review of History: Revue Européenne d’histoire* 22, núm. 5

(2015): 709–25.

Pérez Gerardo, Diana Roselly. “Introducción”. En *Vivir en los márgenes. Fronteras en América colonial: sujetos, prácticas e identidades, siglos XVI-XVIII*, editado por Diana Roselly Pérez Gerardo, 7–26. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2021.

———. “Las mujeres de las fronteras americanas en la expedición científica de Jean-François de Galaup. Santa Catarina, Concepción y Monterrey (siglo XVIII)”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 26, núm. 2 (2021): 225–54.

———. “Mito, guerra y utopía: formas de resistencia indígena en la América colonial”. *Novo Mundo Mundos Nuevos*, 2021, En línea.

———. “Violencia y castigo corporal en las misiones franciscanas de la Alta California, siglos XVIII y XIX”. En *Naciones entre fronteras. Hacia una historia de la violencia en la región fronteriza México-Estados Unidos, siglos XVIII-XXI*, editado por Marcela Terrazas y Cynthia Radding, 135–83. *Historia Moderna y Contemporánea* 80. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2023.

Pérez Mejía, Ángela. *A Geography of Hard Times. Narratives about Travel to South America, 1780-1849*. Editado por Trad. Dick Cluster. *Angewandte Chemie International Edition*, 6(11), 951–952. Vol. 3. New York: State University of New York, 2004.

Pérez, Moira. “Caught between past and future: On the uses of temporal figurations for political exclusion”. En *Historical Understanding. Past, Present, and Future*, editado por Zoltán Boldizsár Simon y Lars Deile, 35–43. London - New York: Bloomsbury Academic, 2022.

Pérez Morales, Edgardo. “Mirar, escribir y dibujar: ejercicios de paisaje en la experiencia viajera naturalista”. *Historia y Sociedad*, núm. 14 (2008): 45–68.

———. *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera. Misioneros y naturalistas en América Andina durante el siglo XVIII*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar - Corporación Editora Nacional, 2012.

Pérez-Taylor, Rafael. “Introducción”. En *Antropología del desierto. Espacios culturales: el norte de México-Atacama*, editado por Rafael Pérez-Taylor, Axel Ramírez, y Alejandra Ruiz, 13–18. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

Pfefferkorn, Ignacio. *Descripción de la provincia de Sonora*. Traducido por Armando Hopkins Durazo. 3a ed. Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora, 1983.

Picazo Muntaner, Antoni. “Father Junípero Serra’s Education and Ideology”. En *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, editado por Steven Hackel, 25–36. Oakland: University of California Press, 2018.

Piccolo, Francisco María. “Copia de carta de el P. Francisco María Piccolo, misionero en Californias, en que da razón de la última entrada y descubrimiento que hizo de aquellas tierras azia el norte por noviembre del año 1716”. En *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, editado por Ernest J. Burrus, 181–98. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1962.

Pineda de Ávila, Nydia, y Omar Rodríguez Camarena. “La circulación de saberes celestes para la conquista terrenal: Eusebio Kino como misionero matemático”. En *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, editado por Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo, 202–37. México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.

Pinheiro, John C. *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War*. New York: Oxford University Press, 2014.

- Pinzón Ríos, Guadalupe. “Discusiones en torno a las marinerías transpacíficas. El caso de la duplicidad de plazas en el Galeón de Manila Santísima Trinidad, 1752-1753”. En *Los oficios en las sociedades indianas*, editado por Felipe Castro Gutiérrez y Isabel María Povea Moreno, 211–66. Serie historia novohispana 128. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2020.
- Piñón Flores, Iraís. *Recetario indígena de Baja California*. México: CONACULTA, 2004.
- Polisensky, Josef, y Josef Opatrny. “Wenceslao Link y su diario del viaje hacia el norte de la península de California”. *Ibero-Americana Pragensia* VI (1972): 173–83.
- Ponce Aguilar, Antonio. *Linck, explorador de Baja California. 1765-1766*. Ensenada: s.e., 2003.
- Portolá, Gaspar de. “Diario de viage que hace por tierra a los puertos de San Diego y Monterrey en las Californias”. En *Noticias y documentos acerca de las Californias, 1764-1795*, 49–76. Chimalistac. Documentos acerca de la Nueva España 5. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1959.
- Posada Ayala, Ivonne Haide, Alejandro García Gastelum, Viola María Bruschi, y Miguel Agustín Téllez Duarte. “Geodiversidad y paisaje: un análisis de su potencial en Baja California, México”. *Investigaciones Geográficas*, núm. 48 (2014): 19–40.
- Povinelli, Elizabeth. *Geontologies: A Requiem to Late Liberalism*. Durham: Duke University Press, 2016.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- . *Planetary Longings*. Toronto: Duke University Press, 2022.
- Prieto Santana, María Dolores. “Razón y fe en la Geología del siglo XIX: en el segundo centenario de *Vinditiae Geologiae* (1820) de William Buckland”. *Razón y fe* 282, núm. 1446 (2020): 93–103.
- Rabasa, José. *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*. Editado por Aldo Mazzucchelli. México: Universidad Iberoamericana, 2009.
- Radding, Cynthia. “La farmacopea indígena y la ciencia en el septentrion de la Nueva España: El Florilegio Medicinal de Juan de Esteyneffer entre la ciencia y la fe”. En *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, editado por Angélica Morales Sarabia, Jaime Marroquín Arredondo, y Cynthia Radding, 98–123. México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- Rajchenberg, Enrique, y Catherine Héau Lambert. “¿Wilderness vs. desierto? Representaciones del septentrion mexicano en el siglo XIX”. *NORTEAMÉRICA* 4, núm. 2 (2009): 15–36.
- Ramírez Cobián, Mario Teodoro. “El cuerpo por sí mismo. De la fenomenología del cuerpo a la ontología del ser corporal”. *Open Insight* 8, núm. 14 (2017): 49–68.
- Rangel Silva, José Alfredo. “Pames, franciscanos y estancieros en Rioverde, Valles y Sur de Nuevo Santander, 1600-1800”. *Relaciones* 30, núm. 120 (2009): 225–66.
- Rebok, Sandra. “La expedición americana de Alexander von Humboldt y su contribución a la ciencia del siglo XIX”. *Bulletin de l’Institut français d’études andines* 32, núm. 3 (2003): 441–58.
- Revere, Joseph Warren. *A Tour of Duty in California; Including a Description of the Gold Region: and An Account of the Voyage Around Cape Horn; with Notices of Lower California, the Gulf and Pacific coasts, and the Principal Events Attending the Conquest of the Californians*. Editado por Joseph N. Balestier. Boston: C. S. Francis & Co., 1849.
- Rex Galindo, David. “Inside the Cloister. Exploring the Life of Fray Junípero Serra in the

College of San Fernando”. En *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, editado por Steven Hackel, 87–106. Oakland: University of California Press, 2018.

Reyes Toxqui, Álvaro. “Razón, cuerpo y resistencia social (Un estudio sobre la corporeidad en tres momentos históricos de la razón)” 9, núm. 25 (2018 de 2017): 57–68.

Riley, James C. “Smallpox and American Indians Revisited”. *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 65, núm. 4 (2010): 445–77.

Río, Ignacio del. *El régimen jesuítico de la antigua California*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

———. “Los sueños californianos de José de Gálvez”. *Revista de la Universidad de México* 26, núm. 5 (1972): 15–24.

Ritvo, Harriet. “Animal Planet”. *Environmental History* 9, núm. 2 (2004): 204–20.

———. “Introduction: The Nature of the Beast”. En *The Animal Estate. The English and other creatures in the victorian age*, 1–42. London: Harvard University Press, 1987.

Rojas Caldelas, Rosa Imelda. “Carácter del paisaje del Valle de Mexicali”. En *Arte, historia y cultura: Nuevas aproximaciones al conocimiento del paisaje*, editado por Félix Alfonso Martínez Sánchez, Karla María Hinojosa de la Garza, y Armando Alonso Navarrete, 219–43. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2017.

Ross Browne, John. *Explorations in Lower California, 1868*. Editado por Spencer Murray. Studio City: Vaquero Books, 1966.

Rozat, Guy. *América, imperio del demonio. Cuentos y recuentos*. México: Universidad Iberoamericana, 1995.

Rubial García, Antonio, y Patricia Escandón. “La crónica de los colegios franciscanos de propaganda fide”. En *Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española*, editado por Juan Ortega y Rosa Camelo, 1017–28. Tomo 2: Historiografía eclesiástica. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

Ruiz Ríos, Rogelio. “Las ‘Noticias de la península americana de California’ de Juan Jacobo Baegert. Influencias y contexto de un documento etnohistórico”. *Memoria Americana* 26, núm. 1 (2018): 57–76.

———. “Registros de la península de Baja California: una revisión historiográfica desde las perspectivas antropocéntricas”. En *Perspectivas epistemológicas en la praxis educativa*, editado por Ernesto Israel Santillán Anguiano y Emilia Cristina González Machado, 123–41. México: AM Editores - Clave editorial, 2023.

———. “Salir de las aporías: nuevos enfoques y perspectivas en las Historia después del giro lingüístico”. En *Formas de ver y escribir la historia. Experiencias y preocupaciones historiográficas contemporáneas*, editado por Miguel Ángel Gutiérrez López y Guillermo Fernando Rodríguez Herrejón, 36–60. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2023.

Ruiz Serna, Daniel, y Carlos Del Cairo. “Los debates del giro ontológico en torno al naturalismo moderno”. *Revista de Estudios Sociales*, núm. 55 (2016): 193–204.

Said, Edward W. *Orientalismo*. Traducido por María Luis Fuentes. 2a ed. Barcelona: Random House, 2008.

Saldi, Leticia, Luis Mafferra, y J. Alejandro Barrientos Salinas. “Ontologías en disputa. Diálogos entre la antropología y la arqueología para la problematización de paisajes regionales”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 26, núm. 37 (2019): 3–26.

Saldivia, Zenobio. “La mirada de los viajeros y científicos decimonónicos sobre la movediza gea chilensis”. *Revista Logos, Ciencia & Tecnología* 5, núm. 2 (2019): 347–54.

- Samaniego López, Marco Antonio. *Cuencas internacionales y construcción del espacio fronterizo. Paradojas y significados futuros de una relación*. NortEstudios 15. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2023.
- . “El control del río Colorado como factor histórico. La necesidad de estudiar la relación tierra/agua”. *Frontera Norte* 20, núm. 40 (2008): 49-78.
- Sanjuan-Trejo, Gissela, Dulce M. Mejía-Segovia, y Claudia E. Moreno. “Ensamblajes de artrópodos asociados a los frutos de garambullo (*Myrtillocactus geometrizans*) en dos localidades del valle del Mezquital, Hidalgo, México”. *Revista Mexicana de Biodiversidad* 92 (2021): 1–11.
- Santamaría Gómez, Arturo. “Viajeros y turistas de Estados Unidos en periódicos y revistas de México. De la visión imperial del siglo XIX a la paternalista del siglo XXI”. *Anais Brasileiros de Estudos Turísticos* 3, núm. 1 (2013): 25–47.
- Schlögel, Karl. *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*. Madrid: Ediciones Siruela, 2007.
- Sequeiros, Leandro. “Charles Lyell (1797-1875) y el conflicto entre la nueva geología y la religión”. *Proyección*, núm. 44 (1997): 127–38.
- Serra, Junípero. *Diario de fray Junípero Serra en su viaje de Loreto a San Diego*. Editado por Carlos Lazcano Sahagún. Ensenada: Fundación Barca - Museo de Historia de Ensenada, 2002.
- Shaul, D. Leedom. “John Wesley Powell and the Classification of American Languages”. *Journal of the Southwest* 41, núm. 3 (1999): 297–310.
- Sievernich, Michael. “Conquistar todo el mundo: los fundamentos espirituales de las misiones jesuíticas”. En *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, editado por Karl Kohut y María Cristina Torales Pacheco, 3–24. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007.
- Simon, Zoltán Boldizsár, y Julia Adeney Thomas. “Earth System Science, Anthropocene Historiography, and Three Forms of Human Agency”. *Isis* 113, núm. 2 (2022): 396–406.
- Smith, William C. S. “A Journey to California in 1849”. En *A History of California: The American Period*, editado por Robert Glass Cleland. New York: The MacMillan Company, 1922.
- . “A Journey to California in 1849”. En *A History of California: The American Period*, editado por Robert Glass Cleland, 483–95. New York: The MacMillan Company, 1922.
- . “A Journey to California in 1849”. En *A History of California: The American Period*, editado por Robert Glass Cleland, 483–95. New York: The MacMillan Company, 1922.
- Soberanes Fernández, José Luis, y Juan Manuel Vega Gómez. “El Tratado de Guadalupe Hidalgo en su sesquicentenario”. *Cuadernos constitucionales México-Centroamérica*, núm. 28 (1998): 5–61.
- Stankey, George H. “Beyond the Campfire’s Light: Historical Roots of the Wilderness Concept”. *Natural Resources Journal* 29, núm. 1 (s/f): 9–24.
- Staroselsky, Tatiana. “Consideraciones en torno al concepto de experiencia en Walter Benjamin”. En *X Jornadas de Investigación en Filosofía*, editado por Memoria Académica, 9–22. Ensenada, Argentina: Universidad Nacional de la Plata, 2015.
- Stefano, Roberto Di. “¿De qué hablamos cuando decimos ‘Iglesia’? Reflexiones sobre el uso historiográfico de un término polisémico”. *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*. 1, núm. 1 (2012): 195–220.

- Tamm, Marek. "Introduction. A Framework for Debating New Approaches To History". En *Debating New Approaches to History*, editado por Marek Tamm y Peter Burke, 1–19. London - New York: Bloomsbury Academic, 2019.
- Tapia, Landeros, Alberto. "El berrendo que se fue". En *Baja California: Uso y abuso de su biodiversidad*, 125–56. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California - Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- . "El caballo en Baja California". *Revista Universitaria*, 2005.
- . "Ver, observar, interpretar. Guía para realizar una observación ambiental cualitativa". En *Making Of. La práctica de la investigación sociocultural*, editado por Lilian Paola Ovalle Marroquín y Luis Arturo Ongay Flores, 193–238. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2013.
- Taylor Hansen, Lawrence Douglas. "El viaje de exploración de John Ross Browne a Baja California en 1867". *Secuencia* 53, núm. 2 (2002): 46–77.
- Teggart, Frederick J., ed. *The Anza Expedition of 1775-1776. Diary of Pedro Font*. Vol. 3. Publications of the Academy of Pacific Coast History 1. Berkeley: University of California Press, 1913.
- Torales Pacheco, María Cristina y Casas García, Juan Carlos. *Extrañamiento, extinción y restauración de la Compañía de Jesús. La Provincia Mexicana*. México: Universidad Iberoamericana/Universidad Pontificia de México, 2017.
- Torre Curiel, José Refugio de la, y Gilberto López Castillo. *Jesuitas y franciscanos en las fronteras de Nueva España, siglos XVI-XIX*. Los Once Ríos. México-Zapopan: Siglo veintiuno Editores - El Colegio de Jalisco, 2020.
- Torres Montúfar, Óscar. *Ciencia y especulación. El viaje de William More Gabb a Baja California en 1867*. México: Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A.C., 2017.
- . "El viaje de William More Gabb a Baja California en 1867". En *Naturaleza y territorio en la ciencia mexicana del siglo XIX*, editado por Luz Fernanda Azuela y Rodrigo Vega y Ortega, 107–35. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Geografía, 2012.
- Trejo Barajas, Dení. "Declinación y crecimiento demográfico en Baja California, siglos XVIII y XIX. Una perspectiva desde los censos y padrones locales". *Historia Mexicana* 54, núm. 3 (2005): 761–831.
- . "Las Californias y Filipinas. Proyectos, realidades y deseos frustrados". En *Nueva España y el Pacífico hispánico. Un homenaje a Carmen Yuste*, 211–28. México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2023.
- Tsing, Anna Lowenhaupt. *La Seta del Fin del Mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Traducido por Francisco Ramos Mena. Madrid: Capitán Swing, 2021.
- Tsing, Anna Lowenhaupt, Andrew S. Mathews, y Nils Bubandt. "Patchy Anthropocene: Landscape Structure, Multispecies History, and the Retooling of Anthropology: An Introduction to Supplement 20". *Current Anthropology* 60, núm. S20 (2019): S186–97.
- Urbán Ramírez, Jorge, y Mercedes Guerrero. "Enhydra lutris Linnaeus". En *Conocimiento biológico de las especies de mamíferos marinos (Cetáceos, Sirenios y Carnívoros)*. México: Departamento de Biología Marina, Área Interdisciplinaria de Ciencias del Mar, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2002.
- Uribe Mendoza, Blanca Irais. "La domesticación animal: Apuntes sobre su origen e impacto en el orden social y biológico". *Revista Latinoamericana de Estudios Animales* 1, núm. 8 (2021): 422–42.
- Urquijo Torres, Pedro S., y Narciso Barrera Bassols. "Historia y paisaje. Explorando un

concepto geográfico monista”. *Andamios* 5, núm. 10 (2009): 227–52.

Uzcanga Meinecke, Francisco. “Estudios sobre literatura de viajes (1995-2005)”. *Iberoamericana* 247, núm. 23 (2006): 203–19.

Valencia Suárez, María Fernanda. *Los aztecas y la conquista de México en las ambiciones inglesas, 1519-1713*. La Historia. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales - Miguel Ángel Porrúa, 2018.

———. *Visitantes furtivos en Mérida, 1765. Construcción y reproducción de visiones inglesas sobre Yucatán*. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.

Van Den Abbeele, Georges. *Travel as Metaphor. From Montaigne to Rousseau*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992.

Van Dooren, Thom. *Flight Ways: Life and Loss at the Edge of Extinction*. Paperback edition. Critical Perspectives on Animals Theory, Culture, Science, and Law. New York: Columbia University Press, 2016.

Velasco Molpeceres. “La esclavitud de la belleza. Mujeres a la moda: corsé, crinolina y pantalón”. En *Fronteras Contemporáneas: Identidades, pueblos, mujeres y poder*, editado por Cristian Ferrer González y Sans Molas Joel, 551–66. Barcelona: Departament d’Història Moderna i Contemporània de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

Velasco Pegueros, Blanca Alejandra. “¡Aquí estamos! Identidad, memoria y territorio del pueblo cochimí de Baja California”. Universidad Autónoma Metropolitana, 2017.

Venegas Espinoza, Fernando, Andrés Moreira-Muñoz, y Pablo Mansilla-Quiñones. “El giro multiespecies: representación geohistórica del puma desde una perspectiva interdisciplinaria (siglos XVI-XXI)”. *Diálogo andino*, núm. 67 (2022): 326–45.

Ventura, Antoine. “Viajeros y naturalistas (s. XV-XIX, Europa-América) o cómo viajar sin precauciones por un tema tormentoso”. *Elohi*, núm. 9 (2016): 9–72.

Vidal, José Juan. “Junípero Serra’s Mallorcan Origins”. En *The Worlds of Junípero Serra. Historical Contexts and Cultural Representations*, editado por Steven Heckel, 13–24. Oakland: University of California Press, 2018.

Vieira, Patricia. “La caverna en Platón y Novalis”. Ponencia presentado en IV Jornadas de literatura, cine y montaña, Euskara, 2013.

Wilde, Guillermo. “De la ciencia jesuítica al saber misionero. Hacia una definición compleja”. En *Los saberes jesuitas en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, editado por Angélica Morales Sarabia, Cynthia Radding, y Jaime Marroquín Arredondo, 300–346. México: Siglo veintiuno editores - Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.

Wrángel, Ferdinand P. *De Sitka a San Petersburgo a través de México*. México: Secretaría de Educación Pública, 1975.

Yáñez Espinosa, Laura, Luz Elena Santiago Silverio, y Esmeralda Dimas Sánchez. “Características y funciones de las espinas de las cactáceas”. *Un acercamiento hacia la ecología de los desiertos mexicanos*, 2021. Sociedad Científica Mexicana de Ecología.

Yegres Mago, Alberto. “Filosofía, Ilustración y Romanticismo”. *Revista de Investigación* 39, núm. 86 (2015): 11–38.

Yujnovsky, Inés. “Viajeros a la sombra de Darwin en los confines del siglo XIX argentino”. El Colegio de México, 2010.

Zemon Davis, Natalie. *Trickster Travels. A Sixteenth-Century Muslim Between Worlds*. New York: Hill and Wang, 2006.

Zerené Harcha, Joaquín. “Paisaje posthumano: subjetividades distribuidas en el ecosistema mediático”. *Nhengatu - Revista iberoamericana para Comunicação e Cultura*

contrahegemónicas 1, núm. 2 (2017): En línea.

Zourek, Michal. “La política cultural de Checoslovaquia en América Latina durante la Guerra Fría: el caso de Uruguay”. *Revista de Historia Iberoamericana* 9, núm. 2 (2016): 99–123.